

*¡ Préstame a tu
hermano !*

IRIS BOO

Serie "Préstame" 3

Iris Boo

Préstame a tu hermano

1ª edición: diciembre 2018

© Iris Boo

Imágenes: Cathleen Tarawhiti/ Unsplash

La historia, ideas y opiniones vertidas en este libro son propiedad y responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Préstame a tu hermano

Prólogo

Me llamo Angie, soy auxiliar en la planta de oncología del Miami Children's Hospital y tengo 25 años. Soy una chica normal, sin nada espectacular en su vida. Solo cosas buenas, cosas malas y cosas regulares, lo mismo que el resto del mundo. Lo único curioso es el origen de mi nombre: Ángela Chasse. No, no es el apellido Chasse, aunque eso tuvo algo que ver en mi concepción, pero eso es otra historia. Me llamo Ángela por un personaje de una telenovela viejísima: *Falcon Crest*. Sí, lo sé, si curioseáis un poco descubriréis que Ángela Channing era la mala malísima, pero mi madre estaba fascinada por ese personaje, y además, como siempre dice, los malos siempre viven mejor, al menos hasta que llega el final de la telenovela. Si sumamos el tiempo total, arrasan sobre los buenos. Y, como mi abuela dice, la vida es muy corta para andar sufriendo. Así que aquí estoy yo, con el nombre de una villana de telenovela, un padre que no llegué a conocer, una madre enamorada más allá de lo normal de Lorenzo Lamas y una abuela adorablemente terca.

Sí, lo sé, que mi madre esté enamorada de Lorenzo Lamas es sospechoso. *Falcon Crest*, Lorenzo Lamas... Pues sí, todo viene de lo mismo. Y todo por la culpa de una telenovela. Pero de algún modo fue buena para ella, porque aprendió a hablar inglés. Bueno, ella y mi abuela. Sí, soy hija y nieta de inmigrantes. Mexicanos para ser exactos. Mi abuelo llegó muy joven a este país y luchó hasta conseguir traer a su familia con él. Quiso hacerlo todo bien, nada de ilegal, porque no quería estar mirando a su espalda a cada paso. Así que llegó con un contrato de trabajo, se dejó la piel y metió horas para ahorrar lo suficiente. Dejó a la mujer que amaba en México y volvió dos veces allí para cumplir con la promesa que le hizo al partir: la primera para casarse y la segunda para formar una familia. Tardó lo suyo, y todos sufrieron, pero al final su sacrificio se vio recompensado. Ahora su familia vivía en Estados Unidos, bajo el techo que él había construido. Una lástima que ahora no estuviese entre nosotros. Sí, es triste, pero ya he dicho que la vida tiene cosas buenas y cosas malas. Mi abuelo murió hacía casi un año. Un cáncer de pulmón se lo llevó, aunque luchó cada maldito día por estar a nuestro lado. Ahora somos una familia solo de mujeres, como dice la abuela: ella, mi mamá y yo, nadie más. Bueno,

tengo un medio hermano por ahí, en la Marina, pero esa es otra historia.

En fin, como podéis ver mi vida tiene lo justo de drama y lucha como para llenar lo que me queda aún por vivir, así que ahora me toca empezar a llenarla con cosas buenas. Dentro de unos días conseguiré mi título de enfermera, y con él espero conseguir un empleo mejor pagado. No es que sea mucho, pero para la abuela y para mí es suficiente. Con su pensión, mi sueldo y la ayuda de mamá podremos recuperarnos por fin. La enfermedad del abuelo se llevó todos los ahorros, y eso que tenía seguro médico, y yo me ocupé de él como su enfermera. Tuve que dejar aparcados mis estudios de Enfermería y trabajar a tiempo parcial como auxiliar para contribuir con algo de dinero. Fueron 14 meses duros. Desde el momento que el abuelo empezó a necesitar ayuda, tuve muy claro que nadie más que yo cuidaría de él. La abuela y él eran demasiado mayores para hacerlo solos. Y no me arrepiento. Me rompió el corazón, me destrozó el cuerpo, pero volvería a hacerlo. Más que mi abuelo, fue mi padre. ¿Puedes amar a alguien que te roba el sueño y la energía? Rotundamente sí, pregúntale a cualquier madre. Yo ya quería a mi abuelo, pero en esos 14 meses llegué a respirar por él. Dicen que el amor duele, y doy fe de ello. Y aunque lo haría una y mil veces, no quiero tener que volver a pasar por algo así.

Pero dejémonos de hablar de cosas tristes. Tengo un título de Enfermería rozando mis dedos, y ahora también un par de nuevas amigas: una es enfermera y se llama María; la otra es médico —sí, lo he dicho bien: médico— y se llama Susan. Lo sé, no es habitual que médico y enfermera mantengan una amistad, pero si a ellas les funciona, ¿por qué a mí no?

Cada día que paso con ellas puedo entender por qué esa atípica mezcla funciona. Les gusta su trabajo, y eso las une más. Pero, sobre todo, ninguna de ellas tiene arraigados los prejuicios sociales de sus posiciones. Susan no es de las que te restriega su título. Tiene un corazón de oro y ama su trabajo. El dinero y la posición social no significan lo mismo para ella que para el resto. No tiene prejuicios, ella es lo que es, y con eso le basta. No como el estirado ese de Ken, el medicucho que me hace la vida imposible. Pero hay que aguantar a tipos como ese para cobrar a fin de mes. ¡Qué suerte tiene mi madre! Ser tu propio jefe tiene sus ventajas, al fin y al cabo. Aunque tenga que levantarse antes que los pájaros para ir al mercado central a hacer las compras del día. ¿No lo había contado? Mi madre tiene uno de esos “restaurantes con ruedas”, como ella lo llama. El Rancho Rodante le puso, y tiene el mejor pollo ranchero que hayas probado en tu vida, en serio. Receta del abuelo. La furgoneta era suya antes, y

ella trabajó con él desde que terminó los estudios. Desde que el abuelo enfermó, ella se encargó del negocio. Era divertido verlo con aquella redecilla en la cabeza. Estaba más tostado y arrugado que el propio pollo. 70 años y todavía se movía con agilidad allí dentro. Los echo de menos, a los dos. No, mi madre no está muerta, ella se fue a un apartamento poco después de que el abuelo muriera. Y lo entendí, la abuela y yo lo entendimos. Ella decía que era más cómodo para ella dormir en un lugar más cercano al mercado, le daría más tiempo de descanso, y a nosotras no nos despertaría cada mañana al levantarse. Tenemos una casa pequeña, de tuberías viejas, y la ducha a las cuatro y media de la mañana era demasiado ruidosa como para que el resto de seres vivos podamos seguir durmiendo. Los últimos meses, cuando el abuelo estaba con nosotras, dejó de ducharse para no despertarle. Pero la abuela Lupe y yo sabíamos el motivo real por el que mamá se había ido de la casa: los recuerdos. No podía seguir allí.

Así que allí estábamos la abuela Lupe y yo. Las dos solas, viviendo en una casa pequeña y vieja, que según ella algún día heredaría. Sin mucho valor, pero con unas vistas... ¿He mencionado que se ve el océano? Pues así es. La casa tiene un buen trozo de tierra. A un lado hay bosque bajo y a lo lejos otra casa, más nueva y más grande. Al otro, un bosque con árboles grandes. Y al fondo, el océano y sus olas. Estamos en un promontorio, bastante por encima del nivel del mar, y aunque la otra casa está más baja que nosotros, y tiene un bonito acceso a la playa, nosotros no. El abuelo siempre quiso hacer una escalera para la abuela, pero nunca tuvo tiempo ni fuerzas.

Bueno, basta de hablar de cosas del pasado y cosas tristes. Es el momento de ser yo la protagonista de mi vida. Con mi nuevo título buscaré un nuevo trabajo (cuando termine mis prácticas aquí), y cuando lo consiga tendré más dinero y saldré a divertirme como quiere la abuela, y me compraré ropa bonita como quiere mamá, pero no me echaré novio, como quieren las dos. Sí, a la abuela le fue bien, pero a mamá no. Así que, si tengo la mitad de oportunidades, mejor me quedo como estoy. Aunque... he visto a Tonny y María, y a Marco y Susan. No solo son parejas bonitas, hay más; tienen eso que tenían el abuelo Gabriel y la abuela Lupe, se miran de esa manera con la que las palabras sobran. Y siento envidia, mucha y triste envidia, porque sé que yo no voy a conseguirlo. Bueno... Marco y Tonny son hermanos, gemelos para ser exactos. Si tuvieran algún hermano más... quizás... me arriesgaría.

Capítulo 1

Por mucho que le dé vueltas a la foto que hay en mi teléfono, el resultado es el mismo: es una catástrofe. El maldito árbol sigue incrustado en el techo de la casa. ¡Y los del seguro dicen que es culpa mía! Sí, el mantenimiento de los árboles era cosa nuestra, pero desde que el abuelo cayó enfermo ninguno nos preocupamos por si las ramas habían crecido demasiado ni de las podas regulares. Solo la reparación del tejado, ellos solo cubrían eso. De retirar el árbol tenía que encargarme yo. Una mierda de cheque me querían dar. ¿Con eso qué iba a hacer?

—¡Vaya! Pobre casa.

—Lo sé.

—No entiendo a la gente que se divierte mandando fotos de las desgracias de los demás.

Susan se sentó a mi lado y posó el termo de café ante mis ojos. Ummm, olía tan bien. Era culpa de ella que me hubiese hecho adicta a aquel café. ¿Y los dulces de María? Esos eran un pecado. Menos mal que yo tenía también algo que aportar. Saqué la bolsa de debajo de la mesa y retiré la tapa del tupperware. Sándwiches de pollo (receta de la abuela, es decir, hecho con los restos del pollo ranchero del día anterior. En mi casa no se tira nada).

—Esta es mi casa.

—¿Tú casa?! —Me retiró el teléfono para echar un vistazo más a fondo.

—¡Santa Madonna!

—Eso te lo ha pegado un italiano que yo sé. ¿Qué pasa para que nombres a la virgen? —María acababa de llegar y tomaba la silla que quedaba libre en nuestra mesa. Sonreía de esa manera que decía que sabía lo que “aquel” italiano y ella hacían.

—Mira cómo está la casa de Angie. —Le pasó mi teléfono y María abrió los ojos como platos.

—¡Madre mía, qué estropicio!

—Con la temporada de lluvias encima, tendrás que meterle caña al seguro para arreglar eso bien rápido.

—No me hables de los del seguro. Esos impresentables no se hacen responsables de los daños por falta de mantenimiento.

—¿Qué quieres decir?

—Que me dan una mierda de indemnización que no llega casi ni para cubrir la reparación. Los muy hijos de... Dicen que del árbol me encargue yo.

—¡¿Qué?!

—No pueden hacer eso. Yo los demandaba.

—Sí, ya. Pero pasan dos cosas: primero, el hacerlo me puede suponer más gastos de lo que realmente sacaría si gano; segundo, la reparación tengo que hacerla ahora, no cuando el juicio acabe, y ellos lo saben.

—Se las saben todas.

—Odio que se aprovechen de la gente.

—Sí, bueno. Mi problema ahora es como quitar ese maldito árbol del techo de mi casa y arreglar el tejado. Y hacerlo antes de dos días.

—¿Dos días?

—La predicción meteorológica dice que se acerca otra ciclogénesis de esas.

—No puedes vivir allí. Cúbrela todo y ven a vivir con nosotros mientras pasa. A Tonny y a mí nos encantaría tenerte en casa.

—Sí, María tiene razón. Hoy es viernes. Es prácticamente imposible que encuentres a alguien que arregle ese tejado en fin de semana.

—Ese no es mi mayor problema.

—¿Hay más?

—Vivo con mi abuela Lupe. Esa casa la construyó mi abuelo con sus propias manos, y se niega a pasar una noche fuera de ella.

—Tu abuela tiene que entender que estar allí puede ser peligroso para ella.

—El caso no es que no comprenda, es que no quiere.

—Es terca.

—Como una mula.

—¿Y si la sedamos y la sacamos de allí?

—Tiene 72 años, no puedo medicarla con tanta impunidad. Además, es lista como un zorro. Lo intentamos cuando el abuelo enfermó, pero se dio cuenta. Mi madre dice que es medio bruja.

—Entonces tendremos que encontrar otra solución.

—Os agradezco vuestro interés, pero es un problema del que me tengo que hacer cargo yo.

—¿Y tu familia qué dice?

—Mi madre ya tiene suficiente con sacar adelante el negocio del abuelo. No necesita más problemas difíciles de resolver.

—Entonces tendremos que hacerlo nosotras.

—Ya te he dicho...

—¡Oh, cállate! Aceptar nuestra ayuda no va a matarte. ¿Somos amigas o no?

—Sí, pero...

—María tiene razón. Los amigos se ayudan. Si necesitas una mano, aquí estamos.

—¡Ah, eso es!

—¿Qué estás pensando?

—Pues en eso, en echar una mano. Tonny es un experto en rescates y casas, seguro que sabe lo que hay que hacer para quitar ese trozo de madera asesino de tu tejado. —María empezó a teclear en mi teléfono, se envió la fotografía de mi tejado y después se puso a trabajar sobre su teléfono con rapidez.

—Ya está, seguro que enseguida tengo una solución.

—¿Qué quieres decir?

—Que Tonny está hoy en la estación de bomberos, y si él no da con una solución, seguro que alguno de sus compañeros lo hará.

—Estás muy segura.

—Sé lo que tengo en casa. ¿Ves? Ya ha contestado. Dice que con una motosierra y algunas herramientas más puede hacerse cargo de ello. Solo serían necesarios varios tipos fuertes.

—Eso es lo que no hay en mi familia, ni tipos ni fuertes. Solo somos la abuela Lupe, mi madre y yo.

—Mañana sábado yo trabajo, así que no tengo ningún problema en prestaros a Marco. Ya tienes a dos tipos fuertes.

—¿Así, sin consultarle?

—Yo también sé lo que tengo en casa.

—No sabéis la suerte que tenéis de tener unos chicos tan dispuestos a ayudar.

—Yo no diría que dispuestos sea la palabra. Yo lo orientaría más a “fáciles de convencer”.

—¿Fáciles de convencer?

—No sabes lo que son capaces de hacer por unos zapatos de tacón bien altos.

—¿Eh?

—No preguntes.

—Vale.

—Bien, ya tenemos dos. Ahora necesitamos a alguien que se encargue de ese tejado y que sepa lo que hace. Llamaré a mi padre. Es un buen carpintero, seguro que no tiene problemas con ello. —María se puso a mandar mensajes mientras hablábamos. ¿Podría ser así de fácil? ¿Tendría el problema resuelto antes de que me alcanzara la catástrofe?

—¡Ahá! Listo.

—¿Haríais eso por mí?, ¿me prestaríais a vuestros novios y a vuestro padre para esto?

—Oh, y a mi hermano. Ya me ha confirmado que vendrá también.

—¿También tu hermano?, ¿me prestas a tu hermano?

—¡Pues claro! Pero no me los desgastes mucho.

—No... no sé cómo podré pagaros, a todos.

—Tú dales bien de comer, y del resto nos iremos encargando sobre la marcha. —La vi coger uno de los sándwiches y darle un buen mordisco.

—¡Dios, esto está de muerte!

—Le diré a mi mamá que traiga comida para todos, por eso puedes estar tranquila.

—¿Habrá de este pollo tan rico?

—Habrá todo lo que puedas comer, me encargaré de ello.

—Bien, entonces está decidido. Tú te encargas de la comida y nosotros de los chicos fuertes.

—También tengo las herramientas del abuelo.

—Vale, herramientas y comida. ¿Ves? Solo necesitabas chicos fuertes, y de esos nosotras tenemos de sobra.

—Gracias. No sé cómo voy a devolveros el favor, pero lo haré.

—Va, no digas tonterías, para esto están las amigas. —María podía decir lo que quisiera, pero me acababan de salvar de la mayor crisis a la que no podía enfrentarme. Le entregaría a mi primogénito por ello. Encontraría la manera de saldar esa deuda, lo haría.

—No se hable más. Este sábado, reunión familiar: trabajo y comida. A mí me parece un buen plan.

Capítulo 2

Miré al cielo y respiré profundamente. El clima nos iba a respetar, al menos eso presagiaba la ausencia de nubes. Aún no podía creer lo fácil que había resultado todo, aunque todavía sentía el temblor de mis hombros. No, no estaría tranquila hasta que el trabajo estuviese hecho.

—¿Y cuándo dices que llegan tus amigos?

—Espero que pronto, abuela.

En otro momento la abría acercado a mí, aferrado sus delgados hombros bajo mi brazo, y le hubiese metido la nariz en aquel estirado moño de pelo gris;

pero hoy no, no podía transmitirle esa seguridad ni esa jovialidad que ni yo misma tenía. Para mí era suficiente con parecer entera y tranquila. Por eso tenía los puños bien enterrados en los bolsillos de mis gastados jeans. “Va a salir bien, va a salir bien”. Repetía ese mantra una y otra vez en mi cabeza, intentando empaparme de él.

Sentí el tirón de mi camisa cuando la abuela se paró frente a mí. Miré hacia abajo, intentando sonreír.

—He preparado limonada. Seguro que tus amigos tendrán calor hoy.

—Una gran idea, abuela.

Escuchamos los motores entrando por la verja de madera, al otro lado del césped de la entrada. Empecé a contar los vehículos: uno, dos, dos coches, y una moto. María saltó de un SUV precioso, de esos extranjeros, del que también salieron tres hombres más. ¿Tres? Dos de ellos los conocía. Era difícil pasar por alto a los gemelos Di Ángello. Sí, me quedé con el nombre. Yo soy Ángela, ellos Ángello, difícil no hacerlo. El otro hombre era una versión más mayor de ellos. De la otra furgoneta salió un hombre de pelo muy oscuro y rasgos claramente latinos. Y de la moto... No pude ver al de la moto, se había metido a sacar algo de la parte trasera de la camioneta del hombre mayor latino.

—Hola, ya estamos aquí.

—Hola, bienvenidos.

—Bueno, las presentaciones. Estos son Tonny y Marco, pero seguro que los recuerdas.

—Sí, os he visto alguna vez por el hospital.

—Hola.

—Hola, bonito lugar.

—Gracias.

—Y este apuesto madurito es mi suegro, Tomasso.

—Puedes llamarme Tom.

—Mucho gusto.

—María me dijo que la comida estaba aquí, así que, si la comida está aquí, yo vengo aquí.

—Comerá todo lo que quiera.

—Ah, este señor tan guapo es mi padre, Manuel, y este chico aún más guapo, que viene detrás, es mi hermano Álex.

—Es un placer. Gracias a todos por venir en mi ayuda, no saben el enorme favor que me hacen. Ah, yo soy Angie, y esta señora tan dulce es mi abuela Lupe. Todo lo que necesitéis, pedídnoslo.

—Bien, ¿dónde está ese árbol que vamos a trinchar?

—Aquí detrás. Seguidme.

—Yo voy a hacer más limonada. Creo que la que tengo no va a ser suficiente.

—Oh, de acuerdo, abuela.

Hice un gesto con la cabeza y ella se metió en la casa. Si de algo presumía era de ser una gran anfitriona, y seguro que al ver a aquellos hombres pensó lo mismo que yo, que eran muchos y muy grandes. Había que tenerlos llenos y contentos. Empecé a caminar por el costado de la casa, cuando noté el brazo de María enredarse en mi codo. Decir que el temblor había desaparecido era mentira. Sí, habían llegado, pero ¡madre mía lo que había llegado! Decir que los Di Ángello eran atractivos era quedarse corta. Ver a aquel bombero en jeans y camiseta era... incendiario. El gemelo tampoco estaba nada mal. Y el padre... Bueno, de algún sitio tenían que haber sacado aquel estupendo material genético. De todos ellos, el padre de María era el más normalito, aunque tampoco desmerecía. Sus ojos eran increíblemente negros e intensos, y su boca tenía unos labios carnosos, que María había heredado. Bueno, María y su hermano, que... ¡vaya con su hermano! Le sacaba una cabeza a su padre. ¿Qué sería, metro noventa? Botas de motero, jeans desgastados, camiseta negra y ceñida, bastante usada por lo que parecía, chaleco de cuero negro y un tatuaje que asomaba bajo una manga en su bíceps derecho. Era para cortar la respiración. Guapo, no, esa palabra no le definía. Él era de esos hombres, que no chico, que entraba en un bar y no podías dejar de mirarle. Era una mezcla de cruda masculinidad con sexo duro y salvaje. Uf, demasiado para mí. Pero lo que me había desestabilizado era la primera imagen que se mezcló en mi cabeza. ¿He dicho que mi madre era fan fan de Lorenzo Lamas? Pues bien, he visto un enorme póster de ese tipo pegado en la pared de su habitación al menos por... ¿15 años? y juro que era él. Álex Castillo era “el renegado”. Sí, ese personaje que hizo Lorenzo lamas en los 90. Moto, melena al viento, barba de cuatro días, bíceps de acero..., sexo sobre ruedas. Bueno, sí tengo que reconocer que no son tan tan idénticos. Los ojos de

Álex no son tan pequeños y sus facciones son algo diferentes, pero... ¡Dios, cuando mi madre lo viera! Se le caerían las bragas. ¡Su Lorenzo Lamas en casa! Bueno, Álex es más... mucho más... ¿Cómo decir que está mucho mejor?

—¡Wow, esto es... es precioso! —Miré hacia el océano. Sí, sabía lo que María estaba viendo. Una enorme superficie de césped, quizás demasiado crecido, con una enorme rosaleda delimitando el final, y más allá el increíble mar turquesa. A la derecha, bosque bajo, y a la izquierda, un grupo de árboles, uno de ellos fuera de su sitio, echando la siesta sobre mi tejado.

—Sí, lo sé, el abuelo compró la finca hace casi 50 años. Se enamoró del lugar, nos dijo. Después construyó la casa, poco a poco.

—Creo que le entiendo. Levantarse con estas vistas cada día...

—Sí, es genial, sobre todo si te olvidas de las goteras, de las tuberías gritonas y de la electricidad que se va cuando quiere. Pero el resto es perfecto.

—¡Oh, no seas quejica! De las goteras venimos a encargarnos nosotros, ¿verdad, chicos? —Ninguno de ellos estaba mirando a las goteras. Y podía entenderlos. Yo viví allí toda mi vida, y aún me sentaba en el porche trasero a observar el mar durante horas.

—Eh..., sí..., goteras... Vamos a por ellas.

Lentamente empezaron a centrarse en el enorme árbol caído sobre el costado izquierdo del tejado. Justo encima de la habitación de la abuela. La había convencido de mudarse a una de las otras dos habitaciones al otro lado de la casa, más pequeñas sí, porque en el mismo espacio de la suya el abuelo había sacado un cuarto para mi mamá y otro para mí. Ahora la abuela dormía en el de mi madre, pero sabía que, en cuanto el agujero estuviese tapado, volvería a su cuarto. Solo lo abandonó el período que yo dormí junto a él. Por aquel entonces habíamos metido en aquella habitación las dos camas pequeñas. Cuando hay poco dinero, hay que adaptarse. La cama grande pasó a mi cuarto, donde ocupaba casi todo el espacio y las dos camas pequeñas, la de mi madre y la mía, habían ido a quedarse en la habitación de los abuelos. La abuela y mi madre dormían juntas en la cama grande. Después de que el abuelo muriera, la cama grande volvió a la habitación principal, y con ella la abuela. Mi madre no volvió a dormir en su cama desde entonces. Si tienes curiosidad, no, el abuelo no murió allí, lo hizo en un hospital, conectado a un enorme respirador, y cargado de morfina. Cuando el árbol cayó, conseguí meter a la abuela en la vieja cama de mi madre, tarea titánica. Casi no dormí la noche del jueves, y con los nervios

casi ni lo hice el viernes. Pero lo haría esa noche. Con el problema solucionado, mis nervios me dejarían dormir.

—Tengo que subir allí arriba para ver cómo podemos cortarlo.

—Hay una escalera y herramientas en la caseta.

—Vamos a ver qué tienes. —Caminé hasta la caseta seguida por Tonny y los dos Castillo; el resto se quedó junto al árbol. Tardé un poco en abrir la puerta, pero es lo que pasa cuando una puerta no se abre desde hace años.

—Vaya, tienes de todo aquí dentro.

—Mi abuelo siempre se ocupó de las reparaciones y del mantenimiento.

—Aquí tienes una buena mesa de carpintero. —Manuel Castillo examinaba la superficie de madera con apreciación, Álex la miraba con la cabeza inclinada, pero no parecía pensar en nada en concreto. Tonny revisaba la maquinaria bien ordenada en las estanterías y los altillos.

—Me llevaré la escalera y la sierra mecánica. Si necesitamos algo más, ya sabemos dónde encontrarlo.

—Lo que necesites.

Caminé hacia afuera y esperé a que todos salieran para cerrar la puerta. Era la costumbre, el abuelo la cerraba siempre. Creo que quería evitar la tentación de su revoltosa única nieta. Tonny y Manuel salieron con una escalera y la sierra. Esperé a Álex, pero este se había quedado dentro. Cuando metí mi cabeza allí, lo sorprendí inspeccionando el lugar con calma. Sus manos estaban metidas en los bolsillos traseros de sus pantalones, sus ojos repasaban cada superficie del taller del abuelo. No se giró hacia mí, pero él sabía que lo estaba observando. Escuchar su voz, dirigida a mí, me hizo dar un pequeño salto sobre mis pies.

—Tu abuelo tiene una buena colección de herramientas aquí.

—Le gustaba trabajar la madera.

Se giró hacia mí, posando aquellos ojos color avellana en los míos. Cuando alguien te mira de esa manera sueles evitar la mirada, o al menos eso suelo hacer yo, pero en aquella ocasión no pude. Algo, no sé qué, me mantenía petrificada. Estaba atrapada, no podía moverme.

—Ya me contó mi hermana que él construyó la casa.

—Sí. Tardó unos cuantos años, pero lo hizo solo.

No dijo nada, tan solo asintió con la cabeza y empezó a salir fuera. Me aparté y cerré la puerta tras de mí, aunque no la aseguré. Sabía que tendríamos que volver allí en algún momento. Mientras caminaba, noté un escalofrío recorrer mi espalda. No, no se había ocultado el sol detrás de una nube, fue por culpa de aquel hombre que caminaba unos pasos por delante de mí. El hermano de María era raro, muy raro, aunque no sabría decirte por qué. Había algo en él...

Capítulo 3

Álex

Cuando mi hermana me metió en esta batalla, supe que era por una buena causa, y que no podía librarme. Si había algo que hacía bien María era oler a una persona que necesitaba ayuda, y esa familia la necesitaba. Y lo otro que hacía bien mi hermana pequeña era conseguir que hiciera lo que ella quisiera. Nunca pude decirle que no a nada.

Cuando estábamos llegando a la propiedad, pensé que era una zona de ricos, pero a medida que avanzamos vi que el asfalto de la carretera empeoraba. La verja de madera que delimitaba la propiedad era demasiado sencilla. Luego, aquella pequeña casa me convenció del todo. No, no era un lugar de ricos. Seguramente la propiedad valdría un dineral y alguien con dinero se construiría una mansión espectacular en ella. Pero de momento aquel increíble paisaje era territorio casi virgen. Que una joya así estuviera en manos de gente sencilla era algo asombroso ya de por sí. El océano tenía aquel color que solo he visto en Miami. Ya, lo sé, me estoy poniendo filosófico y todo ñoño, y eso no me pega. Pero ese es mi secreto. Me puede gustar conducir mi moto, saborear una buena cerveza fría directamente de la botella, mientras espero mi hamburguesa con queso de la barbacoa del tío Alejandro, pero no por ello dejo de ser una persona sensible, alguien que puede apreciar la belleza de todas las cosas. La abuela Caridad siempre ha dicho que tengo alma de artista, porque aprecio cosas que pasan desapercibidas para otros. La verdad es que me fijo en los detalles que

otros pasan por alto. Cuando junto todas las pequeñas pistas es como si me hablaran. ¿Cómo explicarlo? Por ejemplo, la casa. Es pequeña, el tamaño justo para una pequeña familia, sin pretensiones. Pero también dice que no había mucho con lo que contar. Es robusta, aunque bonita. El que construyó aquella casa quiso que aguantara muchos años, que fuera resistente, que protegiera a su familia. También había mucho amor en ella, con cuidados detalles para hacerla hermosa a la vista, para que agradara a una mujer. El que hizo aquella casa la hizo con amor porque le gustaba lo que hacía y porque amaba a aquellos que iban a vivir en ella. Sí, lo sé, divago un poco, no necesito saber todas esas cosas para quitar un maldito árbol y arreglar un tejado, pero soy así. Puedo no hablar mucho a veces, pero mi cabeza siempre está dando vueltas. Como con esa chica, la amiga de María, Angie. Sí, recuerdo su nombre. Es mi cruz, tengo mucha memoria y soy muy inteligente. Que trabaje en un taller mecánico instalando equipos de sonido puede parecer poco para alguien con mis capacidades, pero considero que trabajar en algo que te gusta compensa el sueldo que no gano. Calidad de vida lo llamo.

A lo que iba, Angie. No es que me diera lástima, o tal vez sí, no lo sé exactamente. Tenía ojeras bajo sus ojos, y su cuerpo parecía cansado y tenso, casi al borde del colapso. Era como un cachorrito mojado y agotado después de caminar varios kilómetros bajo un aguacero, que llega a una puerta buscando refugio. ¿Quién podría resistirse a secarlo, darle de comer y ponerle una mantita cerca del fuego? Pues eso, es imposible no querer ayudarla.

Cuando vi el interior del taller del abuelo, noté algunos detalles interesantes. Aquel hombre era ordenado, concienzudo y disfrutaba trabajando la madera. En una esquina había un “pasamanos” a medio hacer. ¿Qué le habría impedido terminar aquello? Las preguntas empezaron a bombardear mi cabeza, pero como siempre las aparté a un lado. Había ido allí a realizar un trabajo, lo demás era secundario.

—¡Mierda! Necesitamos cortar antes las ramas de la parte superior. ¿Hay alguna sierra pequeña entre las herramientas de tu abuelo, Angie?

—Creo que tenemos una podadora para las ramas altas. Voy a buscarla. — Sí, la había visto y sabía que estaba en un lugar que ella no iba a alcanzar. Así que pegué un salto y empecé a caminar detrás de ella.

—Te acompaño. —Ella asintió y empezó a caminar delante de mí. Su actitud no me sorprendía, me había pasado antes. Sé que daba la imagen de tipo

duro, en gran parte porque lo era, pero ella tendría que aprender a confiar en mí, no iba a hacerla daño ni nada de eso, y tenía que darse cuenta lo antes posible, si no, no podría dejar de andar tensa alrededor de nosotros, bueno, de mí. ¿Por qué mierda me importaba a mí eso? Yo solo iba a reparar su tejado y luego me largaría.

—Allí arriba.

—Lo veo. —Me estiré y saqué la herramienta con cuidado. Sí, soy un tipo duro, pero hasta las cuchillas de una podadora me pueden cortar algo que me interese conservar, ya se sabe, dedos, orejas, el cuello, cosas de esas a las que tengo aprecio.

—Vaya, no he visto muchas de estas.

—El abuelo la usaba para cortar las ramas altas de los árboles. Él se encargaba de la poda.

—Se tomaba en serio su trabajo.

—Siempre decía que, si vas a hacer algo, mejor hacerlo bien.

—Buena filosofía. —Y sonrió. Una sonrisa pequeña, tímida, pero sincera y amable. Sí, eso estaba bien, íbamos por el buen camino. Tenía una sonrisa bonita, muy bonita. Habría que hacerla salir más a menudo.

—Hola, Angie. —Un tío apareció de la nada, y aunque parecía que Angie le conocía, no pude evitar notar que se puso tensa.

—Hola, Gus. ¿Cómo tú por aquí?

—Había oído que sufriste destrozos con la tormenta del jueves y venía a ver si necesitabas ayuda. Pero veo que ya lo tienes cubierto.

—Eh..., sí. Unos amigos han venido a ayudarme con ello.

—Ya. Eh..., también quería preguntarte por lo de la graduación.

—Nos veremos allí, sí.

—No, quería preguntarte a qué hora paso a recogerte. —Ahí estaba, ese gesto que ese idiota tenía que interpretar, y que parecía no ver. Cuando una chica mira hacia el suelo, cierra los ojos y se aprieta la base de la nariz con dos dedos... eso quiere decir que te han dicho algo que no has querido entender.

—No voy a ir contigo, Gus.

—¿Por qué?, ¿acaso vas a ir con él?

—No voy a ir con él. Y tampoco tendría que darte explicaciones de con quién vaya o deje de ir.

—Deberías. —Hasta ahí. Hay veces que hay que dejar las sutilezas y decir las cosas directamente. Y si ella no lo hace... quizás necesite una ayuda.

—Ella ha dicho que no va a ir contigo. Punto. Si nos disculpas, estamos trabajando.

—Es mi novia, tengo derecho a saber algunas cosas. Como el hecho de que tú estés aquí, ayudándola, cuando debería ser yo.

—No... soy... tu novia.

—Hemos estado saliendo.

—Dos citas, Gus. Salimos en dos citas, hace dos meses. Eso no nos convierte en novios ni significa que estemos saliendo.

—Han sido más de dos veces, Angie.

—Intercambiar apuntes y coincidir en la biblioteca para estudiar no es salir, Gus.

—¿Así me agradeces mi ayuda con los exámenes?

—Intercambio de apuntes. Me prestas, te presto. Nada más. —Suficiente, el tipo no quiere entender y yo no tengo paciencia.

—Bien, Gus, creo que ya ha quedado todo claro. Angie no es tu novia y no va a ir contigo a la graduación, así que ya puedes irte y dejarnos en paz.

—Vas a ir con él.

—No voy a...

—Sí, va a ir conmigo. ¿Algún problema? —Sé que, si me planto delante de ese tipo y le miro directamente a los ojos, de esa manera que dice “me estás empezando a tocar las pelotas, y no soy de esos tipos a los que les gusta que les toquen las pelotas”, seguro que entenderá que no es bueno seguir por ese camino.

—No, ninguno. —Genial, el tipo recula un par de pasos, se gira y sale por patas. Sin despedirse. Un grosero, o un gallina con prisa, o las dos cosas, me da igual. El caso es que por fin ha dejado de dar la lata.

—Lo siento.

—El idiota es él, no tú. No tienes que disculparte.

—Será mejor que llevemos eso a Tonny. —Asiento y caminamos de nuevo a la parte de atrás de la casa.

—¡La leche, qué pedazo máquina! —Tonny se estiró para cogerla y comprobar el mecanismo, y cuando la hizo sonar, su cara se iluminó con una sonrisa de niño de tres kilómetros de ancho. Sí, este tío era de los míos: danos un juguete nuevo y nos haces felices.

Cinco tíos grandes, con dos escaleras, una sierra mecánica, una podadora y herramientas, muchas herramientas. Aquello era una fiesta.

Capítulo 4

Hacía mucho tiempo que no se oía reír a un hombre en nuestra casa, y mucho menos a cinco. Incluso la abuela Lupe se animó y puso la radio. En cuanto las rancheras sonaron en la parte de atrás de la casa, no pude evitar reírme a carcajada limpia. Ver la cara de esos pobres hombres... Tonny era un poema, creo que nunca antes había oído una. Marco enseguida empezó a reírse como yo, estaba doblado por la mitad, intentando no soltar la escalera que sostenía para su hermano. Tom empezó a sonreír, sacudiendo su cabeza al ritmo alegre de la radio. Parecía como si aceptara la invitación de la abuela, sin importarle desconocer lo que decía la letra de las canciones. Y Álex... Bueno, Álex simplemente alzó una ceja, inclinó la cabeza ligeramente y, después de unos segundos, la sacudió y empezó a sonreír. Algo me decía que se había parado a escuchar lo que gritaba el cantante, y después de entender de qué iba el asunto, decidió que era divertido.

—Está empezando a picar este maldito sol. —María llegó hasta mí con un vaso de limonada fresquita. Maldita sea si tenía razón. Yo solo estaba sujetando el tronco del árbol desde abajo, para que no se balanceara mientras cortaban las ramas, y eso ya me estaba haciendo sudar como un cerdo.

—La abuela dice que cuando pica así acabará lloviendo.

—Entonces será mejor que estos chicarrones se den prisa. —La cucaracha llegó desde el camino de entrada. Todas las cabezas se alzaron curiosas y sorprendidas. Sí, mi madre sabía cómo hacer una entrada triunfal, aunque no supiera que lo estaba haciendo. El reclamo de La cucaracha era su carta de presentación, allí donde fuera. Sus clientes lo oían, y sabían que su comida llegaba. Y cómo no, cuando llegaba a casa, saludaba a todos diciendo: “Eh, Carmen Morales ha llegado a casa”. Nunca antes había cuestionado aquella costumbre; al fin y al cabo, el abuelo lo había hecho desde el día que compró aquella furgoneta.

—Llega la comida. ¿Quién tiene hambre?

—Más vale que sea mucho, porque tengo más hambre que un perro callejero. —Los chicos empezaron a sujetar las herramientas, y supongo que después bajarían de las escaleras. No me quedé a mirar. Entré en la casa y llegué a la cocina. Mi madre entraba por la puerta principal con un enorme contenedor.

—Ya estoy aquí. ¿Dónde están esos chicos hambrientos?

—Hola, mamá. Ahora llegan.

—¿Qué hay de comer?

—Ah, aquí... oh, Dios... es... Lorenzo... —Lo sabía. Cuando mi madre viera a Álex todos sus sueños de infancia se verían realizados. ¿Cuántos años tenía cuando se enamoró perdidamente de Lorenzo Lamas? ¿Diez? Podía imaginar cómo se sentiría. Mi flechazo fue con Brad Pitt. Desde que lo vi en Troya me obsesioné con él. Desde ese día rebusqué en todas las biografías que encontré de él, vi todas sus películas, e incluso tenía mi carpeta del instituto forrada con su foto. Verlo ahora, en mi cocina, todo sudado y sonriendo... Me daría un infarto, seguro.

—Mamá, este es Álex, el hermano de mi amiga María.

—Encantado de conocerla, señora.

—Carmen... Soy Carmen.

—Es un placer.

—Y estos dos chicos son Tonny y Marco, y no, no estás viendo doble, son gemelos.

—Ah...

—Mucho gusto.

—Este es su padre, Tom, y este otro es el padre de Álex, Manuel.

—Encantado de conocerla.

—Llevamos toda la mañana haciendo méritos para esa comida, ¿dónde está?

Mi madre estaba en shock, pero aun así consiguió mover su dedo y señalar el contenedor. No, no creo que pudiese hacer mucho más, así que me fui hacia la enorme caja y la destapé. Enseguida el delicioso olor al pollo asado invadió la cocina.

—Ummmm, huelo a cielo.

—Para ti siempre es el cielo si huele a comida, papá.

—Solo si es buena, Tonny, solo si es buena.

—Umm, sea lo que sea, yo quiero dos.

—Creo que mi madre ha traído bastante. Id sentándoos a la mesa, que os voy sirviendo.

—¡Eh, dejad algo para mí, glotones!

—Ah, esta es María.

—Mucho gusto, señora.

—Ven, siéntate aquí. Te he guardado un sitio junto al mío.

Tonny retiró la silla para ayudar a su prometida a sentarse. Sí, señor, estaba bien educado. ¿Por qué no tenían un hermano? Por más pucheros que hiciese, no se iba a obrar el milagro.

Había mucha hambre en aquella cocina. Creo que iban por la mitad del plato, cuando mi madre parpadeó por fin. Sí, una vez que pasa el shock viene la aceptación, y después... “Señor, que no se ponga histérica, que no se ponga histérica”. Repetirlo muchas veces no iba a hacer que ocurriera, pero tenía que intentarlo.

—Álex, es... es tuya la moto de fuera, supongo.

—Sí, señora.

—Carmen, llámame Carmen.

—Sí, Carmen. ¿Te gusta?

—Me encanta.

—Esto está delicioso, Carmen.

—¿Eh? Oh, sí. Gracias. Receta de mi padre.

—El pollo está crujiente por fuera y tierno y jugoso por dentro. Una delicia.

—Lo sé.

—¿Puedo tomar otro trozo?

—Eh..., sí, claro.

Mamá tomó el plato sin prestar atención a Tom. ¿Cómo iba a hacerlo si tenía los ojos pegados en Álex? Menos mal que él, aunque se dio cuenta de ello, no pareció sentirse incómodo. Tan solo la miró a ella, luego a mí, y después sonrió con picardía y siguió comiendo. Ufff. Podía decir, sin temor a confundirme, que bajo aquella fachada de tipo duro había algo totalmente diferente.

Capítulo 5

Sé que no íbamos a poder reposar mucho la comida, pero esos pocos minutos fueron un regalo para mis piernas y mis brazos. Si yo estaba así, no podía ni imaginar cómo estarían ellos. María dejó caer su trasero en el peldaño de madera en el que yo estaba.

—Dos minutos, solo dos minutos. Lo prometo. —El teléfono sonó en su bolsillo y al cogerlo su rostro se iluminó.

—María Castillo... Sí... ¿En serio? Vaya... Sí..., una lástima... Sí..., seguro..., no se preocupen.

—¿Todo bien?

—Odio la temporada de huracanes. —Me enderecé en mi asiento y me acerqué un poco más a ella.

—Parece que todo se pone en nuestra contra. ¡Por Dios! ¿Cómo puede ser tan difícil casarse?

—¿Qué ha pasado? Cuéntame.

—Primero las fechas: o nos casamos dentro de 20 días o no podremos hacerlo hasta dentro de un año. Cuando consigo convencer al padre Mateo y encuentro un restaurante, va la tormenta y se carga las dos cosas de un plumazo.

—¿Qué quieres decir?

—Que la tormenta ha tirado parte del campanario de la capilla del padre Mateo y la van a cerrar para arreglarlo, y al restaurante le ha volado media cubierta del comedor. Seguro que nos han echado un mal de ojo. —Verla tan triste me partía el corazón. Sé que con Tonny todo fue muy rápido, de la noche a la mañana se hicieron novios, y de ahí a comprometerse..., puf, un suspiro. Casi como me habían contado que pasó con Marco: en menos de un mes, pasaron de tener su primera cita a vivir juntos. Estos italianos no perdían el tiempo. Y así, como quien no quiere la cosa, una idea se abrió camino en mi cabeza. Tenía la solución.

—¿Por qué no lo haces aquí?

—¿Aquí?

—Sí. Ya has visto que hay terreno de sobra para poner una carpa y un escenario, e incluso unas sillas y un altar. ¿No era esa tu idea?

—¿Tú crees que...? —Sus ojos se iluminaron como dos lamparitas de aceite.

—No he organizado muchas bodas, pero supongo que no será difícil de contratar cosas como esas. Tres o cuatro baños portátiles y un servicio de catering y ya tienes una boda en marcha.

—Suen a posible.

—Porque lo es. Y si no consigues el catering, yo sé de alguien que puede hacer todo el pollo ranchero que necesites. —Los brazos de María se envolvieron en mi cuello con un abrazo asesino. Casi me tiró al suelo, pero no me importó. Estaba feliz, y yo había sido la causa de ello.

—Dios, eres genial. Mi milagro. ¿Estás segura?

—Totalmente.

—Uh, tengo que decírselo a Tonny. Seguro que le gusta la idea.

Y como si un incendio le persiguiera el trasero, salió corriendo hacia su novio. Tonny se contagió del entusiasmo de María y la lanzó al aire antes de que terminara de hablar. Bueno, lanzarla al aire no exactamente, la agarró por la

cintura y se puso a girar con ella en sus brazos, haciendo que su cuerpo se elevara. Era como ver a dos niños grandes divirtiéndose. Cada vez me gustaba más aquel bombero.

Me levanté y fui al encuentro de la abuela. Tenía que darle la noticia: su nieta había vendido su hogar durante un día.

—Abuela.

—Dime, cariño.

—Verás, le he ofrecido a María nuestro jardín para celebrar su boda. — Así, sin rodeos. Como decía la abuela, las noticias se daban así, como se quitaban las tiritas, de un tirón.

—¿Eh?

—Te explico. María y Tonny, esos dos que están girando como una peonza en nuestro jardín —les señalé con el dedo al otro lado del cristal— iban a casarse dentro de 20 días, pero el temporal que tiró el árbol sobre nuestro tejado destrozó la iglesia en la que iban a casarse, y el restaurante salió volando.

—¡Vaya, qué tragedia!

—Como han sido tan amables de ayudarnos con nuestro problema, sentí que debía ayudarla con el suyo. —La abuela observó a la pareja con cariño. Estaba claro que a la abuela, igual que a todas las mujeres, le cautivaba una buena historia romántica, y aquellos dos eran una en carne y hueso.

—Hiciste bien, sí, señor.

—Entonces, ¿no estás enfadada?

—No, qué cosas tienes. Sabes que esta es tu casa, y lo que quieras hacer con ella está bien hecho.

—No es mía, es tuya.

—Eso lo arreglo en cuanto cambie las escrituras.

—No, abuela, eso no.

—¡Qué más da ahora o cuando me muera! Si lo hago ahora, no ahorramos mucho papeleo.

—No, abuela, será tuya hasta el día que te mueras.

—Eres una cabezota.

—Es genético. —La achuché bien fuerte, y ambas nos giramos para mirar el jardín y la gente esparcido por él, tomando el sol y reposando la comida.

—Una boda.

—Sí.

—Hace que no voy a una boda... Desde...

Sabía la respuesta a eso, desde que se casaron ella y el abuelo. Mamá era hija única, y ella nunca se casó. Os preguntaréis de dónde salí yo y mi apellido Chasse. Pues, resumiendo mucho la historia. Mi madre se echó un novio que la dejó embarazada, y que ella sorprendió al poco tiempo tirándose a otra chica. Así que lo mandó a la mierda, pero le obligó a reconocermé, por eso me apellido Chasse. Mi madre me explicó que lo de ser madre soltera..., bueno, que no era bien visto por la familia de la abuela, pero como vivían en México y con ponerme a mí el apellido de mi padre bastaba, pues eso, así se quedó la cosa.

Pero dejémonos las historias viejas en el pasado, donde no molesten. Ahora teníamos una boda que disfrutar y, sobre todo, preparar. Miré la vasta extensión de terreno ante mis ojos. Sí, tenía mucho trabajo por delante. La hierba había que segarla, podar un poco los rosales, y acondicionar la entrada para que aparcaran algunos coches. Muchos no entrarían, pero si alquilaban un par de autobuses... Sí, esos sí que entrarían. ¿He dicho que teníamos mucho terreno? Pues sí, el abuelo bromeaba diciendo que, si lo despejaba del todo, se podría jugar un partido de la Super Bowl. Solté el aire rápidamente. Un día de estos, estas decisiones precipitadas mías se volverían en mi contra. De momento, solo podía hacer frente a las consecuencias con el mejor ánimo. Angie, me decía, estarías más guapa con la boca cerrada. Ah, no, nada de arrepentimientos. Lo bien hecho, bien hecho estaba, así que al trabajo. Como decían los romanos, quid pro quo (una cosa por otra). Ellos me ayudan, yo les ayudo, así de simple.

Capítulo 6

Y como siempre pasa, cuando se trata del tiempo, los viejos siempre tienen razón. El cielo se volvió gris casi en un suspiro. La tormenta rugía sobre el océano, acercándose deprisa. Manuel saltó del último peldaño de la escalera y puso las manos en las caderas, mientras observaba su trabajo.

—Bueno. Con el árbol quitado y el agujero tapado con esa plancha de madera, podrás pasar esta noche tranquila. No creo que entre agua. Mañana vendremos a terminar de retejar, y tu tejado estará arreglado.

—Qué bien. Justo a tiempo.

—¡Hey! Soy un profesional.

Manuel sonrió a su hijo y le dio una fuerte palmada en la espalda. Si me la hubiera dado a mí me habría roto la columna vertebral. Pero Álex parecía que había recibido una pequeña caricia. El hombre era un toro. Toda la piel de ese hombre, la que vi ese día, me haría tener sueños eróticos el resto de mi vida. Cuando dije que parecía un tipo duro, no me refería al cuerpo que ocultaba debajo de esa camiseta. ¡Señor, ese era un cuerpo para pecar! No era como el bombero, sus hombros no estaban tan desarrollados, pero no le andaba muy lejos. ¿Y ese cuerpo se conseguía instalando equipos de sonido en los autos? Puf, pues los gimnasios podían irse a la quiebra. Ahora estaba otra vez tapado por una camiseta limpia, y ese chaleco de cuero que le daba un aire a motero recio que... ríete tú de Sons of Anarchy.

Un resplandor seguido de un estruendo nos hizo volvernos hacia el océano. Las nubes casi negras sobre el mar, y con aquellos destellos lejanos, eran un espectáculo hermoso, pero no presagiaban nada bueno. Manuel y Álex fruncieron el ceño a la vez, casi de manera idéntica. No podían negar que eran “rama y astilla”. Manuel enfrentó la tormenta con las manos en sus caderas, como desafiándola, mientras que Álex se puso a toquetear su teléfono. Un extraño ruido retumbó en el fondo de su garganta, como ese ruidito que hacen los perros cuando te avisan de que están a un poquito de saltar sobre tu yugular. Y como si fuera el aviso de un rottweiler, se me puso la piel de gallina.

—La previsión no es buena.

Álex alzó la vista hacia mi tejado y se perdió allí, como si buscara algo en concreto. Manuel lo observó en silencio unos segundos, después se acercó a Álex y se inclinó un poco para intentar ver lo que su hijo estaba observando.

—¿Tú qué piensas?

—Que no creo que aguante si se cumplen las previsiones de viento.

—¿Cuánto dan?

—Por encima de 120 km por hora.

—Uf, eso es serio. —Manuel se concentró en la plancha de madera que ahora tapaba temporalmente el agujero de mi tejado. Había una lona impermeable encima de ella, pero el viento ya estaba sacudiéndola.

—Esperemos que mañana no nos encontremos más desperfectos.

—Rezar no servirá de nada. Voy a quedarme.

Manuel miró a su hijo con comprensión. A mí se me escapaba esa parte de la conversación que no decían, y que ellos sobreentendían. ¿Y luego decían que a las mujeres era difícil de entendernos? Ya, seguro, pero... lo que sí había entendido es que Álex pretendía quedarse en mi casa esta noche. Como si la abuela fuese a permitir que un hombre, que acabábamos de conocer, se quedara a solas con nosotras. ¡Ja!, ni de broma. Y hablando del rey de Roma...

—¿Qué sucede?

—La tormenta ha llegado demasiado pronto, y trae vientos muy fuertes. Alguien tendría que encargarse de vigilar el tejado. Por seguridad, ya sabe.

—¿No está terminado? He visto cómo tapasteis el agujero.

—Es algo provisional, para que puedan pasar la noche a cubierto. Teníamos previsto terminarlo mañana, pero la tormenta se ha adelantado.

—Vaya.

—Me quedaré para reforzar el tejado. Quizás así aguante hasta mañana.

—¿Crees que será suficiente?

—Haré lo que pueda.

—No se preocupe, señora Lupe. Si Álex se encarga de ello, yo me voy tranquilo.

—¿También es un buen carpintero como tú? —Manuel sonrió complacido. Eso de que reconocieran su trabajo lo hinchaba como un globo de feria.

—Se defiende bastante bien. Trabajó en ello cuando era más joven. —El bufido de Álex casi me hizo reír, pero me contuve. A él no le parecía una buena manera de decirlo, o quizás pensaba que su padre exageraba, no lo sé. El caso es que se encogió de hombros y empezó a caminar hacia la parte de delante de la casa.

—Voy a poner a cubierto la moto y cogeré más material.

—Me quedaré un poco más para ayudarte.

—Angie puede sujetarme la escalera, y tú tienes un buen camino hasta casa. No quiero que te pille la tormenta de camino.

—Sí, yo le ayudaré.

—Bueno, si estáis seguros... Volveré mañana.

Y así, Manuel se fue, Álex empezó a moverse, la abuela entró en casa y yo me quedé allí parada. El tipo duro, raro y macizo se iba a quedar a dormir en mi casa. Si me pinchan no sangro. Cuando salí de mi estupor, salí corriendo hacia la vieja habitación de mi madre. Tenía que preparar un lugar para que ese “cuerpazo” pudiese acomodarse para dormir. Ni de broma iba a caber en nuestro sofá, pero no había muchas más opciones.

Capítulo 7

No sé qué hay en la cabeza de la abuela, pero va a acabar conmigo. Con lo cansada que estoy, con las ganas que tengo de meterme en una cama y dormir, y ella se empeña en hacerlo todo más difícil. Sí, supongo que ha pensado lo mismo que yo, que Álex necesita una cama. Por eso se ha empeinado en dormir en el cuarto principal, en la cama grande.

—Ese chico se va a encargar de que aguante, no te preocupes.

—Abuela, no puedes dormir ahí. ¿Y si se levanta la cubierta?

—Tonterías. No va a pasarme nada. Y si pasa, no voy a morirme por un poco de agua.

—Si sigues insistiendo, deja que sea yo la que duerma allí.

—Ni hablar, es mi cama y yo duermo allí. —Para qué insistir. Podía estar así toda la noche, que no iba a conseguir nada. Dejé caer mis hombros y me rendí.

—Está bien. Al menos deja que te ponga más mantas. —Topé con Álex cuando salía de la habitación. Por su expresión estoy segura de que oyó nuestra conversación.

—No digas nada.

—No iba a hacerlo.

Caminé hasta la habitación de mi madre y cogí las mantas del armario. Desde que nadie la usaba, la habitación se había convertido en el lugar donde todo se guardaba. Regresé a la habitación principal y encontré a la abuela metida bajo el cobertor. Su cabello gris, meticulosamente recogido, destacaba sobre las sábanas blancas. La tapé, la arropé como si fuera un niño pequeño, la besé en la coronilla, salí de la habitación y cerré la puerta con cuidado. ¿Cuántas veces había hecho eso ella conmigo? Ni lo recuerdo.

El ruido del viento en el exterior me devolvió al presente. Fui a mi cuarto, me puse un impermeable con capucha y salí al exterior. Álex esperaba con un pie sobre el primer peldaño de la escalera el cinturón de herramientas en sus caderas y aquella cara inexpresiva otra vez en su rostro.

—Sujeta fuerte. No tardaremos mucho. —Y lo hice. Sostuve aquella maldita escalera hasta que Álex descendió de ella. La lluvia había llegado y nos había empapado a ambos. Mis manos estaban tan ateridas de frío que no podía mover los dedos.

—He reforzado todo lo que he podido. Esperemos que sea suficiente.

—De acuerdo.

—Llevaré la escalera a su lugar. Será mejor que entres y te quites esa ropa mojada de encima.

—Lo haré.

Me castañeteaban los dientes y los brazos se me pegaban contra mi cuerpo de forma involuntaria. ¿Y Álex? Aquel tipo era una roca. Él no temblaba, él no tenía frío, solo quizás un poco de esa piel de gallina asomaba en sus bíceps. Era el hombre de piedra. ¡Pero qué piedra! La camiseta se le había pegado a la piel, dando forma a un cuerpo que era imposible dejar de mirar. El David de Miguel Ángel era un escuálido a su lado. Lo vi alejarse por el costado de la casa y regresé al interior. Me quité la ropa mojada y me puse el pijama más calentito que encontré. Sí, parecía un osito de peluche rosa y gris, pero eso me daba igual. Busqué alguna ropa seca que podría servirle a Álex: solo encontré una camiseta gastada del abuelo y unos pantalones cortos de deporte, tan viejos que la goma ya ni sujetaba. Pero no podía hacer más, o se apañaba con aquello o dormía desnudo. Uf, tenía que dejar de hacer aquello, mi cabeza estaba desbocada y no hacía más que imaginármelo de todas las formas posibles.

Escuché la cristalera trasera cerrarse y salí para encontrarme con Álex. Le

tendí la ropa evitando tocarlo.

—No tenemos nada mejor. No solemos tener visitas de tu tamaño por aquí.

—Servirá, no te preocupes.

—La cama de ese cuarto está hecha y en el baño tienes toallas limpias bajo el lavabo. Será mejor que te duches para entrar en calor. —Me miró con el ceño fruncido, como si tuviera rayos X en sus ojos.

—Tú no te has duchado.

—El calentador es viejo y pequeño, prefiero que uses tú el agua que queda. Eres el que ha estado allí arriba sin un impermeable. —Noté como se tensó su mandíbula. Asintió y caminó hacia el baño con la ropa seca.

—Deja la ropa mojada en el lavabo, luego pasaré para meterla en la secadora.

No escuché una respuesta, pero sabía que me había oído. Sí, podía estar muy bueno, pero tenía esos momentos en que una olvidaba que estaba para comérselo. Esperé hasta que oí el agua correr. Entreabrí la puerta, recogí la ropa mojada y, sin mirar donde no debía, me fui a cumplir con mi trabajo. Metí la ropa en la secadora y me fui a dormir a mi cama. Tenía que sacarme de la cabeza la imagen de aquel hombre y seguro que conseguiría dormir como un bebé, o eso esperaba; pero iba a ser muy difícil, por muy raro que fuera.

Capítulo 8

—¡Angie! ¡Angie!

El grito de la abuela me hizo saltar de la cama como un cohete. Llegué a su lado, justo a tiempo para ver a Álex corriendo dentro de la habitación. La abuela estaba empapada como si se hubiese caído en una piscina. Sus manos estaban heladas y su pequeño cuerpo temblaba violentamente. ¿Cuánto tiempo habría estado gritando hasta que la oí? Por su estado fue demasiado.

—Ya estoy aquí, abuela, ya estoy aquí.

—Sácala fuera. La ventana se ha salido del marco y entra demasiada agua.

Tomé la manta que me tendía Álex y la saqué de allí, no sin antes volver a colocar mis ojos dentro de sus cuencas. Estaba casi desnudo. Solo... solo llevaba

puestos los viejos pantalones y le quedaban tan justos que los músculos de sus muslos se marcaban cada vez que daba un paso. El agua lo había mojado también y goteaba por su piel de una manera... Sacudí la cabeza y empecé a caminar hacia el baño con la abuela. Necesitaba hacerla entrar en calor lo antes posible.

Dentro del baño, le quité el camisón mojado y la metí bajo el agua caliente. Por suerte, había pasado el tiempo suficiente como para que el calentador estuviese lleno de nuevo. La dejé allí mientras volvía a la habitación y recogía un camisón seco para ella. Álex estaba en el exterior, intentando recolocar la ventana en su sitio. La tormenta le golpeaba con fuerza, pero él parecía estar únicamente centrado en su trabajo.

—¡Llevaré esto y volveré para ayudarte! —grité todo lo que pude, para que mi voz se oyera por encima de la tormenta.

—Ocúpate de ella, yo puedo con esto solo.

Su voz llegó amortiguada por el ruido de la lluvia contra el tejado, pero tenía ese tono de mando que parecía no aceptar una réplica, así que obedecí. Regresé al baño, ayudé a la abuela a secarse y le puse el camisón. Después la metí en mi cama y la tapé con las pocas mantas que quedaban secas. Cuando regresé a la habitación grande, una enorme lona cubría la pared exterior y escuchaba el golpeteo constante del martillo sobre la madera. Recogí el agua de la habitación con las mantas mojadas y lo llevé todo a la secadora. Saqué la ropa de Álex de ella, pero aún estaba algo húmeda. La extendí sobre la lavadora y metí la carga mojada para secarla. Después, fui a la cocina y puse un cazo con leche a calentar. Regresé a la habitación para comprobar cómo iba Álex con su tarea.

—¿Puedo ayudarte?

—No, ya está. —La voz vino a mi espalda. Me giré y me lo encontré secándose el pelo con una pequeña toalla.

—No sé si quedará algo de agua caliente. Haz la prueba. Mientras... he recordado que tengo algo que quizás...

Me alejé de allí y caminé deprisa a mi habitación. Tenía un viejo pijama del abuelo, uno de antes de que enfermara. Los días que me quedaba en casa a estudiar me gustaba ponérmelo y tirarme en la cama con mis libros de texto. Abrí el cajón y rebusqué en el fondo. Cuando lo saqué, casi me pierdo en la

nostalgia, pero no me lo permití. Corrí hacia el baño y llamé a la puerta. El ruido del agua llegó hasta mí, así que dejé el pijama en un lugar donde pudiese verlo. Después, regresé a la cocina.

Álex entró en la cocina minutos después, con un pijama a rayas, a todas luces pequeño, que le llegaba por debajo de la rodilla, aunque no se ajustaba demasiado. Eso el pantalón, la camisa... era otra historia. Las mangas no llegaban a cubrir sus hombros, mientras él luchaba por subir la camisa más arriba. Ni que digamos intentar unir ambas partes delante del pecho para abotonarlas. Algo físicamente imposible.

—Es inútil, el abuelo era más pequeño que tú.

—¿Tú crees? —Empezamos a reír casi al tiempo. Él finalmente se quitó la camisa del pijama. Cogí la taza de chocolate caliente, que había preparado para él, y se la tendí.

—¿Llegó el agua caliente?

—No había mucha.

—Esto te hará entrar en calor. —Seguí sus labios mientras se posaban en la taza y paladeé el chocolate de mi taza para evitar ser sorprendida mirando embobada cómo bebía él de la suya.

—Está bueno.

—Está caliente, es lo que importa.

—Eso también. —Nos quedamos en silencio, mientras bebíamos nuestro reconstituyente néctar. Hasta que Álex terminó el suyo y se dispuso a aclarar la taza en el fregadero.

—Déjalo, lo haré yo después.

—Mi madre me enseñó a hacerlo así.

—Está bien. Ve a la cama, estarás cansado.

—Sí. —Cuando se fue, recogí las tazas y me dispuse a prepararme para aquella larga noche. Entré en el cuarto donde dormía la abuela, abrí el armario, saqué mi único abrigo y me fui al sofá. Coloqué mi cuerpo pequeño bien arropadito bajo la tela y cerré los ojos. No tardé en quedarme dormida. El chocolate caliente y el cansancio se encargaron de ello.

Estaba en la gloria, tan calentita, tan cómoda. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cálida en aquella casa. El chocolate caliente era un milagro, tendría que repetir esa receta más a menudo. Recoloqué mi descansado cuerpo y noté cómo el calor se alejaba de mí. Me estiré intentando recuperar mi abrigo, pero mis dedos no lo encontraron. De todas maneras, el cojín del sofá nunca me había parecido tan suave. Abrí los ojos y descubrí por qué: estaba en una cama, concretamente en la de la habitación de mi madre, en la habitación en la que debía estar durmiendo Álex. Abrí los ojos de inmediato, me giré sobre mí misma y mis manos encontraron el lugar a mi lado aún caliente, como si algo cálido hubiese estado allí hasta no hace mucho tiempo. Y entonces mi mente empezó a girar con rapidez. Tenía que ser así: Álex había dormido allí, a mi lado, había compartido la cama conmigo. Y aunque tendría que haber sentido un escalofrío de pánico, este no llegó. Había tenido la noche más calentita y acogedora de mi vida, él no me había molestado en absoluto, y se había ido antes de que despertara para no hacerme sentir incómoda, o al menos eso es lo que creía.

Capítulo 9

Álex

Tuve que hacer de chico bueno otra vez, ¿verdad? No podía simplemente comprobar de nuevo cómo estaba el tejado y la cubierta sobre la ventana, no. Tenía que pasar delante del sofá y ver esa pequeña forma, envuelta en un abrigo, a todas luces insuficientemente largo para tajarla. Si en ese momento me hubiese dado la vuelta... Pero no, tenía que salir mi conciencia y hacerse cargo de todo. Juro que me maldije desde ese momento; aun así, me agaché sobre el sofá, cargué la bola inconsciente en mis brazos y la llevé a la habitación. La tendí sobre la cama y le quité el abrigo para tajarla con el cobertor. Rocé sus pies helados y me maldije aún más. Toqué la piel de uno de sus brazos y no estaba mucho más caliente, así que hice lo único que sabía que le calentaría de forma rápida: me acosté a su lado y le di calor con mi propio cuerpo. Y me quedé dormido, como un gato después de comer medio saco de pienso. El canto de un pájaro me despertó. Había algo de claridad entrando por la ventana, pero no era por eso por lo que sentía tibieza en mi cuerpo. Mi brazo colgaba sobre la cadera de una mujer y sabía de qué mujer. Sentí cómo se movió y, antes de que

se despertara, salí de la cama con celeridad. ¿Cuántas veces había salido así de rápido de la cama de una chica? Demasiadas. Pero la diferencia, esta vez, es que no habíamos tenido sexo antes.

Encontré mi ropa sobre la lavadora, bien extendida, y me la puse con rapidez. Entré en la cocina y busqué algo con lo que ocuparme. Es lo que hacía cuando no quería pensar en algo, me ponía a otra cosa que ocupara mi cabeza. Y como el infierno que no quería pensar en lo que había hecho.

—Buenos días. —La abuela me saludó con aquella dulce sonrisa. Era la misma que la de su nieta y a la vez muy diferente.

—¿Qué tal ha dormido?

—Siento todo el jaleo que armé. Sé que soy una cabezota, pero... No, sin peros, cuando no hay excusa, no la hay.

—Si tengo que sacar algo bueno es que, de no estar usted allí, no nos habríamos dado cuenta de lo ocurrido hasta esta mañana. Y seguro que el daño habría sido mayor.

—Eres un buen chico.

Posó su mano nudosa en mi mejilla rasposa y le dio unos suaves golpecitos. Tendría que decirle que no lo había dicho para hacerla sentir mejor, pero algo me decía que mentirla no iba a gustarle.

Un ruido estrepitoso y metálico me hizo saltar de mi asiento, pero no salí corriendo hacia el lugar de donde venía, porque Lupe parecía saber de dónde venía y no se asustó lo más mínimo.

—¡Esa maldita lavadora! Juro que la cambiaré un día de estos. Mi corazón no está para estos sustos.

—¿La lavadora?

—Sí, algunas veces, cuando metes mucha carga de ropa, al centrifugar parece que está poseída y quiere comerte.

—Voy a echarle un vistazo.

Salí de la cocina y fui al pequeño cuarto de la colada. Allí estaba la máquina infernal. Pero lo primero que vi fue un trasero botando ante mis ojos. Angie estaba ejerciendo toda la fuerza que tenía para sujetar la lavadora en su sitio, utilizando en su favor el peso de su pequeño cuerpo. Y a todas luces, la lavadora estaba ganando aquella batalla.

—¡Cállate, maldita lata gruñona! Son solo dos mantas mojadas.

Tenía que ayudarla, de verdad que sí, pero mis ojos se quedaron clavados en aquellas dos esferas temblonas, y no pude hacer otra cosa que sonreír. ¡Mierda! Aquella lavadora tenía muchas posibilidades. Pero como todo en esta vida, lo bueno se terminó. La máquina dejó de dar saltos como un toro de rodeo y Angie se bajó de ella. Y cuando se giró, el rojo del esfuerzo se intensificó aún más. Sí, sabía que la había visto, y su vergüenza era tan... dulce... Pero algo me decía que por su cabeza no pasó ninguna de las ideas que lo habían hecho por la mía, eso seguro.

—Ya la tienes dominada.

—Sí, cuestión de práctica.

—¿Puedo? —Señalé la máquina infernal, ahora no tan diabólica, y Angie asintió hacia mí. Me incliné y revisé las patas. Como pensaba, estaban mal calzadas, algo que hay que revisar frecuentemente, precisamente para evitar ese tipo de “sobresaltos”.

—Creo que ahora no será tan gruñona. —Para confirmar mis palabras, el bombo comenzó a girar de nuevo a toda velocidad, y la máquina no salió corriendo esta vez. Sí, gruñó, chilló y se agitó con violencia, pero no salió corriendo por todo el cuarto.

—¡Vaya! Así que era eso...

—Pequeños trucos que he aprendido con el tiempo.

—Eres una caja de sorpresas. ¿Qué no sabes hacer?

—Planchar, hablar francés, pilotar un avión, encontrar la osa mayor en el cielo, llevar un barco de vela...

—Vale, vale, lo he pillado.

—¡El desayuno está listo!

El grito de la abuela y un delicioso olor a tortitas llegaron en el momento justo de evitar meternos de cabeza en un momento complicado. ¿Que cómo lo sabía? Porque pude ver que su expresión cambiaba, sus mejillas se sonrojaban y su mirada revoloteaba en todas partes menos en mí. Ahí estaba la pregunta, lista para salir disparada de su boca. La ponía incómoda hacerla, pero necesitaba saberlo. Y yo no iba a confirmar nada. Era mejor que imaginara que habíamos dormido en la misma cama que decirle que de verdad lo habíamos hecho.

Tendría que soportar esa incomodidad entre nosotros durante todo ese maldito día, pero era lo mejor. Distancia, la mejor manera de evitar los problemas.

Capítulo 10

Álex

—¡Mierda! —Viniendo de mi padre era suficiente. Eso y verle con las manos en las caderas.

—A mí me lo vas a decir.

—Habrá que reconstruir todo el marco.

—Sí, el viento lo reventó a conciencia.

—Seguro que el impacto del árbol lo desencajó. El vendaval solo terminó el trabajo.

—Bueno, dejémonos de lamentaciones y pongámonos a ello.

—Yo te sigo, pero sabes que esto está fuera de mis limitaciones.

—No te subestimes, viejo. Eres bueno con la madera.

—El que se pagó los estudios trabajando en la construcción fuiste tú. Lo mío son los muebles y las piezas pequeñas, ¿recuerdas?

—¿Te estás rajando? —Y ahí estaba, ese pecho hinchado y esa determinación en la mandíbula.

—Un Castillo no se rinde. Pelea hasta caer, luego se levanta y sigue peleando.

—Ya, ya, conozco esa historia. Anda, coge clavos y tejas, y ponte a terminar el tejado, yo me encargaré de esto.

—Esta casa necesita un buen repaso.

—No tienes ni idea. —¿Qué le iba a contar? Toda la casa necesitaba mucho trabajo y dinero. Si no hacían algunas reparaciones, en no mucho tiempo la casa sería una trampa mortal. No sería mañana, pero era inevitable.

—Aquí están los refuerzos. —Tom y los gemelos llegaron hasta nosotros.

De los tres, el único que parecía entender de casas y estructuras era el bombero. Los otros no tenían mucha idea, pero ponían mucho empeño, eso sí tenía que reconocerlo. El trabajo no les asustaba, incluso al hermano “pijo”. Ese tenía las manos tan suaves y cuidadas como las de una chica.

—¡Oh, joder, una noche movida!

—Sí, bastante.

—Bueno, lo importante es dejar el tejado en condiciones. El resto puede esperar.

—Vosotros encargaos del tejado, yo me ocupo de esto.

—¿Estás seguro? Esto parece necesitar alguien con conocimientos en construcción.

—Sé lo que tengo que hacer. No es mi primera ventana.

—Vale, pues en ese caso... te dejamos con lo tuyo.

El domingo fue como el sábado, aunque sin la amenaza de tormenta. Trabajamos juntos y a mediodía La cucaracha volvió a hacer gruñir nuestras tripas. Tom fue el primero en salir corriendo, y en ese momento supe cuál era la auténtica motivación del tipo. La comida y..., bueno, dejaría esa cosa en el aire.

Después de meter en mi tripa todo lo que pude, me senté en la parte de atrás de la casa. Una Coronita bien fría y el sol picando en mi nariz. Sentí cómo un cuerpo grande se sentaba a mi lado.

—¿Ya te contó María lo de la boda?

—Sí, me dijo que es en menos de 3 semanas.

—El sábado que viene no, el siguiente. Pero no me refiero a eso.

—¿A qué entonces?

—Angie nos ha ofrecido su jardín.

—¿Este jardín?

—Sí. ¿A que es una pasada?

—Eh, sí, pero está...

—Lo sé, necesita un repaso, pero el sitio merece la pena. Es grande y a María la encanta.

—La entiendo. La vista es increíble.

—Este lunes hablaré con la empresa de las carpas. Si consigo meter un par de ellas, unas mesas y unos baños portátiles... nos ahorraremos un buen pico.

—Suena bien.

—Suena mejor cuando la lleve de viaje de novios.

—¿Qué quieres decir?

—Que con lo que ahorremos la llevaré a Italia.

—Wow, eso es...

—Sí, sé que le gustará.

—Gustar no, le va a encantar.

—Eso espero.

—Tú sí que sabes mimar a una chica.

—He visto tu moto, tú también sabes mimar a una chica.

—Ya, pero a esa no puedo meterla en la cama.

—Va, pequeños detalles.

—¿Y tú cómo sabes tanto de motos?

—Aún conservo a mi primer amor.

—¿Lo sabe mi hermana?

—Claro que sí, las dos ya se conocen.

—Vaya. Tú y yo tenemos que quedar un día para dar una vuelta juntos.

—Cuando quieras.

—Es una cita.

—Esta semana traeré una segadora de las grandes.

—Sí, ese césped está demasiado crecido.

—Y es mucho terreno.

—Es un jodido campo de fútbol.

—Ya te digo.

—Te ayudaré a acondicionarlo. Dos semanas es poco tiempo.

—Eso sería estupendo.

—No se hable más.

—Tú sí que sabes hacer un regalo de boda.

—Que no se diga que no soy considerado.

Nos callamos tres segundos, tres estupendos segundos, dimos unos sorbos a nuestras bebidas y después empezamos a reír como salvajes. Sí, el bombero era un tipo estupendo. Conocerlo mejor me iba a gustar.

Capítulo 11

—¡Maldita... chatarra!

Le di otra patada a la rueda. No podía hacerme aquello, ¡no aquel día! Un puñetero domingo, tenía que negarse a funcionar un puñetero domingo. ¡Genial! Aferré el casco en mi mano y deseé poder estrellarlo con frustración, pero sabía que no serviría de nada, y además yo no era violenta. Solté el aire y me resigné. No era María a la que habían echado el mal de ojo, había sido a mí. El tejado, la ventana, ahora mi vieja Vespa...

—¿Qué sucede? —Me di la vuelta para ver a Álex, que se estaba acercando con esa cadencia segura de “yo puedo con todo”.

—Murió.

—¿No arranca?

—¡Eh! Tú no sabrás arreglar motos, ¿verdad?

—Sé alguna cosa de motos, pero no tengo ni idea de qué es esta cosa con ruedas.

—Es una Vespa, y por lo que dices no eres mi salvación.

—Ya te dije que hay muchas cosas que no sé hacer.

—Vale, me rindo. Voy a llamar a un taxi. Si no, no llegaré a tiempo al trabajo.

—¿Tienes que ir ahora?

—Turno de tarde. Ayer era mi día libre. Pero como todo, lo bueno se

acaba, si quiero cobrar a fin de mes.

—Yo te acerco.

—No hace falta. Bastante tienes con tapar el agujero de mi tejado.

—Y de tu ventana.

—Y de mi ventana, sí.

—Coge tu casco. —Empezó a caminar hacia su moto y supe que uno de mis sueños más recientes iba a cumplirse.

—¿Vamos... vamos a ir en tu moto?

¿Prefieres ir en coche? Porque puedo pedirle a mi padre la...

—Oh, no, ni de broma. Vamos en tu moto.

¿Cómo iba a desaprovechar aquella oportunidad? ¿Llegar al hospital montado en esa máquina? Era un sueño en sí. Adoro las motos, conduzco una, o una imitación de una. Pero el auténtico sueño era ir encima de aquella moto, con mis brazos aferrados a aquel pedazo de hombre. Seguro que más de una babearía. Ser la envidiada sería, por una vez, estar al otro lado. Siempre era yo la que deseaba estar en el puesto de los demás, que pensarán que aquel espécimen picante me pertenecía de alguna manera. Era como vivir en la piel de Angelina Jolie. Sí, Álex no se parecía en nada a Brad Pitt, pero las mujeres babeaban por sus huesos, igual que seguro que pasaba con Álex.

Él sonrió de una manera extraña, pero definitivamente sexy. Era una especie de media sonrisa, que a todas luces debía ser un reclamo bajabragas, porque las mías estaban empezando a temblar.

Álex me tendió la mano, con la palma hacia arriba. Al principio creí que quería que le tomara la mano, hasta que advertí que quería otra cosa. Claro, ¿para qué querría darme la mano? ¡Qué tonta! Le tendí las llaves de mi Rosita, mi vieja y desgastada Vespa de color rosa, y él las metió en uno de sus bolsillos.

—La llevaremos al taller donde trabajo, para que Prescott le eche un vistazo. ¿Tienes el mismo turno mañana?

—No, mañana estoy de mañana. Tengo consultas con Susan.

—Seguramente puedas pasarte después a recogerla. Te dejaré la dirección.

—Gracias.

—No soy un ángel. Me lo cobraré, no te quepa duda. —Aquellas palabras

hicieron que me derritiera por dentro. Ojalá pensara cobrarse esos favores de la misma manera que yo tenía en mente.

Cuando me senté a su espalda, mis brazos dudaron de cómo acomodarse. ¿Sería demasiado obvio si me aferraba como una garrapata anémica? Respiré hondo y mi lado recatado se ocupó de todo. Como me decía la abuela una y otra vez cuando era pequeña: “Si quieres que te traten como una señorita, compórtate como una señorita”. Bueno, eso fue hasta que la rueda se comió el primer bache y mi instinto de supervivencia tomó el control. Me apreté tanto a la cintura de Álex que tendrían que soltarme de allí con una palanca. ¿Y el cuerpo de Álex se puso a temblar? No, espera, el muy cretino se estaba riendo. Se estaba riendo de mi desesperado acto de autoprotección. Me reitero, el tipo estaba para comérselo, pero era un cretino egocéntrico. Aunque con aquella planta, era difícil que no lo fuera. ¿Por qué todos los tíos imponentes tenían que tenérselo tan creído? Lástima que el bombero estuviese pillado, era el único que parecía no darle aquel tipo de importancia a su buen aspecto.

Capítulo 12

El turno del domingo fue aburrido, gracias al cielo. La mañana del lunes estuvo un poco más animada, en parte por culpa de Susan. Algún día sería una madre increíble. Verla interactuar con los niños era... espectacular. Tenía mucha paciencia, conectaba muy bien con ellos y, sobre todo, parecía entenderles como si estuviese en su cabeza. Era raro que no les consiguiera arrancar una sonrisa.

Cuando terminó nuestro turno, Susan se ofreció a llevarme al lugar donde trabajaba Álex. No sé de qué tenía más ganas, si de recuperar mi precario medio de transporte o de ver al guapo cretino que se había ofrecido a llevarla a arreglar. No, no podía seguir llamándole así. Podía ser todo lo creído que quisiera, pero me había ayudado. No tenía nada que ver con el otro guapo cretino que me tenía atormentada. Esa era mi cruz, vivir rodeada de tíos buenos, pero sin nada aprovechable dentro: el doctor Ken, como llamábamos al gilipollas residente en oncología; Álex, el motero sexy y endiosado; Gus... Bueno, Gus no llegaba a tener el apelativo de “bueno o macizo”, era... pasable, sin más, aunque su álter ego pensaba que era más de lo que era en realidad.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, gracias. Espero salir de aquí con mis propias ruedas; si no, buscaré un taxi. No te preocupes.

Susan asintió y comenzó a dar marcha atrás. El coche se alejó y yo comencé a caminar por la guarida del lobo. Entré por una puerta enorme, por donde seguro accedían los coches. Había una pequeña oficina allí, desde la que salió un hombre joven a mi encuentro.

—¿Puedo ayudarte en algo? —El gesto que acompañó a su pregunta era demasiado... No quiero clasificarlo, pero me dio la impresión de que intentaba flirtear conmigo.

—Busco a Álex Castillo. —Y como si le hubiese tirado un jarro de agua fría encima, su cálida predisposición se congeló.

—Álex, sí. ¿Sabe que venías?

—Trajo aquí mi moto. —Su sonrisa volvió a brillar de nuevo, esperanzada.

—¿La Vespa rosa es tuya?

—Sí. Me dijo que aquí podrían echarle un vistazo.

—No solemos trabajar con motos, y menos tan... pequeñas. Pero si el pequeño genio la trae, ¿quién soy yo para decirle nada?

—¿Pequeño genio?

—¡Eh, Álex, preguntan por ti!

Miré hacia el interior, donde aquel chico tan amable... cuyo nombre no pregunté, ni me dijo, me había llevado. Un hombre estaba de cuclillas, con toda su atención en el interior de un coche demasiado... llamativo, para mi gusto. Su brazo se levantó, haciendo que el índice sobresaliera. No sé en su pueblo, pero en el mío eso significaba: “Un momento, estoy ocupado”. Una figura se movió a mi derecha y al fijarme bien reconocí que era Manuel. Caminaba hacia mí, con una sonrisa en la cara que me decía que se alegraba de verme.

—Hola. Álex me dijo que vendrías a por tu moto, pero no sé cómo va el asunto, así que tendremos que esperar a que él nos diga.

Cruzó los brazos sobre su pecho y volvió su atención hacia el coche. El hombre del dedo en alto había cambiado de postura y observaba el interior del auto desde otra posición. Las puertas del coche estaban abiertas, mostrando sin pudor todo lo que escondía dentro. No me atrevía a hablar, estaba claro que

estaba ocurriendo algo interesante, y que nadie, incluida yo, no debía perderse. Mientras observaba, me iba fijando en más detalles. Todos los hombres llevaban una camisa de manga corta, con un enorme anagrama bordado en la espalda. “El del taller”, pensé. El hombre se giró de nuevo y pude apreciar su perfil. No había duda, era Álex. Y seguramente por motivos diferentes, el aire se quedó atrapado dentro de mi cuerpo, esperando lo que fuera a suceder, al igual que el resto de hombres que nos observaban. Manuel se inclinó hacia mí, como si susurrarme al oído fuese todo lo que podía hacer para no desconcentrar a Álex.

—Está en una de sus epifanías.

—¿Epifanías?

—Sí, se queda como absorto mirando. Es cuando se pone a estudiar todos los detalles del coche. Los mete en su cabeza, los pone a trabajar y después hace su magia.

—¿Magia?

—No sé cómo lo hace. Solo sé que luego se pone a escribir todo lo que necesitará, la disposición de los nuevos elementos. Hace auténticas obras maestras. Todavía no he visto un cliente que no quede satisfecho. Creo que la mitad de los clientes que vienen lo hacen por él y ese talento suyo. Tiene a Wilson comiendo de su mano.

Suponía que el tal Wilson era el jefe. De repente, Álex empezó a moverse alrededor del coche, diciendo cosas en voz alta como: “Aquí un subwoofer con luz AUNA, con 6.000 vatios de potencia. Dos altavoces de 15 cm aquí y aquí, otros dos de 10, aquí y aquí. Uno doble de 30 cm aquí. Un amplificador que pueda trabajar con 2, 3, 4 o 5 canales, filtros de paso alto y bajo ajustables...baja distorsión...”, y lo demás lo fui perdiendo porque aquello ya era demasiado para asimilar. Álex lo iba apuntando todo en una plantilla, que luego vi que tenía un coche dibujado, aunque visto de forma muy... particular. De pronto alzó la mirada y se encontró conmigo. Me sonrió, cerró el bolígrafo y se giró hacia un chico que por su aspecto parecía el dueño del coche.

—Cuando termine con él, le saldrá espuma a tu café antes de que te lo bebas.

—Tío, eres la caña. ¿Cuándo podrá estar listo? —Álex caminó a una terminal de ordenador, pulsó unas cuantas veces y estudió el monitor unos minutos.

—Tenemos casi todas las piezas, las otras las tendría mañana a mediodía. Puedo dejártelo listo para mañana por la noche, a más tardar pasado a mediodía.

—Sí, lo quiero.

—Entonces pasa por la oficina y que Wilson te haga el presupuesto.

—Acompáñame, te prepararé el papeleo ahora mismo. —El chico se fue encantado de la vida y Wilson tres pares de lo mismo. Álex se acercó a nosotros y empezó a hablar antes de alcanzarnos.

—Bueno, ¿qué te parece el lugar donde trabajo?

Miré a mi alrededor. Los hombres se habían puesto a trabajar en distintas cosas. Parecía que solo se detuvieron para no molestar al genio, o simplemente para verle hacer su magia. Ahora entendía por qué se lo tenía tan creído. Era un ídolo allí dentro.

—Está muy limpio para ser un taller de coches.

—Eso es porque es lunes. Espérate a verlo un jueves a última hora de la tarde.

—¿Cómo está mi Rosita?

—¿Rosita? Ah, sí, tu minimoto. ¡Prescott! ¿Cómo está la mini rosa? —Un tipo rubio, de unos 50 años, salió de alguna parte y gritó de vuelta. ¿Es que en aquel lugar la gente se comunicaba a gritos?

—La tengo en el potro pequeño. Trae tu culo aquí y..., oh,... veníos por aquí y os la enseño. —Aquella parada en seco me dijo que me había visto y que con mucho “refinamiento” su tono se suavizó. Caminamos por el taller y llegamos hasta donde mi Rosita estaba esperando. El tal Prescott se limpiaba las manos en un trapo que alguna vez debió ser blanco.

—Tenía un problemilla con el grifo eléctrico y la batería estaba para el arrastre. He hecho un par de arreglos, batería nueva y ya está lista. Te durará otros 5 años, fijo.

—Uf, genial. Eres mi héroe.

—Sí, bueno. —Su mirada iba tímidamente de mí a Álex, y luego a mí otra vez. ¿Se estaba sonrojando? No, por Dios, que podría ser mi padre. Por la edad, digo.

—Quieto ahí, Superman, que está vetada.

—Eh, voy a ver si Charly me da tu factura. —Álex asintió por mí y lo miró alejarse con el ceño fruncido.

—Estos tíos... Ven una chica guapa y las hormonas se les disparan.

—No tenías que haber dicho eso. Prescott ha sido muy correcto conmigo.

—Sí, correcto. Tú no tienes ni idea de lo que hay en su cabeza.

—¿Y tú sí? —Se volvió a mí y su sonrisa bajabragas volvió a aparecer.

—Aparte de ser un tío, como ellos, llevo trabajando con ellos lo suficiente como para estar muy seguro de saber lo que tienen aquí dentro. —Se tocó la sien con dos dedos y sonrió aún con más diablura.

—Y créeme, lo que había en su mente te incluía a ti con mucha menos ropa.

—Oh, vaya. —Decir que no sabía dónde meterme era decir poco. En aquel momento, el tal Prescott regresaba con una hoja en sus manos, y te juro que no podía mirarle a la cara.

—Son 57 dólares, más impuestos.

—Genial. —Antes de que pudiese cogerla, Álex se adelantó a mí. La estudió y después se la metió en el bolsillo.

—Te la cambio. Yo pago esto y tú nos invitas a comer.

—¿Eh?

—¿Dónde tiene tu madre hoy La cucaracha?

—Ah, El Rancho Rodante.

—Sí.

—Podemos estar allí dentro de 15 minutos.

—Vale, entonces vamos.

—Eh..., ¿no tienes que pedir permiso al jefe? —Me miró con cara extrañada y después sacudió los hombros. Se metió las manos en los bolsillos y giró hacia el otro lado. Se paró bajo una enorme cristalera, donde era evidente que había una gran oficina, y dijo gritando:

—¡Wilson, voy a buscar algo para comer! —Wilson salió por la ventana interior y se inclinó para verlo mejor.

—Vale. ¿Qué hacemos con el Mustang?

—¿Tengo luz verde? —Wilson se recostó en la ventana y apoyó su peso en los tatuados antebrazos, que no había notado antes. Su sonrisa valía cientos de dólares, ¿o serían miles? No tenía ni idea de lo que iba a suponer el proyecto de *Álex*.

—¿Tú qué crees?

—Ok. Pon a Rico y a Manuel desmontando los paneles. La lista del material está hecha. Enviaré el pedido de lo que falta. Cuando vuelva, me pondré a ello.

—Tú mandas.

—¿Quieres pollo ranchero?

—¡Joder, sí! Pero con ensalada, que estoy a dieta, ya sabes.

—Lo que tú digas. —Wilson había acariciado su incipiente tripa y *Álex* le había despedido con un ademán de la mano que decía precisamente eso: “Lo que tú digas, pero no me engañas”. *Álex* se detuvo junto al ordenador, pulsó un par de teclas y se giró hacia mí.

—¿Vamos?

—Eh, sí.

Caminé detrás de *Álex* y me hizo subir a una camioneta Ford con unas ruedas demasiado... ¿brillantes? Sí, eso serviría para describirla. Me ajusté el cinturón de seguridad y solté todo el aire de mis pulmones. Bien, allá íbamos. Aquel tipo guapo y yo, en busca de mi madre. ¡Oh, Dios, mi madre! No quería ni pensar en lo que iba a pasar cuando nos viera. Bueno, cuando le viera.

Capítulo 13

Álex

Tenía que sacarla de allí, o me iba a meter en una pelea que ni quería ni necesitaba. Nunca me había sentido tan enojado con ninguno de ellos; bueno, tal vez el día que vino María a traerme el almuerzo, pero de eso hacía tres años, y era mi hermana. ¿Y aquel día tenía que ser el puñetero Prescott el que empezara con aquello? ¿No se daba cuenta de que era demasiado viejo para ella? ¡Si podía

ser su padre! Señor... Aunque no podía culparles por ello, eran tíos, y como todo el mundo sabe, tenemos una parte del cerebro dedicada solo a eso, al sexo. Y había que reconocerlo, Angie era una gacela en medio de una manada de leones. No, no llevaba ropa llamativa, era un puto uniforme de enfermera, pero, ¡joder!, le hacía un culito increíblemente apetecible. ¡Genial! Ahora iba pensando yo también en aquellas cosas. Es la amiga de mi hermana y sabía que aquel era un terreno que no pisaría. Tenía buenas razones para ello.

—Puedo ir haciendo el pedido mientras llegamos allí, así esperaremos menos. ¿Qué te parece?

—Bien. Puede ir preparando ese pollo ranchero para llevar. La mitad con ensaladas, la otra mitad con papas. ¿Qué más tiene en el menú?

—Enchiladas de atún, burritos de pollo, mole dulce, costillas de cerdo con piña, arroz frito y carne de picadillo.

—¡Vaya! Te sabes el menú.

—He trabajado en esa camioneta desde que tenía trece. El menú poco ha cambiado, solo la forma de presentarlo.

—Todo suena delicioso. Me llevaría cinco de pollo ranchero y dos de cada del resto. ¿Tiene Coronitas?

—Por supuesto.

—Pues pon un par de cajas. —La vi escribir en su teléfono, era raro que no llamara. Así que no me contuve en preguntar.

—¿No llamas?

—Tiene una aplicación online para hacer tu pedido. Le he puesto mi nombre, así que le dará prioridad.

—¡Vaya, qué moderna!

—Sí, fue idea de Ingrid.

—¿Ingrid?

—Sí, una ayudante que contrató hace dos años. Cuando el abuelo ya no pudo... el trabajo era demasiado para una sola persona. —Dos datos dieron vuelta en mi cabeza. Ingrid no era un nombre muy común y yo conocía a una que... podía encajar con aquella información. Pero era demasiada casualidad, ¿verdad? Tenía que verla.

—¿Y qué tal le va a tu madre con el negocio?

—Dice que va bien, tiene mucho trabajo. Tengo que creerla, porque casi no la vemos. Algunos días pasa por casa, pero no siempre. Por eso yo vivo con la abuela, así me aseguro de que siempre esté vigilada.

—¿Le pasa algo a tu abuela?

—Que tiene 72 años. No se puede dejar a una persona de su edad sola mucho tiempo.

—Quizás yo esté mal acostumbrado, mi abuela es más joven y aún sigue trabajando.

—Ya, pero una persona mayor puede sufrir un accidente, como por ejemplo caerse en el baño, y si no puede pedir ayuda o levantarse, se quedaría allí tirada mucho tiempo; además, puede deshidratarse mucho más rápido que una persona joven, por lo que no es bueno dejar de chequearla por períodos largos.

—¿Y el teléfono?

—Lo intentamos, pero es de las que salen a hacer tareas al jardín, o tender la ropa fuera, sin llevarlo encima. Ya nos ha dado un par de sustos de esos antes. Y como habrás comprobado, pelear con ella es inútil. Es tan cabezota que al final hace lo que le da la gana.

—Ya, al final tenerte cerca es lo mejor.

—Vivo con ella. Así estamos todos más tranquilos.

—¿Es esa la furgoneta?

—Sí, hemos llegado.

—¡Menuda cola! Pues es verdad que el negocio va bien.

Bajamos de la camioneta y tocamos en la puerta lateral.

—Hola, mamá.

—¡Hola, tesoro y...! ¡Oh, Lor... Álex! ¡Qué alegría de verte!

—¿Tienes nuestro pedido?

—Ya decía yo que era mucha comida para ti sola. Me quedan un par de cosas, pero enseguida está.

—Son tipos grandes a los que tengo que alimentar.

—Oh, entonces no les hagamos esperar. Ingrid, ¿tienes listo el pedido de Angie?

—Aquí está. ¡Eh! ¡Hola, primo! —Sí, esa era mi sospecha: mi prima Ingrid. Así que ese era el puesto de comida rápida en el que se había puesto a trabajar hacía dos años... Visto desde esta nueva perspectiva, no parecía tan malo como sonaba. Tenía que hablar con la tía Kristy y tranquilizarla al respecto.

—Hola, Ingrid.

—¿Vas a comerte tú todo esto?

—No, tengo que alimentar a doce tíos grandes.

—Entonces te meteré extra de papas, a los tíos os encantan.

—Piensas en todo.

—¿Te toca pagar a ti?

—No, él paga la reparación de mi moto, yo pago la comida de sus chicos. Ese es el trato.

—Entonces ya os podéis ir.

—¡Pero mamá!

—Sin rechistar. Yo pago la comida, que para eso soy tu madre.

—Haz caso a la jefa.

Angie tuvo que irse, porque después de varios intentos descubrí que la cabezonería era algo genético en aquella familia, y como con el vino, se iba macerando más con la edad.

Metí todo el pedido en el asiento trasero y conduje de nuevo al trabajo. Mi estómago no dejó de gruñir durante todo el camino. Aquello olía de muerte y en aquel momento toda la camioneta me resultaba apeteciblemente comestible.

Capítulo 14

Álex

—Tío, eres un cabronazo. —Miré a Tyler con extrañeza. ¿Qué mosca le

había picado? Le había traído de comer.

Seguí su mirada hacia la calle, donde diez segundos antes había desaparecido Angie subida en su minimoto rosa. Ahora entendía. Pero nunca dije que no disfrutara haciéndome el tonto.

—¿Por qué lo dices? Te han tocado papas también.

—No, tío. Para una chica que pasa por aquí y que merece la pena, vas y le pones veto.

—Ah, eso. Es amiga de mi hermana.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que no quiero problemas con María. No quiero que luego su amiga vaya protestando, porque mis compañeros de trabajo son unos mujeriegos.

—Eh, el que las usa y luego las olvida eres tú.

—¿Y tú no?

—Pues, aunque no te lo creas, a veces aparece la chica por la que estás dispuesto a sentar la cabeza.

—¿Y crees que Angie es esa chica?

—¿Tú la has visto? No es una de esas mujerzuelas que va de cama en cama, ni de esas que van ofreciendo el género. Se ve que es una chica formal, con las que uno se casa y tiene familia.

—Así que quieres casarte con ella.

—¡Eh, para el carro, tío! Yo solo he dicho que es de esas chicas. Me gustaría conocerla, pero de eso a ponerle ya el anillo en el dedo... hay un buen camino.

—Entiendo. Entonces es una posible candidata a novia.

—Ya me entiendes.

—Pues sigue estando vetada.

—¡Pero qué...!

—En cuanto os conozca, a cualquiera de vosotros, saldrá corriendo como un pavo el Día de Acción de Gracias. Vosotros no la volveréis a ver, pero yo seguiré viendo a mi hermana, y paso de que me machaque por vuestra culpa.

—Ya, lo que tú quieres es probar suerte primero.

—Bueno, yo la vi primero, eso tendría que darme el primer número.

—Eres un cabrón.

—Vale, pero ni tú ni ningún otro puede pasar por delante de mí.

—Eres un cabronazo.

—Dilo otra vez, y te quedas sin cerveza.

Palabras mágicas. Tyler apretó los dientes y se calló por fin. No es que fuera a intentar nada con Angie, pero era la mejor manera de mantener a los buitres lejos.

Tenía que dejar de pensar en Angie, así que me puse a trabajar. Me centré en el cableado, y puse en ello toda mi atención, porque, si no lo hacía así, tendría en mis manos casi cien cables que no sabría cómo conectar. Mi padre tomó las medidas para hacer los huecos en los que encajar los altavoces y preparó las partes de madera, que debían ser cambiadas para reforzar la estructura. Éramos un equipo, ambos perfeccionistas y rápidos. Wilson aprendió a dejarnos trabajar a nuestro aire, porque el resultado siempre era inmejorable. Y si los clientes estaban satisfechos y felices, eso quería decir que su bolsillo se llenaba y el boca a boca corría. Buena publicidad.

—Eh, Álex, yo ya me voy. ¿Te encargas tú de cerrar? —Miré a Wilson, parado a una distancia prudencial de mí. No, no me tenía miedo, allí todos éramos igual de duros. Lo que ocurría es que tenía en su mano una bolsa que tenía pinta de no querer soltar. Cuando vi el anagrama impreso, lo comprendí bien. El muy canalla se había guardado algo de la comida, que no debió sobrar, y se lo llevaba, seguramente para cenarlo tranquilamente en su casa. Sonreí sin poder evitarlo.

—Sabes que me gusta dejar el primer paso terminado antes de irme, así mañana podemos empezar a encajar y rematar los embellecedores.

—¿ACDC? —Volví la cabeza hacia el reproductor de música que tenía sobre el carro de las herramientas.

—Sabes que me gustan los clásicos.

—Mejor eso que esas ñoñeces que usas para calibrar los equipos.

—Anda, vete a casa. Seguro que hoy tienes algo rico para cenar. —Wilson se sonrojó y sacudió los hombros como si no quisiera darle importancia.

—No —dijo con desgana—. Me llevo algo que sobró. ¿Dónde dices que

lo compraste?

—La madre de la chica de esta mañana tiene un restaurante rodante.

—Espero que apuntes la dirección. Creo que vamos a hacernos clientes fijos.

—Tú seguro.

—Ya, ya. Hasta mañana.

—Adiós.

Seguí con mi trabajo y, cuando estuve seguro de que su coche se alejaba, caminé hasta el reproductor y cambié la lista. Solo en el taller, y a esas horas, me gustaba cambiar el ruido estridente por algo más relajado. La voz de María Callas dando vida a *Madame Butterfly* empezó a resonar en el taller, haciendo que mis dedos mimasen cada cable como si fuera una flor. Hay cosas que necesitan delicadeza, otras que necesitan fuerza, pero aquel era el momento de hacer las cosas con cuidado. Si algo salía mal tendría que empezar todo el trabajo de nuevo, así que por mi bien procuraría hacerlo perfecto la primera vez.

Carmina Burana de Carl Orff sonaba cuando estaba ejecutando los últimos empalmes. Después, la comprobación. Si fallaba tendría que volver a empezar, y hacía tiempo que no cometía ese tipo de errores. Me había convertido en una máquina metódica, mis manos ya conocían el camino. A veces pensaba que mi cerebro podía quedarse dormido, que mis dedos harían todo el recorrido sin ninguna supervisión. Las luces de verificación se sucedían en una cascada armoniosa, y el final llegó poco después de que el trabajo estuviese terminado. Adoraba mi trabajo, sobre todo cuando salía bien. Los primeros acordes de *Nessum dorma* sonaron y de repente me quedé quieto. Conocía la letra, sabía lo que decía:

¡Que nadie duerma! ¡Que nadie duerma!
Tampoco tú, oh, princesa.
En tu frío cuarto
miras las estrellas
que tiemblan de amor y de esperanza...
¡Pero mi misterio está encerrado en mí,
mi nombre nadie sabrá!
Solo cuando la luz brille
(No, no sobre tu boca lo diré)
Sobre tu boca lo diré temblando
(¡cuando la luz brille!)
y mi beso romperá el silencio
que te hace mía.

¡Disípate, oh, noche! ¡Tramontad, estrellas! ¡Tramontad, estrellas!
¡Al alba venceré!
¡Venceré! ¡Venceré!

¿Por qué en aquel momento? ¿Por qué sentía que quería decirme algo? Pensaba en la sonrisa de Angie y en lo dulces que debían saber sus labios. ¿Cuál sería su sabor? Si fuera otra la probaría, pero no podía, era la amiga de mi hermana y me había jurado hacía tiempo que no daría aquel paso, otra vez no.

Capítulo 15

No sabía lo que estaba haciendo aquel hombre con mi cabeza, pero no podía permitir que siguiera. Aunque vale que pasar consulta era lo más relajado del mundo, no por ello podía estar pensando cada dos por tres en aquel hombre; pero no puedo evitarlo. Tenía cada centímetro de su piel grabado a fuego en mi mente. Y aquel tatuaje, señor... Nunca había visto uno igual. Eran una especie de tallos de plantas, atados con unas cuerdas, con un nudo muy raro, como una espiral girando. Me moría de ganas por preguntarle qué significaba significado, pero no me había atrevido, y sabía que nunca me atrevería. Quizás en la boda de su hermana, cuando estuviese tan cargada de alcohol que no recordase ni mi nombre, me atrevería a hacerlo. Total, a los borrachos no se les tenía muy en cuenta.

Menos mal que mi Rosita se sabía ella sola el camino a casa, porque yo estaba tan despistada que ni sabía para dónde iba. Lo bueno era que al llegar a casa, después de trabajar, me ayudaría a sacarme a aquel “tipo” de la cabeza.

—Hola, abuela, ya he llegado.

—Hola, cariño. ¿Qué tal tu día?

—Bien. Me gusta trabajar con Susan.

—¿No te ha vuelto a molestar ese doctorucho? —En buena hora le dije que había un médico que era un tirano y que no me dejaba tranquila. No quería preocuparla, ella no tenía que preocuparse por mí. Pero aquel día... mis defensas se habían ido de vacaciones y me sonsacó la causa de mi abatimiento: el gilipollas de Ken.

—No. Cuando estoy en consultas, él está bien lejos.

—Bien. Hoy hace buen día. ¿Quieres que comamos fuera? —Umm, comer fuera... Teníamos una pequeña mesa y un par de sillas en el porche trasero. Con un mantel y unos platos teníamos un restaurante de 5 tenedores para nosotras dos solas.

—Suenan genial. ¿Qué tenemos de menú?

—Tamales de queso y ensalada César.

—Iré a poner la mesa.

Coloqué el mantel, los cubiertos y la jarra de limonada. Cuando alcé la vista para deleitarme con el inmenso turquesa del océano, noté el gran montón de ramas apiladas a un costado. ¿Qué demonios era aquello? Y como si leyera mi mente, la abuela Lupe se paró a mi lado y contestó.

—Ese chico estuvo un rato esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí, llegó poco después de que te fueras y estuvo toda la mañana podando las ramas de los árboles más cercanos.

—Pero ¿por qué?

—Estuve charlando con él. Parece ser que no eran seguros.

¡Ah, seguridad! Ese tenía que haber sido el bombero, Tonny. Con su boda tan cerca, quería que nuestro jardín estuviese en condiciones para la boda. Cuando se lo ofrecí a María, no pensé que tendría tanto trabajo que hacerse en él. Pero ¿por qué había pensado en un primer momento que había sido Álex? El subconsciente, seguro.

—Ha hecho un buen trabajo.

—Sí. Hablando de trabajo, ¿cuándo tienes la graduación?

—Mañana.

—Umm, mañana... Tendré que recordárselo a tu madre.

—Está muy ocupada, no creo que pueda venir.

—¿A la graduación de su hija como enfermera? Más la vale venir, yo no he educado a una hija sin valores. La familia antes que el trabajo, siempre.

—Bueno, ¿y qué ropa te vas a poner para un día tan especial?

—¿Yo? No, la pregunta es cuál vas a ponerte tú. Tienes que ir bien linda y elegante.

—Yo ya soy linda.

—Eh, que la abuela soy yo. Me toca a mí decir esas cosas a mi nieta. — Me encantaba hacerla sonreír de aquella manera.

La cucaracha sonó estridente desde la parte delantera de la casa: mamá había llegado. Dos minutos después, estaba saliendo por la puerta trasera.

—¡Cómo os cuidáis!

—Anda, siéntate con nosotras y tómate una limonada bien fresquita.

—No voy a decir que no a eso. —Se sentó en una silla de mimbre y levantó los pies para ponerlos sobre el barandal.

—Uf, tengo los pies reventados.

—Pies reventados y la educación de un vagabundo. Las señoritas no ponen los pies ahí. —La mano de la abuela alcanzó su objetivo de una forma muy sonora. Seguro que le iba a picar la pierna un buen rato a mi madre.

—¡Au! ¡Mamá!

—Si tú te comportas, yo me comporto.

—Hablando de comportarse, ¿a que no sabéis quién se ha pasado hoy por El Rancho Rodante?

—¿Quién?

—El papá de los gemelos.

—¿Tom?

—Ese mismo.

—Umm, has hecho un nuevo cliente.

—Sí, otro que cae rendido a mis pies. Hombres... Les pones un buen pollo delante y ya son tuyos.

—Sí, hombres.

—Estuvimos charlando un ratito. ¿Sabías que se está divorciando?

—En una charla de un ratito no se suelen decir esas cosas. Más bien es un cómo te encuentras, qué tal tu día, está bueno el pollo...

—Bueno, sí, fue una charla con café incluido.

—¿Ves? Ya decía yo. ¿Y qué? ¿Su mujer no le entendía o era una bruja?

—Pues... la verdad, dijo que se casó con ella porque era viudo con dos niños jóvenes. Los niños necesitaban una madre y él alguien para no estar solo. Por raro que parezca, él asumió la culpa de su fracaso. Tom sabía que ella no encajaba con él, pero los gemelos la necesitaban, así que dio el paso a favor de sus hijos.

—Pero los gemelos hace tiempo que son hombres, ¿por qué divorciarse ahora?

—¿Qué sabes de la historia de María y su antiguo novio?

—¿Tenía un novio antes de Tonny? No, en serio, ella no ha hablado sobre ello.

—Entonces no soy la indicada para hablar al respecto.

—Sí, ya. Estamos en familia, no va a salir de aquí. Y si no hubieses querido contarlo, no habrías empezado, así que desembucha.

—Bien, pues el caso es que María tenía un novio formal, un veterinario creo. El caso es que la exmujer de Tom tenía una hija, que daba la casualidad de que era amiga de María. Las dos vivían juntas, según me contó.

—Entonces eran más que amigas.

—Bueno, el caso es que Jane, la hija de la ex, le hizo una mala jugada a María.

—Define “mala jugada”.

—Se acostó con el veterinario mientras eran novios.

—¡Wow! Sí, eso sí que es una mala jugada.

—El caso es que María los pilló. Tonny cuidó de ella mientras se recuperaba de la traición, y así es como empezó lo suyo.

—Tonny la pilló de rebote.

—Algo así.

—Bueno, si tengo que decir algo yo diría que el “rebote” ese fue bueno para los dos. He visto pocas parejas más enamoradas que esos dos.

—Tienes razón, abuela, son la pareja perfecta.

—Así que Tom se divorció de su mujer por culpa de su hija...

—Parece ser que esa fue la gota que colmó el vaso. Cada uno tira por su hijo, y ahí no hay entendimiento posible.

—Bueno, para mí está claro: el que tiene la culpa, la tiene, da igual si es mi hijo o no.

—Así que... Tom, ¿eh?

—¡Oh, calla, boba! Solo charlamos.

—Pues a mí me parece guapo.

—Ya, planta sí que tiene para su edad.

—¡Eh, que no es tan vejo!

—¿Cuántos años tiene?

—57, ¿pero a que no los aparenta?

—No, la verdad es que no.

No pude evitar sonreír interiormente. Mi madre y Tom... ¿Quién dijo que no había vida a esas edades?

Capítulo 16

Álex

Cargué la música para ajustar los canales y el bass de los altavoces. Me gustaba dejarlo todo perfecto, yo era así. Los tambores de Conan el Bárbaro retumbaron en los altavoces traseros, haciendo que los cristales del auto vibraran. Nada como una buena percusión para hacer temblar el vidrio.

—¿Otra vez esa música sin letra?

—Siéntate en el asiento del conductor y me dices. —Tyler se acomodó detrás del volante y pude ver el cambio en su expresión cuando notó la vibración en sus pelotas.

—¡Joder! Esto es... la caña.

—Percusión. Pero te daré algo más de tu estilo si prefieres. —Accioné el mando a distancia y pasé a la siguiente pista en la línea de reproducción. El punteo de la guitarra de Angus Young inició Thunderstruck y el rostro de Tyler se iluminó.

—¡Joder, tío, esto sí!

—Eso suena bien. —El dueño del Mustang entraba en el local en ese momento.

—Estoy afinando el subwoofer.

—¿Puedo probarlo?

—Claro. —Le hice una seña a Tyler y le dejó su lugar. Mientras, busqué en la lista de reproducción de mi IPod algo más acorde con el cliente. Cuando lo encontré, le di al play. Dirty, de Cristina Aguilera, empezó a sonar. La sonrisa del dueño del coche se amplió.

—Sí, tío, esto suena muy bien.

Wilson caminó con sigilo y se paró a mi lado. Inclino su cabeza para que solo yo lo oyera, aunque con la música a aquel volumen era muy difícil que nadie más lo hiciera.

—Eres un cabronazo. Le tienes comiendo en tu mano.

—¿Cuándo te he decepcionado?

—Y ahora es cuando me dices que quieres cobrar las puñeteras horas que has metido en el coche, ¿verdad? Y como un gilipollas, yo soltaré la pasta encantado.

—Aparte de que el que va a pagar va a ser ese tipo, esta vez prefiero que me las des libres.

—Vaya. ¿Y cuándo quieres cogerlas?

—La boda de mi hermana es dentro de unos días y necesito preparar algunas cosas.

—No me digas más: te ha nombrado DJ de la fiesta.

—Algo así.

—Vale. Si tienes el cuadro de trabajo libre, por mí no hay problema. Pero si llega...

—Sí, lo sé: si llega un potencial cliente, traeré mi culo volando para acá en cuanto me llaméis.

—¿Cómo puedes ser tan listo y seguir trabajando aquí?

—¿Porque eres un buen jefe y pagas bien?

—Sí, y encima un besaculos encantador.

—Pero me quieres.

—No, mi cuenta corriente te quiere, yo solo te soporto.

—Gilipollas.

—Pero también me quieres.

Era fácil trabajar allí, por eso lo hacía. El ambiente era alegre y cordial, entre colegas. Nada que ver con un aburrido día de oficina, metido entre cuatro paredes asfixiantes. Además, el jefe me consentía a más no poder y el sueldo no estaba mal, ¿qué más podía pedirle a la vida? Entonces pensé en el trabajo que tendría que hacer aquella misma tarde y una idea cruzó mi cabeza, pero la descarté, eso no era para mí.

—Me tomo la tarde libre.

—Vale. Cuando entregues el coche, te puedes ir.

Después de adiestrar al satisfecho dueño del auto y darle las instrucciones de mantenimiento del equipo, me puse en camino. Envié un mensaje con mi teléfono y, antes de arrancar la moto, ya tenía mi respuesta. Sí, la tarde ya estaba organizada.

Angie

El ruido del motor de una segadora me hizo salir al exterior. Aquel italiano le estaba otra vez metiendo horas a mi jardín. Me detuve en el barandal del porche y miré hacia aquel enorme vehículo y a su conductor. Tenía el torso descubierto y el reflejo del sol en su sudor hacía que brillara como si su piel fuera de bronce. ¡Qué suerte tenía María! El tipo era pecado con piernas. Pasé la lengua por mis labios, como si saboreara aquel cuerpo. Sí, estaba pillado, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de las vistas. Es igual que los pasteles expuestos en el escaparate de una pastelería: seguramente no íbamos a comérmelos, pero todos nos parábamos a babear delante del cristal.

Estaba a punto de volver a entrar, cuando algo llamó mi atención. El bombero tenía una coleta. ¿Una coleta? Oh, mierda, aquel no era el bombero, era Álex.

Capítulo 17

Escuché el motor detenerse cerca de la puerta del porche. Cogí la jarra de limonada y un vaso, y corrí a su encuentro. Sí, lo sé, parecía una adolescente enamorada, pero ¿quién podía resistirse a ver aquel cuerpo sudado de cerca? Cuando me vio llegar, sus ojos me estudiaron entrecerrados.

—Limonada fresquita. Lo mejor para el calor. —Él asintió y tomó el vaso lleno que le tendí. Bebió la mitad casi de un trago, antes de hablar.

—El terreno es enorme.

—Un campo de fútbol.

—Sí, casi lo parece.

—No, que el terreno tiene las medidas de un campo de fútbol. —Álex lo miró de nuevo, intentando ajustar las medidas en su cabeza. Sí, podía oír su medidor interno trabajando.

—¿Los árboles y los matorrales de los costados también son vuestros?

—Sí. No me preguntes por qué el abuelo compró tanto si solo quería construir una casa pequeña, nunca quiso decirlo.

—Mucho terreno, sí. —Volvió a beber con la misma ansiedad. Vacío el vaso y me pidió que se lo rellenase con un gesto.

—Creí que Tonny estaba acondicionando el jardín para la boda.

—Entre el trabajo y los preparativos, necesitan toda la ayuda posible.

—Sí, está hecho un desastre. Lo siento.

—Es normal que solo acondicionais la parte que usáis, demasiado trabajo si no tiene un uso.

—La verdad es que ninguna hemos tenido demasiado tiempo. Mamá con El Rancho Rodante y yo con el trabajo y los estudios... Pero lo solucionaré, lo prometo.

—Ah, sí, los estudios. ¿Cuándo es la graduación?

—Eh..., hoy.

—¿Hoy?

—Sí, iré más tarde con la abuela. Nos encontraremos allí con mi madre.

¿Por qué lo preguntas?

—Iba a acompañarte Gus, ¿recuerdas?

—Oh, sí, lo olvidé. No hace falta que vayas, en serio. —El ceño de Álex se juntó, marcando unas arruguitas en él. Estaba contrariado, eso seguro.

—Dije que iría e iré. Yo siempre cumplo mi palabra.

—Pero tú estás ocupado aquí.

—Puedo seguir después de la graduación.

—Estarás agotado.

—Puedo hacerlo.

—Eh..., bueno. De acuerdo entonces.

—¿A qué hora tienes pensado ir?

—Dentro de una hora salimos.

—Iré a casa, me daré una ducha y traeré la furgoneta para llevaros.

—Vale, de acuerdo. —Caminó hacia el lugar donde estaba su camiseta, se la puso con rapidez y se dirigió hacia la parte delantera sin decir nada más.

Álex

El agua caliente barría los restos de jabón de mi cuerpo, pero yo no pensaba en ello. Estaba dándole vueltas una y otra vez a lo mismo. Era un estúpido. Ella había hecho todo lo posible para que no la acompañara. Tenía todas las pistas delante, y aun así quería la confirmación definitiva, quería la humillación completa. Ella iba a conseguir su título de enfermera, y todos sabían que las enfermeras solo pensaban en cazar un médico. ¿Cómo iba a mezclarse con un tipo que trabajaba en un taller? Ese era el caso. Yo era bueno para arreglar su tejado, cortar el césped de su jardín, pero no era apropiado para una ceremonia de graduación. Pero yo era así, tenía que darle una última oportunidad, así que maldije y cerré el agua.

Miré mi aspecto en el espejo: ¿debía afeitarme, ponerme traje? Hacía tiempo que no iba a un acto de aquellos. Busqué en mi memoria la graduación de María. Bueno, tampoco iba a darle todo el paquete; una camisa, chaqueta y corbata serían suficientes.

Cogí las llaves de mi camioneta Ford y salí de casa.

Cuando llegué a la casa de Angie, Lupe esperaba en la entrada y

apremiaba a su nieta para que saliera.

—¡Vamos! No podemos hacer esperar a este hombre.

—Ya voy. —La voz de Angie llegó desde el interior y ella apareció unos segundos después. El aire decidió que se quedaba dentro de mis pulmones. Estaba preciosa, elegante y etérea.

—Ya estoy lista. —No hablé, solo asentí y ayudé a la abuela a subir a la camioneta. Luego la ayudé a ella. ¡Dios, hasta olía a cielo! Aquella ceremonia iba a ser eterna, lo sabía.

Capítulo 18

Álex

Podía ver a Angie desde el lugar en que su abuela y yo estábamos sentados. Ella destacaba por la sencillez de su vestido, aunque no era por poco elegante. Donde las demás buscaban destacar, Angie simplemente estaba. Es difícil de entender, lo sé. Un ejemplo; un ramo de flores, todas hermosas, todas... eso, flores. Pero mientras que todas luchan por destacar, como rosas, orquídeas..., ella era una sencilla azucena, blanca, de olor penetrante.

—Uf, siento llegar tarde. Es difícil encontrar aparcamiento para un restaurante con ruedas.

—Tranquila, acaba de empezar.

—Oh, Álex, no te había... visto. —Sí, una manera muy elegante de decir que no me había reconocido. Es lo que tenía la corbata.

—Hay mucha gente.

—Sí. ¿Dónde está mi pequeña? —Señalé con el dedo hacia el final de la fila de la derecha.

—Oh, se ha puesto... —Carmen empezó a parpadear y advertí que intentaba contener las lágrimas.

—Tu vestido.

—Sí, mi vestido. —Seguro que allí había una historia, pero, como eran

cosas de mujeres, sabía que no debía preguntar. Pero ¿qué demonios? Nosotros los tíos también somos curiosos.

—¿Tu vestido?

—Yo me gradué con ese mismo vestido.

—Ah. ¿Y de qué se graduó?

—En la escuela de cocina.

—Eso explica su buena comida.

—Oh, eso es mérito de la receta, no de la cocinera.

—No digas tonterías. Si no supieras cocinar como es debido, esas recetas no serían tan buenas.

—Oh, escuchad, le toca a Angie. —El ángel vestido de blanco salió a recoger su certificado y las dos mujeres a mi lado empezaron a aplaudir como locas. Incluso yo lo hice, pero con moderación, claro.

—Me muero de ganas de sacarle una foto bien de cerca.

—No seas impaciente. Deja que disfrute de todo esto.

—Sí, mi niña.

—Tu niña creció hace mucho.

—Será mi niña hasta el día que tenga nietos.

—¿Quién, ella o tú?

—Yo, por supuesto. Entonces ellos serán mis niños.

Después de la ceremonia, caminamos por el lugar, esperando que Angie llegara hasta nosotros. Podía notar la mirada de las otras graduadas sobre mí. Todas me devoraban con los ojos, pero ninguna se atrevía a ir más allá. Lo que decía, eran lobas que sabían identificar un buen cacho de carne para comer, pero que no me incluían en su manada. En la distancia vi cómo Angie se acercaba, pero un hombre se interponía en su camino. Su expresión pasó de feliz a angustiada. Sabía interpretar aquella expresión y si el tipo le provocaba aquello tenía que ser alguien que ambos conocíamos. Caminé hasta ellos y reconocí el perfil de Gus. El traje le hacía parecer más formal, pero yo sabía el tipo de sabandija que había debajo.

—Hola. Ya estoy aquí.

—Tú.

—Sí, yo. Te dije que vendría con ella.

—Hablabamos en otra ocasión, Angie.

—No lo creo.

—¿Qué?

—Que esta pieza ya está tomada, así que búscate otra.

—No me asustas con esa pose de matón que llevas. —Me acerqué un poco más, lo justo para invadir su espacio personal y ponerle incómodo. Sabía cómo hacerlo. Le miré fijamente a los ojos.

—Pues deberías. —El gilipollas reculó como esperaba y salió todo lo deprisa que sus piernas le permitían.

—Un poco duro, ¿no crees?

—A veces es lo único que funciona. —Ella no dijo nada más, pero estaba claro que desaprobaba mis métodos. O a mí, ya puestos.

—Carmen y Lupe te están esperando. —Ella asintió y comenzó a caminar hacia donde le indicaba. ¡Ojalá terminara pronto! La corbata me estaba empezando a asfixiar y con aquella puñetera chaqueta me estaba asando de calor.

Capítulo 19

Álex era raro. No había otra palabra. Se portaba como si le perteneciera, y eso no me gustaba, más que nada porque no era así. Podía ponerse gallito con sus otras amiguitas, pero conmigo eso no le valía. Yo no era una de sus conquistas, no le pertenecía, no era nada suyo.

No hablamos mucho de regreso a casa de la abuela. Y cuando llegamos, él se disculpó, se cambió y siguió arreglando el jardín. Así que yo hice lo propio. Entré en mi cuarto, me quité el vestido, lo guardé con cuidado y me puse a preparar la cena. Podía ser un borde, pero nos había llevado a la abuela y a mí a mi graduación, y estaba arreglando mi jardín, así que llenaría su estómago.

Cuando miré por la ventana, me di cuenta de que el tiempo había cambiado. No es que hubiese anochecido, aunque ya era tarde. No, se había

puesto a llover. Me dirigí hacia el porche trasero para ir a buscarle.

Álex estaba de espaldas a mí, apoyado en el porche trasero, viendo la lluvia caer sobre el océano. Había refrescado, pero parecía no haberlo notado. ¿Estaba en una de esas “epifanías” que decía su padre? A veces me daba miedo interrumpirle. Bueno, miedo no era la palabra, era ese ligero temor a romper algo frágil, ese hilo de cristal que lo sostenía a ese mundo que a veces lo atrapaba.

Me acerqué a él y pude escuchar la suave música que salía de su iPhone. Sé que no hice ruido, pero él me oyó, o me sintió, no lo sé seguro. A veces tengo la sensación de que tiene un sexto sentido, como Spiderman.

—Claro de luna, de Debussy.

Subió el volumen y entonces lo entendí. Aquella música, el océano al fondo, la suave lluvia golpeando las escaleras del porche... PAZ, total y absoluta paz. Álex tenía aquel don. Podía saber qué era lo que le faltaba a las cosas para hacerlas perfectas. Ahora lo entendía. Él veía el hueco que faltaba por rellenar y encontraba la pieza que encajaba allí. Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo y no, no era por el frío. Estaba perdida mirando el horizonte, cuando sentí su calor a mi lado, cerca, pero sin tocarme. Alcé la vista y allí estaba él, sus ojos mirándome. No dijo nada, ni yo tampoco. Sentí cómo mis labios hormigueaban cuando los miró, de aquella manera que parecía buscar algo más allá. Aquel picor empezó a clamarse cuando noté la piel de su pulgar rozar, casi sin tocar, mi labio inferior, dejando un camino de llamas a su paso.

—Me he preguntado cientos de veces a qué sabrías.

En aquel momento, millones de mariposas decidieron echar a volar dentro de mi estómago. Deseaba aquella probada, deseaba aquel beso, más que respirar. Y cuando pensé que se inclinaría sobre mí y tomaría lo que los dos deseábamos, él se retiró, sin decir nada, y como si fuera humo, desapareció.

Tardé ¿cuánto? ¿dos minutos? en reaccionar. Cuando quise darme cuenta, él se había ido de mi lado, de mi casa, de mí. ¿En serio? ¿Qué había sido aquello? ¿Qué había ocurrido? Habíamos estado tan cerca de... besarnos. Y de repente todo cambió. Tuve que frotar mis brazos, porque de repente sentía el frío de la lluvia penetrar en mis huesos. Ese gilipollas me había dejado sola y confundida, realmente confundida.

Capítulo 20

Álex

Odio cuando la voz que escucho en la radio habla de mí. Ese Running de Adam Lambert martillea en mi cabeza una y otra vez, diciéndome lo que ya sé. Otro tiro de whisky tomo a su salud, ya que es él el que me invita. Sé lo que me va a decir: que sigo corriendo, escapando. La letra me atrapa, como si realmente supiera lo que hay en mi cabeza.

Acero a mis labios temblorosos.
¿Cómo se puso la noche así?
Un trago y el whisky va abajo, abajo, abajo,
llega el fondo de la botella
El despertar de mi mente con un cabreo.
La ruptura me lleva hacia abajo, abajo, abajo

Mi corazón está latiendo más rápido.
Yo sé lo que busco.
He estado aquí toda mi vida.
Todo lo que he visto dos veces
llegó la hora de que me diera cuenta.
Estoy dando ahora la vuelta.
Sálvame porque me estoy cayendo.
Ahora me parece que no puede respirar bien.
Huyendo de mi corazón”

Sé que tengo que dejar de hacerme esto, pero no puedo evitarlo. La culpa fue mía, solo mía. Yo me tiré a Jane en aquella maldita fiesta, fui yo el que permitió que ella me usara. “Nos estamos divirtiendo”, me decía a mí mismo, pero solo era una manera de ocultar lo que sentía. Me gustaba, la maldita zorra me gustaba, me había atrapado con su cuerpo de diva, sus caras ropas, su refinado comportamiento. Ella era todo lo que yo no tenía, lo que cada maldito tipo como yo quería tener en su vida. Dejé que me atrapara como un tierno adolescente, cegado por el primer par de tetas grandes que veía.

¿Y para qué? Para nada. Ella solo me utilizó, solo me usó. ¿Qué tal tu viaje por los barrios bajos, señorita Jane? Cuando empecé a creer que ella veía algo en mí, resultó ser que solo era un cuerpo. “Eres una máquina”, me decía, y no era porque hubiese disfrutado de un polvo estupendo conmigo; bueno, eso sí,

pero solo eso. Ella solo me utilizó como su semental, solo bueno para el sexo. ¿Presentarme a sus amigos? Oh, no, eso no. No era más que un vibrador, algo que te da un buen momento, pero que después metes en el cajón de la mesilla de noche. Una pequeña perversión que no se confiesa, y mucho menos se enseña.

Ella me utilizó, al mismo tiempo que buscaba al chico perfecto que sí le serviría de marido. Yo no era más que el limpia piscinas del que se beneficiaba la señora de la casa. Menos mal que lo descubrí. Me topé con ella y con el candidato de turno en uno de esos locales de moda. Seguro que pensó que yo no iría allí, no era un lugar que frecuentara un tipo que trabaja instalando equipos de sonido en coches. Pero allí estaba. La enfrenté, no me escondí, y ella prácticamente se rio de mí en mi cara.

La ruptura me dolió a mí más que a ella, de eso estoy seguro. Pero, aun así, yo supe perder, ella no. Estoy seguro también. El golpe que le dio a mi hermana fue la muestra de ello. Sé que Noah fue un gilipollas, pero puedo entender por qué cayó en las garras de Jane con tanta facilidad. Ella es una sirena que sabe cantar su canción. Te seduce, te atrapa, y como un completo gilipollas, caes en su red. Y luego te devora, el primer bocado directo al corazón. Aunque él tenía a la chica perfecta en sus manos, no tenía que haber escuchado las promesas envenenadas de Jane. Cuando yo lo hice, era un tipo libre, un ave sin nido al que volver. Pero él tenía a mi hermana. El único valor que le doy es el darse cuenta de que perdió lo más grande que había en su vida, y que intentó recuperarla. El modo de hacerlo no me gustó de ninguna manera. No lamento que el gilipollas saliera de nuestras vidas, es lo único que le agradezco a la zorra de Jane; eso y el haber traído a su hermanastro a la vida de María. Tonny es bueno para María, porque cuida de ella, porque sabe lo que vale, porque la protegerá con su vida y, sobre todo, porque la hace feliz. Desde que está con él, la sonrisa se niega a abandonar su cara, y sé que es culpa de ese italiano de brazos y corazón enormes.

Al menos mi desgracia ha servido para algo. Aunque eso no quiere decir que vuelva a repetir la experiencia. No voy a volver a caer en las garras de otra mujer que juegue conmigo, y mucho menos que otra vez sea una de las amigas de María. Ya no soy el mismo tipo despreocupado e ingenuo de entonces, soy más fuerte. Sí, como dice Kelly Clarkson en Stronger, lo que no te mata te hace más fuerte. Y yo soy ahora más fuerte, más duro. He creado una coraza en mi corazón para que nadie lo dañe. Si no vuelvo a caer ahí, no volveré a sufrir. Y esa maldita Angie no podrá hacerme daño. Con su cuerpo de pecado, su sonrisa

dulce y sus ojos brillantes. Ella no es más que otra tentación de la que pasar de largo. Pero ella es el gran reto esta vez. Por eso estoy aquí, bebiendo de una botella de whisky, honrando a mis antepasados escoceses, golpeando mi cabeza hasta dejarla inconsciente. Lo justo para sacarla de mis pensamientos, lo justo para no soñar con ella, lo justo para olvidar que la deseo. No puedo caer, otra vez no.

Capítulo 21

Álex

—Te ves como la mierda.

—Bien, porque me siento como una mierda.

A veces cogería a Charly y lo metería de cabeza en el cubo de los desperdicios. Ya sé que mi aspecto es como el de un borracho que ha dormido poco. Porque es lo que pasó anoche. Bebí hasta caer redondo y, como tengo sangre escocesa y cubana, la genética y la práctica, me han dado una gran resistencia al alcohol. Dormir, no sé si fue mucho, pero hoy tenía una resaca de mil demonios. No estaba para aguantar muchas estupideces.

—Wilson quiere que ajustes el equipo de sonido del Toyota GT86.

—Ok.

Caminé hacia el coche y preparé mi equipo. Había fanfarroneado antes de que podía hacer aquel trabajo con el cerebro apagado; bien, era el momento de comprobarlo, porque mi cerebro, definitivamente, estaba fuera de servicio.

—Álex, un tipo pregunta por ti.

Alcé la vista para ver a Tonny caminando hacia donde yo estaba, Charly pegado a su lado.

—Yo me encargo, es un colega. —Charly asintió, y volvió a su puesto.

—¿Mala noche?

—Como la mierda.

—Sí, recuerdo lo que es eso.

—¿Qué te trae por aquí?

—Sabes que la boda es dentro de 10 días. Quería saber si podrías echarme una mano el sábado.

—Seguro. ¿De qué se trata? —Tonny encontró un contenedor vacío, le dio la vuelta y lo uso de silla para ponerse a mi lado, así él conseguía un poco de intimidad y no interrumpía mi trabajo.

—Bueno, con tan poco tiempo algunas cosas hemos tenido que hacerlas por nuestra cuenta. El no tener a un organizador de bodas para esto limita nuestro campo de trabajo. Ya sabes, andamos un poco perdidos al respecto.

—¿Qué os hace falta?

—Hemos conseguido una carpa grande donde, después de la comida, podemos acomodar una pista de baile y centrar allí toda la fiesta.

—Suenan bien.

—El caso es que podemos alquilar un equipo de sonido, pero montarlo y todo eso...

—Quieres que lo haga yo.

—Eso sería perfecto, pero...

—¿Pero?

—Tu primo Manu está muy entusiasmado con hacer de DJ en la fiesta.

—Sí, se le da bien amenizar fiestas.

—Pero no tiene ni idea de cómo disponer los equipos, instalarlos ni probarlos.

—No, de eso me ocupo yo.

—Y... tampoco me fío mucho de su criterio en música para ceremonias de boda. —Ah, ahí estaba la cosa. Sí, Manu seguro que les ponía una canción muy subida de tono y de ruido.

—No te preocupes, yo me encargo.

—María me dijo que, para ese tipo de cosas, tú tienes mejor gusto.

—Eso es verdad. Confía en mí, haré que tu boda quede perfecta.

—Uf, te lo agradezco. Ya tengo suficiente con tu abuela y con María.

—¿Mi abuela?

—¿No te ha contado tu hermana?

—¿Qué tenía que contarme?

—Que ellas dos se van a encargar del pastel de bodas.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

—¡Wow! Esa es una tarea...

—Sí, enorme. Quieren hacer un pastel para más de 70 personas.

—¿Tantas?

—Bueno, al final hemos confirmado que vendrán 63 personas, pero ya conoces las manos de tu hermana.

—Espera, espera... ¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya sabes cómo se le dan los dulces. Seguro que más de uno repite, y ella no quiere dejar a nadie descontento.

—Me das pena, tío. Tiene que tener una presión encima...

—¡Qué me vas a contar! Lo único bueno, es que está haciendo pruebas para encontrar lo que quiere. Mi estómago está encantado, pero creo que no voy a entrar en el traje a este paso.

—Puedo prestarte mi máquina de remo.

—¿Tienes una de esas?

—¿Cómo crees que consigo estar en forma? Un poco de full contact, correr algunos días y muchas horas en la máquina de remo.

—Tendría que hacer algo de eso, sí. De momento me he apañado en el gimnasio de la estación de bomberos, pero no es plan el machacarme allí hasta el agotamiento, estando de servicio. No tendría energías siquiera para cargar con el equipo.

—Eres bienvenido a pasarte por casa cuando lo necesites.

—Tendré que hacerlo, o reventaré los botones de la camisa.

—Puedo dejarte las llaves y te puedes pasar cuando yo esté trabajando, así

tendrás el equipo libre. ¿Quieres que te haga una copia?

—¿Estás seguro?

—Eres el futuro marido de mi hermana, no creo que vayas a salir corriendo con la TV.

—Eso ofende, pero no me refería a eso. ¿Y si un día aparezco cuando no debería? Ya sabes..., chicas y eso.

—Por eso no te preocupes, no llevo chicas a casa.

—Oh, vaya, yo creía...

—Eh, eh, para ahí. Hetero total. Lo que pasa es que no las meto en casa, si quiero sexo, lo hacemos en la suya o en otro lugar. Así evito muchos problemas.

—No tienes pinta de ser de los que tienen problemas con las chicas.

—Ya, intenta sacar a una de tu cama cuando no quiere irse.

—Ah, eso.

—Sí, tío, un problema. Tú quieres dormir y ella que la digas cosas bonitas y le pongas un anillo en el dedo.

—Bueno, no soy el más indicado para juzgar eso.

—Sí, bueno, digamos que yo no he encontrado mi media naranja. Yo solo busco pasar un buen rato. La mayoría lo entiende cuando se lo explico, otras... prefieren hacerse su propia película. Esas son las que fabrican los problemas.

—Vale, entendido. Entonces..., ahora que ya tengo al técnico de sonido, será mejor que me vaya. Tengo una cita con los de los baños químicos.

—Ugh, eso huele mal.

—Gracioso.

—¿A que sí? —Caminamos juntos hacia el exterior, y Tonny se detuvo junto a una Harley Davidson clásica.

—¿Esta es tu otra chica?

—Bonita, ¿verdad?

—Preciosa. Buen trabajo de actualización.

—Gracias. Tenemos que ir a dar una vuelta un día de estos.

—Mejor lo dejamos para cuando regreses de la luna de miel. Antes no

creo que tengas tiempo libre.

—Tiempo libre, ¿qué es eso?

—Pobre infeliz. Te haré una copia de mis llaves y te llamaré para dártela.

—Cuento contigo.

—Sabes que no voy a fallarte.

—Entonces nos vemos este viernes no, el siguiente, en la casa de Angie. El equipo llegará por la mañana. Hay que dejarlo todo listo para que el sábado solo sea divertirnos.

—Suena bien para mí.

—Tenemos una cita.

—Pero que no se entere tu novia.

—Oh, se enterará. Cuenta con ello.

Arrancó con una enérgica patada, y lo observé mientras se alejaba hacia la carretera. Tendría que haber evitado volver a aquella casa antes de la boda, pero no podía defraudar a mi hermana. Preguntaría disimuladamente por el turno de Angie y procuraría terminarlo todo mientras ella estaba en el trabajo. La mejor manera de no tener problemas era evitarlos, y Angie se había convertido en un problema para mí. ¡Dios, sonaba a nenaza! Pero era lo que había. Después de la boda no volvería a ver a la amiga de María y el problema desaparecería por sí solo.

Capítulo 22

Álex

Seis días estupendos, tranquilo, relajado y sin problemas a la vista. Cada vez que iba a la casa sabía que Angie no iba a estar. Conocía su horario como si fuera el mío. Cómo, querrás saber. Sencillo: el primer día llamando por teléfono antes de ir y el resto echando una mirada al horario pegado en el refrigerador de la cocina. Lupe tenía la memoria como la tenía y Angie se lo ponía fácil. Pegando el horario allí, la abuela podía saber cuándo iba a tener a su nieta en

casa y, por extensión, ahora yo.

Lo más cerca que estuve de verla fue un día que me retrasé y me crucé con su minimoto en la carretera de camino a su casa. Me daba escalofríos verla llegar en aquel cortacésped sin filo. Un día tendría un accidente, y esa cosa no la protegería. Sí, lo sé, el menos indicado para decir eso era yo, que iba al trabajo casi todos los días en moto, pero no comparemos. Lo mío es una moto, esa cosa rosa es... un monopatín con un motor y un taburete para sentarse. Y a las horas que iba y venía del trabajo por las carreteras que circulaba, era más seguro que fuera en coche.

—¡Eh! Más suave, que me vas a dislocar un brazo.

La voz de Tonny me devolvió al presente. Sí, quizás me había puesto un poco bruto golpeando aquel saco. Estaba fuerte, pero no podría soportar una lluvia de golpes de alguien como yo cabreado. Si no estuviese agarrando el saco que yo estaba vapuleando, seguro que estaría tirado en el suelo con algo muy magullado o roto. Soy un poco animal, lo reconozco, pero cuando pierdo el control... Por eso me desahogo con el saco, allí sé que no haré daño a nadie. “Furia latina” lo llama la abuela. Terapia contra la ira lo llamo yo.

—Lo siento.

—¿Cambiamos?

—De acuerdo. —Me puse detrás del saco y lo retuve con fuerza. El tipo había mejorado en esos días de entrenamiento, estaba más suelto.

Íbamos alrededor de 10 minutos de su sesión, cuando el teléfono sonó en su bolsa.

—Tengo que cogerlo. Puede haber fallado alguna cosa. —Lo entendía. En la recta final, cualquier pequeño problema podría tirar al suelo todo el asunto. Cuando cogió el teléfono, su cara pasó de la extrañeza a la alegría. —Hola, tesoro. ¿No puedes esperar para verme esta tarde?... ¿Eh?... ¿qué...? Por supuesto, estaré allí en unos 15 minutos. —Colgó el teléfono y empezó a meter sus cosas en su bolsa con rapidez—. Tengo que irme. —Aquello no me gustaba nada.

—¿Qué ha pasado?

—Ha ocurrido algo..., un...

—No hagas eso, ¡suéltalo de una puta vez! ¿María está bien?

—Sí, está bien.

—¿Entonces?

—Es Angie. María necesita que vaya a recogerla ahora.

¿Qué? Sabía muy bien que el turno de Angie no acababa hasta dentro de al menos tres horas. Había ocurrido algo, y grave, muy grave, para que ella saliera del hospital antes de finalizar su turno. ¿Estaría ella bien? ¿Le habría pasado algo? ¡Qué estúpido! Estaba en un hospital, si le hubiese ocurrido algo estaba en el mejor lugar para ser atendida, y no tendrían que recogerla para llevarla a ningún sitio, no al menos con tanta celeridad. ¿Habría sido su abuela Lupe? Le había cogido cariño a aquella mujer. Es lo que pasa cuando te mimas con refrescos para el calor y aperitivos cuando mi tripa rugía de hambre. La mujer estaba pendiente de nosotros cada vez que íbamos a arreglar su jardín. Si había sido ella, tenía que ir, nada iba a mantenerme allí sin saber nada.

—Voy contigo. Tú has venido en moto, te llevaré en mi camioneta.

—Yo... Vale, pero prométeme que no me vas a dar problemas.

—¿Problemas?

Angie

¿Es que nadie se preocupaba de devolver los malditos equipos a su lugar? Era el cuarto lugar al que iba a buscar el dichoso ecógrafo portátil. Abrí la puerta y entré. Sí, allí estaba el escurridizo aparato. Avancé hasta la pared y empecé a enrollar los cables para facilitar el transporte. A mi espalda escuché el clic de la puerta. Giré mi cabeza con tanta velocidad que creo que me mareé. Cuando vi quién había cerrado la puerta, mi estómago se contrajo al tamaño de una nuez. No podía pasarme a mí, por favor, no a mí.

Capítulo 23

Angie

—Doctor Williams.

—Desde que te trasladaron a la planta de Neonatología no he vuelto a coincidir contigo.

—Ya no desarrollo las tareas de auxiliar, ahora hago tareas de enfermería.

—Sí, eso he oído. Así que has subido un escalón... —Él se estaba acercando despacio, pero estaba claro que no iba a detenerse. Coloqué el ecógrafo entre nosotros, dispuesta a empujarlo contra él si se acercaba demasiado. No me gustaba cómo me miraba, no me gustaba cómo me hablaba y no me gustaba cómo se relamía los labios. Parecía el lobo y yo Caperucita.

—Si no le importa, tengo que llevar el ecógrafo a la sala de diagnóstico. La doctora Lettuce lo espera.

—¿A qué tanta prisa?

—La doctora...

—Conmigo no eras tan solícita. ¿Tenéis algo la doctorcita y tú?

—¿Qué... qué quiere decir? —Sus manos detuvieron el movimiento del ecógrafo. Se inclinó por encima y se acercó más de lo que yo deseaba. Noté algo metálico clavarse contra mi trasero. ¡Mierda! Estaba atrapada.

—No te hagas la tonta conmigo. ¿Os hacéis amigas y de repente te ascienden en el hospital? Yo creo que vosotras dos tenéis algo. ¿Qué le das a cambio de esos favores que te hace? ¿Te has acostado con ella? —Sentí su cuerpo casi encima del mío. Con la mano izquierda de repente me agarró el pecho.

—¡No me toques! ¡Déjame!

—Yo también puedo hacerte favores, solo tienes que ser buena conmigo.

Sus uñas se clavaron en mi carne. Sentí el dolor en mi brazo y en mi pecho. Grité todo lo fuerte que mis pulmones me permitieron. Pataleé y me retorcí, pero él no solo era más fuerte y me impedía huir, sino que encima se reía.

No sé cómo lo hice, pero en mitad del forcejeo conseguí encontrar un hueco para liberarme de su agarre. Y corrí. Corrí como un gato que cae en agua hirviendo y casi se siente cocinado. Mis manos alcanzaron la cerradura de la puerta. Debí perder demasiado tiempo en abrirla, porque su mano tiró de mi ropa e hizo que casi perdiera el paso.

—¡Vuelve aquí, maldita zorra!

—¡Suéltame! —Lancé mi mano hacia atrás y estoy segura de que golpeé algo importante, porque él soltó una blasfemia, al tiempo que me dejaba ir.

—Puedes correr, puedes decirles lo que quieras, pero nadie te va a creer. Es tu palabra contra la mía. ¿Me oyes, zorra? Nadie te va a creer.

No sabía qué era lo que más me dolía, si las heridas que me había hecho o el reconocer en aquel instante que sus palabras eran verdad. Era la palabra de un médico residente contra una enfermera en prácticas. Nadie le había visto hacerme... aquello. Nadie creería mi palabra. Mis lágrimas ya habían empapado mi rostro, pero no pude evitar que salieran con más fuerza.

Al otro lado de la puerta, mi rostro chocó con algo, un cuerpo. Reconocí el blanco de sus ropas, sus brazos me sostuvieron antes de caer. Pero fue su voz la que me mantuvo en pie.

—Yo sí la creo. —Alcé la vista para encontrar el único rostro que sabía me mantendría a salvo, el único rostro que, aunque pareciera preocupado por mí, estaba dispuesto a saltar sobre aquel cretino y patear su culo (o al menos intentarlo). Ella era la única persona por la que habría pedido ser rescatada, la única que me comprendería y me apoyaría: Susan.

—¡Aléjate de nosotras, Williams, o haré que seguridad te espose y te lleve a la comisaría más cercana!

—No vas a denunciarme porque no ha ocurrido nada.

—Eso es lo que tú dices. Si Angie quiere denunciarte, yo seré su testigo.

—Tú solo has visto una pelea entre amantes, nada más.

—He dicho que te alejes. Si no retrocedes, comprobaré si las clases de kárate han servido de algo. —Susan se quedó quieta, tensa, esperando a que aquel idiota retrocediera. No lo vi hacerlo, pero oí un pequeño gruñido y unas maldiciones que se alejaban de nosotras.

—Voy a llevarte a urgencias y no vas a atreverte a discutirlo.

—Yo...

—Vamos a hacerlo bien. Vas a pasar ahora, para reconocerte. Te haré el test de agresión sexual. Y después, con él en la mano, puedes denunciar a ese gilipollas si quieres.

—No puedo hacerlo, él tiene razón.

—No, no la tiene, porque no estás sola en esto; ahora es su palabra contra la tuya, la mía y todas las pruebas físicas que logremos recopilar.

¿Qué iba a hacer? Asentí. Ella tenía razón. En aquel momento, su mente fría era lo que necesitaba. De acuerdo, iba a hacerlo, porque sabía que ella iba a estar a mi lado en cada paso.

No recuerdo mucho del proceso, parecía como si todo a mi alrededor no fuera más que un enorme borrón de imágenes y sonidos. Me convertí en una marioneta. Sacaron fotos de las heridas y otro médico, no recuerdo su nombre, se encargó de todo el reconocimiento. Al principio no quería que nadie me tocara, solo quería a Susan. Pero ella me explicó que necesitábamos una valoración objetiva, una que no estuviese implicada en el asunto.

Estaba tumbada en la camilla, hecha un ovillo sobre mí misma, cuando escuché una voz suave que se acercaba.

—Angie, cariño. —Alcé la cabeza lo justo para ver el rostro preocupado de María. En el mismo momento que sentí su mano posarse en mi brazo, las lágrimas volvieron a salir otra vez. Pero no pude detenerme allí. Como si hubiese esperado aquel momento, mi cuerpo dejó de contenerse y empezó a temblar. Los sollozos rebotaban en la pared de la sala de reconocimiento, mezclados con las suaves palabras reconfortantes de María.

—Tranquila, cariño, ya pasó todo. Voy a llevarte a casa.

—No, a casa no. La abuela no debe enterarse, su corazón...

—Sssshhh, no te preocupes. Te llevaré a un lugar seguro y tranquilo. Me encargaré de la abuela también. —Segura, necesitaba sentirme segura. Aferré la tela de su uniforme y enterré el rostro en su cálido pecho. Sentía sus dedos acariciar mi pelo, con una suave y rítmica cadencia. Segura, allí estaba segura.

Capítulo 24

Álex

Estacioné la Ford junto a urgencias. Tonny me dijo que esperara allí, que saldrían enseguida. Y yo esperé. Vi acercarse al vigilante de seguridad, seguramente para mandarme retirar la camioneta. Pero cuando nos reconocimos, su actitud cambió.

—¿Álex? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Mo. He venido a recoger a una amiga.

—¿De urgencias?

—Sé que ha pasado algo, pero aún no sé nada. Puedo recogerla aquí, ¿verdad?

No sé lo que me contestó, porque en aquel momento mi hermana salía por la puerta y, detrás de ella, Tonny llevaba a alguien en brazos. Casi no la reconocí, su rostro escondido en el pecho de Tonny, pero su figura, su cabello, yo había visto antes esa pequeña pelota humana, la había llevado en mis brazos de esa misma manera: Angie.

—¿Qué...?

—Todavía no. —María me cortó con aquella voz suya toda eficiencia. Abrí la puerta de atrás, para que Tonny metiera dentro a Angie, mientras mi hermana entraba por el otro lado.

—Llévanos a mi casa.

Arranqué el auto y no pregunté, no podía hacerlo, mi garganta se había cerrado como la puerta acorazada de un banco. Mi atención se dividía entre la carretera ante mí y el espejo retrovisor, donde podía ojear el asiento trasero de mi camioneta. Deslicé un par de miradas hacia Tonny, que estaba sentado a mi lado, pero él tampoco decía nada. Pero no hacía falta mucho para saber que estaba cabreado como el infierno. Mandíbula tensa, puños apretados y aquella rodilla que no paraba de rebotar: aquello decía que estaba tenso, impaciente, deseoso de hacer algo que no podía.

Aparqué frente a la casa, María saltó a abrir la puerta, mientras Tonny volvía a cargar a Angie. Mis dedos picaban por arrebatársela, por sentirla segura en mis brazos, pero sabía que no podía hacerlo. Todos desaparecieron escaleras arriba. Tonny regresó unos minutos después, y esta vez no me iba a quedar sin respuestas. Lo agarré por el brazo y noté la tensión en ellos.

—¿Qué ha pasado?

—El gilipollas de Ken ha intentado forzarla.

—¿Qué?

—Ese medicucho de mierda... Como lo pille le... —Alzó sus puños y los apretó hasta que se pusieron blancos. Sabía lo que se sentía, porque los míos

estaban igual de tensos.

—¿Le han detenido?

—Ese... ese es otro tema.

—¿Qué quieres decir?

—Susan está ahora hablando con la junta del hospital.

—Espero que denunciando a ese tipo para que lo despidan.

—La hizo someterse a un test de agresión, pero solo tiene algunos arañazos y moretones. Con eso y su declaración intentará que le sancionen, pero no cree que pueda conseguir nada más, no cuando Angie no quiere denunciarle.

—¡¿Qué?!

—María dice que tiene miedo a que las repercusiones sean peores para ella que para él.

—¡¿Qué?!

—Que, en definitiva, prácticamente es la palabra del uno contra el otro. Williams tiene algún golpe en la cara. Puede aludir a una agresión mutua.

—No, no puede librarse.

—Créeme, lo he visto infinidad de veces. He acudido a suficientes situaciones de disputas como para saber que tiene razón.

—¡Mierda!

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—A hacer justicia. —No me quedé a ver su respuesta. Salí de la casa y regresé al hospital. Tenía una “conversación” pendiente con cierto médico.

Recibí un mensaje de Tonny en el iPhone, pero no necesitaba abrirlo para saber lo que ponía. Estaba haciendo algo impulsivo, visceral y totalmente estúpido. Querría evitar que me metiera en problemas. Sí, podría parecer que soy de los que actúan y luego piensan. El problema es que soy todo lo contrario. Yo pienso, y luego actúo. Y así me va.

Cuando estaba en el aparcamiento, mi mente ya había trazado una docena de planes para acabar con aquel gilipollas. Pasé desde la muerte por asfixia, desmembramiento... y algunas cosas más. Pero esa era mi parte impulsiva la que mandaba, la que me había traído aquí. La metódica, la que estudia todas las

opciones, había encontrado algo que me habría contentado mucho menos, pero que sería lo mejor para todos. He dicho que soy impulsivo, no tonto. No voy a pasarme la vida mirando por encima del hombro, con miedo a ser apresado por asesinato. En este estado existe aún la pena de muerte. Pero nadie dijo que no podía hacerle daño.

Salté de la camioneta y me detuve en la entrada de urgencias. Como esperaba, Mo estaba haciendo su ronda. En cuanto me reconoció, salió a mi encuentro.

—Siento lo de tu amiga.

—Sabes quién fue, ¿verdad? —Mo asintió. Tiró de mi brazo y me sacó al aparcamiento de nuevo.

—Aquí las noticias corren como liebres.

—¿Dónde está?

—La doctora Lettuce solicitó una reunión de emergencia de la junta. Sé que están en ello ahora, pero no tengo ni idea de cuándo acabará.

—Solo me interesa esa mierda de hombre.

—El doctor Williams está con ellos. El muy cabrón va diciendo por ahí que la enfermera y él son amantes, y que han tenido una pequeña riña de enamorados, nada más.

—Yo lo...

—Pero si quieres mi opinión, creo que la doctora Lettuce le va a dejar por los suelos. Solo la he visto así de enfadada en otra ocasión, por un niño que llegó a urgencias con síntomas de maltrato. Denunció a los padres y removió todo para que el pequeño no regresara con ellos a casa. Creo que solo le faltó darle una paliza al padre.

—No es suficiente. Ese tipo merece dolor.

—Te entiendo.

—Tienes que hacer algo por mí.

—Lo que sea, somos colegas.

Sí, lo éramos. Aunque solo en el gimnasio. Allí éramos como un par de esposas, duros e inseparables. Desde que empecé a golpear el saco allí, los compañeros de entrenamiento siempre cambiaban. Hasta que llegó Mo. Era

mucho más joven que yo, ahora tendría 22 o 23, pero estaba claro que éramos muy parecidos. Los dos buscábamos una manera de liberar el exceso de ira acumulada, de desgastar nuestra frustración de la manera menos dañina posible, y el saco y el full contact cumplían esa misión. Llevábamos casi tres años golpeando juntos y, aunque no nos relacionáramos fuera del gimnasio, eso no indicaba que no fuéramos buenos amigos.

—Tengo que meterle el miedo en el cuerpo a ese gilipollas, y solo hay una manera de hacerlo. —Mo asintió y nos miramos. Los dos estábamos en sintonía, los dos sabíamos lo que iba a pasar y los dos sabíamos que nada iba a detenerme.

Capítulo 25

Susan

El muy gilipollas encima sonreía, como si le hubiesen convocado para darle un premio. Lo tenía sentado enfrente de mí, a más de un metro de distancia, pero no iba a rebajarme a saltar por encima de la mesa de reuniones, y lanzarme sobre la carótida de aquel engreído, misógino, egocéntrico, machista, depravado... Respiré lento y profundo, una, dos, tres veces. Me dolían los dedos de apretar la carpeta con el informe de Angie. Daba gracias al que inventó las tablillas rígidas que usábamos los médicos, porque, de no ser por ella, ahora no tendría en mis manos el informe entero. Solo serían un gurrño de papel y cartón.

La directora Punjabi dejó su IPod sobre la mesa. Por su expresión, sabía que había visto la copia del informe que había adjuntado a la denuncia que había cursado contra Kenneth Williams.

—Doctor Williams, las acusaciones contra usted son graves, lo suficiente como para que la junta haya accedido a esta reunión extraordinaria. ¿Podría por favor explicar lo que ha ocurrido con la señorita Chasse?

—No sé por qué tanto escándalo. Que a Angie y a mí nos guste mantener relaciones un tanto... enérgicas no es de la incumbencia de la junta.

—¿Trata de decirnos algo, señor Williams, como por ejemplo que la señorita Chasse y usted mantienen una relación...?

—Sexual, sí. Admito que sucumbir a nuestra lujuria en horario de trabajo no es correcto, pero qué le voy a hacer, los dos somos jóvenes y a veces las hormonas nos dominan. —No pude aguantar más, abrí la boca y me metí en aquella conversación. Que después me llamaran la atención por hacerlo me daba igual.

—Así que Angie y tú sois... amantes.

—Pues sí.

—Permíteme que lo cuestione. Tú no...

—Aunque no lo creas, muchas mujeres me encuentran atractivo, Lettuce. —Arrastró mi apellido como si estuviera sucio. Sí, sé que es el nombre de una hortaliza, pero eso no era tan grave como para intentar menospreciarme por ser mejor que él.

—Así que ella te encuentra atractivo...

—Totalmente.

—Y mantenéis... relaciones sexuales con frecuencia.

—Follamos, sí, como conejos. —Tomé aire y esperé un par de segundos antes de seguir con mi exposición. No sé por qué Punjabi no me interrumpió, tampoco lo hizo el doctor Lewis. Puede que estuviesen sorprendidos, o que tan solo quisieran saber a dónde quería llegar. Pues bien, se lo iba a dar.

—Señora Punjabi, me gustaría que volviese a examinar el informe que les entregue anteriormente, donde el doctor Prescott, el facultativo que realizó el test de agresión, expone su conclusión. —Punjabi recogió su IPod y deslizó el dedo sobre la pantalla, hasta llegar al lugar que les había especificado. Su expresión pasó de ceñuda y concentrada a sorprendida y después enojada, pero enseguida recuperó la compostura.

—Doctor Williams, mantener relaciones sexuales con otro miembro del personal de este hospital dentro de las dependencias y en horario de trabajo dice mucho sobre la falta de respeto, de ambos, con esta institución, algo que nos obligaría a valorar varios tipos de sanciones para con los dos infractores. Como profesionales, ambos tienen que tener muy presentes que el prestigio de esta institución reside en la profesionalidad de nuestras enfermeras y el prestigio y excelente trabajo de nuestros médicos. Y usted, como médico, debería saber que su imagen y la credibilidad influyen directamente en los pacientes.

—Entiendo.

—No interrumpa, doctor Williams. Como le iba diciendo, el médico tiene que ganarse el respeto de sus compañeros y, sobre todo, de los pacientes. A la vista de este acontecimiento, creo hablar en nombre de varios de sus compañeros, cuando le digo que ha perdido nuestro respeto. Y no es por culpa de su juventud o sus... hormonas, es por culpa de su honestidad. Se ha sentado delante de todos nosotros y ha arrastrado por el suelo la reputación de una subalterna. Ha proclamado a los cuatro vientos que mantiene una relación sexual y usted ha asegurado que “follan como conejos”. Sus palabras, señor Williams. Algo que a mí y a los aquí presentes nos cuesta aceptar, sobre todo porque después de mantener esa “relación sexual” consentida, la señorita Chasse, y en este caso, su himen, se mantenía intacto. Sí, señor Williams, la señorita Ángela Chasse aún es virgen.

—Eso... eso no es...

—Sí, señor Williams, es sorprendente que hoy en día una joven sana y hermosa como la señorita Chasse mantenga su virtud intacta, algo que ha servido para limpiar una reputación que usted se ha esmerado en manchar. Ahora, si nos disculpa, esta junta tiene que deliberar sobre las medidas que debe adoptar con su caso. Buenos días, doctor Williams. Ya le informaremos.

Disfruté de su cara roja, sus ojos exageradamente abiertos y la expresión descompuesta. Aquel gilipollas había caído, él solito se había anudado la soga al cuello y había saltado.

Lo seguí mientras salía de la sala de juntas. Agradecí con el gesto al doctor Lewis y la directora Punjabi, antes de cerrar la puerta tras de mí. Sonreí mientras le veía caminar demasiado rápido por el pasillo. Sí, sonreí. Por una vez en la historia hospitalaria una enfermera conseguía ganar a un médico.

Capítulo 26

Álex

Tengo la vista clavada en la salida, pero no me acerco, sé que no debo hacerlo. Mi culo está inquieto sobre mi asiento, pero no voy a salir de la

camioneta, no antes de tiempo. Veo el uniforme azul del guarda de seguridad al otro lado de la cristalera de entrada. Es Mo, imposible no reconocerlo a esta distancia. Y como convenimos, hace el gesto que esperaba. Salto fuera del auto, sin apartar los ojos de la entrada al hospital, y lo veo. El gilipollas tiene que ser ese. Pelo rubio bien peinado, corte de 100 dólares, ropa de marca, pero no está contento. Me alegro. La reunión no ha sido buena para él. Bien por Susan. Pero ahora me toca a mí.

El gilipollas se acerca a mí, a su coche caro. Estacioné mi camioneta a su lado. He tenido cuidado de hacerlo así, porque es el ángulo correcto, lo he calculado una docena de veces. Cuando el gilipollas está cerca de su coche, mi voz sale demasiado suave, pero no vacilo.

—¿Doctor Williams?

—¿Quién lo pregunta?

Se gira hacia mí, con la desconfianza reflejada en su rostro. ¿No sabe el gilipollas que me acaba de decir que sí, que es él? Antes de que salga corriendo, antes de que se dé cuenta de que está en peligro, me lanzo sobre su cuello y lo sujeto con fuerza contra el costado de mi camioneta. Sé que no va a poder meter suficiente aire en sus pulmones como para poder gritar, pero tampoco voy a asfixiarle... todavía. Mis dedos tienen su cuello bien sujeto, seguramente le saldrán cardenales allí. Mi otro brazo le aferra la muñeca derecha y mi rodilla le tiene clavado de cintura para abajo. No podrá defenderse, no podrá huir, está a mi merced. Si fuera otro, podríamos estar forcejeando, pero yo soy más fuerte, mucho más fuerte, y estoy muy cabreado.

—Si vuelves a acercarte a Ángela Chasse, si le pones un solo dedo encima, si tan solo respiras sobre ella, haré que tu vida no valga nada. —Puedo leer el miedo en su cara, sé que le intimido, porque en estos momentos no oculto lo que tengo dentro. Mi odio y mi ira están a flor de piel, y él sabe que soy peligroso, los dos lo sabemos. Piensa que puedo matarle y no está equivocado. Pero eso sería tan fácil...

—No te mees encima todavía, no voy a matarte, pero te juro que, si no haces lo que te digo, desearás que lo hubiese hecho. Te diré lo que haré contigo, mierdecilla. Si te acercas a ella más de lo que me gustaría, te romperé las manos. Las dos. ¿Sabes cuánto cobra un médico que no puede usar sus manos? Nada. — Siento su cuerpo tensarse ese poco que le faltaba para el colapso.

—Te destrozaré cada dedo, uno a uno, de tal manera, que necesitarás

ayuda incluso para mear. —Sí, podría haberle dicho que rompería sus falanges en tantos fragmentos que necesitaría múltiples y dolorosas intervenciones para tan solo recuperar algo de movilidad, pero sé que el lenguaje vulgar y soez juega en mi favor. El miedo es mi baza, y sé cómo conseguir el suyo. Pero no quiero conformarme con eso, quiero su pánico, su terror, porque él ha hecho daño a Angie, no merece otra cosa.

—O puedo cortar tu cara, un surco desde tu ojo hasta la garganta, algo dentado, imposible de volver a unir. Algo que veas cada mañana en el espejo y te den ganas de vomitar. O puede que haga las dos cosas, y de regalo, rompa tu cadera, para que cojees y te arrastres el resto de tu existencia, como el gusano que eres.

Me he encargado de presionar cada lugar que he amenazado, para que sintiera el hormigueo real de la presión, dándole consistencia a mí amenaza. Y funciona. Siento su garganta intentando tragar esa bola. Le veo alzar la vista, buscando las cámaras de seguridad. Y es ahora cuando lo remato. Le haré sentir impotente, vulnerable, igual que él hizo con Angie.

—Las cámaras no pueden ver aquí, es un ángulo muerto. Y no hay ningún testigo tampoco. ¿Crees que no sé hacer mi trabajo? Tu palabra contra la mía, doctor Williams. Tu palabra contra la mía. —Pero aún falta algo, la garantía de que no va a mover un dedo contra mí. El remate, lo que diferencia un buen trabajo de uno normal.

—Seguro que pelearás, doctorcito, y que sepas que lo estoy deseando, porque me gusta jugar con la comida. Una noticia tuya, una pequeñita y haré que camines con el culo muy apretado. Y ahora lárgate de aquí, antes de que cambie de opinión y empiece a jugar contigo. —Sus piernas casi ceden, pero consigue mantenerse en pie y andar lo que le queda hasta su coche, solo dos pasos. Sus manos tiemblan mientras abre la puerta, y sus ojos me vigilan asustados. Buen momento para poner la guinda a ese helado.

—Bonito auto, doctorcito. Y bonitas ruedas. —Deslizó mi mirada perezosa sobre los caros neumáticos. He metido los puños en mis bolsillos, para que sienta que me siento confiado, relajado. Que crea que reventar ruedas es algo que hago tan solo para divertirme.

Consigue arrancar a la segunda y sale del aparcamiento como si le persiguiera la mafia siciliana. Sí, capullo, témeme. Tengo ojos dentro de este hospital y no dudaré en cumplir algunas de mis amenazas si es necesario. Dame

un pequeño motivo y eres mío. Huelo algo en el aire, al fétido. Miro hacia abajo, hacia el lugar sobre el que tenía retenido al gilipollas y veo el cerco húmedo. Sí, esa es la señal, tengo su miedo, me pertenece.

Capítulo 27

Álex

Llevo 10 minutos parado delante de la casa de Tonny y María, incapaz de decidir si entrar o no. Deseo hacerlo, quiero hacerlo, pero la razón me dice que no debo.

Al final aprieto los dientes y mando a la mierda la razón. La puerta se abre antes de que llegue hasta ella y me encuentro con María al otro lado.

—Solo voy a hacerte una pregunta. ¿Tengo que preocuparme si veo llegar un coche de la policía?

—No le he roto nada, puedes estar tranquila.

—¿Te has vuelto blando? ¿Dónde has guardado al chico que rompía narices en el instituto?

—Solo fue una nariz, una vez. Y se lo merecía.

—Este también se lo merecía.

—Tampoco he dicho que le dejara irse con un besito.

—¿Puedo preguntar?

—El dolor se le pasará, el miedo no.

—¿Miedo?

—Se meó encima.

—Ese es mi hermanito. —Sentí sus brazos envolverme y le respondí de igual manera.

—¿Ahora puedo entrar?

—Tonny tiene un café para ti. Yo iré a ver a Angie.

—¿Cómo está? —La pregunta salió tímida de mi boca, con miedo a la respuesta.

—Le dieron algunos sedantes en urgencias. Estará dormida algún tiempo.

El resto..., como tú has dicho, los morados y el dolor, se pasarán. —Caminé detrás de ella y la seguí con la mirada mientras subía por las escaleras a las habitaciones superiores. Escuché cómo Tonny se llenaba de nuevo su taza de café y me volví hacia él. Seguramente él quería respuestas y yo... yo necesitaba replantearme lo que estaba a punto de hacer.

—Así que... se meó encima.

—Sí.

—Ese cabrón se merece un par de piernas rotas.

—Eso podría mandarme a mí a la cárcel, y él se curaría con el tiempo. No podía dejarle ganar dos veces.

—Retorcido, frío..., pero me gusta. Yo no habría tenido la sangre fría para eso.

—Pensé en Angie. ¿Qué ocurriría si no estaba aquí para cuidar de ella? Si me meten entre rejas, ese cabrón tendría campo libre para seguir destrozando su vida.

—Tienes razón. Yo me habría desahogado a golpes con él. No pensaría en el después.

—No creas que fue fácil. Tenía su cuello en mi mano. Si hubiera apretado un poco más...

—Habrías destrozado dos vidas. —Tonny bebió de su taza, sopesando lo que podría haber ocurrido.

—¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres?

—Has dicho que cuidarías de ella. —Touché. Me aferré con ambas manos a la encimera y me dispuse a confesar lo que me había negado a mí mismo durante ese tiempo. No sabía cómo, no sabía por qué, pero Angie se había convertido en alguien importante para mí.

—He tratado de mantenerme alejado, de quedarme en el lado de “solo amigos”, pero... ha sido...

—No digas más, te entiendo.

—¿Tú pasaste por ello?

—Algo parecido. Cuando conocí a tu hermana, ella tenía novio. Intenté no

pensar en ella, pero uno no controla sus sueños.

—Al final la conseguiste.

—La paciencia jugó a mi favor.

—Tú al menos lo tenías claro.

—¿Tú no?

—Yo no sé lo que es... Yo...

—Hazlo fácil. ¿Qué sientes ahora hacia ella?

—Que quiero protegerla. No quiero que le hagan daño.

—Bueno, eso es algo claro. Te preocupas por su seguridad.

—Sí. ¿Eso es lo que hiciste tú, dejarte guiar por tus..., digamos, impulsos?

—No, yo tenía muy claro desde el principio que María me gustaba. Cada momento que estaba con ella caía más en su red. Solo decidí tomar de lo que estuviese dispuesta a darme. Si era amistad, pues sería eso, solo amistad.

—Pero tú querías más.

Totalmente. Lo quería todo, el paquete completo.

—Ahora lo tienes.

—Sí y no.

—No entiendo.

—¿No te ha ocurrido alguna vez que vas detrás de algo, pero justo cuando lo consigues necesitas..., cómo decirlo..., redondearlo un poco más?

—¿Como cuando quieres comprarte un coche y cuando lo tienes intentas mejorarlo con un equipo de sonido, llantas nuevas...?

—Eso es.

—¿Y tú quieres ponerle llantas nuevas a mi hermana?

—No, cuando conseguí tenerla a mi lado quise convertirla en mi esposa. Y ahora que estamos a punto de dar el paso, cuando estoy rozando el sueño, ya estoy pensando en tener hijos con ella, en rellenar los huecos que nos conviertan en una familia.

—Estás atrapado.

—Cada cual tiene sus propias aspiraciones.

—Formar una familia no es mi sueño, al menos todavía. Yo... quiero vivir algo más.

—Vivir, hay muchas maneras de hacer eso. Antes pensaba que era aprovechar cada minuto que tenía, llenarlo con experiencias intensas, no quería arrepentirme después de no haberlas hecho.

—¿Ya llenaste tu cupo entonces?

—Solo descubrí que quería algo que me mantuviese vivo.

—No entiendo.

—Verás, soy bombero, me enfrento a situaciones de riesgo constantemente. Sé que un día la cosa puede torcerse. Si un día quedo atrapado bajo un montón de escombros, si el fuego me acorrala, quiero tener algo por lo que luchar, alguien por quien vivir, alguien que me dé la fuerza que necesito para salir del infierno.

—María.

—Soy creyente, creo en que hay un cielo, un paraíso. Pero tendrán que trabajar duro allí arriba, porque no hay nada mejor que abrir los ojos por la mañana y ver a tu hermana durmiendo entre mis brazos. Sentir su tibieza, inhalar su olor, saber que ella quiere estar ahí, conmigo. Ese es mi paraíso.

—Eres un sensibilero.

—Di lo que quieras, pero voy a atar a tu hermana a mí, de tal manera que no quiera dejarme nunca.

—Querrás decir que no pueda, cabronazo.

—No, lo he dicho bien: que no quiera. Si un día, que ojalá no llegue nunca, María decide que no soy bueno para su vida, y me deja, entonces la dejaré ir. Lucharé, no te quepa duda, pero si no consigo retenerla a mi lado no la obligaré. Pero antes de que eso pueda llegar a ocurrir, voy a asegurarme de darle todos los motivos para que no suceda. Voy a mimarla, a consentirla y a darle todo lo que necesite.

—Vas a echarla a perder.

—Esa es mi baza.

—Tú sí que eres un cabronazo calculador.

—Hay quien dijo que todo vale en el amor y en la guerra”. Y soy egoísta,

no quiero perderla.

—Es mi hermana, tendría que cortarte las pelotas solo por haberme dicho esas cosas, pero... sé que eres bueno para ella. Eres un buen tipo.

—Claro que sí. Pero si repites algo de lo que he dicho aquí, no solo lo negaré, sino que te cortaré las pelotas mientras duermes.

—Soy una tumba.

—Bien, repito, ¿y ahora qué?

—Pues, como has sugerido, haré lo que siento que necesito hacer. Después, ya veré qué hago con las consecuencias.

—Un poco suicida.

—Primero me dices que lo haga, ahora no. No te entiendo.

—Solo te he dicho que no luches contigo mismo, pero tampoco que fuerces nada.

—Ves, si me dices eso desde un principio lo habría entendido. Y te habrías ahorrado toda esta charla de nenazas.

—Solo te estaba dando un poco de tiempo para que te tranquilizaras, parecías necesitarlo.

—¡Serás... cabronazo!

—Pero ha funcionado, ¿no?

—Joder, sí. ¿Desde cuándo los bomberos son tipos tan sabios?

—Que corramos hacia las llamas en vez de huir de ellas no dice que seamos tontos, solo que nos gusta la adrenalina.

El muy capullo (dicho con cariño) sonrió y volvió a beber de su café. Seguro que estaba frío, como el mío, pero no dijo nada, ninguno lo hicimos. Permanecimos en silencio un tiempo, como valorando aquella “reveladora” charla, hasta que unas pisadas interrumpieron el silencio. María apareció en la cocina y Tonny se levantó para servirle un café calentito de la cafetera.

—¿Qué tal está?

—Aún duerme.

—Subiré a verla.

—De acuerdo. Si despierta, dile que con Lupe está todo resuelto hasta la

hora de la cena. Tener una boda en la puerta da mucho juego. —Le regalé una sonrisa, aclaré la taza de café en el fregadero y me dirigí a la planta superior. Iba a probar con eso de no luchar conmigo mismo.

Capítulo 28

Angie

¿Sabes esa sensación de frío que se mete en tus huesos y te hace sentir como una de las estatuas del cementerio? Pues así me sentía yo. Estaba hecha un ovillo, pero aun así no conseguía apartar el frío de mí. En fin, si no conseguía entrar en calor en la cama tendría que ir a la cocina y calentar un poco de leche. Eso siempre funcionaba. Abrí los ojos y enseguida me di cuenta de que aquella no era mi habitación. Entonces todo volvió a mi cabeza y el frío me sacudió como una ola de agua helada.

—¿Cómo te sientes? —La voz era masculina, suave y, sobre todo, conocida. Miré hacia mis pies y allí estaba Álex. Sentado a los pies de la cama, de tal manera que tenía un pie en el suelo, la otra rodilla sobre la cama y sus ojos puestos en mí. Su rostro mostraba una cruda preocupación, como si realmente le interesara.

—Creo que bien. —Empecé a sacar los pies fuera, pero cuando intenté sostenerme en ellos la habitación se movió a mi alrededor. Pero no caí. Una mano firme a la vez que delicada me sostuvo allí. Y caliente, muy caliente. Casi gemí de frustración cuando aquel reconfortante calor se fue.

—Te levantaste demasiado rápido.

—Te... tengo que ir a casa.

—No hay prisa. Puedes esperar un minuto.

—La abuela...

—Tranquila, María te cubrió hasta la cena.

—Oh, bien. —Mis rodillas se doblaron y mi trasero cayó como una piedra de nuevo a la cama. Sentí el peso de Álex acomodarse a mi lado.

—No sé si... si tolerarías que te toque, pero tienes pinta de necesitar... necesitar un abrazo.

Y entonces, como si se tratara de un imán recién encendido, mi cuerpo

cedió a la atracción de su pecho y me dejé caer sobre él. Y el efecto dominó se inició con el contacto. Mis hombros empezaron a sacudirse, las lágrimas corrieron por llegar las primeras a su camisa y después luché por no sollozar, pero perdí la batalla. Volví a caer en el recuerdo, en la impotencia, en el frío, hasta que sentí primero su mano cálida acariciando mi espalda, con rítmicas pasadas. Luego sus brazos me envolvieron e hicieron que el calor llegara hasta mis malditos huesos de hielo. Después, una suave presión en mi cabeza como un beso y luego su barbilla allí quieta. Era como esa sensación de... como explicarlo. Cuando eres pequeño y sales de tu baño en el mar, el aire y el agua te hacen tiritar, pero allí está mamá, con la toalla lista para envolvete en ella, sus brazos frotando para quitar el agua y hacerte entrar en calor. No es que Álex se sintiera como mi mamá, pero me hacía sentirme cuidada, protegida, cálida, reconfortada. Sí, esa era la palabra, reconfortada. Entonces me di cuenta de que mis sollozos ya no se oían, solo la suave voz de Álex, susurrando sobre mi cabeza.

—Tranquila, todo está bien. Nadie te hará daño.

—Ke... Kenneth...

—Ya me he encargado de él. —Como si tuviese un resorte escondido, mi cabeza saltó hacia arriba y giró hacia él, buscando sus ojos. ¿Qué había hecho?

—¿Qué...?

—Sssshhh. No te preocupes, no me he metido en ningún problema. Solo... solo hemos tenido una charla, sí, una charla aclaratoria.

—¿Cómo que aclaratoria?

—Digamos que, si se acerca a ti, yo me acercaré a sus neumáticos con algo afilado.

—Eso suena...

—A lo que suena.

—¡Oh!

—¿Te sientes mejor?

—Sí. —Se levantó junto a mí, sin dejar de sostenerme.

—¿Preparada para bajar a tomar algo a la cocina? —Mi estómago respondió por mí. Mis tripas gruñeron como dos dóberman sin alimentar durante días.

—Creo que eso es un sí. Me adelantaré para ver qué tiene María. Supongo que necesitarás pasar antes por el baño. —¿Y ahora mi vejiga le daba la razón? ¿Pero qué narices me hacía aquel tipo? Si me decía que necesitaba un revolcón, empezaría a gemir como una gata en celo.

—Sí, el baño. Unos minutos y bajo.

—No hay prisa.

Me dio una sonrisa, una que no tenía nada que ver con aquella ladeada, que invitaba a descubrir el paraíso carnal que podía darme. No, aquella era como la que te podía dar tu mamá cuando te decía que la medicina que te habías tomado curaría tu dolor de cabeza y te haría sentir mejor. ¡Ugh! Odio que un chico me sonría así. Me hace sentir como su hermana.

Cuando por fin bajé a la cocina, me recibió el olor de unas magdalenas recién hechas. ¡Umm! Empecé a babear como el perro de Pavlov.

—¿Ya estás aquí? —preguntó María.

—Sí. Huele muy bien. —Apunté con la cabeza hacia los dulces.

—Te dejaré comer una cuando comas un plato de pollo con verdura. —Era una mandona.

—Sí, mami. —¿Sonó a recochineo?

—Si tú no lo quieres... —María palmeó el hombro de su prometido y le hizo reír.

—Tú ya comiste lo tuyo —le recordó.

—Yo solo lo decía para que no tuvieses que hacer cena.

—Sí, tú sigue diciendo eso.

—Inténtalo con otra, mi hermana ya te tiene calado. —dijo un divertido Álex.

—Juegas con ventaja.

Algo se tenían entre Álex y Tonny, pero no me interesó qué, porque tenía delante de mí un plato de comida que olía divino. Comí con ganas, escuchando cómo hablaban entre ellos, algo trivial supongo. Cuando terminé mi plato, María y Tonny peleaban (entre risas) por una magdalena, que Tonny quería y María no daba. Volver a reír sonaba raro y costó mucho, pero noté mis labios curvarse hacia arriba. Estaba segura de que era la intención de aquellos dos, pero no iba a

quejarme.

Mi teléfono sonó y me devolvió al presente. Gracias a Dios no era nada relacionado con el trabajo, tan solo mi vecino el señor Sroczyński. Cuando terminé la conversación, le puse a María al corriente.

—Era mi vecino. Tiene un terreno casi enfrente de mi casa y estaría dispuesto a cedérselo para que aparquen los coches el día de la boda. Eso sí, por una módica compensación.

—¿Sí? Eso sería estupendo. ¿Por cuánto dinero? ¿Cuántos coches cabrían?

—Dijo algo de unos 100 dólares. Y por el tamaño, yo calculo que unos 45 o 50 coches.

—¡Wow! Eso es estupendo.

—Sí, pensé que en mi entrada no cabrían más de cuatro y que necesitaría más espacio. Hablé con el señor Sroczyński y al final se ha decidido.

—Estás en todo. ¿No has pensado en organizar bodas?

—¿Yo? No tengo tiempo para esas cosas. Y no sabría cómo hacerlo.

—Pensaste en tu jardín, las carpas, los baños portátiles, el aparcamiento para los invitados... Yo creo que planificar se te da bien.

—Pura lógica.

—Te subestimas.

Sus ojos me miraban de una manera que no supe identificar, como si estuviese enfadado y orgulloso al mismo tiempo. Lo dicho, algo difícil de clasificar.

—No es que quiera echarme de casa, pero sería mejor que te pusieras en camino. Lupe debe estar preguntándose qué demonios te está entreteniéndome tanto.

—¿Qué le dijiste que estábamos haciendo?

—Le dije que me estabas ayudando con algunos detalles de última hora.

—Bueno, en realidad no le has mentado. Hemos solucionado el problema del aparcamiento.

—Sí, tienes razón. Ahora me siento mucho mejor.

—Yo te llevaré a casa.

—No sé si...

—Tu cosa rosa se quedó en el hospital. Así aprovecho para rematar algunas cosas para la boda.

—Visto así...

—No se hable más. Pero antes tendrás que acercarme a tu casa para recoger a mi pequeña.

—Te meteré unas magdalenas en una bolsa para que las lleves a casa.

—Me estás corrompiendo.

—¡Ja, ja, ja! Ese era mi plan.

Capítulo 29

Angie

No esperé mucho a que Álex y Tonny subieran al apartamento de Álex y cogieran algunas cosas de Tonny. Casi ni pude estudiar el lugar, solo pude apreciar que era viejo, aunque no descuidado ni peligroso. Era el típico barrio donde la gente joven buscaba su primera vivienda, fuera de casa de los padres.

Álex entró, metió algo en el asiento trasero de la camioneta y después se sentó detrás del volante. Tonny subió a una preciosa Harley Vintage y se despidió con la mano, todo muy normal. Lo incómodo vino después. ¿De qué iba a hablar con Álex? Era grosero preguntarle por qué estaba en mi habitación mientras dormía, y todas mis preguntas se centraban en ello.

Sentí mi cuerpo tiritar de nuevo y me abracé a mí misma, intentando darme algo de calor, pero era imposible quitar aquella maldita sensación de mis huesos. Solo durante unos momentos no estuvo allí...

—¿Tienes frío? —Miré a Álex, que estaba manipulando la calefacción antes de que le contestara.

—No puedo quitármelo de encima.

—Ven aquí. —Levantó su brazo derecho y me invitó a acercarme a su cuerpo. Estaban bien los asientos corridos de aquellas camionetas. Deslicé mi

trasero por el asiento hasta encajarme contra su caliente cuerpo. Fue pegarme a él y su calor empezó a ahuyentar el frío de mi interior. Me sentí mejor, cálida, segura.

—Es un remanente de la descarga de adrenalina. Tu cuerpo se calentó muy rápido y ahora sientes frío porque la adrenalina desapareció por fin de tu torrente sanguíneo.

—Suenas como un médico.

—No —dijo sin ganas—, son solo datos que uno recuerda sin saber dónde los aprendió.

—Yo creo que eres muy inteligente y que intentas que los demás no lo sepan. —Álex se quedó unos segundos eternos en silencio y noté su cuerpo tensarse levemente debajo de mí. ¿Quizás no quería que se supiera, o tal vez me había estrellado contra algo incómodo?

—La gente te trata de otra manera.

—¿Qué?

—Cuando descubren que eres listo.

—¿Eso te pasó a ti?

—Ocurrió en el instituto. Ser demasiado listo me trajo problemas, así que simplemente bajé mi perfil.

—¿Y te funcionó? No sé, quiero decir, si te valió la pena.

—Tengo un trabajo que me gusta, estoy cerca de mi familia, tengo amigos... Yo creo que sí funcionó.

—Te he visto en el trabajo y parece que realmente te guste, pero ¿no te gustaría tener un trabajo mejor, con más sueldo en una empresa más grande?

—¿Bromeas? Me encanta mi trabajo: Wilson me paga bien, el horario es flexible y no estoy encerrado en un despacho de 2x2. Y la corbata, odiaría ponerme traje y corbata para ir cada día al trabajo.

—Eres un espíritu libre.

—Yo diría más bien que me gusta mi calidad de vida.

—¿Calidad de vida? No mucha gente joven piensa en ello.

—Bueno, no soy tan joven.

—¿No? ¿Cuántos años tienes, viejo?

—Cumpliré 27 dentro de unos meses.

—Ah, bueno, eso lo explica todo. Estás a un paso de la jubilación.

—¿Te estás metiendo conmigo, bebé?

—Tengo 25, de bebé nada.

—Ah. ¿Y qué hace una de 25 sacándose el título de Enfermería? ¿No eres un poco vieja?

—La vida a veces te pone obstáculos.

—Pero tú los has superado.

—Mis abuelos vinieron a este país buscando una vida mejor y oportunidades para su familia. Habría sido egoísta por mi parte rendirme.

—Entiendo.

—¿Y tú?

—¿Qué quieres saber?

—¿No te habría gustado estudiar más por si un día quieres cambiar? Ya sabes, tener más opciones.

—Ah, eso, fui a la Universidad, si es lo que preguntas. Tengo una ingeniería en Electrónica.

—¡Vaya!

—Sí, pocos lo saben. Incluso creo que Wilson piensa que engordé mi currículum.

—Si yo tuviera una, presumiría de ello.

—Oh, a veces lo hago. Pero cuando lo digo, nadie me toma en serio, razón por la que lo hago.

—¿Te estás riendo de mí?

—De ti no, del resto tal vez. —No me di cuenta de que estábamos entrando en la carretera de entrada de mi casa hasta que sentí bajo mi trasero el familiar bache junto a la tejavana donde guardaba mi moto.

—Llegamos. —Mi cuerpo protestó cuando Álex empezó a bajar de la camioneta. El frío había desaparecido, aun así necesitaba sentir su calor bien de cerca.

—Ya llegaste.

—Hola, abuela.

—Os dejo solas. Voy a cambiarme y a ponerme a trabajar.

—Tú gasta toda esa energía que tienes metida en ese joven corpachón que yo me encargaré de cargarte de nuevo con comida casera. —Álex sonrió y se encaminó a la cabaña donde se guardaban las herramientas del abuelo. Sí, aquel hombre parecía a gusto allí.

—Bueno, cuéntame, ¿habéis atado todos los cabos de la boda?

—Tenemos aparcamiento extra.

—¿Ah, sí? Cuenta...

—¿Sabes ese terreno que tiene el señor Sroczynski aquí enfrente?

—¿El de las gallinas?

—Sí. Ya sabes que tuvo que sacrificarlas por lo de la gripe aviar y que lleva sin usarlo mucho tiempo.

—Pobres gallinitas. Ni comérselas le dejaron.

—El caso es que pregunté si estaría dispuesta a cederlo como aparcamiento para la boda y nos lo alquila por 100 dólares.

—Eso es estupendo.

—Eso pienso yo también. Él saca algo por ese terreno en el que no puede construir, y que nadie le quiere comprar, y nosotros solucionamos nuestro problema de aparcamiento.

—Eres una chica muy lista. ¿Sabías lo orgullosa que estoy de ti?

—Es gracias a unos buenos genes.

—Sí, señor, eso es verdad. —La abuela me achuchó tanto como podía y fuimos caminando hacia la casa. Ambas teníamos tareas que hacer. Yo, lavar y hacer las tareas de la casa que la abuela no podía, ella tenía que preparar una cena para nuestro chico. “Nuestro chico”... Sonaba bien.

Capítulo 30

Álex

La luz estaba empezando a desaparecer cuando decidí parar por aquel día. Caminé hasta la casa y me quité las botas en el porche antes de entrar. Las limpiaría más tarde y las dejaría fuera para secar. El olor de la comida me llevó derecho a la cocina.

—Umm, huele muy bien.

—Cochinita con guacamole. ¿Tienes hambre?

—Como si no hubiese comido desde hace días.

—Bien, porque he cocinado mucha cantidad pensando en ti. —Miré a mí alrededor. La mesa estaba puesta, pero a Angie no se la veía.

—¿Y Angie?

—Está en Falcon Crest. Iré a buscarla para que podamos cenar.

—Yo iré a buscarla. ¿Y dónde dice que está?

—Ah, el viñedo. Claro, tú no sabes dónde es.

—Si me da la dirección...

—Es aquí fuera, en el costado de la casa. Seguro que la ves rápido.

—Bien. Enseguida venimos.

—Daos prisa, no quiero que se enfríe.

Salí por la puerta trasera, y metí los pies de nuevo en mis botas. ¿Dónde coño estaría aquel puñetero viñedo? Caminé hacia el costado al que supuse debía referirse Lupe. En el otro lado estaba la cabaña con los aperos y las herramientas del abuelo, y no había señales de ningún viñedo o camino que llevara a alguna otra parte. Normal, entre tanto árbol...

Casi di la vuelta a la casa cuando la encontré. Estaba arrodillada junto a un arbusto o arbolito. Según me acercaba, noté que había una gran verja de madera alrededor de unas pequeñas... ¿viñas? Sí, parecían hojas de vid. Angie se dio la vuelta y al verme se sobresaltó.

—¡Oh! No te oí llegar.

—Me envió a buscarte Lupe. La cena está lista.

—Entonces será mejor que vayamos. —Con cuidado salió del cercado, se sacudió las ropas y cerró la verja con delicadeza. Cuando volvió a mirarme, estaba claro que había una pregunta en mi cara.

—Bienvenido a Falcon Crest.

—¿Y la historia? Porque tiene que haber una buena historia detrás de esto. —Angie soltó una carcajada, pequeña pero sentida.

—¿Te he contado alguna vez la historia de mi madre con Falcon Crest?

—No, pero vas a hacerlo ahora.

—Bien. Digamos que, desde niña, mi madre tenía una fijación con esa serie. Así aprendió a hablar inglés antes de venir a este país. El caso es que estaba tan obsesionada que el abuelo sembró un par de semillas de uva y luego trasplantó las vides aquí. Cada temporada de cosecha recogían las uvas y las exprimían para elaborar su “vino”.

—No saldría mucho, solo tienes cuatro vides.

—El abuelo me confesó que hacía trampa. Tres vides no daban mucho, así que compraba una botella de zumo de uva y la mezclaba con lo suyo. Mamá se bebía el zumo toda convencida de que era el fruto de su viñedo.

—¿Tres vides? Aquí hay cuatro. —Angie se giró hacia las vides y empezó a señalarlas mientras las nombraba.

—El abuelo, la abuela, mamá y la pequeñita, que soy yo.

—Un gesto precioso por parte de tu abuelo.

—Solo concibieron una hija, habría hecho cualquier cosa por hacerle sonreír.

—Así que ahora eres una heredera vinícola.

—Oh, sí. ¿No te lo había contado? En cuanto me case con un rico heredero, ampliaremos nuestro viñedo.

—Vas a forjar un imperio, Ángela Chasse... ¡Oh, mierda, casi se parece a...!

—Sí, Ángela Channing.

—Oh, y Lorenzo... Ah, ahora entiendo lo de tu madre con Lorenzo. Me confundió con Lorenzo Lamas, el que hacía de nieto de Ángela Channing y que luego se convirtió en “el Renegado”.

—¿Conoces a Lorenzo Lamas?

—¿Cómo crees que conozco la historia de una serie de los 90? Mi abuela Caridad me contó una vez que me parecía al Renegado de la tele, por las melenas y la moto. Y como soy un tipo curioso, busqué en internet. La verdad es que no me parezco tanto.

—¿Bromeas? A ver, la moto clásica, el chaleco de cuero, la melena, la barba de cuatro días, la piel tostada de un latino... ¿Quieres que siga?

—Vale, hay semejanzas, pero es como comparar una pelota de tenis con una de pimpón.

—Vale, me rindo.

—¿De verdad crees que me parezco tanto?

—Mi madre casi se mea las bragas cuando te vio por primera vez.

—¿Tú crees?

—Lo sé. —Sin darnos cuenta, ya estábamos en la puerta de la casa. Me saqué las botas con rapidez y las coloqué junto a la entrada, antes de entrar.

—El abuelo solía utilizar unos viejos zuecos, seguro que puedo encontrarlos.

—Perdona si no tengo mucha fe en que pueda meter los pies en esos zuecos. —Angie meditó mis palabras mientras observaba mis enormes pies, y soltó una ruidosa y contagiosa risotada. Sí, eso era lo que había estado esperando todo el día.

—No, tienes razón. Tú necesitas un par de botes de remo para eso.

—¿Estás diciendo que tengo los pies grandes? ¿En serio? —Más risas, más carcajadas. La tenía apretando sus brazos contra su saltarina tripa.

—¡Ja, ja, ja! Es que todo lo tienes grande. Eres como el gigante verde de las latas de maíz, ¡ja, ja, ja!

—Eso sí que no, no puedes meterte con alguien más grande que tú y pretender salir indemne. —Mis dedos saltaron sobre su cuerpo y localizaron los lugares exactos en los que se escondían sus cosquillas. Angie era una pequeña y escurridiza anguila entre mis manos, pero me las ingeníé para darle su merecido.

—¡Eh, niños, dejad de jugar! Si se enfría la cena os la coméis así, no pienso recalentarla.

—Ya vamos, abuela. —Nos sentamos a la mesa y Lupe llenó los platos con rapidez. El mío era una montaña enorme de carne, pero estaba convencido de que me lo comería todo. El trabajo daba hambre y la guerra de cosquillas mucho más.

Capítulo 31

Angie

Ver a Álex bebiendo de su taza de cacao, con la vista perdida en el horizonte, trajo un escalofrío a mi columna. Era tan parecido a aquella vez... Sí, no llovía, pero estaba oscuro. Y su silueta se veía imponente desde la puerta de atrás de la casa. Aquella vez tenía que haberme servido de aviso, pero sentía que algo había cambiado, algo... se había abierto entre nosotros. O eso creía. Ojalá no me equivocara.

—Es tarde.

—Enseguida me voy. Solo quería ver el anochecer un ratito más. Tienes algo increíble aquí. Lo sabes, ¿verdad?

—Es mi pequeño secreto, sí. Eh... estaría bien si quisieras quedarte a dormir. —Álex se giró hacia mí. Sus cejas arrugadas me indicaban que quería saber de dónde había salido aquella sugerencia.

—Yo... no tengo una razón que darle a la abuela de por qué no he traído mi moto del trabajo.

—Sí, sería más normal que yo te llevara mañana, después de pasar aquí la noche, que venir a buscarte temprano para llevarte al trabajo.

—Sin explicaciones, es mejor.

—Sí.

—Buscaré...

—No pienso ponerme el pijama de tu abuelo. Por eso no paso otra vez.

—Pero...

—No te preocupes, tengo algo de ropa en la camioneta.

—Vale, iré a preparar la habitación.

—Yo aprovecharé para atrapar un último vistazo de las estrellas en el horizonte. ¡Quién sabe cuándo volveré a tener una vista así a mi alcance! —
Asentí con la cabeza y entré de nuevo en la casa.

Álex

Abrí los ojos y me orienté. ¡Mierda, otra vez no! Aquella no era la habitación en la que me había acostado la noche anterior. Empecé a recordar cómo había acabado allí. Me desperté en mitad de la noche, sintiendo una corriente de frío, pero en vez de taparme mejor con las mantas me puse en pie y me fui al ventanal del salón. ¿Para qué? Para ver si las puertas se habían abierto y aquella era la razón del frío. No, estaban cerradas; pero podía sentir la pequeña corriente que se filtraba desde el otro lado. Las juntas estaban desgastadas, había que poner un nuevo aislante. Regresé a mi cuarto, pero me detuve frente a la puerta de Angie. ¿Es que esta mujer no cerraba la puerta? No, era evidente que no. ¿Cómo podría oír a su abuela llamarla con las puertas cerradas? Sentí el frío de la habitación llegar hasta mis brazos. Allí también habría que revisar el aislamiento de las ventanas. Me acerqué a Angie y re Coloqué la manta, pero al hacerlo rocé su piel fría. La postura ovillada ya me tenía que haber dado una pista. Solté una maldición interiormente y me colé bajo la manta a su lado. Su cuerpo se acercó al mío buscando desesperado aquel calor y yo la aferré a mí como si fuera una lapa. La sentí relajarse bajo mi mano y me sentí orgulloso de ser yo quien había hecho aquello. Cerré los ojos un momento y, cuando los abrí, casi me sorprendió el amanecer.

Con cuidado, me despegué de su cálido contacto y me retiré de la cama. Salí disparado de la habitación y me dirigí al porche trasero. Y no, no era porque deseara ver el amanecer de aquel día, era porque, como ocurre con todos los hombres, me había despertado con una erección que haría envidiar a la mismísima Torre Eiffel. Y mira que me había levantado así veces, pero quizás fuera por hacerlo junto al calorcito de Angie, pero nunca había estado así de... necesitado y dolorido. ¡Joder!

—Buenos días. Hace un poco de frío para andar en calzoncillos ahí afuera.
—Genial, y ahora Lupe no solo se escandalizaría por ver a un hombre casi desnudo en su porche trasero, sino que lo vería en pleno estado de excitación.

—Buenos días. Solo estaba... admirando el paisaje. La otra vez que estuve aquí me perdí el espectáculo.

—Sí, un espectáculo fascinante.

No me giré hacia ella, tan solo la respondí por encima del hombro. ¿Grosero? Sin duda, pero prefería ser aquel tipo de grosero a ser un depravado. Algo en su voz me dijo que ella no se estaba refiriendo al mismo espectáculo que yo. ¡Joder, aquella vieja lo sabía! ¡Joder, joder, joder!

—Voy a hacer el desayuno. Angie se levantará pronto y quiero prepararle algo rico. Ayer parecía un poco cansada cuando llegó a casa. Seguro que fue un día duro en el trabajo.

—Eh, sí, claro. Yo entraré también dentro de un momento.

Si ella supiera... El día de Angie había sido realmente duro. Solo pensar en aquello y el cañón de proa se escondió en su tronera. Bien, al menos pensar en aquel gilipollas había servido para algo bueno. La amenaza de “pervertido empalmado” había desaparecido.

Lupe

Podía ser vieja, pero no tonta. Aquellos dos polluelos tenían algo que trataban de ocultarme, pero no eran demasiado buenos. No iba a presionarles si no querían decirme nada, yo lo respetaba. Quizás solo estuviesen comprobando si lo suyo iba a alguna parte, como decían los jóvenes modernos. Solo esperaba que Angie no cometiera el mismo error que su madre. Tenía que confiar en ella. Hasta el momento, me había demostrado mucha más madurez y sensatez que su madre. Pero ver a aquel chico salir de su habitación a hurtadillas esa mañana... no me daba buenas vibraciones. En fin, les daría el beneplácito de la duda. El chico parecía buena persona: trabajador, atento, servicial y guapo, ¡muy! guapo. Eh, soy vieja, pero aún puedo apreciar un buen solomillo. Yo no me lo comeré, pero mi nieta sí que tiene dientes para hacerlo.

Capítulo 32

Angie

Quizás fuera saber que Álex dormía con nosotras lo que hizo que pasara una noche estupenda. Recuerdo algo de frío al principio, pero después algo calentó todo mi ser. Seguro que tuve sueños estupendos, sueños con Álex, porque seguía oliéndole cuando me desperté por la mañana. Seguro que se quedó pegado a mí su olor cuando me abrazó en su camioneta. ¿Se notaría mucho si tampoco me duchaba aquella mañana? La noche anterior dejé para él el agua caliente; al fin y al cabo, había sudado trabajando en el jardín.

Desayunamos juntos un rico desayuno que nos había preparado la abuela. Se la veía contenta, como si le gustase tener de nuevo un hombre en casa.

Después, Álex me llevó al trabajo y entró conmigo hasta el hall. Sé que más de una nos estaba mirando. Seguro que habían visto al hermano de María por allí, pero hoy me acompañaba a mí, y eso era nuevo. Bueno, podía ser eso, o verle con aquella camiseta negra tan ceñida. Hasta yo tenía problemas con el regulador de temperatura. Estaba segura de que él sabía lo bien trabajado que estaba, pero que lo hiciera como si no lo supiera me encendía más que una pira funeraria. Susan había dicho que la prima de María hacía arreglos a la ropa para que sentara bien. La pregunta era: ¿Se podía hacer con los jeans? ¿Lo había hecho con aquellos? Aquel culo dulce me estaba matando. ¿En serio, dulce? Se me estaba yendo la cabeza. El culo de un tío no era dulce. Era caliente, duro, sexy, redondito, firme, mordible, palmeable, pellizcable y todo lo “ble” que se te pueda ocurrir y que implique tocarlo; pero dulce... Se me estaban empezando a derretir las neuronas.

—Hola, tío. —Uno de los de seguridad chocó el puño con Álex. Era jovencito y me sonaba de haberle visto hacer su ronda.

—Hola, Mo. Esta es Angie.

—Hola.

—Hola. Siento dejaros de esta manera, pero tengo que fichar mi entrada.

—No te preocupes. Nos vemos pronto. —Y ahí, sin saber cómo, Álex depositó un suave beso en mi mejilla. Seguía en trance cuando el ascensor paró en mi planta. Me había besado, en la mejilla, sí, pero me había besado. ¿No dicen que es bueno empezar el día con una sonrisa? Pues el mío empezaba bien, muy bien.

Álex

—¿Tu chica?

—Algo así.

—Eh, tío, especifica eso.

—¿Por qué? ¿Tienes que rellenar algún formulario?

—Primero vienes a recogerla, pero es el novio de tu hermana el que carga con ella. Hasta ahí nada vinculante. Pero luego vienes y medio ahogas al muñeco Ken. Y antes de que lo preguntes, Ken es el apodo que le ponen por aquí algunas enfermeras.

—Le pega. Se parece al muñeco ese que le ponen a la Barbie. Eh, no me mires así, tengo una hermana.

—A lo que iba: el tipo ese llega esta mañana a trabajar con marcas en el cuello.

—Culpable.

—Eso ya lo sé, gilipollas. El que se las hayas hecho tú es lo vinculante.

—¿Quieres dejar de decir esa palabra?

—Con esa palabra quiero dejar claro que hay acciones que te vinculan a la enfermerita de cara de duende y hay otras que hacen lo contrario. Pero si ahora vienes y me dices tú que “algo así”, pues joder, tío, me estás haciendo un lío.

—Vale, vale. ¿Y por qué quieres saberlo tú, si no es demasiado pedir?

—Porque si es tu novia le echaré un ojo encima, para que ningún cabrón intente nada con la chica de mi colega; pero si no lo es, puedo echarle otro tipo de ojo. — Un ardor infernal subió por mis brazos. No, nadie iba a echar ese tipo de ojos a Angie.

—Aclaremos algo. Puedes vigilar que ningún gilipollas se le acerque, y mucho menos ese Ken, porque si se acerca, si le echa una mirada demasiado larga, me lo vas a decir, y yo me encargaré de poner su culo en órbita.

—Después de mí, claro.

—Sí, sí, lo que digas, pero que te quede claro: Angie no se toca, es mía.

—Ah, vale. Una preguntita tonta: ¿ella lo sabe?

—Lo sabrá en su momento, un día de estos.

—Aclarado.

—Bien.

—Supongo que quieres que te mantenga informado sobre el Ken.

—Por descontado.

—Entonces me voy a hacer la ronda. Cuando sepa algo te lo diré.

—Espera. —Cogí un panfleto de publicidad de un cajetín, robé un bolígrafo de una mesa y escribí mi teléfono en él.

—Lo que tengas me mandas un mensaje.

—Hecho.

—Te debo una cerveza.

—Me la cobraré. —Asentí y lo vi alejarse hacia el ascensor. Bien, Angie estaría segura con aquel gilipollas allí dentro. Mo podía ser joven, tal vez 22, pero tenía una buena pegada derriba puertas.

Capítulo 33

Marco

Odio despertar y ver que estoy solo en la cama. Sí, lo sé, Susan entra a trabajar antes que yo muchos días, pero me he acostumbrado a despertar con ella. Me gusta empezar mi día con un beso suyo, o una sonrisa. Si lo empezamos con algo más... pues mejor que mejor. Soy un hombre, joven, vigoroso y con un apéndice sexual exigente. ¡Quién me lo iba a decir hace tan solo unos meses! Yo nunca fui dependiente de nada ni de nadie, no desde que murió mi madre. Pero Susan... Me he vuelto adicto a ella.

Oigo un pequeño ruido que viene de abajo, algo conocido. Sí, es la cafetera. Mi chica no se ha ido sin despedirse. Miro el reloj de reojo: umm, es demasiado pronto. Claro, por eso estaba aún dormido como un perezoso. Salgo de la cama y camino descalzo hacia la cocina. Ella está allí, con la parte de arriba

de mi pijama de raso. Esa camisa le queda grande, pero me encanta verla con ella puesto. Yo llevo puesta la parte de debajo de ese conjunto y es como si fuésemos las dos partes de un todo, pero, aún mejor, porque ese es MI PIJAMA, y ella también es mía, tiene que serlo.

Con sigilo me acerco hasta estar a su espalda. No se ha dado cuenta de que estoy allí. La rodeo con mis brazos y aferro la encimera con las manos. Está atrapada por mi cuerpo y no pienso dejarla salir sin que pague el precio. Es un juego que nos gusta, y siempre gano. Pero hoy su mirada sigue ausente, mirando el goteo incesante del café. No me ha notado y creo saber por qué. Su mente tiene que estar atrapado con lo ocurrido ayer. Pobre Angie. Susan me contó lo que ese gilipollas pervertido intentó hacerle, y se me revuelven las entrañas solo de imaginarlo. Dan ganas de cortarle el pene y dárselo de comer a los cerdos. Si hubiese sido mi Susan a la que... No quiero ni pensarlo. Pero la idea de arrancarle la piel a tiras muy pero que muy pequeñas se incrusta en mi cerebro. Doy gracias a la Madonna por tener una mujer fuerte. Ella es una pequeña leona, salvaje, peligrosa y protectora con sus cachorros. Umm, mi leona, mi fiera. Uf, esto de pensar en Susan de esa manera ha despertado al “pequeño dormilón” de su letargo. Mi nariz está buscando su olor en ese succulento cuello, y por instinto su cabeza se ladea y se inclina hacia atrás, facilitándome la tarea.

—Sigues preocupada. —Deposito un suave beso en la base de su cuello y disfruto su suspiro.

—No puedo evitarlo. Me muero por saber qué ha decidido la junta, pero...

—¿Pero? —Noto su vulnerabilidad. Por reflejo, mis brazos la envuelven para protegerla.

—Conozco los términos del contrato de trabajo de Kenneth, porque es igual que el mío. Salvo que cometa una falta muy grave no podrán rescindirlo.

—La giro hacia mí. Quiero ver sus ojos y apretarla todo lo posible a mi cuerpo.

—¿Lo que hizo no te parece lo suficientemente grave?

—Lo que hizo es grave, lo MUY grave es lo que no llegó a hacer.

—O sea, que tenía que haberla violado para que pudieran despedirlo.

—Es una mierda, lo sé.

—Entonces, ese cabrón seguirá trabajando en el mismo sitio. Y Angie tendrá que soportar su presencia, sin poder hacer nada.

—Tenía que haber hecho más para protegerla, es culpa mía.

—¿Qué quieres decir? —La sostuve por los hombros y la obligué a mirarme. Sus lágrimas estaban a un suspiro de desbordarse.

—Yo... noté que Kenneth mantenía una presión injustificada sobre ella y... intenté mantenerla lejos de él, pero... alejarla de su zona de influencia no sirvió de nada.

—¡Ese cabrón!

—Tenía que haber hecho algo más.

—No, Susan, no te culpes. Hiciste lo que consideraste apropiado. Y conociéndote, seguro que es más de lo que cualquier otra persona hubiese hecho.

—Pero...

—Sssshhh. No te tortures.

—Pero yo podría haber...

—No te aferres al pasado, eso no solucionará nada. Yo lo he aprendido muy bien.

—Entonces..., yo...yo...

—Cuida de ella a partir de ahora, como realmente quieres hacerlo. Átala una cuerda y la amarras a ti, convertíos en siamesas si quieres. Haz lo que creas correcto.

—Sí, lo haré.

—Bueno. Y ahora que mi chica está dispuesta a salvar el mundo, ¿qué tal si la alimento para que esté cargada de energía para poder hacerlo?

Sus brazos se levantan y se enredan en mi cuello. Noto sus dedos deslizarse entre el pelo de mi nuca. El vello se me eriza y “mi pequeño amigo” se emociona. ¡Oh, sí! Cuando ella hace eso, sé lo que viene ahora, o eso espero.

—Soy una chica buena, sí. ¿Puedo tener ahora mi premio?

—¡Dios, sí!

La aferro por las nalgas y la levanto con fuerza, para que sus pecaminosas piernas se enreden en mi cintura. Me importa una mierda lo que pese, estoy entrenando duro cada día para hacer cosas como esta. Casi corro con ella escaleras arriba, y nos tiro a ambos sobre el colchón. Voy a darle a mi chica

todos los premios que quiera, hasta que no me queden energías para seguir. Ella merece todo lo que pueda darle. Y yo... yo no sé si algún día mereceré este premio, pero ni voy a rechazarlo ni voy a negármelo. ¡A la mierda con ser justos! Soy egoísta y quiero tocar el cielo tantas veces cuantas pueda, y Susan es mi puerta de entrada.

Justo ahí, mis dedos han retirado la ropa de Susan. No tuve paciencia de ir quitando botón a botón, así que se la saqué por la cabeza. ¿Y esas braguitas deliciosas? Podía romperlas, como los machotes de las novelas esas eróticas, pero no voy a hacerlo. ¿Privarme yo de fantasear con los recuerdos cuando lo saque de la colada? Voy a lavar, secar, doblar y guardar esa braguita en su cajón, y voy a estar duro como una piedra cuando lo haga, y seguramente tenga que dedicarle una hora a descargar toda esa energía contra el saco de boxeo. Ah, pero luego llegará la noche, y me resarciré esa frustración en esta misma cama, con esta misma mujer, y... ¡Oh, mierda! ¿Me está mordiendo la oreja? Sí, esta mujer va a acabar conmigo, ¡pero qué manera de morir! Mía, mía, mía, solo mía.

Capítulo 34

Angie

Fue entrar en el hospital y mi cuerpo empezó a tensarse. No puedo hacerlo, no puedo volver ahí. “¡Despabila!”, me digo a mí misma. Luchaste y escapaste. No dejes que ahora te venza el miedo. Te gusta tu trabajo, no dejes que también te quite eso. Me enderezo y cuadro mis hombros. Kenneth me arrebató la niña que llevaba dentro, esa pequeña parte que permanecía confiada y segura, ajena a los peligros de este mundo. Me arrebató la inocencia. Desde entonces, miro a mi alrededor buscando el lado malvado de todo. Y eso no podré cambiarlo. Pero no dejaré que me quite nada más.

Siento un escalofrío a mi espalda y me giro nerviosa para ver qué hay allí. Solo es un grupo de enfermeras que camina hacia el control de enfermería. Es algo cotidiano, habitual, pero ya no puedo verlo así. Estudio a todos y todas. Él podría estar en cualquier parte, esperando para terminar lo que empezó.

—Buenos días, Angie.

Esa voz la conozco. Me giro hacia Susan para ver su rostro preocupado, atento y enérgico. Tiene algo en esa cabeza, lo sé, he empezado a conocerla bien. Y cuando está decidida a hacer algo, nada puede detenerla.

—Hola, doctora.

—¿Lista para otra ronda de pequeños que atender?

—Contigo al fin del mundo.

—Bien, ese es el espíritu, pero de momento nos quedamos en una cómoda y calentita consulta. La predicción del tiempo ha dicho que vienen un par de días fríos.

—Espero que no se alarguen hasta el sábado.

—No, el viernes llega una ola de calor de las que derriten neumáticos.

—Me alegro.

—¿Ya has decidido qué vestido vas a llevar?

—Rebuscaré en el armario de mi madre. Tiene cosas preciosas de cuando era joven. ¿Y tú? —¿Es esa una sonrisa pícara y maliciosa? Oh, sí, lo es. La doctorcita tiene un lado travieso.

—Tengo el vestido que llevé a la boda de mi hermana. —¡Oh, algo tenían ella y ese vestido, podía olerlo!

Caminamos juntas hacia la zona de consultas. Estábamos en el hall principal, cuando noté que se tensaba. Seguí su mirada dura y fría, y encontré al monstruo. Él nos miró a ambas, después su vista se posó en algo detrás nuestro y su cara enrojeció. Nunca había visto a un médico caminar tan deprisa. Correr a una parada cardiaca sí, pero “caminar” como si tuviese el motor de sus piernas a punto de explotar, no. Le seguimos con la mirada, hasta que desapareció en el ascensor. Casi giramos por completo para hacerlo. Y entonces vi que era lo que le hizo enrojecer: allí, parado con los brazos cruzados, las piernas separadas y una expresión de “adelante, alégrame el día” estaba el chico del uniforme, el amigo de Álex. ¿Mo? Sí, creo que era Mo. No abrió la boca. Tan solo había seguido la huida de Kenneth con la mirada y después se centró en nosotras. Bueno, en mí. Había allí una muda pregunta. Inclino la cabeza con una sacudida y yo le respondí de igual manera el saludo, o lo que fuera aquello. Después se fue, sin más, en silencio.

—Vaya, tenemos guardaespaldas. ¿Lo habrá puesto la junta?

—Es amigo de Álex.

—¿El hermano de María?

—Sí.

—Ah. ¿Y tú a qué crees que ha venido... eso? —Era evidente que se refería a la estampida de Ken.

—No tengo ni idea.

—Ah, vale. —No dijo más, no preguntó nada. Y mejor, yo tampoco habría sabido qué responder.

Mo

Saqué mi teléfono nada más girarme para regresar a mi zona. Abrí la app de mensajes y marqué encima de la línea de Álex.

Encuentro fortuito del gilipollas y tu chica. Gilipollas sale corriendo como una gallina.

La respuesta no tardó en llegar, como si Álex hubiese tenido en su mano el teléfono, antes de que sonara la llegada del mensaje. Aquel tipo tenía las pelotas pilladas dentro de ese armario y, o lo reconocía y hacía su movimiento pronto, o le explotaba en la cara.

OK, sigue vigilando.

¿Qué se suponía que iba a hacer si no? Me pagan por ello, aunque no de una manera tan personal.

Estoy en ello.

Me metí el teléfono en el bolsillo y saqué el walky para dar mi posición.

—Aquí Leao. Empiezo ronda por la zona de consultas.

—¡Joder, Mo!, te he dicho que no hay quien te entienda cuando hablas raro! —No puedo, con este tipo no puedo. ¿Y este todavía no se jubila? Tengo que apretar el puente a mi nariz para contener la palabrota que tengo entre los dientes. Pero no, por la radio no, que todo se graba.

—Portugués, O'Neill, es portugués.

—Llámalo como quieras, pero sigue siendo raro.

—Empiezo ronda de reconocimiento en área de consultas.

—Copiado, Mo.

—Cierro. —¡Señor, qué paciencia hay que tener! Seré el más joven de toda esta panda de impresentables, seré el nuevo, pero me tomo esto mucho más en serio que ellos. Quizás por eso me toca más veces la zona de urgencias. Ahí es donde realmente puede haber acción de la buena. ¿En consultas? Casi imposible. Bueno, lo único que no era malo es que podía relajarme lo suficiente como para admirar las flores del jardín. Sí, vale, algunas flores tenían dueño, ¡eh!, pero yo solo iba a mirar.

Capítulo 35

Angie

Sábado por fin. Álex ha pasado por casa todos los días de esta semana. Había reforzado la valla del acantilado para evitar accidentes. Segó el césped de nuestro jardín y el de la finca del señor Sroczyński, pintó la valla de nuestro “viñedo”, cambió no sé qué de las ventanas, cosa que agradezco, porque el frío ya no se cuela por ellas. Aunque esto último no tenía nada que ver con la boda de su hermana, él lo hizo. ¿Se le escapará algún detalle? Lo dudo.

El ruido que viene del jardín tiene revolucionada a la abuela Lupe. Lleva en pie desde las 6 de la mañana, correteando de aquí para allá. Casi que agradezco haber tenido que trabajar hoy por la mañana. Me fui esta mañana temprano al hospital, y cuando regresé me encontré un jardín con carpas, sillas frente al arco con flores, el equipo de sonido listo, los baños portátiles en su sitio y los del catering dando los últimos toques a lo suyo. Sí, los del catering. María había alquilado la vajilla y el servicio, pero la comida... Según me había contado la abuela, mamá se había encargado de los platos fuertes, y María trajo una tarta de varios pisos de chocolate. Del alcohol... No quiero ni pensarlo, pero hay una especie de minibar en uno de los lados de las mesas para comer.

La abuela insistió en cederle a María su cuarto para vestirse y como tálamo nupcial. Así que ahí estaba yo, ayudando a la novia con su vestido, junto con Susan y dos chicas más: Cari, la que se encarga del vestido y otra, cuyo

nombre no recuerdo, que llegó a última hora y se empeñó en maquillarnos a todas. La verdad es que llegó con aquel maletón con ruedas y pensé que llevaba una casa dentro. Pero fue abrirlo y empezar a sacar cosas que dejé de mirar. Aquello era una invasión en toda regla.

—Tu vestido, linda. Necesito ver tu vestido.

—¿Mi vestido?

—¡Claro! Necesito saber la paleta de colores que tengo que utilizar.

Había oído eso de combinar zapatos y bolsos, pero vestido y maquillaje... ¡Ah, y peinado! Aquella chica lo combinaba todo. Pero he de reconocerlo, sabe lo que se hace. Las dos saben lo que se hacen, porque el vestido de María..., uff, era sublime. ¿Cómo una novia podía ser dulce, hermosa, sexy y encantadora, todo al mismo tiempo? Pues María lo era. Pobre Tonny —o afortunado, todo dependía de cómo lo mirases—. ¿Y Susan? ¡Mierda! No sabía la historia que tenía aquel vestido, pero podía intuir que era una muy picante.

—¿Estás lista? —María tomó aire una última vez y asintió con la cabeza. Podía ver sus manos temblar, pero el pequeño ramo de rosas (de mi jardín) lo ocultaba perfectamente.

Alguien gritó desde la puerta.

—¡Vamos, vamos, las damas de honor primero! En cuanto suene la música vais saliendo, os agarráis a uno de los padrinos y de frente hasta el sacerdote.

Las primas de María corrieron a ponerse en sus lugares. ¿Damas de honor? Claro, no íbamos a ser solo Susan y yo, al fin y al cabo no éramos familia. Nos pusimos en la puerta y la música empezó a manar de los altavoces. ¿En serio? El Ave María de Schubert. Se me pusieron los pelos de los brazos de punta. Uno a uno, cada padrino recogió a una dama de honor y la llevó del brazo por el pasillo hasta el altar ceremonial. Casi no me di cuenta de que era mi turno, la última, cuando una tosecilla a mi lado hizo que volviera la cabeza a mi izquierda. Y entonces, el tiempo se detuvo.

Pude imaginarme a Álex de muchas maneras, incluso desnudo, pero aquello... En traje era un dios. Se había afeitado y se había cortado el pelo. Aún seguía largo, pero nada que ver con su melena. Y, ¡oh, Dios!, me sonrió con esa media curvatura demoledora de sus labios. Mi corazón se paró.

—Estás preciosa. —¡Boom! De repente empezó a latir de nuevo, con un latido fuerte, tan fuerte que casi sale por mi garganta.

—Ahá. —¿Ahá? ¿En serio? ¿Solo ahá? A veces me daría de golpes en la cabeza para hacerla funcionar de nuevo. “Piensa, pequeña masa gelatinosa gris, piensa.

Recogió mi mano y se la enrolló en el brazo. ¡Oh, señor, reconocía aquel bíceps! Había un precioso tatuaje un poco más arriba.

—Te... te has afeitado.

—Sí. No iba a presentarme en la boda de mi hermana hecho un pirata. — ¡Mierda, Álex, deja de meter ideas sucias en mi cabeza! Pirata, bandolero, motero, por mí podías ser todos los chicos duros y malos de la historia, que iba a seguir babeando por tus huesos. David Gandy, abandona las pasarelas, Álex ha llegado.

—Estás... diferente.

—Bueno, diferente no era lo que le pedí al peluquero esta mañana.

—¿No? ¿Qué le pediste?

—Yo solo me senté allí y le dije: “Se casa mi hermana, ponme guapo”.

—Pues lo hizo. Estás muy guapo.

—Gracias.

Demasiado pronto, llegamos demasiado pronto. Álex me soltó y caminé como un zombi hacia mi puesto. No lo miré embelesada, como hubiese deseado. No, me giré hacia María y su sonrisa me atrapó. ¡Se la veía tan feliz! Escuché un improperio, o algo así, y la voz recriminatoria del cura. Tonny parecía estar discutiendo con él. Solo fue un par de palabras, pero en ningún momento dejó de mirar a María.

¿Podía seguir evitando llorar? Iba a ser difícil. Miré a Álex y sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza. Sí. Si seguía mirándolo, las lágrimas sensibleras se iban a ir a la mierda. ¡Hola, lujuria salvaje! Aquí está tu esclava.

Capítulo 36

Tonny

Aquella música, aquella angelical música... La luz del sol brillaba sobre

ella y la vi aparecer en el pasillo del brazo de su padre. Ella es un ángel, mi ángel, mi María. ¿Cómo no iba a merecer una canción solo dedicada a ella, o dos? Me viene a la cabeza la María de Ricky Martin, y sí, oh, sí, esa también es mi María.

Ella es una mujer especial,
como caída de otro planeta.
Ella es un laberinto carnal
que te atrapa y no te enteras
Así es María,
blanca como el día,
pero es veneno
si te quieres enamorar.
Así es María,
tan caliente y fría
que, si te la bebes,
de seguro te va a matar
Un, dos, tres,
un pasito pa´delante, María.
Un, dos, tres,
un pasito pa'atras
Aunque me muera ahora, María,
María, te tengo que besar.
Ella es como un pecado mortal
que te condena poco a poco.
Ella es un espejismo sexual
que te vuelve loco, loco.
Así es María,
blanca como el día...
Así es María,
tan caliente y fría...
Un, dos, tres,
un pasito pa'adelante, María
Un, dos, tres,
un pasito pa'atrás.
Aunque me muera ahora, María
María, a mí qué más me da.

Sí, esa también es mi María. Veneno y antídoto en único trago. Y es verla, con aquel vestido blanco, y no poder creer lo que veo.

—¡Joder!

—¡Tonny!

—Lo siento, padre Mateo, pero es que... ¡Mírela! Es... es... ¡Jod..!, no hay palabras, padre. —Está llegando a mí. Manuel me la entrega y yo la agarro

para no soltarla nunca. No puedo escuchar lo que dice en cura. Solo reacciono cuando siento un empujón en mi brazo.

—Eh, si los votos. —Ella suelta una risita nerviosa. pero Jesús no puedo centrarme. Pero tengo que hacerlo. Llevarla hasta aquí y no hacerlo como debe ser es como comer y no tener tu postre.

—María, sé que no es lo más apropiado usar las palabras de un niño para describir lo que siento, pero ese pequeño hombre me dejó bien claro que no puedo decirte “te quiero”. —Veo su ceño fruncirse confundido, y sí, ahora la tengo donde quiero.

—Te amo, María, y no es lo mismo. Porque amar es la confianza de que, pase lo que pase, voy a estar, no porque deba nada, no con posesión egoísta, sino estar, en silenciosa compañía. Amar es saber que no me cambia el tiempo, ni las tempestades, ni tus inviernos. Dar amor no lo agota, por el contrario, lo aumenta. La manera de devolver tanto amor es abrir el corazón y dejarse amar.

Sus lágrimas salen delicadas y dulces por sus mejillas, y siento cómo su pecho está comprimido. No dice nada, y me tiene suspendido en una espera que no deseo, que nadie desea. Y al final, toma aire y retira la mano que está entre las mías. No, no te asustes, estamos aquí por lo mismo, todo está bien. Pero el miedo de todo novio, de que lo dejen plantado en el altar, empieza a trepar por mi estómago. Pero ella no huye, ella me mira y abre sus labios.

—¡Wow! Ya no recuerdo lo que iba a decir..., pero lo que fuera... no superaría esto.

—Entonces, solo bésame.

—Vale, eso puedo hacerlo. —Mis brazos la atrapan cuando se tira sobre mí y me besa, de esa manera que me cautivó por completo la primera vez, de la manera que me dice que será así el resto de nuestras vidas juntos, porque no permitiré que sea de otra manera. Eh, soy bombero, puedo con todo.

María

¿Nerviosa? Como un niño la noche de víspera de Navidad. Estaba caminando por la cuerda floja desde que fijamos la fecha para la boda. Tenía miedo de que cualquiera de las piezas fallara y derribara aquel apresurado puzle. ¿Y si llovía?, ¿y si la carpa no llegaba?, ¿y si el catering se extraviaba?, ¿y si...?

El estrés es un compañero de viaje colgado de tu cuello a cada paso que das, un asco que afecta a tus nervios. Dormir, comer, todo lo que sean funciones fisiológicas queda alterado, incluso la libido. Menos más que para eso tengo a Tonny, especialista en fuegos. Trabajaré apagándolos, pero también se le da bien encenderlos. Ahora, aferrada del brazo de mi padre, con todo en su lugar y Tonny esperando al final del pasillo, el miedo, los nervios, todo se había desvanecido. Solo estábamos él y yo. El resto podía fallar, pero nosotros estábamos aquí. Nada iba a cambiar eso.

Decir que estaba guapo era como decir que Bill Gates tiene dinero. Bill Gates está forrado y mi novio, prometido y en nada esposo, era el hombre más atractivo y sexy de todo el planeta, al menos para mí. Solo había una manera de mejorar su aspecto, y era metiéndolo en su uniforme de bombero y hacerlo sudar. Ummmm, sí, señor, iba a tener mucho de eso también. ¡Qué le voy a hacer, soy primitiva y básica! Me traen de cabeza esos bíceps enormes y ese culo duro y redondito. No sé si llegaré al postre antes que a la comida, y no me refiero a la tarta que hicimos la abuela Caridad y yo.

Sigo las palabras del padre Mateo con atención, no porque me interese lo que diga, sino porque espero el momento en que tenga que decir mis frases. He preparado mis votos con mimo, esperando dejarle extasiado y babeando. Pero, ¡oh, Dios!, cuando empieza a recitar los suyos, no puedo evitar sentir como me vuelvo de algodón de azúcar. Sus palabras, las recuerdo, las leí de pequeña. Eran un fragmento de El principito. Y si en su momento eran bonitas, pero no llegué a entenderlas, en sus labios adquieren todo el significado que deberían tener. Él me ama, tanto como mi corazón lo ama a él.

Capítulo 37

Álex

Mentiría si dijera que estoy interesado en lo que dice esta chica... ¿Roxi?, sí, creo que sí. Es familia del novio, solo sé eso. Bueno, y que no le gusta nada mi hermana. La estaba mirando como diciendo “Eh, esas papas son mías, aparta tus manos”. Sí, todos hemos visto esa mirada asesina en la cafetería del colegio. Lo único que quitó esa mirada fue cuando nos presentaron.

—¿Y dices que eres el hermano de la novia?

—Sí. Soy Álex.

—Interesante.

¿Interesante? ¿Y con aquella sonrisa golosa en la cara? ¡Brrrr! Sentí un escalofrío recorrer mi columna vertebral. No, señor, aquello no me daba buena espina. Desde este momento ha estado más tiempo pegada a mi lado que al resto de invitados juntos. La verdad, me siento bastante acosado, sobre todo porque no hago nada más que buscar a cierto duende, metido en un vestido corto de terciopelo verde esmeralda. Cada vez que la encuentro, alguno de los jóvenes, y no solo de mi familia, anda pegado a ella. Y es fácil saber por qué. Ella es la tentación y la novedad, más lo primero. ¿Y qué es más peligroso que un italiano persiguiendo unas faldas? Pues un cubano persiguiendo esas mismas faldas. Pero si los juntamos a los dos... tendríamos una cacería. La veda se levanta con la primera copa de alcohol y yo ya tengo en mi mano la segunda. ¿Y por qué mierda no estoy yo también metido en esa cacería?

—Si me disculpas, he de ir a un sitio.

—¿Quieres que te acompañe?

—Donde voy no puedes acompañarme.

—Ah, bueno. Estaré por aquí. —Asentí y me fui todo lo rápido que pude. No le dije que iba al baño, porque no era verdad. Si lo entendió así... es lo que pretendía.

Decir que me costó encontrarla sería mentira. Tenía un ojo puesto sobre ella desde que la vi en aquel vestido. La verdad, era dulce, inocente, pero..., uff, uff,

no lo eran tanto con ella dentro. Sus piernas eran un imán para la vista. Largas, doradas, pecaminosas. Aquel escote dejaba al descubierto sus hombros, invitando a acariciar aquella piel satinada. ¡Mierda! Iba a volverme loco si no hacía algo rápido para dejar de pensar en ella de esa manera. Yo y el italiano ese que está babeando sobre su escote.

La veo girarse hacia el bufé y coger un plato pequeño. Sé lo que va a hacer, esta es mi oportunidad. Camino deprisa hacia la tarta de chocolate y la abordo cuando ha dado el primer mordisco al trozo que tiene entre sus manos. Tiene los labios cubiertos de chocolate, sobre todo por un lado, y siento que esa tentación no podré dejarla pasar, es mi límite.

—No has podido resistirte. —Tiene la boca llena y hace un esfuerzo por masticar y tragar a toda prisa. Le doy tiempo y cojo el último trozo que queda. Cuando me giro de nuevo, ella ya ha tragado y me sonrío.

—Si Adán no pudo resistirse a una manzana, ¿cómo voy a hacerlo yo con esta delicia? ¡Está de muerte! Voy a ir al infierno, porque esto es pecado, seguro. —No, no fue la manzana lo que tentó a Adán, fue Eva. Igual que ahora, no es el chocolate, bueno, un poco sí, son esos labios que reclaman TODA mi atención.

—Te entiendo. ¿Nos sentamos? —Angie mira hacia las mesas, que han sido retiradas y arrinconadas, para convertir la carpa en una pista de baile.

—No hay mucho sitio.

—Podemos ir allí. —Le señalo el porche de la casa, donde las escaleras de madera nos esperan vacías.

—Es buena idea.

Caminamos hasta la casa, apartándonos un poco del bullicio de la fiesta. Desde el porche, podíamos verlos a todos sin que nos molestaran.

Le di un mordisco a mi tarta y gemí. ¡Dios! Aquello era ambrosía, manjar de dioses. Una suerte que pillara el último. Volví mi atención hacia el gemido de Angie y mis ojos se quedaron clavados en sus labios manchados de chocolate. Tenía una pequeña mancha a mitad de camino de sus labios y su mejilla, como señalando el camino hacia la perdición.

—Tienes una mancha ahí.

Ella alzó la mano e intentó limpiarse, pero se dejó la parte más cercana a la comisura de su boca. Acerqué mi mano y con el pulgar recorrí todo el camino

manchado, mientras ella me miraba con aquellos increíbles ojos, abiertos a más no poder. ¿Y cómo iba yo a desperdiciar aquel tesoro? Metí el dedo en mi boca y chupé el chocolate con deleite, sin apartar mis ojos de aquella tentadora boca, imaginando que era allí por donde se deslizaba mi lengua. Una pequeña punta rosada apareció entre sus labios y recorrió tímida el camino de chocolate que los circunvalaba. Podía imaginar que yo estaba allí, podía imaginar que sentía ese húmedo contacto en mi boca, podía... ¡A la mierda! Lancé mi mano hacia su nuca y la aferré con firmeza, para atraerla hacia mí y evitar que escapara. Asalté aquella boca, devoré el chocolate y disfruté de la combinación más deliciosa que nunca jamás antes había probado. El chocolate era manjar de dioses, pero mezclado con Angie era el elixir de la lujuria, era tocar el cielo y tener un orgasmo al mismo tiempo. Pasé mi lengua por aquellos labios, entré en aquella boca, la exploré, mordí aquel tentador labio inferior y luego lo chupé con ganas. Limpié cualquier resto de chocolate, dentro y fuera de aquella boca, y disfruté haciéndolo. Tuve que detenerme para tomar aire y muy consciente de que no había nada que limpiar hacía bastante tiempo. Pero no me retiré, la sostuve cerca de mi boca, mis dedos sujetando su cabeza, acariciando su pelo. Sin dejar de mirar sus sorprendidos ojos. Y entonces tuve mi respuesta, mi certeza, ella no era como Jane, nunca sería como Jane, y era todo lo que Jane nunca podría ser.

—Tenías chocolate. —Angie asintió levemente, lo que le permitía mi control sobre ella. Y sucumbí de nuevo, volví a besarla, porque lo quería, porque lo necesitaba. Escuché un grito indignado y fui terminando el beso con pocas ganas de hacerlo.

—Así que esto era lo que tenías que hacer... —Roxi estaba parada ante nosotros, con los brazos en jarras, y una mirada furiosa puesta sobre nosotros. ¿Me importó? En absoluto. Mi mano seguía sosteniendo el rostro de Angie. Giré mis ojos de nuevo a los suyos, ahora intrigados.

—Hacía tiempo, sí. —Y volví a besarla, antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, antes de que comprendiera que no había marcha atrás.

Capítulo 38

Angie

¿Respirar? Total y absolutamente sobrevalorado. Los labios de Álex son... Voy a delirar: diría que son como sentir dos palas desfibriladoras encima. Cuando tocaron mi piel, una tremenda corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo e hizo que mi corazón volviera a latir, porque seguro que se paró cuando se chupó el chocolate del dedo. ¡Sus ojos, oh, señor, sus ojos eran capaces de derretir el polo sur! Me incineró las neuronas con aquella demoledora mirada.

¡Gracias, gracias, gracias, Dios, por darme este momento! Ya puedo morir, porque he visto el cielo y el Edén, y...y... ¡Oh, perdón, querido Dios, pero también he visto el infierno! Caliente, lujurioso, depravado y pecaminoso infierno. ¡Cuántas promesas en un solo beso! Y tendré que hacer penitencia el resto de mi vida, porque quiero probar de eso. Quiero meterme en ese lugar y aceptar todo lo que ese hombre sea capaz de hacer. Si el resto es como su boca, oh, my God!, necesitaré un séxtuple baipás, porque mi corazón va a sufrir varios infartos y no voy a hacer nada para evitarlo.

Estoy perdida. He probado la tarta de María, ese delicioso chocolate, y lo he probado en la boca de Álex, y el sabor es infinitamente mejor, muuuuuuuucho mejor. Estoy tentada en destrozar esa tarta, meter mis dedos en ella y esparcirla por la piel del cuello que asoma por esa camisa abierta. Me da igual que se manche, le compraré otra con mi fondo de pensiones si hace falta. Y ya puestos, le arrancaré esos botones y dejaré su pecho a mi alcance, y lo untaré de chocolate, y lameré esa piel bronceada, y... Para, para, Angie. ¿Eh? Se aparta, su boca se aleja. ¿A quién está mirando? ¿Qué...?

—Hacía tiempo, sí.

¿Hacía tiempo?, ¿qué hacía tiempo?, ¿de qué está hablando con...? Oh, da igual. Él ha vuelto, sus labios han vuelto, su boca ha vuelto, su lengua, sus dientes y..., ¡oh, sus calientes manos! ¿Toda su piel estará igual de caliente? Sí, lo noto, mi mano se ha posado sobre esa increíble tableta de 6 que tiene por abdomen y está ardiendo. Oigo un gemido estrangulado, no sé si es suyo o mío, da igual. Noto su mano detener la mía y arrastrarla hacia arriba, hacia su pectoral. Sigue igual de caliente allí. Su boca se separa, solo unos centímetros, dejando que sea su frente la que sostenga mi cabeza.

—O nos detenemos aquí o te meto en casa y seguimos con ello. —¿Qué le iba a decir? Antes de llegar a pensar mi boca soltó la respuesta que agonizó

mientras escapaba entre mis labios.

—Dentro. —Mis ojos estaban clavados en aquellos labios brillantes e hinchados, suaves, flexibles, pero a la vez duros y exigentes. Estaban entreabiertos, pero el gemido provino de su garganta.

No sé cómo lo hizo, y maldita la importancia que tenía, pero mientras mi boca volvía a ser asaltada. Sentí cómo su mano se aferró a mi trasero y me alzaba sobre su cuerpo. Después guio mis piernas para que envolviesen su cintura. Gracias a los 90 y este vestido de graduación de falda de vuelo ancho, porque nada de tela impidió aquel movimiento. Escuché algo metálico golpeando contra algo de loza. La tarta, Álex había pateado el plato de tarta. Y aunque la pérdida me hubiese dejado triste, en aquel momento estaba degustando algo exquisitamente mucho mejor.

Escuché cómo Álex manipulaba la cerradura de la puerta trasera y conseguía abrirla. Luego cerró con habilidad, todo ello sin apartar su boca de la mía, ¡como si yo lo fuese a permitir! La luz de la fiesta iluminaba el salón y hacía que fuese posible ver todo allí dentro.

Sí, sé que allí podrían vernos con facilidad, pero en aquel momento me daba igual lo que pudiesen ver los demás. Pero Álex no se detuvo allí, pasó de largo el sofá, directo hacia el otro extremo de la casa. Podía sentir su excitación clavándose entre mis piernas, anhelando ser libre para explorar y conquistar. Pude apreciar que pasábamos de largo de mi habitación y la de mi madre, y que llegábamos hasta la puerta del cuarto de la colada. Mi espalda se pegó a la pared y Álex se separó unos segundos, lo justo para sostenerme allí y mostrarme lo impaciente que estaba.

—He tenido una fantasía con tu lavadora y me muero por llevarla a la práctica. —Me sonrió como un depredador a punto de zamparse una pierna de cordero. Giró el pomo de la puerta y la abrió con brusquedad. Volvió a atacar mi necesitada boca.

Un grito nos hizo girar la cabeza dentro de la habitación: otra pareja había tenido la misma idea que nosotros. Al reconocer el rostro de la mujer, la sangre abandonó mi cara.

—¡Mamá!

Capítulo 39

Angie

Por muy mayor que uno sea, no está preparado para ver a sus progenitores practicando sexo, y, ¡ugh!, aquello tenía toda la pinta de serlo. Mi mamá en sostén, aunque con la chaquetilla del uniforme de cocinera medio quitada, sentada sobre la lavadora. Entre sus piernas la espalda desnuda de un hombre, de cuyos brazos colgaba una camisa blanca. Al menos tenía los pantalones en su lugar y no estaba viendo su culo peludo. ¡Puag! Tomasso. Lo reconocí por el perfil y su voz.

—Tranquila. —Empezó a cubrirla de la vista con su propio cuerpo, a la vez que intentaba ayudarla con los botones del uniforme.

—Angie..., yo...

—No te expliques mamá, no hace falta. No... nosotros nos íbamos ya. — Cerré la puerta y mis pies, que no sé cómo regresaron al suelo, empezaron a caminar lejos de allí. Cuando me quise dar cuenta, estaba en la parte delantera de la casa, lejos de mi madre, lejos del cuarto de la colada y lejos de la fiesta.

—¿Estás bien?

Noté la mano de Álex acariciar mi espalda, un leve roce, nada que ver con sus dedos clavándose en mi carne como hacía unos segundos antes. Lo miré a los ojos e intenté sonreír.

—Eh... sí, tan solo... sorprendida.

—Sí, ha sido toda una sorpresa.

Álex dejó escapar una pequeña carcajada y yo le seguí casi de inmediato. Sí, aunque fuera incómodo, había sido algo divertido. No sabía quién estaba más cohibido, si mi madre o yo. Creo que ella. Pillada como una adolescente, teniendo sexo a escondidas en el cuarto de la colada en casa de sus padres.

Cuando paramos de reír fue cuando nos dimos cuenta de que nosotros estábamos haciendo lo mismo. Me sentí incómoda y no me atrevía a mirarle a la cara. Afortunadamente era él el quien habló primero.

—No pienso hacer como si no hubiera ocurrido.

Me atrevo a alzar la mirada hacia Álex y lo encuentro mirándome de una manera entre determinada y esperanzada.

—Yo tampoco, pero...

—¿Pero?

—Tienes que saber que no suelo hacer estas cosas.

—Casi tener sexo con alguien en una fiesta.

Roja no me estoy poniendo, mi rostro es más de color morado, porque estoy segura de que acabo de dejar de respirar. Iba a tener sexo con Álex en mi casa, en la boda de su hermana.

—Yo... no sé lo que me ha ocurrido.

—Ya, entonces ha sido bueno que nos hayan interrumpido antes... antes de que te arrepintieras.

—No me arrepiento.

¿En serio? ¿Yo he dicho eso? Es verdad, sí, pero nunca, repito, nunca lo hubiese confesado.

—¿No? ¿Segura?

Siento su cuerpo acercarse un poco hacia mí y es cuando me doy cuenta de que antes estaba demasiado lejos, dándome un espacio que no sabía que necesitaba, pero que ahora sé que no quiero más.

—Y tú, ¿te arrepientes?

Noto su mano acariciar mi mejilla, sus ojos tan cerca, tan abiertos, tan sinceros sobre los míos.

—En absoluto.

Se inclina sobre mí y deposita un suave y casto beso sobre mis labios. Nada parecido a lo de antes, nada parecido.

—Pero está bien que nos hayamos detenido a tiempo. La primera vez contigo no puede ser un polvo rápido en el cuarto de la colada.

—¿No?

—No. Ese bien puede ser la segunda o la tercera vez, pero nunca la primera.

Retira la mano de mi cara y me la tiende, pidiéndome en silencio que mi

mano se una a la suya.

—¿Volvemos a la fiesta? Seguro que nos estamos perdiendo algo interesante.

—¿Tú crees?

—Eh, me ofendes. Mi familia está metida en esto, ninguna de nuestras celebraciones es aburrida.

Cojo su mano, le sonrío y le dejo guiarme de vuelta a la celebración. Cuando he dicho otras veces que Álex es raro, no me equivocaba. Raro es, pero no en el sentido malo de la palabra. Nunca sabes cómo va a responder ante algo, y eso... eso me está empezando a gustar.

Y como el predijo, algo ocurría en aquella fiesta. Desde la pista de baile llegaban vítores y silbidos.

Marco

Por fin solos, aunque no sea cierto. Estamos en medio de la pista de baile, rodeados por docenas de personas. Pero tener a Susan entre mis brazos, meciéndola al ritmo de John Legend y su All of me me hace estar en mi propio mundo, en nuestro mundo. Ella y yo, solo nosotros. Y sé que esa es mi señal, ese es el momento.

—Susan.

—¿Sí?

—¿Escuchas?

—¿La canción?

—Sí.

Muevo mis labios junto con la letra, repitiendo en un susurro lo que quiero que entienda.

Because all of me
Loves all of you
Love your curves and all your edges
All your perfect imperfections
Give your all to me
I'll give my all to you
you're my end and my beginning

Even when I lose I'm winning
because I give you all of me
and you give me all of you

(Traducción, por si alguien no quiere buscar su significado.

Porque todo de mí (todas las partes de mí)
ama todo de ti (todas las partes de ti).
Ama tus curvas y tus bordes,
todas tus perfectas imperfecciones.
Dame todo de ti, (todo tú)
y yo te daré todo de mí (todo yo).
Tú eres mi final y mi principio.
Incluso cuando pierdo, estoy ganando,
porque te doy todo lo mío
y tú me das todo lo tuyo.

—Susan, sé que lo nuestro ha sido desde el principio algo fuera de lo normal. Y puede que esto te sorprenda, pero... quiero pedirte un par de cosas.

—¿Un par de cosas?

—Bueno, sé que ahora lo tengo, pero quiero que me pertenezca con todo el derecho, quiero tener tu promesa de que será mío siempre.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Quiero tenerte a mi lado cada vez que abras los ojos y ser lo primero que veas cada mañana. Quiero tenerte en mis brazos cuando vayas a dormir, ser lo último que veas antes de cerrar los ojos, y quiero cada momento en medio de ambas cosas.

—Eso suena.

Hiné mi rodilla derecha en el suelo. Tomé su mano entre las mías, la miré y observé su rostro cambiar a cada palabra que salía de mi boca.

—Susan Lettuce, ¿me convertirías en un hombre honrado y te casarías conmigo?

Sus ojos se abrieron con sorpresa, sus dulces labios entreabiertos para respirar, pero sin decir nada. Hasta que siento como toma aire y todo en ella toma fuerza.

—Marco, tienes mis amaneceres, tienes mis ocasos y tienes todo lo que maldita sea haya entre ellos, de noche y de día. Y no creo que nada cambie eso por llevar tu anillo.

—Entonces...

Saqué el mencionado anillo de mi bolsillo. Nada de cajas, quería sentirlo pinchando mi piel. Y lo deslicé con rapidez en su dedo. Después me puse en pie y la besé, sellando ese acuerdo al que acabábamos de llegar. Escuché silbidos y gritos a nuestro alrededor, pero no me importó. Tenía lo que había ido a buscar; el resto, sencillamente, no era para mí.

—Umm, no es que quiera corregirte, pero, ¿tu siendo honrado por casarte conmigo?

—Oh, esas son palabras del padre Mateo.

—¿Del padre Mateo?

—Sí. Cuando se enteró de que vivíamos bajo el mismo techo y que compartíamos la cama me ha estado dando la lata, diciendo que estábamos viviendo en pecado, y que eso era de ser un mal hombre por mi parte.

—Ah, así que honrado venía por...

—Eso, sí. Hacer a una mujer honrada es casarse con ella, así que supongo que, si te casas conmigo, me estarás haciendo un hombre honrado.

—Ah, así que es por tu bien moral.

—Te necesito para hacerme un hombre respetable. Entiéndeme, no podía seguir viviendo de esa mala manera. Eres la enviada para salvar mi... ¡Ouch! — Sentí el golpe en mi hombro y tuve que parar.

—¡Oh, cállate! No está bien estropearle a una chica su petición de matrimonio.

—No, señora, ya me callo.

—Y bésame.

—Sí, señora.

Y como todo italiano atado por los lazos del matrimonio te diría, si quieres ser feliz en tu matrimonio haz siempre lo que te diga tu mujer. Así que lo hice, un buen rato.

Capítulo 40

Tomasso

No recuerdo la última vez que me pillaron con los pantalones bajados, pero seguro que fue hace demasiado tiempo. Ya soy demasiado mayor para avergonzarme, pero también lo soy para hacer este tipo de cosas, pero no he podido evitarlo, o más bien no he querido. Carmen tiene ese efecto en mí, me vuelve un loco adolescente de nuevo.

—Se han ido.

Intenté calmarla, pero sus manos iban a toda velocidad, acomodando de nuevo aquel uniforme de cocinera que me había llevado hasta allí. Estaba sexy con él puesto. Y estaba sexy también con él colgado de su cuerpo.

—Yo... yo... tengo que volver a mi puesto.

—¡Oh, vamos! Hace tiempo que la gente terminó de comer. Y ya recogiste lo tuyo.

—Tengo... tengo...

—No tienes edad para inventar excusas imposibles. Afróntalo, te da vergüenza que te encontraran aquí, conmigo.

Carmen se detuvo y lentamente se giró hacia mí. Había remordimiento en su expresión.

—No eres tú, es...

—¿Ahora me vas a venir con el “no eres tú, soy yo”?

—No es el hecho de estar contigo, es el hecho de que nos sorprendieran así. Es... es tan humillante...

—¿Humillante? Somos adultos, por favor.

—Precisamente por eso. Se supone que nosotros no hacemos... no hacemos estas cosas.

—¿Qué cosas? ¿Tener sexo impulsivo?

Ella bajó la mirada y terminó de atarse el último botón de la camisa. A mí me daba igual mostrarme desnudo, hacerla comprender que el pudor ya no tenía cabida entre nosotros.

—De verdad que tengo que irme de aquí.

—Ahora es cuando dices “ya te llamaré”, ¿verdad? Y luego no lo harás.

Carmen se volvió hacia mí y depositó un beso fugaz en mi boca. Tenía aquella sonrisa dulce y juguetona que me había arrastrado hasta aquel maldito camión de comida en la calle.

—Por supuesto que voy a llamarte, y vas a llevarme a pasear y a invitarme a un helado.

—¿Eso es una cita?

—Sí, pero tendrás que prometerme que te portarás bien y que tendrás esas manos quietas.

Aquellas manos ya estaban atrapando su cadera y acercándola a mi insatisfecho pequeño Tommy. Recibí una palmada en ellas y tuve que apartarlas. Aquella mujer iba a acabar conmigo. En un momento un volcán lujurioso, al siguiente una recatada mamá en el parque.

—Espera, te acompañaré... ¿O prefieres que no nos vean juntos?

Ella me sonrió con aquella boca dulce y apoyó la mano en la cadera, de aquella manera mandona que me enloquecía.

—Mi hija nos ha visto en pleno apogeo. Después de eso, que te vean coqueteando conmigo puedo soportarlo, pero...

—¿Pero...?

—Mi madre está correteando de un lado a otro de esa boda, así que tus manos lejos de mí, ¿entendido? —Alcé mis palmas como un buen cowboy que se rinde.

—Seré un buen chico, lo prometo.

—Ya... ¿Por qué será que no me creo mucho esas palabras?

Caminamos de vuelta hacia la fiesta. Escuché unos vítores y unos silbidos, y al mirar hacia el lugar de donde venían, vi a mi hijo Marco besando a Susan. Sí, le estaba dando un buen “repasso” delante de todas aquellas personas, pero no creía que fuese para tanto.

—¿Te lo puedes creer? Mi hermano siempre tiene que dar la nota, aunque sea en mi boda.

Miré a Tonny. Lo vi sin chaqueta y con la camisa remangada. La corbata..., mejor no preguntaba por ella. De los dos, el que menos soportaba las restricciones de una corbata era Tonny, y no le podía criticar, yo me había

acostumbrado a no llevarla desde que dejé el trabajo.

—Pues sal ahí y enséñales cómo lo haces tú.

—No me refiero a besarla, papá. Le ha pedido matrimonio.

—¿En serio?

—Ya te digo. Ha clavado la rodilla en el suelo y todo.

—Entonces ese beso... es que ha dicho que sí.

—Eso creo.

Intenté agarrar a mi hijo por los hombros, pero era difícil parecer paternal con un tipo que tiene unos hombros el doble de anchos que los propios.

—Mis chicos sí que saben escoger a sus mujeres.

—Eso viene por parte de mamá.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le toca a mi parte de la familia?

—Lo rápido que hacemos las cosas.

—¿Rápido?

—No he visto a nadie cerrando ventas de coches tan rápido como tú.

—¿Y qué tiene eso que ver con las mujeres?

—Pues que cuando hemos visto la pieza que queríamos hemos pisado el acelerador hasta conseguirla.

—Sí, eso sí lo habéis sacado de mi parte de la familia.

Sí, como decirles que esa velocidad me había metido en un cuarto de lavado, no hacía ni unos minutos, con una demoledora mexicana. Sí, esa velocidad con las mujeres... era algo genético.

Capítulo 41

Angie

Estaba claro que había mucha sangre caliente en aquella boda. Después de ver cómo Marco devoraba a Susan en mitad de la pista de baile, los vi

metiéndose mano cerca de la cabaña de las herramientas. Bueno, lo de meterse mano y ver es una forma de hablar. Ver no vi mucho, pero reconocí el vestido de Susan pasar por mi derecha. Y luego estaban los gemidos y suspiros que salían del costado de la caseta. Y si de algo había aprendido aquella noche fue que aquella familia de italianos no perdía el tiempo con charlas. ¿Qué les pasaba a aquellos hombres? Aunque, bueno, Álex no pertenecía por genética a aquella familia, y casi perdió el control antes, o perdimos, mejor dicho. Tenía que ser la tarta de María, esa maldita, deliciosa y pecaminosa tarta.

—Es la boda.

—¿Qué?

Sé que has visto a Marco y Susan ir a... Bueno, ya sabes.

—Ehhh... no creo que tenga mucho que ver la boda. Más bien creo que es algo de Marco y Susan.

—Marco y Susan, tu madre y Tom, mi primo Emilio y no sé qué chica, nosotros, y dentro de poco mi hermana y su marido. Es la boda, te lo aseguro.

—Ah.

Así que lo que me había pasado, o lo que nos había llevado a casi hacerlo unos minutos antes, era culpa de aquella boda. Genial, ahora sí que sonaba desesperado, patético y, sobre todo, oportunista.

—No te atrevas a pensar eso.

—¿Eh? ¿Cómo puedes saber en qué estoy pensando?

—Piensas que lo que me llevó a besarte no fue que realmente deseara hacerlo, sino el fruto de esta boda y el influjo que tiene sobre todos nosotros.

—Yo...

—No es así.

—Me estás haciendo un lío tremendo en mi cabeza.

—Verás... la boda, como pasa en todas las bodas, no es más que un cúmulo de ganas de fiesta, alcohol y todo lo que conllevan esas dos cosas juntas. Si lo unes a la sangre caliente que tenemos los latinos, ya bien sean de origen cubano o italiano, te sale un coctel explosivo. En resumen, campo abonado para el desenfreno y el sexo. Es la salida más común en fiestas como esta.

—Sigo sin aclararme.

—Que yo te haya besado y... lo de después. Para lo de después, puede aplicarse lo del efecto “boda”, para lo primero...

Me giré para mirarlo directamente, y entonces sus ojos me atraparon. Aquella mirada directa, clara, decidida, caliente, sensual.... Vale, vale, aquello se estaba poniendo peligroso de nuevo.

—¿Lo primero...?

—Hacía tiempo que quería hacerlo, pero...

—¿Pero?

—Si te soy sincero, no pensaba que fuera buena idea.

—Entonces, ¿por qué...?

—¿Por qué te besé esta noche?

—Sí.

—Solo sé que tenía que hacerlo. —Genial, ahora sí que tenía un buen montón de preguntas que hacer, pero no sabía cuál hacer primero.

—Por... ¿por qué es... era una mala idea? —Le escuché soltar el aire despacio, y cuando creí que no iba a responderme, lo hizo.

—No hace mucho, cometí el error de no pensar. Me dejé llevar y acabé teniendo algo con una amiga de María.

—¿Y no salió bien?

—Digamos que me sentí usado.

—Te dolió. —No era una pregunta, los dos lo sabíamos.

—Puede que no sea muy dado a exteriorizar mis sentimientos, y en parte sea por culpa de experiencias como esa. Sí, me dolió, más de lo que pensaba. Y has sido tú la que me ha mostrado el auténtico daño que me hizo.

—Siento lo que hice. —Su mano se deslizó con suavidad sobre mi mejilla, obligándome a mirarle a los ojos, como si así pudiese ver dentro de mí.

—Tú no has hecho nada malo, Angie. Tú solo has sacado a la luz la desconfianza que ella sembró en mí.

—¿Desconfianza? ¿Tenías miedo de que yo te usara como ella?

—Lo tienes todo al alcance de tu mano, Angie: un buen trabajo, una casa increíble; además, eres preciosa. ¿Para qué querría una chica como tú mezclarse

con alguien como yo? Solo para usarlo mientras lo necesite.

—¿Crees que yo haría eso? ¿Te usaría para... para... ¡Ah! Crees que te quiero para arreglar las cosas rotas de nuestra casa. Es eso, ¿verdad?

—Fue llegar yo y empezar a arreglar cosas que necesitaban ser reparadas, cosas que necesitabas...

—¡Basta!

Le obligué a soltarme y empecé a caminar hacia la casa, no sabía si cabreada por decirme aquello o por pensar que yo me aprovecharía de él de esa manera. No di ni dos pasos, cuando sentí su mano aferrarse en mi brazo. No me hacía daño, tan solo no me dejaba continuar.

—Sé... sé que no eres así, perdóname.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué ahora estás tan seguro?

—Porque algo me dice que tú nunca has usado a nadie así antes. Porque solo de insinuar que podrías hacerlo te ha convertido en un toro embravecido. No eres así, Angie, ahora lo sé.

—¿Y eso crees que me va a hacer sentir mejor?

—No, lo hará el saber que estoy lo suficientemente arrepentido como para confesártelo. Lo hará el saber que me has devuelto la confianza en las mujeres bonitas. Lo hará el saber que has roto la pared que me mantenía alejado de una parte del mundo. —Tuve que volverme hacia él. A veces era tan difícil comprenderle...

—¿Qué... qué mundo?

—El de los sentimientos. Me has obligado a volver a sentir.

—¿Y eso es bueno o malo? —Sonrió, juro que sonrió antes de contestarme. Pero era una sonrisa un poco triste.

—Espero que sea bueno, porque ahora no hay marcha atrás. Estoy metido en esto y es por tu culpa.

—¿En qué te has metido?

—Si tienes que preguntarlo es que no lo he hecho bien. —Y me besó. Con delicadeza, con cuidado, pero con decisión, con mucha decisión. Ah, ya. Ahora sí lo tenía claro.

Capítulo 42

Angie

Álex me arrastró hacia la parte delantera de la casa. Con María y Tonny reclamando el dormitorio de los abuelos, la caseta de las herramientas ocupada por Marco y Susan, y el primo de Álex en el aparcamiento de enfrente, quedaban pocos lugares en los que hacer ese tipo de cosas sin sentirse vigilados por los invitados a la fiesta, sobre todo por mi madre. Porque, desde que salió de nuevo a la fiesta, su atención estaba puesta en mí; o, más exactamente, en nosotros.

Álex caminaba delante de mí, rodeando la casa por el camino de la derecha. Pronto estaríamos en la parte delantera. Entonces una sombra inclinada sobre mi viñedo hizo que frenara en seco. ¿En serio? ¡Aquel desgraciado estaba meando sobre mi viñedo!

—¡Maldito bastardo! Saca tu minúsculo pene de encima de mi abuelo. —
¿Eh? Y encima borracho. Un jodido meón borracho le estaba meando encima a mi querido abuelo—. ¡Sal de aquí! ¡Meando las tumbas de los muertos!

—¡Joder!

El tipo se metió su cosita y salió corriendo lejos del cercado. Iba volviendo la cabeza una y otra vez hacia los arbustos, intentando reconocer la tumba allí escondida. Álex tuvo que aferrarme del brazo para evitar que persiguiera a aquel sacrílego y descargase mi rabia sobre él.

—¡Será cerdo!

—Tranquila, Angie.

—¡Le estaba meando a mi abuelo!

—Es solo un árbol que él plantó.

—No, sus cenizas están ahí.

—¡Mierda!

Sentí cómo se volvía hacia el tipo y se mesaba los cabellos. Yo mientras me acerqué a la vid, pero no mucho, porque una cosa era estar enfadada y otra muy distinta empaparme de pis.

—Dios, abuelo, lo siento.

—Deberías poner algo para...

—Hay una verja alrededor, se supone que han de respetarla.

—Cuando las ganas de mear aprietan... cualquier lugar es bueno.

—Hay baños portátiles.

—Ya, pero a un borracho que se mea eso le da igual.

—Voy a patearlo.

—El daño ya está hecho. Tendré... tendré que hacer algo para que no vuelva a ocurrir...

—¿A dónde vas?

—Tú espera aquí.

Le vi salir disparado hacia el otro lado de la casa, hacia la caseta de las herramientas. Y no sé por qué pensé que no podía estar pasando, otra vez no. Cuando pensaba que volvíamos a estar en la línea de los besos y el resto, algo se ponía en medio y me chafaba el asunto.

Una sombra apareció desde la parte delantera y me preparé para lidiar con otro borracho. ¿Que por qué sabía que lo era? Porque caminaba de forma lenta y errática, como si no tuviese muy claro hacia dónde iba. Cuando la luz iluminó sobre ella, vi que se trataba de una mujer joven. Bueno, el alcohol no entendía de sexos. Cuando me vio, se quedó petrificada en el lugar, sin dar un paso más hacia delante. El ruido y las luces de la carpa brillaban a lo lejos, trayendo retazos de diversión hasta nosotras.

—¿Ya se han ido?

—¿Quién?

—María y Tonny.

Ella miró hacia la fiesta y sacudió la cabeza, indicando aquella dirección. No sé qué me llevó a pensar en su noche de bodas, de la que seguramente ya estaban disfrutando.

—Ya están en la suite nupcial, sí.

Ella asintió y me miró, como si tuviese ganas de preguntar algo, pero en su cabeza no hubiese ninguna pregunta. Pensé: “A cada uno le afecta de manera

diferente la bebida: unos mean donde no deben, otros no saben dónde van a ir”. En aquel instante, la voz de Álex llegó a pocos metros detrás de nosotras.

—Creo que podré hacer algo para mantener a salvo a tu abue...

Cuando me giré hacia él, cuando ambas lo hicimos, Álex se quedó petrificado. Su mandíbula se tensó y sus ojos cambiaron a algo que me hizo sentir un escalofrío.

—¿Qué haces aquí?

Y no, la pregunta no iba dirigida a mí, era para la chica que me acompañaba. Ella lo miró como si no le hubiese hablado a ella.

—¿He dicho que qué haces aquí? ¿A qué has venido, Jane?

¡Joder! Mi cabeza giró tan rápido hacia ella que casi me mareo. ¿Jane? ¿En serio? ¿Esa Jane? Porque no podría ser otra, ¿verdad?

—Yo... No lo sé. —En su rostro no había malicia, no había odio, tan solo parecía afligida, derrotada y algo ebria.

—Será mejor que te vayas.

Ella asintió y bajó la cabeza. ¿Lágrimas? No estoy segura, pero era posible que algo empezara a rodar por su mejilla en aquel momento. No estaba muy segura de lo que estaba golpeando mi cabeza, pero aquella pusilánime no parecía la víbora capaz de arrebatar el novio a su mejor amiga, ni de utilizar a un hombre como Álex. Pero ¿quién era yo para juzgar? El veneno a veces provenía de las plantas más hermosas.

Álex la siguió con la mirada, mientras ella desaparecía de nuevo hacia la salida de la finca. Sus hombros estaban tensos, y no era por lo que llevaba en sus manos. Cuando estuvo a unos cuatro metros, él dejó caer las herramientas y corrió detrás. No podía creerlo. ¿Por qué iría tras ella? ¿Seguía sintiendo algo por aquella mujer? Quizás otra persona habría salido corriendo en dirección contraria, pero yo soy un poco gato, y ya sabe lo que dicen de los gatos, que los mata la curiosidad. Así que corrí en pos de ellos.

Álex estaba parado junto a la valla de entrada a la finca, observando a una menos insegura Jane alejándose por la carretera, hasta llegar a un auto, entrar, arrancar y ponerse en marcha. Fue entonces cuando Álex se giró de nuevo hacia la casa y se encontró conmigo.

—¿Vas a decirme qué me he perdido?

—Tenía que asegurarme de que se iba. Si ha llegado hasta aquí, no quiero ni imaginar lo que haría para arruinar la boda de María.

—Solo te asegurabas de que no hacía daño.

—Claro. ¿Qué creías que iba a hacer?

—Yo... no estoy segura.

—¿Pensabas que iba a volver a sus brazos a pedirla otra oportunidad?

—Eres más listo que eso, ¿verdad?

Álex se acercó a mí y me envolvió con sus brazos. Metí mi cabeza en su cuello y sentí su barbilla posarse sobre mi cabeza.

—Dicen que el amor le vuelve a uno idiota, pero te aseguro que yo no siento nada de eso por ella; es más, no creo que lo haya sentido nunca.

—¿Estás seguro?

—Por ella no habría hecho las cosas que hice por ti... Sí, estoy seguro. Totalmente seguro.

—Vale.

—Ahora, vamos a solucionar lo de tu abuelo.

Caminamos hacia el viñedo, Álex aferrándome por los hombros mi cabeza aún muy a gusto sobre su piel. Solo me alejé para recoger una tijera podadora y unos guantes del suelo.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Lo vas a ver.

Álex sonrió, se arremangó un poco más la camisa, se puso los guantes y se puso a podar grandes ramas de los arbustos del costado de la casa. Fue amontonándolas en los costados de la verja y creando una pared de ramas espinosas, no muy consistente, pero seguro que efectivas si alguien acercaba su culo, u otras partes sensibles del cuerpo, demasiado.

—Listo, un borracho se lo pensará dos veces antes de meterse a mear ahí cerca. Sí, podía jurar eso.

—¡Oh, tus brazos!

—Ah, esto. Son solo unos arañazos.

—Será mejor que entremos a casa a curarlos.

—No es gran cosa.

—Soy enfermera. Esta vez tendrás que hacerme caso.

—Sí, señora —y me sonrió, de tal manera que tenía a mis bragas bailando el hula hoop.

Capítulo 43

Álex

Tenían que ser los malditos vapores del alcohol con el que Angie estaba desinfectando mis heridas, porque no era normal que yo estuviese pensando en hacer algo más que besarla en aquel momento. El líquido escocía como el infierno, y yo solo sentía cómo mi pequeño amigo se estiraba todo lo que podía, cada vez que Angie deslizaba sus dedos sobre mi piel. ¡Olía tan bien! Quiero decir ella, no el desinfectante.

—Solo a ti se te ocurre ponerte a cortar arbustos en plena noche, y con ropa bonita. Mira esta camisa, ya no hay quien la salve.

Miré los hilos que sobresalían de las mangas y el rasgón de la tela que sus dedos no se atrevían a tocar. La había besado, la había explorado por lugares que... Vamos, que había llegado a segunda base, y aun así ella no se atrevía a tocar mi abdomen. Me moví inquieto.

—¿Quieres estarte quieto? Te mueves más que Flash con ladillas.

—¿Flash? ¿El tipo ese que corre como un rayo?

—Sí, el de Marvel.

—Vaya unas ocurrencias que tienes.

—Mira quién fue a hablar, el que rompe las camisas como Hulk. —La vi ocultar su sonrisa. Así que estaba juguetona, ¿eh? Pues eso tenía que aprovecharlo.

—¿Hulk? Sé que estoy fuerte, pero siempre pensé que me parecía más al Capitán América.

—No lo he dicho por los músculos, sino por la costumbre que tiene de

cargarse la ropa.

—¿Insinúas que no tengo unos músculos como Hulk?

Abrí la camisa y le mostré aquella tabla de planchar que me había costado horas de ejercicio conseguir. Pero no lo hice para conseguirla, sino para soltar toda aquella energía que necesitaba descargar. Y como esperaba, sus ojos se quedaron clavados allí. ¡Bien por mí!

—Tienes... tienes un raspón ahí.

Miré hacia abajo y encontré la herida a la que hacía referencia. ¡Dios existe, sí! Tenía un arañazo que iba desde un costado hasta casi el ombligo.

—Tendrás que curarlo también.

—Ese... ese puedes hacerle tú.

—¡Vaya una enfermera! ¿Siempre dejas a tus pacientes a medias?

Sus ojos empezaron a llamear. Vertió un gran chorro de alcohol en un algodón y apreté los dientes. Eso iba a escocer como el infierno, pero merecería la pena. Posó el empapado algodón sobre la herida y di un pequeño salto en mi asiento.

—¡Ouch! Con cuidado.

Era mala, porque aquella picarona sonrisa volvió a aparecer en su cara. Verla así, tan cerca de mi piel desnuda, sacó al troglodita que llevaba dentro.

—Hora de pagarte por tus servicios.

Y antes de que se diera cuenta, la tenía atrapada y posaba su trasero sobre la mesa de la cocina. Devoré aquella traviesa boca con ganas, como nunca hubiese comido nada tan delicioso, como si llevara días sin comer. Bueno, realmente no había tenido nada parecido para saborear de aquella manera desde... ¿Cuándo fue la última vez que había tenido una mujer en mis manos? Fácil, desde la última vez que había tenido sexo, y eso fue... hacía demasiado tiempo.

—Espera.

¿Qué? ¿Todo el día teniendo interrupciones y ahora era ella la que me detenía?

—Esta boda y tú vais a acabar conmigo.

Incliné la cabeza y apoyé la frente sobre su pelo. Sentía el peso del mundo

en mis sienes y el colega de mis pantalones me estaba gritando a pleno pulmón: ¡NOOOOO!, y le entendía. ¡Joder que si le entendía!

—Esta vez lo haremos bien.

¿Hacerlo bien? Sí, dime dónde y te llevo volando. Pero no hizo falta. Angie bajó de la mesa, tomó mi mano y yo me deje llevar donde quisiera. ¿Era demasiado pronto para el cuarto de la lavadora? Creo que sí. Cuando vi dónde me llevaba mi corazón saltó fuera de mi pecho, o eso pareció. Su cuarto, estábamos en su cuarto. Nos metió dentro y cerró la puerta. Escuché el pestillo cerrarse y le di gracias a Dios en ese instante.

Si encendiese la luz en ese momento, sería el hombre más feliz del planeta, pero sabía que eso era arriesgado, la ventana estaba demasiado baja como para hacerlo. Cualquiera que pasara por allí, vería el resplandor, y de ahí a mirar lo que pasaba dentro... Mejor evitar tentaciones. No me molesta que me miren cuando estoy... bueno, metiendo mano a alguien, pero... por alguna razón, no me gusta nada que vean a Angie desnuda. Su cuerpo iba a ser solo para mí.

La claridad de la luna se colaba por la ventana e iluminaba la pared de nuestra derecha, llenando de claridad la habitación. No era luz directa, pero me bastaba. Y si me pongo sensible y romántico, aquella iluminación era perfecta.

Atrapé a Angie y volví al lugar donde quería estar: en su boca. Mis manos recorrieron su cuerpo, reconociendo los lugares que ya había explorado antes, descubriendo nuevos, encontrando puntos sensibles. Ella dejó que le retirara la ropa, al tiempo que dejé que ella me la quitara a mí. Agradecía aquello, porque yo no habría tenido paciencia con mis pantalones, y el regalo de sentir sus dedos acariciando mi piel... era una locura.

La tendí sobre la cama con solo su ropa interior y me dediqué a saborear la sal de su piel. Olía tan bien, sabía tan bien, era tan suave. Le retiré el sostén y no pude evitar saborear el tesoro que escondía allí. Aquella piel rugosa y sensible de su pezón me atrapó como miel a una mosca. Después de atender a uno, me desplazé hacia el otro, inspirando el aroma del valle entre sus senos en el camino. Me estaba sorprendiendo la calma y la paciencia con la que la estudiaba, era algo impropio de mí. Pero no podía evitarlo, sentía que ir deprisa era un sacrilegio. No, espera, era más como si lo hiciera para aprenderlo todo, para grabarlo en mi memoria. Eso era, una cosa era leer su cuerpo, otra muy distinta memorizarlo. Su piel, sus reacciones, sus gemidos, sus suspiros, sus

inspiraciones contenidas, el aire saliendo entrecortado de su garganta. Todo aquello me hablaba de ella, de lo que necesitaba, de lo que debía probar de nuevo, de lo que debía mimar, de lo que era nuestra perdición.

Después de excitar su cuerpo y de sentir cómo el mío estaba a punto de explotar, deslicé mis dedos por el encaje de sus bragas y sentí que se tensaba. Levanté la vista hacia ella, esperando el permiso que necesitaba. Sus dedos acariciaron mi mejilla y sus asustados ojos congelaron todo en mí.

—Hazlo con cuidado. La primera vez siempre duele.

Aquellas palabras me golpearon como una maza de 20 kilos. ¿Ella me estaba diciendo lo que creía que estaba diciendo?

—¿Eres... eres virgen?

Tragué el nudo de mi garganta. ¿Había sonado un poco aflautado? Seguro, porque casi tenía la tráquea cerrada.

—Vas a solucionar eso, ¿verdad?

Sentí el peso del mundo sobre mí y necesité apoyar mi cabeza sobre ella. Sentí el latido de su frenético corazón en mi frente. Ella estaba nerviosa, pero seguro que no tanto como yo. ¿Sexo? Joder, había tenido lo mío, pero ¡vírgenes! Era la primera. ¿Sabes esa sensación de que te han soltado en medio de un campo y que no tienes ni idea de qué haces allí, qué tienes que hacer, y mucho menos a dónde ir? Pues aquel era yo. Pero no iba a permitir que aquello se detuviera otra vez, no era justo ni para ella ni para mí. Podía sentir su excitación en aquel momento, podía olerla salir de su cuerpo, me llamaba y, ¡maldita sea!, quería responder a aquella llamada. En las otras interrupciones había notado su frustración, así que tampoco podía ser yo el que originara el punto de ruptura esta vez. Así que respiré hondo y tomé una decisión, la única decisión que podía.

—No puedo llevarme ese regalo la primera vez que te tengo entre mis brazos.

Noté su cuerpo tensarse por el rechazo, sabía que ella pensaba que la tiraba lejos, pero no era así, nada más lejos de eso.

—No quieres...

—¡Diablos si quiero! Pero no tengo ni idea de lo que... de cómo tengo que hacer para que no duela. Así que hoy seré bueno y no sacaré a mi chico de mis calzoncillos.

—Pero...

—No he terminado contigo, Angie. Vamos a pasar un buen rato. No como tenía pensado en un principio, pero bueno de todas formas.

—De... de acuerdo.

—Y no pienses que no voy a abrir ese regalo, porque lo voy a hacer. Cuando esté preparado, cuando lo estemos los dos, volveré a coger ese paquete y romperé el envoltorio para coger el premio. Y más te vale estar preparada, porque no habrá marcha atrás.

—Lo... lo estaré.

—Estate segura de ello, porque me encargaré de que sea así. Voy a hacerte pedir por ello.

Y como prometí, me dediqué a llevarla al orgasmo con mis manos, y después de disfrutar de ella mientras lo hacía, me coloqué sobre ella, y froté con mi pequeño gran amigo ese punto que sabía la volvería loca, y que a mí me llevaría tan lejos como imaginaba. Me moví al ritmo del baile primigenio, el vaivén de la cópula, hasta que exploté dentro de mi bóxer y la arrastré conmigo al paraíso.

¿Agotado? Sí. ¿Satisfecho? De momento. ¿Saciado? Ni mucho menos.

Capítulo 44

Angie

“Este sí que es un buen sueño”, me digo a mi misma. Es como si flotara en una nube de vapor caliente. Sé que estoy desnuda, porque siento mis pezones raspando contra la sábana, y ese cosquilleo me atraviesa todo el cuerpo. Por eso no suelo dormir desnuda, aunque hay noches que desearía hacerlo, porque la humedad y el calor me piden a gritos arrancarme todo lo que lleve encima. Pero hoy no es así. Siento mi cuerpo caliente, pero es un calor agradable. Nada que ver con la pegajosa humedad de otras veces. ¡Oh, espera! Algo húmedo sí que siento... Pero... no puede ser, es algo extraño. Siento como si algo suave y aterciopelado, como pétalos de flores, rozara mi estómago. Luego, algo rasposo roza no muy lejos de los pétalos. Siento algo extraño de esos pétalos, que de repente parecen abrirse y dejar salir algo húmedo, caliente, pequeño, como un

garbanzo. Se desliza sobre la piel, solo un segundo, y desaparece de nuevo, oculto entre los suaves pétalos. Y se van, desaparecen. Pero es una ilusión, porque regresan en otro lugar, no muy lejos, y repiten toda la operación de nuevo. Aquel contacto me recuerda a la boca de Álex sobre mi cuello... ¡Oh, Álex! Y el recuerdo de anoche me golpea. Lo hicimos, o casi, y fue... genial. Y estábamos en mi habitación... Abro los ojos y sigo allí, con algo más de luz, prueba de que pronto amanecerá. Estoy tapada con mi sábana. Estiro mi mano al costado, buscando en el lugar donde estoy segura que Álex estaba la última vez que recuerdo haberle visto. Porque, no recuerdo mucho de cómo me dormí, pero de antes... uff. ¿Estoy roja? Seguro que estoy roja, muy roja. Pero no, él no está. Un momento, eso que siento en mi estómago, ese ligero contacto, ese... ¡Oh, Dios, se está acercando a la zona! ¡Ay, señor! ¿Qué...? ¿Qué...? Alzo nerviosa la sábana para encontrar mis pechos desnudos, como sospechaba, y más allá de ellos, una mata de pelo castaño, una bola enorme, que se mueve lentamente hacia abajo, y sé, estoy totalmente segura, de que es él. La bola se eleva y su sonrisa aparece triunfadora.

—Buenos días.

—¿Qué... qué estás haciendo?

—Creo que está bastante claro.

—Pero... pero... no puedes.

—¿Tímida a estas alturas? Anoche no lo eras.

—Anoche... anoche yo...

—Estabas más ¿ebria?

—Eh, sí, eso.

Álex apoyó su antebrazo sobre mi vientre y recostó la barbilla en él.

—¿Quiere decir eso que te arrepientes?

—Oh, no, no, no, nada de eso. Es tan solo que...

—Dilo. ¿Qué?

—Que yo... nunca. Bueno... anoche sí, pero yo... Ufff.

—A ver si puedo ayudarte. Nunca antes te habían hecho sexo oral.

—No, sí, eso, que anoche fue la primera, las primeras...

—¿Quieres decirme que soy la primera persona que explora por aquí?

Deslizó la cabeza hacia abajo para acariciar mi monte de Venus con su rasposa barbilla. Sus ojos traviosos seguían enganchados en los míos, y esa sonrisa... ¡mierda!

—¡Oh, Dios! Sí, eres... eres el primero.

—Umm, territorio salvaje. Me siento como Livingstone.

—¿Livingstone? ¿El que se perdió en la selva africana buscando? ¡Oh, señor! ¡No! ¡Oh...!

¿Quién podía hablar? Aquel explorador estaba escarbando en busca del... ¡lo que sea! ¿Quién podía concentrarse en eso? Tenía que sumar sus dotes de explorador a las habilidades de aquel hombre. Porque, sinceramente, sabía cómo encontrar cosas que... ¡Woooooowww! No puedo ni recordarlo. ¿Y esto se lo enseñaban a los boy scouts? ¡Lo que me he perdido por ser chica! Pero si existe una versión femenina, que seguro que la hay, me pondría a estudiar muy en serio. Ya tenía pensado quién iba a ser mi sujeto de prácticas. Y... y... Flash, pum, pum, suish... El 4 de julio estalló en mi habitación otra vez.

Sentía mi cuerpo temblar como un pudín de gelatina, en la cocina de un Boeing 747 en pleno aterrizaje. Mientras, un gato enorme ascendía sobre mi cuerpo y se detenía justo en el lugar en que sus ojos quedaban a la altura de los míos. Su cuerpo descendió entre mis piernas y encajaban con facilidad y... ¡Oh, Dios! ¿Que era aquello?

—No... no llevas... estás desnudo.

—Eh, sí. Tú también.

—Pero... pero anoche.

—Ah, eso. Tuve que deshacerme de ellos, estaban demasiado... ¿mojados sería la palabra?

—Oh, eso.

—Sí, eso.

—Ah, bueno, pero...

—No te preocupes, el soldado está mentalizado de que no va a entrar en la trinchera.

—Vale.

—Pero eso no quiere decir que no explore la entrada.

—¡Eh!

Y se rio y carcajeó. ¡Oh, señor, aquella vibración en aquel sitio con...! ¡Oh, señor! Sentí su cuerpo acomodarse, sus brazos doblados a mis costados, su boca a unos centímetros.

—Será mejor que me detenga por hoy, o no me quedarán fuerzas para el trabajo que me queda esta mañana.

—¿Trabajo?

—Tenía que venir a participar en la recogida de todos los trastos que instalé, pero ya que estoy aquí... supongo que me he ahorrado un viaje.

—Oh, eso es bueno. Es mi día libre, puedo ayudar también.

—No sé si será buena idea.

—No soy una inútil.

—No, confío en tus habilidades. Es en mi concentración en lo que no confío tanto.

—¿Eh?

—Tenerte tan cerca y no poder quitarte la ropa de encima, y...

—Oh, calla.

—Sí, será mejor que no siga por ahí. El pequeño Alex necesita una ducha fría con urgencia. —Sentí su peso abandonar mi cuerpo. Mis brazos saltaron sobre su cuello para retenerle.

—Todavía no.

—¿No? —Esa traviesa y pícara sonrisa iba a ser mi perdición, lo sabía.

—Eres una manta estupenda, y no quiero pasar frío.

—Entonces tendré que quedarme, pero solo un rato más.

—Un rato más.

—Tu abuela madruga mucho.

—¡Oh, la abuela! ¿Qué le voy a decir cuando te vea?

—Lupe ha demostrado que no necesita que le cuentes nada, ella ya tiene sus propias ideas.

—¿Eh? Quieres decir que...

—Que no es tonta, y tú ya eres una adulta.

—Pero es mi abuela.

—Vale, me iré antes de que se despierte, cogeré ropa de repuesto de mi auto y me cambiaré antes de que ni siquiera note que estoy en la casa.

—Piensas en todo.

—Lo intento.

—¿Y esta tarde?

—¿Qué pasa con esta tarde?

—¿Tienes algo pensado?

—Umm, no, pero se me da estupendamente improvisar.

¡Oh, mierda, esa maldita sonrisa torcida otra vez! No sé qué está maquinando en ese particular cerebro suyo, pero seguro que lo voy a hacer, y me va a encantar. Cielos, estoy perdida. Me ha convertido en una chica mala, y me está gustando.

Capítulo 45

Álex

Es duro abandonar la cama cuando no quieres salir de ella, ya sea para seguir durmiendo o para todo lo contrario. Y aunque ando escaso de horas de sueño, lo mío es por lo segundo. ¿Por qué fui tan estúpido negando aquello? Está claro que fue por miedo. Miedo a volver a sufrir, miedo a ser utilizado. Pero mi madre no crio a un cobarde. Soy un Castillo. Si mis abuelos se metieron en una balsa para salir de Cuba, tenía que tener algo de ese valor corriendo por mis venas. Y no, lo suyo no fue por causas políticas, o casi. El abuelo cometió el pecado de enamorarse de la mujer que otro hombre deseaba. La abuela era la hija de la cocinera en una casa grande, de una de esas familias con dinero y poder. El abuelo era el chico para todo. Entre ellos surgió algo hermoso, un amor correspondido. Algo totalmente fuera de los planes de uno de los señoritos. Y como siempre pasa en esta vida, el poder y el odio son una combinación peligrosa. Así que hicieron lo único que podían, huir. Huyeron por amor. Amor,

dulce palabra.

Sacudí aquella palabra de mi cabeza, porque yo no era como el abuelo, no, señor. Pero viendo aquel remolino de sábanas enredadas en aquel cuerpo tentador, le daban ganas a uno de caer en la tentación de más. Salí del cuarto con sigilo y me dirigí hacia mi coche. Recogí la bolsa de ropa que llevaba en la parte de atrás y empecé a cambiarme. Era incómodo hacerlo allí, sobre todo para un tipo grande como yo, pero era lo más aconsejable si quería mantener... lo que fuera. ¿Que por qué llevaba una bolsa con ropa de repuesto en mi coche? Porque no era la primera fiesta en la que está metida mi familia, y sé cómo acaban esas cosas. Conservar la ropa limpia... es algo imposible, y aunque no lo quiera reconocer, ir a aquella casa y quedarme a dormir sin proponérmelo se estaba convirtiendo en una costumbre. Y si algo soy es inteligente, y me gusta estar preparado para todo.

Cuando terminé de vestirme, encendí la camioneta y la llevé al pequeño aparcamiento de la parte delantera de la casa.

Cuando iba a entrar en la casa, la puerta se abrió a mi encuentro.

—¿Te apetece desayunar?

—Eh, sí, claro.

Seguí a Lupe hasta la cocina, donde el olor de café recién hecho lo inundaba todo. Puso delante de mí un plato lleno, hasta casi desbordarse, de cosas ricas.

—Tienes que recuperar fuerzas, hoy tienes mucho trabajo que hacer.

Sentí que el café se iba por el camino equivocado y tuve que toser para evitar ahogarme. La abuela no era tonta, no. Y estaba seguro de que tenía mil ojos en todas partes.

—Eh, sí, iré desmontando los equipos, y así tenerlos listos para cuando vengan a recogerlos.

—No hagas mucho ruido. No querrás despertar a nadie, ¿verdad?

—¿Los recién casados siguen durmiendo?

—Sí, esos también.

Y se giró para hacer alguna otra cosa, dejándome como una televisión sin señal, a rayas. Esa vieja iba a acabar conmigo, lo suyo no era la sutileza. Ella te dejaba caer ese tipo de frase como si nada.

María

Despertar con el sonido de los pájaros era algo nuevo, hacerlo en aquella enorme cama también, pero aquel brazo envuelto en mi cuerpo, y aquel calor en mi espalda, no lo eran. Hay que ver qué rápido se acostumbra uno a las cosas buenas. Despertar acurrucada en los brazos de mi chico, mi marido, qué raro se me hace decir eso, bueno, en sus brazos, era todo lo que necesitaba para sentirme en casa. Mi casa, mi hogar.

Su respiración pausada, tranquila, me decía que estaba dulcemente dormido. Adoraba verle abrir los ojos por la mañana. Le brillaban de aquella manera somnolienta... Muy tierno. Me giré sobre mí misma para enfrentar su rostro, sin salir de su calorcito. Intenté hacerlo con mucha delicadeza, pero cuando me encontré con aquella sonrisa en su cara, por muy cerrados que tuviese los ojos, sabía que era demasiado tarde.

—Querías aprovecharte de un hombre dormido, ¿verdad?

—Umm, no exactamente. Me gusta ser yo la que te despierte, pero no quería hacerlo de esta manera.

—Me gusta cuando me despiertas, así que fingiré que sigo dormido, ¿de acuerdo?

—¡Eso no vale! No es lo mismo.

Tonny abrió los ojos y con agilidad se colocó sobre mí, sin aplastarme, soportando su propio peso, presionando solo donde él sabía que me tenía atrapada y lista para lo que quisiera.

—A mí me sirve todo, me da igual la manera que me lo des.

Con rapidez, estampó un beso en mis labios. Y como después de medianoche la magia se rompe, mi estómago aprovechó aquel momento para rugir como un león marcando territorio.

—Umm, creo que tendré que alimentarla, señora Di Ángello. Señora Di Ángello, suena bien.

Dio un salto, salió de la cama y se metió dentro de sus pantalones de novio. Aproveché para sentarme allí y observar aquella obra de arte que era su cuerpo definido, y aquel estupendo culo. Cuando lo cubrió, mi atención se

desplazó hacia la ventana: lo que vi hizo que mi corazón brincara.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué ocurre? —Sentí el peso de la cama hundirse, cuando la rodilla de Tonny se clavó allí antes de sostenerme entre sus brazos.

—Es una vista increíble.

Mis ojos estaban perdidos en el mar reflejando los rayos del sol, el cielo despejado, un velero en el horizonte.

—Sí, tienes razón, es una vista increíble.

Giré mi rostro hacia él, pero sus ojos no estaban admirando el paisaje al otro lado del enorme ventanal. Él se había apartado un poco de mí y estaba admirando mi cuerpo desnudo. Con rapidez alcancé la sábana y me cubrí lo que pude con ella.

—Me refería al otro lado de la ventana. —Él miró hacia donde apuntaba mi dedo, con aquella sonrisa traviesa aún pegada en su cara.

—Sí, bueno, no está mal, pero yo prefiero la otra.

—Eres un depravado.

—Mira quién fue a hablar, la que estaba mordiendo mi culo con la mirada hace solo un minuto.

—Pero yo al menos no estoy diciendo esas cosas todo el tiempo.

—Menos mal, porque tendría un agudo caso de priapismo.

—Ya, como si la estuvieras dura la mitad del tiempo que estamos juntos.

—Eh, entiéndeme, entre tus turnos, y mis largos servicios, tengo que aprovechar el tiempo en que coincidimos.

—Estamos juntos mucho de nuestro tiempo.

—No el suficiente.

Y si después te da un beso como el que me dio después, ¿quién soy yo para decirle que no tiene razón?

—Prepárate, porque esta luna de miel me voy a resarcir. Voy a trabajar tanto este camino que nuestro primer hijo encontrará la salida sin esfuerzo.

Su mano estaba jugando en la entrada entre mis piernas, pero en vez de excitarme la mención de los hijos me recordó algo importante, y mis

pensamientos se fueron a otro sitio lejos de tener sexo con este hombre.

—¿No ibas a darme de comer antes de hacerme trabajar de nuevo?

—¿Sabes lo que me haces cuando te pones así de mandona? —Él ya estaba de camino a la puerta cuando me hizo aquella pregunta.

—¿Qué?

—Algo que tendré que ocultar si me cruzo con alguien en mi excursión a la cocina.

Se giró lo suficiente como para que viera el enorme bulto en la parte delantera de sus pantalones. ¡Jesús, aquel hombre era un animal salvaje en constante celo!

Cuando la puerta se cerró y mi carcajada se apagó, mis pensamientos volvieron a aquello que me había distraído antes: los hijos, nuestro hijo. Había algo que no había compartido con nadie, algo que creí poco importante, porque bien podría ser un síntoma del estrés al que estaba siendo sometida por la boda. Pero seguía sintiendo un extraño presentimiento con todo aquello. Más tarde tenía que hacer una llamada y aclarar mis dudas. Y todo empezó por culpa de la canción que Álex puso para mi entrada por el pasillo ceremonial: el Ave María. ¿Por qué? Porque, aunque lo mío no fuera el latín, sabía lo que la soprano decía: “Ave María, llena de gracia, bendito sea el fruto de tu vientre”. No había pensado en ello antes, quizás porque no tuve tiempo, quizás porque inconscientemente no quise hacerlo. El caso es que llevaba diez días de retraso y yo era un reloj con mi regla. Embarazada. Mis dedos viajaron inconscientemente hacia mi vientre. Un hijo, de Tonny, dentro de mí, creciendo. Podría ser, o tal vez eran los nervios del estrés. Me había pasado antes, en época de exámenes. Pero con el viaje de novios a tan solo unas horas, necesitaba salir de dudas lo antes posible, y solo había una manera de hacerlo.

Capítulo 46

Álex

Es difícil concentrarse cuando tienes la cabeza en otro sitio, y la mía estaba dentro de aquella casa, dentro de una cama en concreto. Pero no puedo

mirar hacia allí, no, porque la última vez que lo hice topé con mi hermana casi desnuda, cuando era besada por su marido. Aunque sea un hombre, ella es mi hermana.

He conseguido desmontar todo el equipo y enrollar cada cable en su sitio. ¿Qué estoy haciendo ahora? Evitar que los operarios que están desmontando la carpa miren hacia la casa. Paso de tener que pelearme por que miren a mi hermana, o ya puestos, a Angie. Son hombres, y sé lo que piensan.

Bueno, salvo por el incidente del viñedo, creo que el jardín de Angie no ha sufrido mucho. La verdad es que es un sitio increíble para celebrar una boda al aire libre. Siento un escalofrío recorrer mi piel, y es cuando me doy cuenta de que mis dedos se han metido debajo de mi camiseta, y están raspando la costra de los rasguños en mi abdomen. Recuerdo que Angie mimó aquel trozo de mi piel.

—Eh, preciosidad.

Levanto mi vista hacia la casa y veo que sale mi hermana. Viene caminando hacia mí, con esa sonrisa dulce que me encanta ver en ella, y que sé que es obra del tipo que se ha quedado parado en la puerta de entrada, con una taza de café en la mano y el hombro apoyado en el marco de madera.

—Esa preciosidad me dio el sí ayer, colega. Tendrás que buscarte otra.

Sí, ese tipo tendría que andarse con cuidado. El bombero podía tener aspecto de bonachón, pero que no se engañe nadie: era un lobo listo para saltar sobre la amenaza si es necesario. Y ese tipo, demasiado cerca de su mujer, era una posible amenaza. Tonny ha hecho bien en avisarle. Bueno, una preocupación menos para mí. María tenía nuevo perro guardián.

—Necesito que me hagas un pequeño favor.

—¿Qué puedo hacer por mi hermana favorita?

—Soy tu única hermana.

—También podías ser la hermana más pesada.

—Soy las dos cosas, es mi sino.

—¿Y cuál es el favor?

—Necesito que entretengas a mi marido aquí hasta que vuelva.

—¿Vuelvas?

—Tengo un recado que hacer, y no lo quiero pegado a mi culo todo el rato. Cosas de chicas, ya sabes.

—Ah, ya sé.

Ni idea, nunca supe que entraba en ese “cosas de chicas”, pero después de descubrir lo de la menstruación dejé de preguntar. Es mejor así. Les das su tiempo y todos felices.

—Necesito tu coche. —Metí la mano en el bolsillo y se las di.

—Esperaré a que vuelvas.

—Como si sufrieras mucho. Sé que Lupe te mima como si fueras su cachorrito.

Ella empezó a alejarse. Tonny estaba dispuesto a apresarla a su lado, mostrando a todos aquellos ojos hambrientos que la pieza tenía dueño. Entonces supe que aquella era mi señal.

—Eh, Tonny, ¿podrías echarme una mano? Necesito un tipo fuerte.

—Claro.

Vi cómo besaba a mi hermana, después de que ella le susurrara algo. Le dio la taza y caminó hacia mí.

—¿Qué necesitas?

Observé a María desaparecer en la casa. No solía mentir, aunque fuese una mentira piadosa. Prefería simplemente callar, pero Tonny no merecía nada de eso.

—María necesita que te mantenga entretenido un rato. Cosas de chicas. — Él se acarició el mentón pensativo. Estaba claro que él no tenía hermanas.

—Cosas de chicas.

—Sí, no quieras preguntar.

—Pues tengo curiosidad. ¿Qué cosa no puedo hacer con ella?

—Voy a darte un consejo. La única vez que oí eso de cosas de chicas, y pregunté, tenía que ver con su menstruación. Así que evito encontrarme con más de esas sorpresas.

—¡Ugh, vale! No quiero saberlo.

—¿Lo ves? Tenía razón.

—Así que ahora...

—Bueno, aquí me queda poco por hacer. Pero cuando María se aleje con mi camioneta, voto por un par de cervecitas frías que sé que quedan en la nevera portátil.

—Umm, sí, secundo la moción.

Susan

Decir que estoy preocupada es poco. Que María venga al hospital a visitarme, el día después de su boda, me tiene más allá de intrigada. No puede echarme de menos, primero porque nos hemos visto ayer, y segundo, con ese pedazo de marido para ella sola... Imposible que sea por aburrimiento. Quizás necesite un respiro, sí, puede ser eso.

La vi aparecer poco después de su llamada, y en cuanto vi su cara supe que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre?

—Necesito hacerme una prueba.

—¿Qué prueba?

—Verás, tengo un retraso, y creí que podría ser por el estrés de la boda, sobre todo porque es la primera vez que me pasa, pero no quiero irme de viaje de novios con la incertidumbre.

—Entiendo.

Estar de guardia un domingo por la mañana tenía que tener sus ventajas. Llevé a María a una zona privada y tomé las muestras que necesitaba. Esperamos juntas los resultados.

—¿Estarán pronto?

—Le dije a Dany que me los acercara aquí en cuanto llegaran.

—¿Danny?

—La enfermera que te tomó las muestras antes.

—Ah, pensé que era un chico, como dijiste Danny.

—Daniela Díaz. Ha entrado con el último reemplazo a urgencias. Te

gustaría ella. A los médicos llega a desesperarnos, porque tiene un genio..., pero a los niños los tiene comiendo de su mano, y eso se nota en un sitio como este.

—Ya tiene en ti a una fan.

—No solo en mí. La jefa de enfermería ya lea puso apodo.

—¿Sí? ¿Cuál?

—La princesita de urgencias.

—¿Y eso?

—Porque este es su reino, y todos bailan al sol que ella marca. Todo un carácter.

—Me has picado la curiosidad.

—Cuando vuelvas al trabajo, la invitaré a una de nuestras sesiones de relax.

—Ah, al café y las madalenas.

—Eso mismo.

La mencionada apareció junto a nosotros en aquel momento.

—Doctora Lettuce, los resultados que esperaba.

—Ah, gracias, Danny.

Noté una miradita tierna hacia María, seguro que echó una ojeada a los resultados. Lo dicho, todo un carácter. Y después retomó el camino por el que había venido. Su cuello estirado y el andar alegre como una princesita pizpireta. Sí, le pegaba el apodo que le habían puesto. Revisé los resultados y medité la forma de contárselos a María. ¿Era algo bueno o algo malo? Mejor ser directa, sin rodeos.

—Es positivo. Estás embarazada.

—¡Jesús!

—¿Llega en mal momento?

—No, bueno, no habíamos hablado de niños ni de ponernos a ello pronto, pero estaba claro que los dos queríamos una familia.

—Supongo entonces que no estabais intentando quedar embarazados aún.

—No, esto... esto es una sorpresa.

—No conozco a Tonny tan bien como tú, pero creo que la noticia le va a gustar mucho.

—Sí, bueno, supongo que será así.

—Yo no esperaría para decírselo.

—¿Tú crees?

—Créeme, si yo estuviese en tu lugar, Marco me haría pagar por cada día que hubiese tardado en decírselo... Sin violencia, por supuesto.

—Sí, claro.

—María, ¿estás bien? —Le ayudé a sentarse y aferré su mano. Al menos el color no se le había ido del rostro.

—Sí, un bebé, eso te cambia la vida.

—Mírame. —Ella lo hizo—. Tú y yo trabajamos con bebés todos los días, y vemos el amor que hay ahí, en sus padres. Algunas familias son mejores que otras, y estoy segura de que la tuya será una de las buenas. Tonny será un padre increíble y tú serás una madre estupenda.

—Un bebé.

—Sí, un bebé. —Sentí cómo mis dedos eran machacados por su agarre y supe que María había vuelto del limbo.

—Voy a tener un bebé, voy a ser mamá.

—Vas a serlo.

—Tengo que contárselo a Tonny.

—Sí.

—¿Y de cuánto tiempo estoy?

—De tres semanas.

—Tres semanas.

—Ahora céntrate en ese viaje que vas a hacer. De todo lo que tienes que hacer con esto nos ocuparemos a la vuelta.

—Sí.

—De momento, solo tienes que preocuparte de algunas cosas, como...

—Sí, lo sé, nada de alcohol, deportes rudos fuera... Todas esas cosas.

—Sí, todas esas cosas.

Capítulo 47

Álex

—¡Oh, porras!

Miré hacia el interior de la casa, desde donde la voz cansada y hastiada de Angie protestaba por algo. Recogí mi cerveza del escalón del porche y miré a Tonny.

—Voy a ver qué se ha roto.

—Sí, no hace falta que te des prisa. —¡Joder con el bombero, no se perdía una! Cada vez me gustaba más la elección de marido de mi hermana.

Caminé dentro y busqué con la mirada. Había una aspiradora tirada en el suelo, pero no había nadie a la vista. Sí, ahora recordaba que antes se escuchaba el ruido de la aspiradora, pero ahora estaba en silencio.

—¡Mierda, mierda, mierda! —La frustrada voz de Angie me guio hasta el lugar en el que se encontraba. ¿Otra vez el cuarto de la lavadora?

—¿Problemas? —Ella se giró hacia mí y disfruté orgulloso del rubor que tiñó sus mejillas. Sí, todavía no había olvidado lo de aquella mañana.

—Lo... lo de siempre. El diferencial ha vuelto a saltar y no consigo mantenerlo arriba. Hizo el movimiento y como decía el diferencial se negaba a permanecer donde lo ponían. Si de algo entendía era de electricidad y creía saber que era lo que ocurría.

—Es probable que estés demandando más potencia de la que puede soportar.

—¿Eh?

—Seguro que si desenchufas otra cosa la aspiradora funciona sin problema.

—Eso es lo que tengo que hacer siempre. Y estoy harta, solo puedo hacer una cosa a la vez. O limpio, o tengo el ventilador puesto. O el tostador o el

exprimidor.

—¿Quieres que revise la instalación?

—¿Lo harías?

—Sin problema.

Me acerqué al cuadro eléctrico y, como sospechaba, tenía más años que el catarro. Seguro que no se había actualizado en... ¿siglos? Si tenía que meterme en faena, seguramente habría que cambiar toda la instalación, incluido el cableado y el cuadro eléctrico. Una suma considerable, si teníamos en cuenta la ajustada situación económica de la familia.

—Habría que cambiar algunas cosas. ¿Tienes el contrato con la compañía eléctrica?

—Seguro. El abuelo lo guardaba todo. —Angie se giró, pero no salió del cuarto de lavado. Se dirigió hacia el altillo y trepó sobre una banqueta para alcanzar una enorme caja de cartón.

—Espera, yo lo alcanzo. Me estiré todo lo que pude y recogí la caja.

—Pesa mucho.

—Ya te dije que el abuelo lo guardaba todo. La abrí y eché un vistazo por encima. Era verdad, el abuelo lo guardaba todo: facturas, contratos, documentación... Saqué una hoja que me llamó la atención y leí el contenido.

—Así que abril, ¿eh?

—¿Qué? —Alcé la hoja y se la mostré a Angie.

—Ángela Chasse Morales, 19 de abril, tu día de nacimiento.

—Oh, la tenía el abuelo. Ella cogió en las manos el certificado de nacimiento y examinó el amarillento papel con mimo.

—Sí que es verdad que lo guardaba todo. —Ella sonrió y asintió con la cabeza.

—Seguro que lo que necesitas está ahí. —Sopesé la cantidad de documentación que habría allí dentro, y definitivamente tendría que bucear entre papeles un buen rato antes de encontrar lo que quería.

—Necesitaré un lugar despejado para hacerlo.

—Ven conmigo.

Sospechaba que no habría un despacho que pudiese utilizar, la casa era demasiado pequeña y funcional para eso. Angie me llevó de nuevo a su habitación, donde la cama estaba pulcramente hecha, pero aun así no podía evitar recordarla tal y como estaba aquella misma mañana. No sé lo que apartó, pero levantó un tablero atornillado a la pared y le colocó una pata. Y listo, una mesa instantánea.

—Me la hizo el abuelo para que pudiera estudiar en mi cuarto.

—Práctica.

—Él era así, hacía lo que podía con lo que teníamos.

Coloqué la caja encima. Temí que no soportara el peso, pero resistió. Me dejó solo y regresó a sus tareas. Revisé la documentación y utilicé la cama como mesa auxiliar para hacer montones de documentos. Metido entre todo aquello y encontré algo que no esperaba: los planos de la casa, las licencias de construcción, todo lo que había tramitado para construir la casa. Allí estaba todo detallado y bien organizado, no faltaba nada. Desplegué los planos y encontré otra copia... ¡No, no era una copia! Era el plano original. Deslicé las yemas de los dedos por encima del dibujo de la estructura y lo comparé con la que tenía al lado. Una era claramente un plano a escala de la casa actual, el otro era el proyecto que tenía en mente en un principio. Las facturas de ambos estaban junto a cada proyecto, y sí, había una considerable diferencia. Con toda aquella información no me costó hacerme una idea de lo que había estado ocurriendo desde hacía tantos años. El abuelo compró el terreno y, cuando ahorró lo suficiente para construir la casa, se lanzó a por ello. Tenía muy claro lo que quería, pero el precio se disparó. Había anotaciones en un papel de libreta, seguramente los cálculos de cuánto tardaría en conseguir el dinero que necesitaba para llevar a cabo su proyecto. Demasiado. El abuelo optó por construir una casa más pequeña, recortando espacio y recurriendo a materiales más asequibles. Estaba claro cómo consiguió darle aquel magnífico hogar a su familia y el porqué del cambio de proyecto, escogió a su familia.

Revisé las especificaciones eléctricas y, como sospechaba, no estaban preparadas para la carga de electrodomésticos actual. Escuché un grito de ¿una vaca? Sí, eso parecía. Corrí a la cocina y me encontré a Lupe observando impotente cómo el grifo tenía un ataque epiléptico, mientras escupía pequeños chorros de agua. Me acerqué con algo de miedo, todo hay que decirlo, porque era posible que saliera un cocodrilo de aquel agujero, y cerré la llave de paso. El

escupiteo terminó, aunque tardó un poco más en dejar de moverse.

—Parece que está poseído.

Y después se echó a reír. Yo la seguí, y al final estábamos terminamos sentados en las mesas de la cocina, recuperando la compostura.

—La casa necesita un buen repaso.

—Es vieja, como yo.

—Sí, pero a la casa no le quedan muchos días buenos, y a usted le quedan bastantes años.

—Cada una damos guerra a nuestra manera; pero tienes razón, hay que hacer reparaciones.

—He revisado los planos de la casa y creo que tendrían que cambiar la instalación eléctrica; obviamente también hay que revisar la fontanería, y me atrevería a decir que habría que hacer otro tanto con la carpintería. Angie entró en la cocina en ese momento y estaba seguro de que había escuchado nuestra conversación.

—Cuando ahorre un poco, nos meteremos con lo más urgente.

—Todo es urgente.

—Lo sé, pero ahora no puedo... Había pensado en todo aquello y creía haber encontrado una buena solución, sobre todo porque la idea había pasado por mi cabeza un par de veces.

—Te propongo un trato.

—¿Un trato?

—Yo podría encargarme de la parte eléctrica y la carpintería, pero con la fontanería tendríamos que encontrar a alguien.

—Con la fontanería puedo ayudar yo.

—Perdona, me olvide de ti.

—Ya, eso no se hace, tío. Me estaba aburriendo allí detrás.

—¿De verdad sabes de fontanería?

—Soy bombero, el agua es lo mío. No, en serio. Cuando te pasas un invierno acudiendo a avisos de inundaciones y tuberías reventadas, aprendes todo lo que puedas sobre tuberías, drenajes y todo lo que pueda llegar a causar

problemas en una casa. Incluso sé algo sobre instalaciones eléctricas y de gas.

—Eres una joya.

—Sí, tu hermana se llevó el premio gordo al atraparme.

—No sé yo quién atrapó a quién.

—Ya, bueno.

—Yo tenía pensado cambiar mis servicios por alojamiento y comida, ¿y tú?

—Bueno, tenemos otra boda a la vista en la familia, seguro que podría cambiarlo por el alquiler del lugar.

—No sé, yo...

—Hecho.

—¿Qué? Pero abuela...

—La casa aún sigue siendo mía, ¿no?

—Por... por supuesto, abuela.

—Pues no se hable más. No pienso dejarte en herencia una casa medio en ruinas.

—Pero...

—A callar.

—Eso, haz caso a la abuela. Y piensa en mí, ¿dónde podría encontrar un espacio tan barato como este y con tan buenas vistas?

—Bueno, si estáis seguros...

—Pues listo, voy a preparar la habitación para Álex.

—Pero, ¿ya?

—Claro. El toro hay que cogerlo por los cuernos, y yo no voy a esperar a que se lo piense mejor. De esta no te escapas, muchacho. El dedo huesudo de Lupe me señaló con dureza, pero sus ojos decían otra cosa muy distinta.

Capítulo 48

Angie

El coche de Álex paró frente a nuestra entrada y pudimos ver a María empezar a salir de él.

—Voy a buscar a mi mujer.

—Pregúntale si os quedaréis a comer. Voy a preparar tamales.

—Yo me apunto.

—Entonces ponte a ganártelos ya, y revisa lo que pasa con la luz. Necesito el microondas.

—A sus órdenes, señora.

Álex salió de la cocina detrás de Tonny y yo fui detrás. Había algo que quería dejar bien claro, algo que necesitaba que Álex tuviese muy presente. Lo acorralé en el cuarto de lavado, aunque cuando se dio cuenta de que estaba allí no sé quién de los dos iba a ser la presa.

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De todo esto de arreglar la casa.

—Ah, lo suponía.

—No... no quiero que pienses que te estoy utilizando.

—Me he ofrecido yo.

—Te pagaré por ello.

—Alojamiento y comida. Pero si quieres poner algo de propina a eso... —
Envolvió uno de sus brazos en mi cintura, me acerco a él y me metió entre sus piernas. En su espacio.

—No voy a utilizarte como Jane.

—No vas a hacerlo.

—Voy... voy a pagarte. No sé de dónde sacaré el dinero, pero voy a pagarte.

—Primero tendrás que pagar el material.

—Lo haré.

—Y después los requisitos legales.

—Lo... lo haré.

—Y...

—Oh, calla, no me pongas peor de lo que ya estoy.

—Encontraremos la manera.

—Yo la encontraré.

—Tú lo harás, de acuerdo.

—Lo haré, sí, lo haré. Por la abuela.

—Y vas a dejar que te ayude.

—No puedo...

—Sí, supongo que estás asustada como un ratón.

—Asustada no, agobiada se acerca mejor a lo que siento.

—No me refiero a la casa y a los gastos. Hablo de mí aquí.

—¿De ti?

—Tal vez no te lo hayas siquiera planteado, pero ¿no te parece un poco rolo acosador?

—¿Eh?

—Ya sabes, nos medio acostamos anoche y hoy me estoy metiendo a vivir en tu casa. A mí me sonaría mal.

—Eh... sí, lo hace. ¿Eres un acosador?

—Me iré de aquí en el momento que me lo digas, sin preguntas. ¿Te parece suficiente garantía?

—Si fueses un acosador me dirías eso para tranquilizarme.

—Supongo que sí, lo haría.

—Pero no creo que lo seas.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque yo puedo ser joven e ingenua, pero mi abuela no.

—¡Ah, Lupe! ¿Y confías en su criterio?

—Llegaron a un país nuevo y consiguieron sobrevivir muy bien ella y el

abuelo. Creo que tendré que fiarme.

—Bien, porque este pobre acosador tiene que ponerse a ganar su sustento, y me estás entreteniéndome.

—Oh, lo siento.

—Pero no te vayas muy lejos, puede que necesite un incentivo.

—Malo.

—Eso tenlo por seguro, nadie dijo que fuera bueno.

—Lo dijo la abuela.

—Vaya, pues no puedo dejarla mal a estas alturas.

Tonny

—¿Terminaste con tus cosas de chicas?

—¿Eh...? Así que Álex te lo dijo. Tendré que matarlo.

—No hace falta que inventes excusas, cuando lo necesites, me dices y yo cumpliré tus deseos, lo sabes.

—Bueno, lo haré la próxima vez.

—Lupe nos ha invitado a comer tamales, ¿aceptamos?

—Eh, sí.

—Te noto distraída, ¿estás bien?

—Bueno, no tenía planeado que fuera así, pero... ahí va: estoy embarazada. Vamos a ser padres.

Decir que me quedé congelado en shock era decir poco, pero se acercaba. Padre iba a ser padre. Mi plan maestro se estaba cumpliendo a toda prisa. Padre... ¡Santa Madonna! ¡Yo padre ahora!

—¿Estás bien?

—¡Joder, sí! Voy a ser padre.

No pude evitarlo, deslicé mis dedos por su vientre todavía liso. Padre. Mi bebé estaba ahí dentro, creciendo. Sentí la necesidad de elevarla en el aire y darle vueltas sin parar, como si fuese un tiovivo. Pero ¿sería eso bueno para el

bebé o para ella? Eh, soy bombero, pero en ser padre soy totalmente nuevo.

—Puedo... puedo girar contigo.

—Supongo que sí, pero sin pasarse, eh.

—Ok. —La cogí en mis brazos y giré y giré hasta sentir que mis pies casi volaban.

—¡Eh!, ¿Qué celebramos? La voz de Álex llegó desde una pequeña ventana junto a la cocina. Miré a María, preguntando en silencio. Pero, como no sabía si mi comunicación telepática había llegado, lo hice en voz alta, aunque solo para que ella lo oyera.

—¿Se lo decimos?

—¿Quieres hacerlo?

—¡Joder! Quiero anunciarlo en las noticias de la televisión, en la prensa, en todas partes. Ella alzó los hombros como si no la importara, y después sonrió.

—Prepárate Álex, porque vas a tener un sobrino al que malcriar.

—¿Voy a ser tío?

—O sobrina.

—No, este va a ser un niño, el gen Di Ángello es inalterable.

—Sí, seguro.

—Y prepárate, que pueden ser gemelos.

Noté como el color abandonaba la cara de mi recién estrenada mujer. Pobre, no sabía lo que le venía encima. Pero yo iba a estar ahí, sosteniéndola en cada paso del camino. ¡Joder!, la llevaría a cuestras si fuese necesario.

Álex salió de la casa gritando como loco y levantando los brazos como si hubiese ganado la Súper Bowl. “¡Voy a ser tío!”.

Capítulo 49

Angie

No podía hacerme a la idea: Álex viviendo en la casa, con nosotras. Él no

sabía dónde se había metido, en la guarida de dos locas —bueno, tres, que mamá venía casi todos los días. ¿Dónde demonios se habría metido aquel día? Bueno, en el fondo lo entendía, el trabajo en El Rancho Rodante ya era mucho, con el exceso de la boda... seguramente estaría descansando, o... no quería pensar en ello. Mi madre y Tom... no, en aquel momento no. Mejor me centraba en pensar cómo salir del lío en el que me había metido la abuela; y yo la había dejado, claro. Pobre Álex, ¡y él pensaba que era el acosador...! Ahora que había descubierto lo bien que podía trabajar el cuerpo de una mujer, sobre todo el mío, la acosadora iba a ser yo. ¿Qué quería, cobrarse los extras con aquella pobre chica? Adelante, soy toda suya. ¿Quién se resistiría?

Miré hacia el mar y luego a ambos lados del terreno. Sí, era inmenso. Incluso con todos aquellos matorrales y arbustos de la izquierda era un terreno... Un momento, sí, esa podría ser la solución. Giré sobre mis talones y corrí hacia la cocina, donde seguramente estaría la abuela.

—¡Abuela! ¡Abuela!

—¿Qué ocurre?

—Creo que ya sé cómo podemos conseguir algo de dinero para pagar las reparaciones de la casa.

—Te escucho.

—Con más bodas.

—¿Más bodas?

—Sí, podemos alquilar el terreno para que lo utilicen para otras bodas.

—No sé, tener a gente merodeando constantemente por casa...

—No, eso no, pero podíamos desbrozar el terreno de la izquierda, separarlo del que utilizamos nosotras normalmente, y alquilar esa parte. ¿Qué te parece?

—Bueno, visto así, no parece mala idea, pero... no sé si conseguirás alquilarlo. A María y Tonny a los conocías. ¿Quién más querría alquilar el lugar?

—Hablaré con algunas empresas que organicen bodas y les ofreceré el terreno. E incluso puedo hablar con el señor Sroczyński, y proponerle usar su terreno como aparcamiento en más ocasiones.

—Y estará encantado. Ese terreno no es más que un pozo sin fondo. Cualquier dinero que saque por él, será bien venido, seguro.

- ¿Entonces?
—Me parece bien. Probemos.
—Genial.

Álex

Limpiar y aislar aquel maldito terreno iba a llevar su tiempo, y sobre todo mucho trabajo físico. Pero la idea era increíble. ¿Y yo era el cerebro? ¡Ja! Angie me había dado una patada en el culo al pensar en ello. Alquilar la otra parte del terreno para bodas era una gran idea. Tendría que habilitar una entrada independiente, poner un cerramiento básico para evitar visitantes con espíritu de explorador, despejar el terreno y proteger el acceso al acantilado. Pero iba a merecer la pena.

- ¿Podrás hacerlo?
—Me llevará unos días, pero seguro que puedo.
—Sé que esto no entraba en tus planes, pero...
—Está bien, es una gran idea. Y te dará los fondos que necesitas para acometer las reformas que la casa necesita.
—Es mucho trabajo, pero... —Me giré hacia ella y la acerqué a mí con un brozo, obligándola a mirarme a la cara.
—Eh, voy a hacerlo, no me echaré atrás por un poco de trabajo extra.
—Eres un hombre de palabra.
—No lo dudes.
—Y no te asusta el trabajo duro.
—Machaco mi cuerpo de otras maneras menos productivas. No está de más sacarle algún rendimiento. Sentí sus brazos envolverse en mi cuello, acercándose peligrosamente, para regocijo de mi entrepierna.
—Tendremos que cuidar de ti.
—Es justo, sí.
—La abuela te dará bien de comer, yo lavaré tu ropa.
—¿Y los mimos? Un hombre necesita muchos mimos para que se le suba

el ánimo.

—Tu ánimo está por las nubes. La separé un poco de mí, y deslicé la mirada hacia la parte conflictiva que crecía en mis pantalones.

—Todavía no, pero lleva ese camino.

—¿Y los mimos? ¿Los quieres ahora o después del trabajo?

—¿Puedo pedirme las dos cosas?

—Eres muy exigente.

—Es mucho trabajo. Necesito mucha motivación.

—Travieso.

—Lo intento.

Saborear su boca era como degustar un postre de la abuela Caridad, dulce, reconfortante, y del que quería más, antes de terminarlo.

Lupe

Era difícil no sonreír mientras los espiaba desde detrás de la ventana. Alex me recordaba aquel postre italiano que probé una vez, cannoli se llamaba. El exterior era duro, crujiente, pero el interior, era una crema dulce, jugosa. Un chico como él era lo que necesitaba mi Angie, alguien que la protegiera de la maldad del mundo, pero que le diera todo el dulce que ella se merecía. Ya había sufrido bastante por nuestra culpa. Tanto sacrificio y dedicación merecía una recompensa, y me había propuesto que Alex fuera ese premio. Que el chico estuviese dispuesto, era perfecto.

Volví hacia la habitación de Angie, donde algunos documentos seguían amontonados sobre la cama. Los planos de la casa llamaron mi atención. ¿Cuánto tiempo y dedicación dedicó mi “gordi” a nuestra casa? Hizo tantos sacrificios para traernos a este país, para que tuviésemos un hogar que llamar nuestro.... No era muy grande, pero habíamos vivido en peores estrecheces antes. Era bueno mantener a la familia unida, le decía, aunque sea un poco apretada. Deslicé los dedos por las líneas de la casa, y no es que fuera muy inteligente, ni que entendiera de planos, pero los dos dibujos delante de mí eran diferentes. Una estaba claro que era nuestra casa, donde vivíamos; la otra... era mucho más grande. Miré las fechas, la grande era anterior. He hice lo que me decía mi cabeza. Coloqué una encima de la otra, y ahí estaba, la respuesta a la

pregunta que no había hecho. La casa que mi “gordi” construyó, y la casa que imaginó para nosotros, eran la misma, la diferencia es que una no era más que una parte de la otra. La casa en la que vivíamos era un sueño sin terminar. Pero él nunca dijo nada, nunca lo mencionó, ¿para qué?, él tenía lo que quería, a su familia unida, el resto, no importaba.

Capítulo 50

Lupe

Esa mañana, como todas, me levanté temprano. ¿Para qué seguir en la cama, cuando mi cuerpo no quería dormir? Así que me dispuse a preparar las cosas para el desayuno. A Angie le gustaba desayunar mis huevos rancheros, sobre todo desde que suavicé la receta al quitarle los frijoles, se le hacían demasiado pesados a nuestros estómagos. Y aquel chico necesitaba mucha energía para ese día. Por la tarde trajo algo de su ropa e insistió en quedarse esa noche, porque así vendría directo del trabajo, y aprovecharía todas las horas de luz disponibles. Pasé por delante de su cuarto y abrí la puerta entre abierta. Realmente era un hombre grande: sus pies sobresalían fuera del colchón y sus brazos extendidos caían por los costados, como si abrazara la cama. Y aquel trasero... hmmm. Mi Angie tenía un buen trasero para pellizcar ahí, todo redondo y duro. Mi “gordi” nunca tuvo ese trasero, ni esas espaldas anchas, fuertes y definidas, no, mi “gordi” era un junco menudo, con la cara redondita, que no encajaba con un cuerpo delgado. Pero estábamos en el norte, aquí había tipos grandes como Alex, y si tenía buen corazón, ¿qué más podía pedir? El chico gimió y se giró sobre sí mismo, regalándome una buena vista de su pecho desnudo. Sí, definitivamente, pediría eso. ¡Virgen de Guadalupe, estaba más macizo y caliente que un chile jalapeño relleno con chile chiltepín! Mi niña iba a necesitar mucha leche si iba a comerse todo aquello, aunque fuese solo un mordisco.

Angie

— Puedo ir yo sola.

—Lo sé, pero quiero llevarte. Me da miedo verte subida en esa cosa rosa.

—¿Tienes algo en contra de mi Rosita?

—Nada si se queda en el garaje hoy.

—Pero...

—He hablado con el jefe y puedo salir a recogerte, si a cambio les llevo comida de El Rancho Rodante y tú eres la que tiene enchufe con la cocinera. A mí me tocaría esperar.

—No cuela.

—Bueno, lo intenté. ¿Y qué hay de malo en que te lleve?

—Nada si es solo un día. Pero sospecho que no va a ser así, ¿verdad?

—Repito, ¿qué hay de malo con ello?

—Comenzarían las habladurías.

—¿Qué habladurías? No, espera, no quiero saberlo, y tampoco me interesan. Así que, que hablen todo lo que quieran.

—Para ti es fácil decirlo, no trabajas allí.

—¿Te molestaría que nos relacionaran?

—No, es... es que nunca me ha gustado estar en boca de nadie.

—Bien, porque la única boca en la que vas a estar es en la mía.

Sentí sus brazos envolviéndome, su lengua jugando con la sensible piel de mi cuello. ¿Importarme? No. ¿Quién no presumiría de estar con un hombre así? Me iban a crucificar, porque otra cosa no harían los médicos y enfermeras, pero llevar chismes unos de otros era el deporte nacional en un hospital. Todos se conocían, y todos tenían algo que decir. Y lo peor de todo era la envidia. Y ya tenía bastante con bregar con lo del doctor Williams.

—No creo que sea buena idea. En estos momentos no. Yo...

—María me contó lo que pasó. Sentí cómo mi corazón se detenía. No le había pedido que guardara el secreto, pero se sentía como una traición. Aquello era solo mío para contar.

—Yo estaba allí cuando fuimos a buscarte, ¿recuerdas? —Asentí con la cabeza. Mi piel se había enfriado, pero Álex me abrazó un poco más fuerte y me envolvió mejor, intentando darme el calor que había perdido, el calor que necesitaba.

—No debería habértelo contado.

El pasado no se puede mover. Y, de todas maneras, yo sí me alegro de que lo hiciera.

—¿Por qué?

—Porque ahora sé que llevarte al trabajo y dejar que te vean conmigo es la mejor idea.

—No creo que...

—Piénsalo. Si tienes alguien contigo, ese gilipollas no volverá siquiera a mirar en tu dirección, porque habrá alguien que cuide de ti.

—Yo creí que de eso se encargaba tu amigo el vigilante de seguridad.

—Pillado. Pero él solo cuida de lo que es mío.

—Muy rollo machito cavernícola, ¿no crees?

—A veces lo más básico es lo más fácil de entender.

—Yo, Tarzán. Muy básico, sí.

—Y también es bueno para ti, para tu ego.

—¿Mi ego?

—Sí, para que las otras niñas vean que no solo atraes a los impresentables.

—Ah, y tú tienes mejor imagen, claro.

—Puedes negarlo, pero a la mayoría de las chicas les atrae la imagen de tipo duro.

—Sí, motero, sin afeitado y esa expresión de perdonavidas. Sí, muy duro. Pero eso tiene un fallo.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Te has cortado el pelo, te has afeitado y ya no vas en moto.

—La barba volverá a crecer, si quieres...

—No, no quiero.

—Entonces tendré que mantener esa actitud de perdonavidas. ¿Será suficiente?

—Creo que sí, ya veremos.

—Bien, pues listos. Sube tu precioso culo a la camioneta. Hoy tengo mucho que hacer.

—Sí, señor. —Y así, sin darme cuenta, había hecho que el frío y la acidez del recuerdo desaparecieran.

Álex

Decir que saqué pecho como un pavo era una buena analogía. Salí del coche, para verla mejor mientras entraba en el hospital. Bueno, para que las otras “niñas del cole” me vieran a mí. Sé el material que tiene el tipo que calza mis botas, sé que a las enfermeras de por aquí siempre les ha gustado la vista. He estado en la puerta de este hospital suficientes veces como para tener una buena base sobre la que argumentarlo. Y lo reconozco, desde que dejé el instituto, nunca me costó trabajo ligar, si no lo hacía era porque no quería. Y no exagero. Y por primera vez en mi vida disfrutaba que así fuera. Que mi chica presumiera

de novio era un motivo más para hacerme feliz, porque a ella la subiría enormemente la autoestima. No es que lo necesitara, era bonita, sexy e inteligente; pero hay veces en que un mal golpe te hace dudar de ti mismo, y yo quería que Angie recuperara lo que ese gilipollas le había quitado. Seguridad, aunque fuese de otro tipo.

Busqué con la mirada, intentando localizar el coche del gilipollas, y no lo vi.

—Tiene turno de tarde. Me giré para encontrar el perfil de Mo. Estaba a mi lado, con los brazos cruzados sobre el pecho, observando cómo mi chica desaparecía al otro lado de las puertas.

—Gracias por echarle un ojo encima.

—Hay órdenes de arriba de mantenerlo vigilado a él.

—Por fin se han dado cuenta de que es peligroso. Tenían que deshacerse de él.

—Creo que están buscando la manera, pero eso solo es un rumor que he oído por ahí.

—¿De dónde sacas tus informaciones? Porque siempre parece saber de todo.

—Tengo mis recursos.

Mo me devolvió la vista con una traviesa sonrisa en su cara. Oh, sí, sabía lo que significaba. Chicas, y por su cara y el uso del plural, apostaría que más de una.

—Llevas una mala vida.

—Salgo poco, así que tengo que buscar donde puedo.

—¿Y por qué no sales?

—Quiero comprarme un coche, estoy ahorrando.

—¿Y no sería más fácil encontrar algunas horas extras de trabajo?

—Tengo 23, y trabajo a turnos. Es difícil encontrar algo que se ajuste a mis horarios. —Analicé la información unos segundos y decidí intentar algo.

—¿Qué tal se te da el trabajo manual?

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, reparar cosas, algo de construcción, jardinería, esas cosas. Algo no muy complicado, pero de mucho esfuerzo físico.

—¿Bromeas? Fuerza para gastar es lo que me sobra.

—Entonces puede que tendría/tenga algo para ti.

—Desembucha.

—Estoy ayudando a mi chica con las reparaciones de la casa. No hay mucho dinero para gastos, así que me he ofrecido a ocuparme de ello yo. Supongo que para algunas cosas necesitaré algo de ayuda, ya sabes, más manos fuertes.

—Parece hecho para mí.

—No serán muchos dólares, pero te prometo comida casera y alguna cerveza fría.

—Oh, joder, ya con la comida casera me has ganado. Hace que no como de eso... Ni me acuerdo.

—¿Mucho tiempo viviendo solo?

—Me fui de casa de mis padres hace dos años. Llevo subsistiendo con comida preparada y batidos energéticos desde entonces.

—Demasiado tiempo, sí.

—Haremos una cosa: tú dame de comer bien, esa cerveza, y algunos dólares de vez en cuando, y te ayudaré en mi tiempo libre.

—Es un trato.

—Lo es. —Estrechamos las manos con un fuerte apretón. Sabía que ese chico tenía buen material.

Capítulo 51

Álex

Hablé con mi casero y acordé abandonar mi apartamento en una semana. Me devolvería parte de la fianza y el resto pagaría el mes de alquiler que terminaba. Salvo por la ropa, el equipo de sonido, el ordenador portátil y mi

equipo de gimnasia, todo lo demás se quedaba. Empaqué casi todo y pensé en cómo llevarlo hasta la casa de Angie. Ya tenía pensado instalar mi saco y el resto del equipo de deporte en la cabaña de herramientas del abuelo, había un buen sitio despejado que podría usar, si reacomodaba la mesa de trabajo. El resto cabría perfectamente en la habitación en la que dormí la noche anterior. Tenía que recordar dormir con los calcetines puestos, por la mañana tenía los pies congelados de frío. Pero la recompensa merecía aquel pequeño sacrificio. Ver a una chica recién levantada, con los ojos somnolientos, el pelo revuelto, y ese andar pausado y torpe..., para mí era mejor que un desfile de Victoria Secret. Me daban ganas de coger aquella dulce cosita, apretarla contra mi pecho y besarla despacito, mientras la achuchaba.

Cuando llegué a la casa, llevaba casi toda la ropa en dos bolsos grandes. ¿De verdad todo lo que tenía se podía meter en dos bolsos de viaje? Pues sí, soy un hombre, tengo siete de casi todo, menos de calzoncillos, de esos tengo más. Siete pantalones jeans, siete camisetas, cinco camisas, siete pares de calcetines, 10 calzoncillos, un traje elegante, dos chaquetas de vestir, dos corbatas, un par de botas, un par de zapatos y unas deportivas. Ah, olvidaba los pantalones de deporte y las camisetas de tirantes para el gimnasio. Y no, no olvido el pijama, yo duermo en calzoncillos. Esa es toda mi ropa.

Metí los bolsos en mi nueva habitación y me puse unos pantalones viejos que utilizaba para las tareas sucias. Avisé a Lupe y a Angie de que iba a estar en el terreno de los arbustos, desbrozando, y me puse a trabajar.

Angie

Era hipnótico, no podía mirar hacia otro lado. Ver a Álex con aquella vieja camiseta y aquellos jeans desgastados, sudado y trabajando como una máquina incansable... Brrrr. ¿Y luego dicen que nos ponen a tono los hombres perfumados y de trajes caros? Pues no han visto esto. Solo había una cosa mejor, y era ver a aquel mismo hombre saliendo recién duchado del baño, con el agua goteando del pelo y una toalla pequeñita atada a su cintura. Y es lo que estaba deseando hacer desde que pensé que tendría que hacerlo, el ducharse quiero decir.

Oí un ruido de arrastrar y miré hacia el interior de la casa. ¿Qué estaba arrastrando la abuela por el suelo? Corrí hacia ella, porque con su edad no podía

hacer muchos esfuerzos.

—Abuela, ¿qué haces?

—Pues está bien claro, llevando las cosas de Álex a su cuarto.

—No, ya estaban en su cuarto.

—He visto a ese pobre muchacho intentar estirarse en la cama de tu madre, y no hay manera. El pobre sobresale por todos lados, es demasiado pequeña. Así que le voy a poner a dormir en la cama grande.

—Pero esa es tu cama, abuela. Tú no has dejado de dormir en ella desde...

—Creo que ha llegado la hora de buscarle un mejor provecho, Angie. Yo soy pequeña, y la cama de tu madre es más de lo que necesita mi vejo cuerpo. En cambio, Álex... Ese chico va a deslomarse trabajando en esta casa, es justo retribuirle el favor dándole un buen lecho en el que dormir. —¿Qué la iba a decir? Cuando la abuela tiene razón, la tiene, y punto. Cuando suelta las cosas de esa manera, no hay modo de rebatirla.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. Ya es hora de que deje de aferrarme a esa cama y siga adelante. Lo que viví con tu abuelo nadie me lo va a quitar. Y esa cama tiene mucho que ofrecer aún.

—De acuerdo.

Metí la ropa de Álex en el cuarto de los abuelos y ayudé a la abuela a vaciar el armario y los cajones. Coloqué la ropa de Álex en el armario y un cajón del aparador. La verdad, no tenía mucho, así que parecía que estaba pasando unos días en un hotel. Después, cambiamos las sábanas y me dispuse a acomodar las pertenencias de la abuela en el viejo cuarto de mi madre. No me di cuenta de que se había hecho tan tarde hasta que la abuela me dijo que iba a hacer algo de cena. Y como un trato es un trato, la abuela prepararía una buena cena para Álex.

Salí de la habitación directa a la cocina para ayudar a la abuela con la comida. Al salir me topé con un Álex mojado y envuelto en una pequeña toalla blanca atada a su cadera. ¡Dios existe! y me ha escuchado. Creo que un charco empezó a formarse en el suelo, y no era el agua que goteaba del pecho de Álex, no. Era en parte por mi baba y en parte lo que se deslizaba de entre mis piernas. Y él lo sabía, vaya si lo sabía. Aquella pícara sonrisa torcida se dibujó en su cara.

—¿Podría coger mi ropa? Me estoy enfriando. —No, no podía creer eso.

Su cuerpo desprendía tanto calor que parecía una hoguera la noche de San Juan.

—Eh, está... está en el cuarto grande. La abuela te trasladó.

—¿Y eso?

—Dice que la cama de mi mamá te queda pequeña. Él sonrió y se rascó la nuca, mientras volvía la cabeza hacia el otro lado de la sala de estar, donde se encontraba la habitación grande, su nueva habitación.

—¡Vaya! Sí sé que me iba a tocar el tratamiento VIP, habría venido antes. Esa cama es enorme.

—Queen size. Comparada con la mía, es una piscina olímpica. Y como dice la abuela, un hombre de tu tamaño necesita una cama grande.

—1,91 cm. Tampoco es tanto.

—Comparado con nosotras, eres un gigante. Sentí los brazos de Álex envolverse en mi cintura y su cuerpo humedecer mi blusa.

—No sé qué decirte, yo creo que tienes el tamaño perfecto.

Ahí, justo ahí, es cuando mis neuronas se frieron. Menos mal que el chico tiene sentido de la decencia, depositó un recatado beso en mis labios y se encaminó hacia su nueva habitación. Yo tuve que esperar un par de minutos a que mi sistema operativo se reiniciase, porque había sufrido un apagón en toda regla.

Capítulo 52

Álex

La cena estuvo bien, salvo por el sobrecalentamiento que me hacía desear darme otra ducha con agua fría. ¿Qué provocaba en mí aquella mujer? Incluso verla chuparse los dedos pringados con salsa hacía que mi entrepierna diera saltitos.

Me metí en la cama y enseguida aprecié las ventajas del cambio. ¡Oh, sí, aquella cama se ajustaba a mi tamaño infinitamente mejor! Me estiré sobre el colchón y disfruté de la sensación de que mis pies no se escaparan por el borde.

Las sábanas olían a limpias, una mezcla de lavanda y algo más. Acomodé la cabeza entre mis manos, de manera que miraba el techo que había ayudado a reparar no hacía mucho tiempo. El enorme ventanal, que reparé también, dejaba entrar la claridad de la luna. Estaba seguro de que si la abría escucharía el batir de las olas allí abajo. Aquello era paz, relax...

Cuando volví a abrir los ojos, la luz del sol naciente era la que dibujaba el perfil de los muebles. Seguro que me quedé dormido casi al instante, aquella paz, y sobre todo, el agotamiento producido por el intenso trabajo, me habían vencido.

Había tenido un sueño increíble: Angie entre mis brazos, aquellas suaves sábanas, aquella enorme cama y el ruido de las olas de fondo. Miré hacia abajo, donde la inevitable tienda de campaña sobresalía orgullosa. Tranquilo, colega, eso tendría que llegar, pero teníamos que hacerlo bien desde el principio. Y ya lo tenía todo planificado. Había investigado sobre el tema y tenía muy claro cómo deseaba que fuera. Angie merecía una buena experiencia, y tenía estudiadas todas las variables que pudiesen darse. Sí, muy metódico, yo no era así con el sexo, pero no podía permitir que nada saliera mal.

—Angie, ¿podrías ayudarme a traer algunas cosas de mi apartamento mañana?

—¿Mañana? Mañana estoy de tarde. ¿No te vendría mejor hoy? Tengo libre la tarde.

—Hoy tenía pensado sacar el equipo de gimnasia y para eso necesito alguien un poco más fuerte. Lo de mañana es más ligero, pero necesitaré alguien para abrirme paso con las puertas.

—Ah, entiendo. No hay problema entonces. ¿Iremos por la mañana?

—Tengo trabajo. Había pensado en hacerlo después de tu turno de tarde. Serán solo un par de viajes arriba y abajo.

—Vale, cuenta conmigo. Visualicé mi lista mental de tareas y en la casilla “Llevar a Angie al lugar” marqué con una X.

Como la mañana anterior, llevé a mi chica al trabajo y esperé a que Mo apareciera. Tenía planes con él.

—¿Qué tal todo?

—Por aquí tranquilo.

—¿Tienes algo que hacer hoy por la tarde?

—Eh, pensaba ir al gimnasio después del trabajo. ¿Por qué?

—Tengo que sacar mi equipo de ejercicios de mi viejo apartamento y pensé que tal vez podrías ayudarme a cambio de una cena.

—No hace falta que me sobornes con comida. Sabes que puedes contar conmigo para eso, colega.

—Ya, pero no viene mal reponer las energías que vas a gastar.

—Eso sí. Mi turno acaba a las 3. ¿Dónde tengo que ir?

—Si quieres vengo a recogerte. Como no tienes coche.

—¿Y cómo crees que vengo al trabajo? No, yo tengo la moto del abuelo.

—¿La moto de tu abuelo? ¿Y cuál es esa? Mo señaló hacia un lateral del hospital y la vi. Una Harley Davidson Road King clásica. Una preciosidad bien cuidada.

—¡Qué maravilla! ¿Pero no decías que querías comprarte un coche? Si vendes la moto podrás comprarte un buen auto.

—¡Eh, quieto ahí! La moto no se vende. Es una reliquia familiar.

—No tan reliquia. ¿De dónde la sacó tu abuelo?

—Era policía en San Francisco. Cuando se jubiló, le dejaron quedarse con su vieja moto, pagando muy poco por ella. Después la arregló, y cuando ya no pudo usarla, decidió regalársela a su nieto favorito.

—Bonita historia.

—Lo sé. Ahora, ¿me das esa dirección?

Le escribí la dirección de mi apartamento y quedé con él a las 6, el tiempo justo para recoger a Angie, coger la comida de los chicos y dejarla en casa. Tendría que pedirle la tarde libre a Wilson para la mudanza, pero seguro que no tenía problema con eso. Como dije, mi jefe me mima, y tengo horas acumuladas en mi cuenta para gastarlas cuando necesite.

Angie

Estaba tomado un cacao frío con la abuela, cuando se escuchó La

cucaracha haciendo su entrada. Minutos después, mamá estaba sentada en la terraza, sirviéndose un buen baso de cacao.

—Bueno, llegó la desaparecida. —¿Era rubor lo que teñía la cara de mi madre? Oh, ahí había algo interesante que sonsacarle, y la abuela era una experta en eso.

—Llamé por teléfono para deciros que estaba muy liada y que no podía venir a visitaros.

—Ya, ¿y con qué? Además del trabajo, estabas ocupada durante todos estos días.

—No sé qué quieres decir, mamá. —Levanté una ceja hacia ella y sonreí con malicia. ¿A mí me la quieres dar? Sabes que no fui la única a la que pillaron en mitad de la faena la noche del sábado.

—Eres adulta y puedes hacer lo que quieras con tu vida. No te estoy reprochando nada, hija. Pero aquí, entre mujeres, sabes que nos vuelven locas las cosas de chicos. Así que empieza a soltar por esa boquita. —Mamá tomó un profundo trago de aire y se recostó en la silla. ¡Oh, señor, sí que había tema para contar! Y bastante, si se ponía cómoda.

—Yo... ya sabes que no aguanto mucho la bebida, y el día de la boda... tomé algún trago de esos que prepararon los chicos. Y... creo que se me fue la cabeza.

—Ya, la cabeza y detrás el resto del cuerpo. Sigue.

—El caso es que Tomás me visitó varias veces en el “rodeo rodante” y tonteamos un poco. El día de la boda estaba tan guapo con aquel traje que, uff, me alteraron las hormonas.

—¿Tomás?

—Sí. Por mucho que diga, no tiene cara de Tom, y Tomasso es tan largo que decidí castellanizarlo.

—¡Ahá, Tomás! ¿Y qué ha pasado con él estos días? —Sentí la mirada de mamá deslizándose sobre mí, como diciendo: “Ni se te ocurra contradecirme”.

—El caso es que, en la boda, descubrimos que conectábamos, que había química entre nosotros y... decidimos saber hasta dónde nos llevaba eso, así que el domingo quedamos y... bueno, que sí, que sí hay química, mucha química.

—En resumen, que os revolcasteis como dos cerdos en un charco de barro.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿Qué te crees que hacíamos tu padre y yo, tejer bufandas?

—¡Puag, que sois mis padres!

—¿Y cómo crees que llegaste tú, haciendo un pedido por catálogo? A veces me desesperas.

—¿Vais a seguir viéndoos?

—Creo que sí. El domingo y el lunes fueron... increíbles.

—¡Puag, mamá, que eres mi madre!

—Y tú mi niña. Y las niñas no hacen tampoco cosas como esas.

—¡Ah, ya vale! ¿Que las dos tenéis sexo con hombres guapos? Pues estupendo, hay que vivir la vida.

—¡Mamá!

—Que sí, que soy tu madre, pero ni soy una monja ni tengo edad para depende qué prejuicios. Tomás es un hombre atractivo, y se nota que es servicial, trabajador y buena gente. Si además es bueno en la cama, pues mejor. Como decía esa canción española que se oía hace tiempo, “dale alegría a tu cuerpo, Macarena”.

—¡Mamá!

—Aprovecha para vivir lo que puedas, que no todo es trabajar en esta vida. Y te aviso, ya estás en una edad que...

—¿Me estás llamando vieja?

—Joven ya no eres. Y créeme, los buenos partidos escasean, así que atrapa a ese hombre y disfruta todo lo que puedas.

—A mí no me mires, mamá. Esa forma de pensar me gusta.

—¡Pero, niña!

El ruido de otra camioneta entrando en la finca nos alertó de una nueva llegada. Como sospechaba, después de un rato, Álex llegó al porche trasero; eso sí, traía consigo a otra persona. ¿Mo? Sí, su amigo Mo. He de reconocer que, si en uniforme estaba para ronronear —no sé qué tienen los hombres con uniforme—, en jeans y camiseta de manga corta tampoco estaba mal, nada mal. Y de nosotras tres, la que realmente estaba disfrutando con tanto espécimen de

hombre bien hecho era la abuela. Hacía demasiado tiempo que no había hombres en nuestra casa, y mucho menos jóvenes, y guapos, todo hay que decirlo.

Capítulo 53

Álex

—Joder, tío, el sitio es espectacular.

—Pues te vas a hartar de verlo. Aquí es donde tengo que hacer las reformas.

—¿Y la cocinera es una de ellas? Entonces me tienes contratado de por vida. Nunca antes había tomado cacao frío, y está de muerte.

—Pues no has probado el pollo ranchero.

—Esa Carmen, sí, la de edad mediana, dijo que iba a dejar algo de pollo para que cenáramos. ¿Es ese el pollo ranchero?

—Viste el restaurante rodante de la entrada, ¿no? Pues es suyo. Y tengo que decirte que, si ella cocina bien, la abuela le da dos vueltas.

—Ummm, voy a morir feliz. Con la tripa a reventar, pero feliz.

—Tú tranquilo, voy a hacerte quemar todo lo que comas.

—Mejor que el gimnasio entonces.

—Sí, aquí vas a ejercitar todos los músculos, te lo garantizo.

Colocamos el equipo de entrenamiento en la caseta de herramientas del abuelo, y pasamos algo más de tiempo recolocando y ordenando el lugar. Cuando fuimos a cenar, nos habíamos ganado cada trozo de carne que rebañamos de los huesos.

—Veo que teníais hambre.

—Estaba todo muy rico. Gracias, señora.

—Señora no, Lupe.

—Todo estupendo, Lupe. Siento tener que despedirme, pero es tarde y

mañana madrugo.

—Te acompaño.

Caminamos juntos hasta el lugar donde había aparcado su moto y me quedé clavado allí, admirando su máquina.

—¡Qué suerte tienes, cabrón! Tienes un gimnasio completo ahí, y el lugar... Por eso sí que mataría. Tiene que ser increíble tomarte una cervecita fría, sentado en el porche, después de un día de trabajo.

—Pásate el jueves por aquí a las 6 y tendrás de eso.

—Cena, cerveza. Porque estamos en temporada de lluvias, si no le pedía permiso a Lupe para quedarme a dormir en su porche.

—Como la nieta está pillada, tratas de camelarte a la abuela, ¿eh?

—No estaría mal, un nuevo nieto.

—Deja de soñar. El jueves tenemos que terminar de quitar los arbustos, cercar la parcela y habilitar una entrada independiente.

—¿Quieres que te acompañe a comprar el cerramiento? Trabajé en la construcción un tiempo y entiendo de materiales y esas cosas.

—No estaría mal. Ya te llamo para quedar.

—Vale. —Arrancó la moto, dejando en el aire ese ronroneo típico de las Harley.

Mo

Llegar a mi pequeño apartamento fue un mazazo directo en la cabeza. No es que fuera pequeño, es que estaba vacío, no había nadie con quien compartir mi día. Era en días como ese en que realmente notaba lo duro que era vivir solo, y me arrepentía de la decisión que había tomado dos años atrás. Mi cabezonería me había llevado allí, y aunque disfrutaba de mi libertad y de no tener que estar supeditado a las órdenes de mi padre, echaba terriblemente de menos a mi madre. Pero me fui, abandoné todo aquello, mi casa, la vida desahogada, sin rompederos de cabeza... Lo cambié por un apartamento pequeño, la nevera casi vacía, y ver cómo el alquiler se llevaba la mitad de mis ingresos. Pero no me

arrepentía, la libertad tiene un precio y yo estaba dispuesto a pagarlo a cambio de decidir mi futuro. ¿Ser el heredero de la empresa familiar? ¡Si al menos pudiese tener voz! Pero no, mi padre solo quería otro peón más al que manejar a su antojo, seguir llevando las riendas de todo, incluso de mi vida. Decidía mi ropa, mis estudios, mis amistades, incluso a las chicas que debía cortejar y, aun así, siempre era una constante decepción. Así que hui, corrí como una liebre del cazador y puse tierra de por medio. El único que me apoyó fue el abuelo, el único que me tendió una mano a espaldas de mi padre. Por eso estaba en Miami, lejos de San Francisco, lejos de la familia.

Tenía necesidad de un poco de familia. Así que cogí el teléfono y marqué el único número que me ataba al pasado.

—Hola, abuelo.

—Hola, Mo. ¿Cómo te va todo? ¿Necesitas algo?

—No, abuelo, todo va bien.

—¿Qué tal en el trabajo?

—Los compañeros un poco viejos, pero bien. Me necesitan para no anquilosarse.

—Eres un caso. ¿Todavía sigues con eso de la lucha?

—No.

Aquel fue el sueño que me dio confianza para irme. Era bueno en la lucha y me uní al grupo de la WWA. Sí, la mayor parte es espectáculo, pero no me importaba. Enseguida comprendí que allí uno no ascendía por sus méritos, sino que tu carrera la decidían los directivos. Ellos decidían quién ganaba, quién perdía y de qué manera. Y eso, era la misma mierda de la que había escapado. Salvo que no eran mi familia. Así que me retiré, pero seguí entrenando. La lucha me gustaba y me ayudaba a liberar la frustración que acumulaba. Y eso me ayudó con mi trabajo en el hospital. ¡Y qué demonios, si aquellos tipos podían vivir con su sueldo, yo también podía hacerlo! Aunque debía cambiar algunas cosas, el estilo de vida de un joven de 23, no es el mismo que el de un tipo de 40. Yo necesitaba salir con los amigos, relacionarme, tener una vida. Y lo había intentado. Salí a tomar algo con algunos chicos del gimnasio, pero no acabó de cuajar nada: o demasiado atrapados por sus familias o demasiado inmaduros para su edad. Con el único que parecía entenderme, sin casi hablar, era con Álex. Antes de lo de su chica habíamos hablado un par de veces en el hospital, pero

nada más fuera de allí. Sabía quién era su hermana y su abuela, pero, al estar la mayoría del tiempo en la zona de urgencias, no es que tuviese mucha oportunidad de verlas, pero su chica, ella estaba algunos días en la zona de consultas, y de vez en cuando me tocaba patrullar aquella zona. Quien sí me metió de lleno en todo eso fue el gilipollas del doctor Ken. Cuando me enteré de lo sucedido, me puse a acechar a aquel tipo. Si hay algo que es las personas que se aprovechan de los más débiles, y lo que le hizo aquel animal prehistórico... no tenía nombre. Después, descubrí que la chica era de Álex, y me interesé aún más. Era como cuidar de mi hermana, no dejaría que le hicieran daño.

Y ahora Álex me ofrecía la posibilidad de ayudar a la enfermerita, comer bien, disfrutar de una cerveza en su compañía y ganar algunos dólares, aparte de sacarme de la monotonía y ofrecerme la posibilidad de forjar una amistad más fuerte, de relacionarme con otras personas, con una familia. Así me quitaría de encima la necesidad de estar con la mía. ¿Terapia sustitutiva? Totalmente.

Capítulo 54

Angie

Llamadme tonta, pero ver a Álex apoyado en su camioneta esperándome puso una sonrisa estúpida en mi cara. No os confundáis, me gusta mi trabajo, pero después de pasar el día entre niños agradecía el contacto de un adulto, uno grande, guapo, fuerte y... ¡oh, señor, qué bien olía!

—¿Qué tal tu día?

—Trabajar con niños tendría que ser agotador, pero están malitos... y eso me destroza el alma.

—Bueno, tú piensa que están en buenas manos. Eso te hará sentir mejor.

—Sí. —Sentí su brazo izquierdo apretarme a su cuerpo, y ese achuchón sí que era reconfortante.

—¿Y tú qué tal?

—Tranquilo. Revisé cuatro equipos, ajusté dos y me sobró tiempo para preparar algunas cosas.

—Tuvimos días completos.

—El día no se acaba hasta que te duermes.

—Gracias. Tú dame ánimos.

—Vamos a quitar alguna cosa más de en medio en “tareas pendientes”, para que tu día se acerque un poco más al descanso que mereces.

—Sí, vamos a hacerlo antes de que me arrepienta.

Álex me regaló una dulce sonrisa y me besó la frente antes de cerrar la puerta del auto. Ni cuenta me había dado de que me había metido dentro.

Cuando llegamos a su apartamento, estacionó la camioneta cerca de la entrada. Subimos a su piso en el ascensor. Sí, era la primera vez, y sí —también— la experiencia fue... Su cuerpo me arrinconó lentamente en una de las esquinas. Sus ojos intensos sobre mí, sus manos pausadas y su sonrisa, su sonrisa prometía algo prohibido. No dio tiempo a mucho, quizás se tomó todo con demasiada calma, al menos para mi gusto. No es que sea de esas personas a las que les va eso de meterse mano en sitios públicos, soy demasiado tímida para eso. Pero... podía haberse dado algo más de alegría, ¡demonios!

Cuando abrió la puerta, lo primero que noté fue un agradable olor a vainilla, intenso, dulce y penetrante. Lo segundo es que había una suave iluminación que provenía de algún lugar alejado de la puerta de entrada. Álex no encendió la luz. Sus manos me envolvieron desde atrás y empujó mis caderas hacia él, hasta quedar pegada a su duro cuerpo. Sentí su aliento deslizarse por mi cuello, su boca pegada a mi oído.

—Es pecado tenerte a solas en mi apartamento, y no intentar seducirte.

¿Podía leerme el pensamiento? No estaba totalmente segura. Porque aquella idea había estado rondando mi cabeza toda la maldita tarde: Álex y yo, solos, en su apartamento, sin nadie que nos interrumpiera. Deslicé mi cuello hacia un costado, dejando tanta piel expuesta como me fue posible. Él tomó mi invitación y deslizó sus labios por mi necesitada piel. Y gemí. ¿Cómo no iba a hacerlo? Sus labios eran una caricia intoxicante, un suave y cálido pétalo de rosa deslizándose con exasperante lentitud. Y sí, aquello era genial, delicioso, pero yo no estaba preparada para tanta calma. Sentía una fiebre dentro de mí que necesitaba ser aplacada cuanto antes. Me giré hacia él y lo aferré por el cuello, obligándolo a entregarme su boca. No dijo nada, no protestó, pero sentí su sonrisa en mis labios. Y mientras su boca intentaba seducirme, la mía lo asaltaba

sin darle tregua, exigiendo, tomando. Y él se rindió, porque si algo había aprendido las pocas veces que estuvimos “bailando” de esa manera era que a Álex no le gustaba el vals, él era más de tango. Le iba el contacto, le iba la pasión, le iba el arrebató. ¿Y a mí? A mí me gustaba cuando sonaba el rock and roll. Sentí sus manos aferrarse a mi cintura y, con reticencia, él se apartó unos centímetros de mí, sonriendo complacido.

—Tranquila, no hay prisa.

Álex se estiró para alcanzar algo sobre una mesa y una melodía llegó desde algún lugar. Reconocía la voz de Bruno Mars (It will rain) y sus suplicantes palabras se fundieron con los labios de Álex. Ambos siguieron la misma cadencia, como si quisiera decirme que, aunque esa no era su voz, aquello era lo que quería decirme.

*Si alguna vez me dejas, nena,
deja algo de morfina en mi puerta,
porque tomaría un montón de medicación
cuando me diera cuenta de lo que teníamos ya no lo tenemos más*

*No hay religión que pudiera salvarme.
No importa cuánto tiempo mis rodillas estén en el suelo
a fin de que te des cuenta de todos los sacrificios que estoy haciendo.
Te quedarás a mi lado y te impediré salir por la puerta,*

*porque no habrá luz del sol. Si te pierdo, nena,
no habrá cielos claros. Si te pierdo, nena,
al igual que las nubes, mis ojos harán lo mismo.
Si tú te alejas, cada día lloverá, lloverá, lloverá.*

Sentí las manos de Álex en mis muslos, animándolos a dar ese salto que los separaban de sus caderas. Yo lo hice, mis piernas se elevaron y se enredaron en torno a él, mientras mi boca lo saboreaba. No presté atención de hacia dónde íbamos, eso no importaba. Quizás sí noté algo más de luz, y de repente Álex empezó a descender, haciendo que mi espalda tocara con una superficie mullida, suave. Miré y lo que encontré a mi alrededor hizo que mi corazón saltara dentro de mi pecho. Él lo había hecho para mí, había preparado todo aquello para que aquel momento fuese único, para que me sintiera especial, para venerar a la princesa que llevaba dentro, para cortejar a la mujer dulce y sensible que habitaba en mi interior, y ganarla. Y podía dar fe que lo hizo.

Capítulo 55

Angie

Toda la habitación estaba plagada de velas que emitían una acogedora luz. Velas de vainilla, la mayoría, aunque había algún que otro aroma más. Era una combinación sensual, dulce y a la vez lujuriosa. Las sábanas tenían el tacto de lo nuevo y caro, frescas, y hacían contraste con mi cuerpo caliente. La música se había vuelto lejana, pero aun así lo envolvía todo. Y no, no tenía letra, era algo suave, rítmico, sensual, armónico... Me vino a la cabeza una palabra: tántrico. Y como guiado por aquella música, Álex empezó a descubrir mi cuerpo. El desenfreno anterior olvidado. Mi corazón se acompasó con el nuevo ritmo, como si fuera una suave corriente que me arrastrara, que nos arrastrara. Una corriente cálida, con una fragancia penetrante y subyugante.

Después me di cuenta de que debía oler a hospital, a sudor, pero en aquel momento nada de eso existía, solo aquella fiesta para los sentidos. El olor de la vainilla, la sensual música, el cálido tacto de la piel de Álex, sus labios con aquel sabor a él y sus ojos, fijos en mí.

Sus dedos ascendían por mi muslo, que noté ya no estaba cubierto por el pantalón de mi uniforme. Penetraron por debajo de la suave tela íntima y se abrieron como si buscaran algo precioso y delicado allí dentro. Se trabaron en el algodón de mi braga y empezaron a arrastrarla hacia abajo. Aproveché aquel movimiento para tirar de su camiseta y desnudarle el torso. Sí, aquel era mi premio. Mis palmas se deslizaron por su pecho con reverencia, admirando cómo sus tetillas se erizaban bajo mi contacto. Alcé la cabeza y le lamí un pezón, provocando que la respiración de Álex se entrecortara. Ummm, me encantaba provocarle aquel tipo de sensaciones.

Sus manos se deslizaron bajo la camisa de mi uniforme y con delicadeza la alzaron, hasta obligarme a levantar los brazos para facilitarle el trabajo. Su boca asaltó mis labios inmediatamente después. Sus pulgares se quedaron trabados en los tirantes de mi sujetador y los deslizaron lentamente hacia abajo. Rápidamente, su boca estuvo sobre la piel recién expuesta y su lengua jugaba con ella como si fuera un helado muy frío, con contactos pequeños y tímidos, pero constantes.

Mi cuerpo se arqueaba bajo el suyo, buscando cada pequeña tortura que Álex me profería. Estaba sumida en ese lugar donde no sabes si podrás soportar más de ello, pero buscando desesperadamente que no parase. Mis dedos se metieron en su pelo y aferraron los mechones con desesperación, dudando entre apretarle más a mí o subir su cabeza hasta mi boca y robar la travesura de aquella lengua.

Cuando sus dedos se deslizaron por mi espalda, ya sabía que mi sujetador estaba a punto de morir. Pero era imposible que me quedara quieta, y mis manos estaban ya buscando el botón de sus jeans. Conseguí soltarlo, pero no tuve tiempo de nada más, ni siquiera de disfrutar de la victoria. Su boca había entrado en combate y mi pecho era el enemigo. Su lengua, aquella maldita lengua, estaba trazando tortuosos círculos alrededor de mi pezón derecho. Mi espalda se arqueó, cuando una descarga eléctrica atravesó mi cuerpo de punta a punta. Una de las manos de Álex estaba acariciando mi zona íntima con tanta calma y maestría que seguro que debía ser pecado.

Apreté su cabeza contra mi pecho. Mis piernas se elevaron y lo envolvieron, o al menos lo intentaron. Mis pies rasparon contra la tela de sus pantalones y decidí que había llegado el momento de igualar el juego. Metí las puntas entre la tela y sus caderas, y empecé a deslizarla por sus piernas. Pero descubrí que había allí una sorpresa más: Álex iba en plan “comando”. Sus bóxers no estaban allí, así que, al retirar el pantalón, las plantas de mis pies acariciaron la suave piel de su trasero. Aquel maldito demonio pensaba en todo, y en aquel momento estaba muy contenta por ello. Con dos fuertes sacudidas, sus pantalones fueron arrojados lejos. Por fin, los dos estábamos totalmente desnudos, piel con piel, o casi, porque él se mantenía alzado sobre mi cuerpo, sostenido con sus antebrazos y sus rodillas. Su boca y sus manos me torturaban con maestría, regalándome trocitos de éxtasis.

Sentí uno de sus dedos entrar en mí y descubrí que estaba totalmente preparada para aquello. Escuché su gemido y padecí el arrebató de su boca, que se precipitó sobre la mía con hambre. Pronto fueron dos dedos los que estaban en mi interior, trabajando su camino, extendiendo mis fluidos. Entonces, de repente, sentí que empezaba a abandonarme.

—No, no te vayas.

—Necesitamos protección.

Asentí con la cabeza y entendí por qué había tantos embarazos no

deseados. Estaba a punto de decirle: “¡A la mierda la protección!”, porque llevaba tomándome la píldora desde que tenía 16. Es lo que tenía el ser yo fruto de una mala previsión anticonceptiva. Pero Álex tenía razón, yo estaba protegida y totalmente limpia, normal, era virgen. Pero él, aquel cuerpo, aquella maestría en la cama me decían que había estado con un número de mujeres que era mejor no imaginar. Y por eso dejé que se estirara sobre la mesilla de noche, abriera el cajón y sacara un preservativo, que se colocó con eficiencia y rapidez. Lo dicho, él era demasiado experimentado y, ya que iba a disfrutar (y estaba disfrutando) de sus conocimientos sexuales, no quería padecer las posibles consecuencias de nada más.

Sentí cómo se acomodaba entre mis piernas, su cuerpo mucho más cerca, sus dedos de nuevo dentro de mí, preparando el camino para lo que necesitaba recibir, porque a esas alturas mi cuerpo estaba ardiendo como una bengala. Sus dedos me abandonaron y sentí algo más grande abriéndose camino allí. Sentí mi vagina dilatarse para acomodarse a su tamaño, deslizándose rítmicamente de adelante hacia atrás hasta chocar con la barrera que protegía mi útero. Sus ojos me miraron unos segundos, como preguntando si estaba segura, esperando la palabra que le dijera que no iría más lejos. Tragué saliva, humedecí mis labios y asentí con la cabeza. Él avanzó, rasgando mi intacto himen, regalándome aquel temido dolor que anunciaba la pérdida de mi virginidad.

Sentí el grito salir de mi pecho, pero no ir más lejos, se quedó atorado en mi garganta. Los dulces labios de Álex estaban sobre mi boca, esperándome, preparados para devorarme. Y como no llegó a salir, se lanzó entre mis dientes, como yendo a su encuentro. No noté hasta ese momento que su cuerpo estaba quieto, pausando, esperando a que el dolor remitiera, dejando que mi cuerpo se acostumbrara a la invasión. Y sentí cómo la molestia iba desapareciendo. Sus dedos se pusieron a jugar conmigo, haciendo que me encendiera de nuevo, y cuando mi respiración y gemidos le dijeron que era el momento, recuperó el ritmo del vaivén de sus caderas. Lentamente, al principio, acelerando poco a poco, al mismo compás que nuestras respiraciones lo hacían. Sentí su enorme mano aferrarse a una de mis nalgas y elevarme, haciendo que el ángulo de su penetración cambiara, haciéndole entrar más profundo, intensificando la fricción, provocando que las sensaciones se incrementaran más, si era posible. Fue entonces cuando el mundo explotó, como una granada dentro de mí que enviaba una potente onda expansiva por todo mi ser. Y grité débil, ahogadamente. Álex seguía moviéndose dentro de mí, prolongando el éxtasis,

haciendo que fuera increíble, con aquella complacida sonrisa que desapareció en un segundo, para dejar salir un quejido o un grito ahogado. Las venas de su cuello se hincharon, los músculos de sus hombros se tensaron. Y lo sentí, sentí su miembro palpar dentro de mí, y supe que su orgasmo había llegado.

Se sostuvo frente a mí, con la respiración agitada, como si acabara de terminar un esprint de 200 metros. Depositó un beso en mi frente y liberó mi cuerpo de su peso.

—No te muevas. Vuelvo enseguida.

Salió de la habitación y no tardó ni un minuto en volver, con un paño en sus manos y el preservativo desechado en algún lugar. Caminó de rodillas sobre la cama, hasta tumbarse a mi lado de nuevo. Sentí el paño húmedo cubrir mi pubis y después deslizándose por toda mi zona íntima. Pude ver los restos de sangre pegados en él, antes de que Álex lo lanzara al suelo. Me tomó en sus brazos y me colocó de tal manera que mi cabeza fue acomodada sobre una almohada. Nos tapó con las sábanas y me apretó a su cuerpo. Había notado la pérdida de su calor en el momento que se alejó, y tenerlo de nuevo a mi alrededor era una delicia calmante.

—Quiero que descanses cuanto necesites.

—Estoy bien.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado.

—Bien.

Besó mi sien y me acomodó más pegada a él. Acababa de perder mi virginidad y podía decir que nunca imaginé que fuera así. Álex hizo que fuera la experiencia más hermosa y completa que jamás había tenido. Era imposible no caer a los pies de aquel hombre, era imposible impedir que me estuviese enamorando de él.

Capítulo 56

Angie

—No te duermas.

Sentí el cálido aliento de Álex sobre mí. ¿Qué no me quedara dormida? Tarea imposible. Estaba tan relajada, tan saciada, tan... No sabía cómo explicarlo. Nunca la palabra “bien” tuvo un significado tan amplio.

Álex salió de la cama y comenzó a tirar de mi mano, obligándome a levantarme. Yo refunfuñé, pero aun así no me sirvió de nada.

—Una ducha rápida y nos vamos. Es tarde.

La ducha rápida resultó ser una ducha compartida, en la que Álex se dedicó a enjabonarme con mimo, pero sin nada sexual de por medio. Le premió con la misma atención y me dejó sola allí para ir a recoger la toalla con la que secarme. Cuando salí del baño, Álex estaba metiendo nuestra ropa en un bolsón de viaje, junto con su toalla húmeda.

—¡Eh, necesito mi ropa! —Se acercó a mí y me tendió una tela, algo sedosa y colorida. Lo miré extrañada y él empezó a explicarme.

—Es un pareo. Lo compré para el cumpleaños de mi hermana, pero creo que tendré que comprarle otra cosa.

Mientras me contaba, sacudió la etérea tela y la enrolló a mí alrededor, atándola con un sencillo nudo al costado de mi cuello. ¿Seguro que no había hecho aquello antes? Porque se le daba bien. Sentía el contacto suave y electrificante sobre mi piel desnuda. Sí, desnuda, nada de ropa interior. Y sí, me sentía desnuda así. Después, metió mi toalla en el bolsón y lo cerró. Me tendió la mano y yo se la ofrecí.

—¿Y las velas?

Miré las que aún quedaban encendidas y una de ellas titiló un segundo antes de apagarse, diciéndome que al resto no le quedaba tampoco mucho tiempo de vida.

—¿Quieres apagarlas?

—Es peligroso dejar una vela encendida sin supervisión. Él sonrió, se inclinó, cogió una de las velas y la acercó a mis labios.

—Entonces, haz los honores. Y me sentí como el día de mi cumpleaños, dispuesta a soplar y a pedir un deseo. Cuando salimos a la calle, la noche estaba sobre nosotros. Sí que era tarde, y yo no había avisado.

—Le dije a Lupe que seguramente llegaríamos tarde, no te preocupes. —

Ya, eso era fácil decirlo.

Me subí a la camioneta, mientras Álex metía el equipaje en el asiento de atrás, y después de asegurar nuestros cinturones arrancó. No recuerdo cuándo me quedé dormida, solo que cuando abrí los ojos Álex estaba tratando de cogerme en brazos para sacarme del asiento.

—Eh, no, puedo ir yo sola.

—De acuerdo.

Él recogió el bulto del asiento trasero, mientras yo salía de la camioneta. Sentí su mano deslizarse dentro de la mía y juntos caminamos dentro de la casa. Parecíamos dos gatos a punto de saltar sobre un ratón, caminando sin hacer ruido, atentos a cada crujido de la madera. Entonces, me di cuenta de que Álex tiraba de mí hacia su habitación. Me acerqué a él y le susurré casi al oído. El silencio, la oscuridad y aquellas horas eran todo lo que necesitaba para saber que la abuela ya estaba en su cama durmiendo.

—Me tengo que ir a mi cuarto.

—Acuéstate conmigo.

—No creo que pueda...

—Solo quiero dormir contigo, nada más.

¿Solo dormir? La verdad, la idea me seducía. Eso y más, pero no podía... con la abuela tan cerca... Como si la hubiese invocado, una figura vestida, con un largo camisón blanco y una trenza gris sobre su hombro derecho, apareció en una esquina, delante de mi campo de visión. Mi cuerpo reaccionó como si fuera una descarga eléctrica. Antes de decir nada el dedo de la abuela se pegó sobre sus labios y me hizo callar. Después, su mano me instó a ir hacia donde Álex me llevaba y me sonrió. ¡Joder con la abuela! Aquella no era mi dulce abuela, era un alien. Sentí de nuevo el tirón en mi brazo; miré a Álex y su sonrisa me deshizo. Asentí, sonreí y caminé detrás de él.

Él cerró la puerta con sigilo, depositó el bolsón a un lado y empezó a quitarse la camiseta. Yo miré por todos lados, buscando algo que pudiese utilizar como pijama, y me topé con la camiseta que Álex se había quitado y que ahora me ofrecía con una sonrisa. ¿Dormir envuelta por el olor de Álex? ¡Dios, sí! La agarré y me la puse con rapidez. Estaba metida en la cama, para el momento que él me siguió, con solo su bóxer. Me aferró contra su cuerpo y nos cubrió con la sábana.

—Solo dormir —le recordé. Él se inclinó sobre mí, me besó la frente y me acercó un poco más a su pecho.

—Es demasiado pronto para repetir, cariño. Estás muy tierna ahí abajo, pero no pienses que he acabado contigo. Tenemos una lavadora que estrenar. — Sentí su muda carcajada retumbar sobre su pecho y no pude evitar pellizcarlo allí donde mi mano descansaba, cerca de su trasero.

—¡Eh!

—Por travieso.

—Ya, como si tú no lo hubieses pensado también. —Iba a acabar conmigo, aquel hombre iba a acabar conmigo. Pero ¿y lo bien que me lo iba a pasar mientras lo hacía qué?

Cerré los ojos y me dediqué a fantasear, mejor dicho, a recordar todo lo que había ocurrido entre nosotros aquel día. Algo dentro de mí me decía que si seguía haciendo más cosas como aquella tenía que encadenarlo y retenerlo junto a mí como fuera.

Álex

Misma cama, mismo techo, pero infinitamente mejor que la noche anterior. No solo porque mi cuerpo estaba satisfecho, sino porque la tenía a ella pegada a mí en aquel momento. Cerré los ojos, sabiendo que el sueño me llevaría con rapidez, y que con solo recordar no me haría falta soñar. O sí. ¡Ah, aquella lavadora me llamaba a gritos! Pronto, muy pronto. Aunque también tenía una obsesión con la mesa de carpintero del abuelo y en la pequeña cama de Angie. ¡Ah, y en el porche trasero! Y teníamos que probar el césped del jardín de atrás. Ummmm, demasiados antojos que satisfacer. ¿Había tenido antes tantas fantasías? Algunas sí, otras no, pero no aquella necesidad de cumplirlas todas. Y la de la lavadora, aquella era nueva.

Capítulo 57

Angie

Antes de abrir los ojos, ya sabía que estaba sonriendo. Y no solo era porque había dormido bien, sino por todo lo ocurrido la noche anterior, y sobre todo porque sentía el brazo de Álex sobre mi cintura.

Me moví a tientas, buscando una mejor posición. Fue cuando sentí un dolor nuevo en mi cuerpo, que me recordó que era la primera vez que utilizaba aquellos músculos y que era la primera vez que me tomaban de aquella manera. Encogí mi cuerpo un poquito, un movimiento casi imperceptible, pero él lo notó. Lo supe porque sentí su mano deslizarse sobre mi abdomen de forma protectora y porque noté su respiración sobre mi oreja izquierda.

—Seguro que hoy me odias un poquito.

—Odiarte no, pero hay partes de mí que te recuerdan.

—¿Solo partes? —Sentí cómo atrapaba el carnoso lóbulo de mi oreja entre sus labios y lo succionaba con mimo.

—¿Buscas algún halago?

—Sé que lo hice bien. Si no, no estarías sonriendo ahora.

—¿Cómo sabes si estoy sonriendo?

—Porque lo veo. —Giré mi rostro hacia él, volviendo parte de mi cuerpo, y ahí estaba, su rostro suspendido sobre el mío, con aquella sonrisa traviesa. Menos mal que no tenía bragas que mojar. ¡Oh, Dios mío, estaba sin bragas! Y su mano se acercaba ahí con determinación. Pero se detuvo a solo un par de centímetros y rio con más ganas, mostrando aquella dentadura perfecta. Se estaba riendo de mí, el maldito arrogante se estaba riendo de mí. Levanté el puño y le golpeé en el hombro.

—No te rías de mí.

—Pensabas que iba a atacarte.

—Lo parecía.

—Pero no iba a hacerlo. Aún no.

—¿No tienes ganas?

—¿Ganas? Si miras más abajo verás lo dispuesto que estoy. Pero ese no es el problema.

—Ah, ¿no?

—Aunque me cueste la cordura, y un caso de bolas azules, voy a respetar la cuarentena.

—¿Cuarentena?

—Ya sabes, no tocar hasta que las molestias desaparezcan.

—Ah, eso. ¿Y cuándo...?

—Más vale que sea pronto, porque no creo que pueda aguantar mucho.

—Ah, vale. Desde el otro lado de la puerta escuchamos la llamada de la abuela.

—¡El desayuno está listo!

—Oh, mierda.

Y no, no es que recordara que la abuela sabía dónde estaba, es que había olvidado que Álex tenía que ir a trabajar. Miré mi reloj y al ver la hora me calmé: estaba bien, en hora. Una ducha, el desayuno y se iría a trabajar. Yo odiaría tener que hacerlo, porque ese aquel, era de aquellos en que no quería abandonar la cama.

—Puedo llamar y decir que estoy enfermo. —Sentí su nariz acariciando mi cuello, su aliento haciendo cosquillas en mi clavícula.

—Tienes que ir, no eres uno de esos chicos irresponsables.

—Hoy me odio a mí mismo por eso.

—No, no lo haces.

—¿Ah, no?

—No, porque así el tiempo pasará más rápido. Puede que para cuando nos volvamos a ver esta noche ya no tenga molestias.

Y como si hubiese pulsado el resorte exacto, el cuerpo de Álex salió disparado de la cama y me regaló una estupenda panorámica de su perfecto culo y su tonificada espalda. ¿Y que hice? Morderme los labios, porque era eso, o saltaba y mordía una de aquellas tentadoras nalgas... ¡Oh, señor, me había convertido en una perversa!

—¿Qué planes tienes para hoy?

—Tengo que hacer un par de visitas a unas organizadoras de eventos. Les

llevaré unas fotos de la boda de María, para ver si les gusta el lugar.

—¿Y vas a ir en esa minicosa rosa?

—¿Eh?

—Si me llevas a mi apartamento, tomaré mi moto, y así tendrás la camioneta para ti hoy.

—Ummm, suena bien para mí.

—Entonces date prisa.

Me levanté con cuidado, porque no sabía lo que podían protestar mis recién descubiertos músculos. Y caminé hacia mi cuarto, tomé ropa limpia y me aseo en la pila de la cocina. ¿Una ducha? Sí, sería lo ideal, pero con nuestro calentador... Era demasiado pedir dos servicios seguidos.

Lupe

Estudí con atención el rostro y la languidez del cuerpo de mi nieta, y sí, todo me confirmaba que había sucedido. Aquellos dos habían tenido sexo por la noche, y por su sonrisa diría que fue bueno. Bien por Álex. Guapo, trabajador, atento, servicial y buen amante, el chico era lo que quería para Angie. Si ella no tejía la red alrededor de él, yo lo haría por ella. Carajo, ya lo estaba haciendo de todas formas. Era una celestina de cuidado.

Álex

Tuve que ajustar el agua hasta que casi quedó fría. No podía salir del baño con aquella estaca en alto. No pensé en la incomodidad de aquello cuando le pedí a Angie que durmiera a mi lado aquella noche. Tenerla y no poder hacer nada era frustrante. Ah, pero eso cambiaría. Pensaba resarcirme de todos los despertares solitarios y frustrados que había tenido a su lado, y lo haría a conciencia. Y también por la noche, y... uff, fría, necesito el agua más fría. O me controlo, o en vez de un caso de bolas azules por frustración sexual iba a tener un caso de atributos masculinos morados por hipotermia aguda. No sabía qué sería peor. Me sequé en un tiempo record, me vestí y fui a desayunar. Lupe me miraba con una extraña sonrisa en la cara; Angie estaba sonrojada y mirando

su plato como si quisiera meterse dentro de la comida. Vaya con la abuela, yo la había etiquetado de moderna, pero quizás me había quedado corto. Aquella Lupe sabía más de lo que parecía.

Capítulo 58

Álex

—¡Eh, Castillo, tienes visita! Saqué la cabeza del maletero del Firebird y me encontré con la más dulce de las sonrisas. Y como un tonto, sonreí también.

—¿Qué haces por aquí? ¿No tenías que hacer unas visitas? —Antes de que contestara, su boca se abalanzó sobre la mía y me besó como si le hubiese tocado la lotería.

—¿Y esto?

—Lo quieren. Quieren alquilarme el terreno, y mira. —Me mostró un cheque con una bonita cifra escrita.

—Han reservado el lugar para dentro de 10 días.

—Vaya, eso es una buena noticia. Metió el cheque en mi bolsillo y lo apretó con cuidado.

—Quiero que lo gastes en lo que necesites para hacer los arreglos.

—¿Estás segura? Es...

—Lo que necesites.

—Vale.

—¡Eh, Castillo, dile a tu chica que suelte la bolsa ya, tengo hambre! —Miré hacia su otra mano y vi la gran bolsa de comida. Sí, aquellos chicos solo pensaban en dos cosas: comer y follar. Y como lo primero era más fácil que lo segundo... No, lo segundo con mi chica, ni de coña.

—Como no trates con más respeto a mi novia, hoy no comes, Charly.

—Aguafiestas. —Angie me miró con una expresión extrañada en la cara.

—¿Tu novia? —La cogí por la cintura y la metí entre mis piernas,

mientras acomodaba mi trasero contra el Firebird.

—Vivo en tu casa, nos acostamos juntos, usas mi camioneta, gasto tu dinero... Creo que no necesito hacerte la preguntita como si fuera un adolescente, ¿o sí?

—¿Tú qué crees?

—Que puedes ir llamando a tus amigas, a tu familia y a tus compañeras de trabajo, y decirles que tienes novio.

—¿Y a mis compañeros no?

—A esos los primeros.

—¡Castillo, suelta a tu novia y vuelve al trabajo! No te pago para que hagas babear al personal.

—Tengo que regresar al trabajo.

—Entonces, te espero esta noche.

—Promesas, promesas... —y se alejó con una sonrisa, meneando el trasero, lo que dejó babeando a Charly, con una bolsa de comida menos, y dejando una bonita suma de dinero en mi bolsillo.

—¡Eh, Wilson, deja pollo para los demás! —Sacudí la cabeza y volví al trabajo. Siempre hay buenas razones para querer irse del trabajo y volver a casa. La mía acababa de salir por la puerta en aquel momento.

—A ver, primates cavernícolas y retrógrados, ¿cómo queréis que las chicas guapas vuelvan, si las asustáis con eso modales de mierda?

—Ahora que tienes novia, ¿nos dejarás a las demás para nosotros?

—Todas vuestras.

—¿Tú hermana también?

—¡Eh, gilipollas, mi hermana no se mira!

—¿O qué? ¿Me vas a patear el culo?

—¿Viste el tipo grande de la moto que vino a visitarme el otro día?

—¿El grandote de pelo oscuro?

—Ese. Pues da la casualidad de que acaban de casarse, y no creo que a él le guste que tontees con su mujer.

—¡Cómo te pones, tío!

—¿Yo? Tendrías que verle levantando troncos de 200 kilos. Yo que tú no me pondría en su camino.

—Vale, recibido. —Aclaradas las cosas, no tuve ningún remordimiento en quitarle un muslo a Charly. Porque ellos también sabían que conmigo tampoco se jugaba.

Saqué el cheque de mi bolsillo y lo volví a mirar. Era una suma bonita, solo por alquilar el terreno un día. Si venían más días como aquel, seguramente Angie dispondría de bastante efectivo para acometer las reformas en la casa, y si hacía bien los cálculos... La imagen de los dos planos de la casa se volvió a repetir en mi cabeza. Una idea, tenía una buena idea, pero antes tenía que contársela con mi compinche. Sonaba raro ponerle aquel nombre, pero era así. Saqué mi teléfono y marqué un número.

—¿Qué sucede, tío?

—Mo, ¿cómo tienes la tarde?

—Si tienes planeado cena y cerveza, soy tu hombre. —Solté una carcajada. No podía ser tan predecible.

—Tengo que pasarme por el almacén a buscar el material del que te hablé. ¿Quieres pasarte conmigo?

—Hecho.

Ir con él al almacén de material de construcción fue una aventura desde un principio. Lo primero, porque la gente se giraba para mirarnos nada más llegar. ¿Dos tipos como nosotros, en dos preciosidades de moto, entrando en el reino de los machotes (el reino de las herramientas y materiales de construcción, se entiende)? Un maldito imán volteacabezas, eso éramos.

Mo sí que entendía de materiales y calidades. Algo desfasado sobre precios, pero lo compensaba con sus conocimientos. Esquivó mis preguntas a cómo consiguió saber tantas cosas de materiales, pero supuse que estuvo una temporada haciendo lo mismo que yo, ganándose unos dólares para sacar algún dinero que necesitara. Peón de construcción es el trabajo más físico y con menos requisitos para alguien que quiere trabajar una corta temporada. Alguien joven y con energía. Hice mi pedido y quedé en pasar a recogerlo al día siguiente. Es difícil cargar con un gran rollo de red metálica en una moto.

—Así que, ¿vas a empezar ya?

—Angie ha conseguido alquilar el terreno de los arbustos para un evento. Tengo que tenerlo listo antes de 10 días.

—Te vendría bien una mano.

—¿Te estás ofreciendo?

—No sé, ¿sigue en pie el trato de cena y cerveza fría?

—Joder, sí.

—Entonces sí, me he ofrecido.

—En ese caso, mi horario es bastante sencillo, de lunes a viernes desde las 6 hasta las 9. Fines de semana todo el día. Escoge cuál te viene bien.

—Mis horarios son un poco más locos, pero seguro que puedo encajar con alguno de los tuyos.

—Bien, entonces tenemos un trato.

—Lo tenemos. Nos dimos un fuerte apretón de manos y quedamos para la tarde del día siguiente.

Capítulo 59

Angie

—¿Abuela? —Los murmullos dentro de la casa se apagaron y la abuela salió de la habitación de Álex con cara de haber roto algo. Aquellos dos se traían algo entre manos, pero no conseguiría sacarle nada a ella. Cuando planeaban fiestas de cumpleaños, era el hueso más duro de roer. Así que, como ya conocía con quién me enfrentaba, decidí que atacaría más tarde por el otro lado: Álex. No sabía cómo conseguir sacarle información, pero es lo que tienen los territorios desconocidos.

—Hola, tesoro. Te estábamos esperando para cenar. Prepararé la comida.
—Álex salió unos segundos más tarde, y en su cara no había ninguna expresión que me diera una pista. Algo me decía que iba a ser una misión imposible sonsacarle información.

—Hola, pequeña.

—Algo estáis tramando.

—¿Tramando?

—¿Los dos ahí metidos, hablando en susurros? Seguro que sí.

—Si tú lo dices... ¿Qué tal tu día?

—Huy, y ahora cambias de tema. Definitivamente, quiero saber qué os traéis entre manos tú y mi abuela.

—Solo hablábamos de las obras en la casa. Ahora que tengo dinero fresco, puedo empezar a meterle mano a esta casa. Los brazos de Álex me envolvieron y sus dedos me acariciaron, como si fuese yo a la que iba a meter mano y no a la casa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es lo primero que vas a arreglar?

—Ya casi terminé de despejar el terreno. Sembraré un bonito césped, para que dentro de 10 días haya una bonita alfombra verde. Mo y yo cerraremos la parcela para que nadie se confunda de camino a la fiesta, y abriremos un acceso independiente.

—Ummm, sí que lo tienes todo planificado. Tendré que hablar con el señor Sroczynski sobre lo del aparcamiento.

—De eso ya se encargó la abuela. Un señor muy agradable, por cierto.

—¿Lo conociste?

—Lupe lo invitó a tomar una limonada, y cuando llegué ellos dos estaban charlando.

—Ese viejo seguro que quiere algo con la abuela.

—¡Pero si tu abuela es casi 15 años mayor que él!

—Pero sigue siendo muy guapa.

—Será cosa de familia.

—Sí, ten cuidado, las mujeres de esta casa somos de armas tomar.

—No conocía esa faceta tuya.

—Pues prepárate, porque puedo sacarla en cualquier momento.

—Ummm, ¿y puedes traerla un ratito al cuarto de la lavadora? Tengo alguna cosa que...

—¡Pendejo! —Le aticé una buena cachetada en el brazo, que seguro me

dolió más a mí que a él, y salí corriendo derecha hacia la cocina, dejando su carcajada a mi espalda.

Lupe

Un poco más y nos pilla. Álex me había contado lo que yo ya sabía, que la idea original que tenía mi “gordi” era la de construirnos la casa grande, pero que el dinero y el tiempo se pusieron en su contra. Él también me dijo que había revisado alguna información con el registro de la propiedad, a través de internet, y que descubrió que llevábamos años pagando por una casa más grande de la que teníamos, es decir, la del proyecto original. Estuvo preguntando, y algo me dijo que no entendí; en definitiva, venía a decir que, pidiendo tan solo un permiso para reformar la vivienda, podía ampliarla hasta llevar a cabo la casa proyectada en un principio por mi “gordi”. En resumen, que podíamos construirla y que las molestias serían similares a meternos en unas reformas, y que nos saldría por no mucho más que las obras que teníamos que acometer para sanear la casa vieja. Ya estaba convencida, cuando me enseñó una recreación virtual —así lo llamó— de cómo quedaría la casa una vez terminada. Incluso añadió una pequeña piscina. Aquello era un sueño, y si yo no iba a vivir mucho para disfrutarlo, mi familia sí podría. ¿Qué mejor legado podía ofrecerle que aquel? ¿Qué mejor tributo a la memoria de mi querido esposo que cumplir con su sueño? El dinero que Angie había negociado por alquilar nuestro terreno era la manera de conseguir el dinero para hacerlo. Era ahora o nunca. Total, habíamos estado pasando estrecheces durante mucho tiempo, ¿qué importaba un pequeño sacrificio más?

Escuché los pasos de Angie mientras entraba en la cocina. Alcé la vista hacia ella y le sonreí. ¿Podría aguantar el secreto hasta que Álex empezara con el proyecto? Pues claro que sí. Nadie supo que mi “gordi” y yo éramos novios hasta el día en que vino a pedirme en matrimonio. Aquel secreto no sería mucho más difícil de ocultar.

Álex

Repasé de nuevo mi habitación, guardando mejor los planos de la casa.

Cerré las aplicaciones del ordenador portátil y me fui a la cocina. Iba a ser difícil ocultar todo aquello a Angie, sobre todo delante de sus narices, pero lo íbamos a hacer en equipo, Lupe y yo trabajando juntos, hasta que fuese demasiado evidente como para negar la realidad. ¿Nervioso? ¡Demonios, sí! Era un proyecto demasiado grande, pero había hecho algo más que comprometerme con una casa, me había comprometido con toda la familia, y estaba contento de haberlo hecho, porque ya era demasiado tarde para negarlo. Mi sitio estaba allí, con ellas. Las dos eran ya mi familia, aunque una de ellas aún no lo hubiese asumido. Y no había marcha atrás. En aquel viaje nos habíamos subido los tres, aunque a Angie la habíamos engañado un poco. Sí, tenía que reconocerlo, yo había estado decidiendo por los dos, pero... Lupe lo había estado haciendo por todos nosotros. Bueno, había caído en aquella trampa y no iba a hacer nada para intentar salir, sino que, además, había cavado el agujero más profundo.

Capítulo 60

Álex

Es fácil acostumbrarse a la rutina cuando te gusta. Levantarme con Angie en mis brazos, desayunar juntos, planear nuestro día, y, sobre todo, tener la certeza de que después de un duro día de trabajo llegaba una ducha reconfortante, y “estrenar” una parte nueva de la casa, bueno, eso último era algo pendiente, porque con Lupe en la habitación de enfrente... Era difícil escaparse y sobre todo no hacer ruido. El sexo antes era solo sexo, algunas veces espectacular, otras solo normal, pero con Angie la mayoría de las veces era divertido. Me gustaba hacerla ronronear como un gato. Cuando gime o suspira me vuelve la piel del revés, pero cuando la escucho reír de aquella manera tan limpia me derrite. El abuelo Alejandro decía que cuando estás enamorado no quieres que el tiempo pase, y eso me ocurre cada mañana nada más abrir los ojos. En aquel momento me gustaría detener el tiempo. Angie acurrucada junto a mí como un gatito, su olor pegado a mi nariz, su rostro aún sonrosado, sus labios esperando mi beso de buenos días, sus piernas enredadas con las mías y sus dedos aferrándose como si no quisiera dejarme escapar. Ser su punto de anclaje, su roca a la que aferrarse, ese es el sueño de todo hombre, ser el mundo de una mujer como ella. Y yo lo tengo, ahora lo tengo. ¡Qué estúpido al pensar que Jane

era algo así! Ella no era nada más que un huevo de Fabergé, una joya por fuera, lujo y exquisitez, pero vacíos por dentro. En cambio, Angie era como un huevo de Pascua, bonito por fuera, aunque no en exceso como el primero, con una sorpresa dentro; lo mejor de todo, de chocolate, dulce y tentador chocolate. Aunque el conejo había escondido muy bien el mío, y yo no tenía muchas ganas de buscarlo, he de reconocerlo. Encontrar el mío me ha hecho feliz como a un niño, y no iba a perderlo. Iba a comerme aquel chocolate, trocito a trocito, saboreando cada pedazo como si fuese el último.

Mo y yo despejamos el terreno y lo acondicionamos todo para el día previsto. El chico era una máquina con el depósito de energía lleno a reventar, y sin novia. ¿Que por qué lo sabía? Porque estar cada noche con Angie me dejaba a mí a medio gas, mientras que Mo..., uff, era como el conejito del anuncio de las pilas de Duracell.

Con la temporada de lluvias encima, los organizadores de eventos advirtieron que no habría muchas reservas, pero que después... Eso me animó sobremanera. Porque en verano había días calurosos en los que las reuniones familiares al aire libre eran lo más apetecible, siempre y cuando no lloviera o llegaran aquellas molestas tormentas tropicales. Pero en invierno, el riesgo de lluvia era menor y las temperaturas diurnas eran agradables. Solo un mes más y la buena temporada llegaría, y con ella las reservas. De momento, la primera y la única de aquellos días estaba anotada en una hoja amarilla, pegada con un imán al refrigerador. Pero si todo iba bien, aquel sistema no sería suficiente, por eso le había comprado a Angie un pequeño regalo, algo con lo que anotar las reservas, algo que la animaría cada vez que lo usara, y cómodo de usar, claro. Así que allí estaba yo, el día antes de la gran fiesta en el terreno colindante, sentado en el porche trasero, con una cerveza fría en una mano y un pequeño paquete en mi regazo. Y como cada día, después de la jornada diaria, Angie se sentaba a mi lado con un cacao frío.

—Ufff, estoy reventada. Dejó caer su trasero en el escalón de madera y después le dio un buen trago a su bebida.

—¿Mucho trabajo?

—Estamos en plena ola de gripe, así que me he pasado todo el día limpiando mocos.

—Bueno, entonces pasar toda la mañana metido hasta los codos en un motor grasiento, buscando el cableado de un Dodge del 66, no suena tan mal.

—Pues ahora no estás grasiento.

Me cogió la mano derecha y buscó la siempre odiosa grasa de motor entre mis uñas. ¿La iba a encontrar? Ni de broma, porque entre otras cosas soy demasiado estricto con esas cosas. Siempre me pongo guantes de látex, y a veces otros de trabajo encima, cuando lo requiere la ocasión. ¿Pero meterme con la piel desnuda en esos sitios? Ni de coña. Me gustaba estar limpio, sobre todo mis manos, porque con ellas comía, me vestía y agarraba mi cosita cuando iba a mear. Y ahora que las usaba para tocar a Angie, sobre todo en aquellos sitios que... Vale, me estaba desviando del tema. El caso es que me mantenía lejos de la suciedad tanto como podía, y después me limpiaba a conciencia. Resultado, unas uñas impecables.

La vi detenerse. Miró el paquete en mi regazo y se mordió el labio interior intrigada. Esperé pacientemente a su inevitable pregunta. ¿No dije que ella era un poco gato? Pues eso, curiosa.

—¿Qué... qué tienes ahí? Alcé las cejas y la miré, haciéndome el inocente.

—¿Esto? Es algo que vas a necesitar.

—¿Para mí?

—Ahá.

No hice movimiento alguno para dárselo, dejé que siguiera reposando sobre mi regazo. Quería ponerla nerviosa, porque me gustaba hacerla brincar, ya fuera de excitación, de exasperación, de lujuria... Ufff, ¿por qué tenía que irme siempre por aquellos caminos? Sencillo, porque desde aquella mañana aún no había vuelto a tener mi dosis de ella, y la necesitaba ya.

—¿Vas... vas a dármela?

—¿Ahora? ¿No prefieres terminar tu bebida?

—¡A la porra! —Se lanzó sobre mis piernas y me arrebató el paquete con agilidad. Empezó a desenvolverlo y sus ojos se abrieron al ver lo que era—. ¿Una agenda?

—Para que anotes los días en que el terreno esté reservado. Así podrás trabajar con varias agencias de eventos sin problema.

—Piensas en todo.

—Solo vi que la nevera pronto se quedaría pequeña.

—Me encanta, gracias.

—¿Anotarás también cada vez que algo se arregle con el dinero del alquiler?

—¡Oh, sí! Es una gran idea.

—Pues ya puedes empezar. Le tendí un pequeño bolígrafo, con colores llamativos, de esos que tanto les gustan a las chicas. Ella lo cogió rápidamente y buscó la fecha de la primera reserva.

—Bueno, anoto el día y el dinero que me pagaron por ello.

—Y en otra columna puedes anotar el cerramiento metálico para dividir el terreno, la pintura para la valla y la manutención de los peones.

—¿Peones?

—Mo es un tipo duro para negociar. No sé si hice bien en cambiarle parte del trabajo por comida. Es un pozo sin fondo a la hora de comer.

—¡Ja, ja, ja! Es que quema mucho con el trabajo.

—Entonces yo tendría que tener un plus, porque hago horas extra. Acaricié su nuca con mis dedos y la acerqué a mi boca para robarle esos pequeños besos que me mantendrían contento hasta que pudiese coger el resto.

—¡Eh, que ese trabajo no está incluido en el contrato!

—Pero quema mucha energía.

—Puedes prescindir de él entonces.

—Ni de coña. La derribé lentamente sobre el suelo de madera y me tendí sobre ella, impidiendo que huyera, aunque sabía que no lo haría. Tomé todo lo que pude, porque no era lo que quise. Sí, Lupe era mi aliada en aquella guerra, pero había cosas que no podía hacer estando ella tan cerca, como por ejemplo practicar sexo desenfrenado en el porche de su casa con su nieta.

—Álex.

—¿Umm?

—Vayamos a la habitación.

No respondí. De un salto me puse en pie y la arrastre conmigo. La llevé envuelta en mis caderas hasta mi cuarto. ¡Hay que ver lo rápido que se recupera uno del cansancio cuando le dan al cuerpo un extra de motivación! La adrenalina

saltaba en mi sangre como si fuera una riada que desborda el cauce del río.

Cerré la puerta con una patada, justo a tiempo, porque mi camisa ya estaba volando por el aire y la de Angie estaba muy cerca de seguirla.

Capítulo 61

Angie

—¿Estás bien? No tienes buena cara.

Me alegré aquella mañana nada más ver a María. Tenía tantas ganas de preguntarle por el viaje de bodas y por su bebé, que casi ni me fijé en su aspecto. Pero en aquel momento, tenerla sentada frente a mí era como si sus ojos me dijeran que algo no iba bien.

—Desde que pisé suelo americano no he dejado de vomitar. Y es oler pescado, en cualquiera de sus estados, crudo, cocinado, en conserva, y me pongo a regurgitar como un pingüino.

—Vaya, lo siento.

—Lo único que me calma las náuseas es esto. —Me enseñó un caramelo de esos que van unidos a un palito, un lollipop, y se lo volvió a meter en la boca. Le dio una buena pasada y lo sacó de nuevo.

—Y menos mal que los fabrican sin azúcar, si no antes de dar a luz tendría más caries que kilos de más.

—Bueno, piensa que es por tu bebé, cualquier sacrificio merecerá la pena. Ella sonrió con dulzura y acarició su vientre, aún liso.

—Eso y los mimos extra que consigo. No sabes cómo está Tonny con el embarazo.

—No, cuenta, cuenta.

—¡Eh!, ¿no ibais a esperarme para empezar a contar esas cosas?

—La culpa es de Angie, que es una impaciente.

—¡Qué le voy a hacer! Es el primer bebé que llega a la familia.

—¡Ah!, ¿así que son ciertos los rumores?

—¿Rumores? ¿Qué rumores? ¿Qué me he perdido?

—Es una historia muy larga, pero en resumen sería algo así como que Álex y yo somos novios, y que está viviendo con la abuela y conmigo, mientras hace algunas reparaciones en la casa.

—¡Oh, señor! Así que esto es serio.

—La pequeña Angie ha encontrado un chico.

—¡Eh, un chico estupendo! Que mi hermano vale mucho.

—Lo sé.

—Eso le viene de familia.

—Así que tienes planes.

—¿No os lo conté? Gracias a la boda de María, se me ocurrió alquilar el terreno para otros eventos, y que con el dinero que conseguiré con ello arreglaremos la casa, que falta la hace.

—Y Álex se ofreció a ayudarte.

—A cambio de comida y alojamiento.

—No sé si sales ganando o perdiendo, porque Álex es muy meticuroso y seguro que hace un buen trabajo, pero come como una lima.

—Sí, tiene buen apetito, sí.

¿Ruborizada? Más que seguro, pero no tuve que explicarles el porqué, con dos hombres como los suyos sobran las palabras. Así que tan solo rompimos a reír. La vida me estaba sonriendo después de mucho tiempo, todo a mí alrededor empezaba a tener hermosos colores.

—Doctora Lettuce, por fin la encuentro.

—¿Qué ocurre, Danny?

—Me dijo que le avisara si el pequeño Tobías regresaba. Acaba de llegar a urgencias.

—¡Oh, mierda! Si me disculpáis, tengo que irme.

—Tranquila, te comprendemos.

—Necesitas ayuda.

—No te preocupes, Danny y yo lo tendremos cubierto.

—Seguro.

Susan y Danny desaparecieron a paso rápido por la puerta de la cafetería, y con ellas se fue nuestra tranquilidad. Sí, peleábamos con cosas como aquellas a diario, pero no por ello dejábamos de preocuparnos.

—Bueno, así que mi hermano y tú... Tendré que llamarte cuñada.

—Vas demasiado deprisa, solo somos novios.

—Si tú lo dices...

Pero había en su cara algo que parecía decirle que sabía algo que yo no. Si acababa de enterarse de nuestro noviazgo, ¿qué podía ser?

María

Novios. ¿Y qué allí no había nada más? ¡Ja!, me reía yo. Mi hermano salía con chicas, con muchas chicas, pero novias... Solo había llamado novia a aquella chica del colegio, y a ninguna más desde entonces. Si Álex decía que ellos eran novios, eso quería decir que aquello era algo serio, muy serio. Acaricé mi tripita con anticipación. Mi bebé aún no lo sabía, pero iba a tener una tía nueva cuando llegara a aquel mundo. Tía Susan y tía Angie, sí, iba a tener un buen equipo a mi lado.

Susan

Cuando llegué a la zona de urgencias, ya tenía el estómago hecho un nudo. Tobías era una preciosidad de niño afroamericano, pero con apenas dos añitos de vida estaba sufriendo lo que creía eran malos tratos. En mi anterior guardia tuve mis sospechas, pero no hice la denuncia, porque me faltaba aquel poco de certeza que mis tripas estaban seguras de tener. Y su madre, ella no parecía tener la actitud para provocarle cualquier daño a su pequeño. En aquel caso había algo más, algo que se escapaba de mis competencias. Tan solo comuniqué con asuntos sociales para informarme bien de cómo debía proceder en caso de que Tobías y su familia volvieran. Me indicaron los teléfonos a los que tendría que

llamar, cada paso que habría de seguir. Si el niño estaba de nuevo en urgencias, la situación era tal y como me la imaginaba, estaba casi convencida, así que recurriría a todos los medios posibles para evitar que sufriera más daño.

—¿Llega ya ese médico o no? Había un hombre de color caminando arriba y debajo de una de las cortinas de examen. Su actitud hostil ya me dijo lo suficiente, o casi, de por qué estaba de aquella manera.

—Es el padre de Tobías. Danny susurró a mi lado con disimulo y yo asentí con la cabeza. Había llegado el momento en que huyes o afrontas el peligro, así que tomé mi decisión. Sonreí con afabilidad y caminé hacia el hombre.

—Buenos días, soy la doctora Lettuce. Disculpe mi tardanza, estaba terminando de atender a otro paciente.

—Ya era hora, llevamos esperando más de media hora. Lo dudaba. Otra cosa no, pero estaba segura de que Danny corrió a localizarme en cuanto vio al niño entrando en urgencias.

—Bueno, ya que estoy aquí, veamos qué podemos hacer por su...

—Mi hijo.

—Bien, veamos qué nos ha traído. Abrí la cortina y encontré a Tobías en los asustados brazos de su madre. Las anteriores veces, ella parecía preocupada por el estado de su hijo, quizás demasiado esquiva con las respuestas a mis preguntas, pero no con el miedo reflejado en su rostro.

—Buenos días. ¿Y este pequeño se llama...?

—Tobías.

—Muy bien, Tobías, vamos a revisarte. ¿Rellenaron ya los documentos del seguro?

—Ya rellené esos jodidos papeles.

—De acuerdo. ¿Alguna alergia?

—No... no que sepamos.

—Bueno, con los niños no se tienen las suficientes precauciones. Danny, ¿podrías traerme unos guantes antialérgicos?

—Enseguida, doctora. Ella salió rápido de allí y yo continué con un minucioso y lento examen. No lo necesitaba, sospechaba lo que me encontraría: contusiones por “caída accidental”.

—Bien, retírele la ropa y déjelo solo con el pañal.

—¿To... toda la ropa?

—Sí, quiero escuchar sus pulmones.

—¿Qué coño tiene que mirar en sus pulmones? El crío solo se ha caído del columpio en el parque.

—Estamos en plena epidemia de gripe, nunca está de más descartar que se haya contagiado. Ya sabe, los niños lo pillan todo. Y este tono rosado de sus mejillas... Puede ser que sea algo de fiebre. —Cogí un termómetro y se lo puse con cuidado. Cogí la mano de su madre y la mantuve sujetando el aparato.

—¿Ustedes ya la han pasado? Ya sabe, vómitos, diarrea, fiebre, escalofríos...

—¿Eh? No, nada de eso.

—¿El niño ha tenido mocos, alguna tos?

—Todo el día anda con los mocos colgando. ¿Quiere decir que lo ha pillado?

—Puede estar en período de incubación, es el de mayor índice de contagios. Ya conoce el dicho, lo que pilla el niño, lo coge el padre.

—¡No joda!

—Aquí están sus guantes, doctora.

—Si lo desea, puede esperar fuera, señor...

—Johnson.

—A veces, cuando hacemos palpaciones gástricas, los intestinos empiezan a moverse y... uff. ¿Tienen pañales y toallitas de repuesto?

—¡Joder! Me salgo fuera. Pero no estaré lejos.

—No vamos a ninguna parte, ¿verdad, Tobías?

—Tiene una máquina de café en la sala de espera, a 20 metros de aquí.

—Volveré enseguida.

—De acuerdo, señor Johnson.

Miré a Danny y ella asintió hacia mí. Nuestro plan estaba en marcha. La primera parte era fingir que no recordaba al niño ni a su madre, segundo era conseguir alejar al padre del niño, y tercero... tercero era el apocalipsis.

Capítulo 62

Susan

—Vamos a llevar a Tobías a la otra sala, aquí no tengo todo el equipo que necesito.

—Pero... pero... mi marido...

—No tiene que preocuparse por su marido, señora Johnson.

—Si no nos encuentra él...

Cogí a Tobías en mis brazos, lo tapé con una sábana y lo cargué fuera de allí. Su madre venía detrás, mirando hacia todas partes, buscando nerviosa. Me incliné sobre Danny y le susurré tan bajito como pude.

—¿Está todo en marcha?

—He avisado a asuntos sociales, mandarán a alguien enseguida. Y la seguridad del hospital ya tiene el aviso. Espero que estén esperándonos en el box 10. El box 10 era el único que estaba aislado del resto, con paredes sólidas y una puerta que no era una cortina de tela. En aquellos momentos, esa era la seguridad que necesitábamos, pero sabía que con aquel hombre no sería suficiente.

—Bien, entonces vamos a por todas.

Mo

Estaba parado frente al box 10, esperando como me habían indicado. ¿Situación de potencial riesgo? Yo no veía ninguna, pero en cuanto vi a la doctora Lettuce cargando a aquel bebé en sus brazos, su expresión puso los pelos de mi nuca tiesos como juncos. Detrás de ella, una mujer de piel oscura, una mulata, caminaba con los ojos muy abiertos, mirando en todas direcciones asustada, y apretaba algo de ropa contra su pecho, como si la vida le fuese en ello. Al lado de la doctora iba aquella enfermera que había visto alguna que otra vez por la zona de urgencias. Su paso era firme, decidido, pero no había en él aquella alegre altanería de otras veces. Parecía que estaba en una misión, ella y

la doctora. No es que dieran miedo, pero aquel algo me puso en alerta. Separé mis piernas y me preparé para la confrontación.

La enfermera se adelantó para abrir la puerta, franqueando el paso a la doctora.

—Que nadie entre aquí dentro sin mi permiso. Danny, ponle al día. La enfermera asintió y cerró la puerta después de que pasara la que supuse era la madre del pequeño.

—La doctora está convencida de que es un caso de malos tratos. Ya hemos avisado a asuntos sociales, pero tardarán un rato en llegar. El problema es el padre del niño, sospechamos que es el causante de los malos tratos al niño; tal vez también a la madre. Parece agresivo, y aunque le hemos conseguido separar de la familia con una artimaña, seguro que regresa por ellos, y no lo hará muy contento.

—Entendido.

—Voy a dar aviso en recepción de que cuando llegue asuntos sociales vengan aquí lo antes posible.

—De acuerdo.

—¿Estás tú solo? ¿No hay nadie más?

—¿Crees que podré con él?

—Es un tipo grande, por lo menos 120 kilos.

—¿Te quedas más tranquila si pido refuerzos?

—Me gusta la doctora Lettuce, no me gustaría que le pasara nada. Le sonreí y llevé mi mano a la radio anclada sobre mi hombro. Apreté el conmutador y pedí refuerzos, mientras la veía mover aquel precioso trasero camino a recepción de urgencias.

—Aquí Mo, solicito apoyo en box 10 en zona de urgencias.

—Recibido. Dentro de cinco minutos tienes alguien ahí. En aquel momento, miré hacia el pasillo de mi izquierda y vi una locomotora viniendo hacia mí. ¿Por qué locomotora? Porque era grande, negro y echaba humo.

—Que sea un minuto, tengo el problema encima. —Cerré la comunicación y me preparé para el impacto.

—¿Dónde está mi familia?

Alcé mi mano para mantener las distancias y llevé la otra a mi cadera, buscando... Mierda, odiaba aquellos momentos en que no nos permitían llevar armas. Ni gas pimienta, ni esposas, ni una porra, a aquel tipo no lo detenía ni un misil antitanque. Tenía los ojos inyectados en sangre y podía seguir su acelerado pulso con solo mirar la vena de su cuello palpitando.

—Si me dice a quién busca intentaré ayudarlo.

—¡Y una mierda! Si estás aquí parado es que ellos están ahí dentro.

—Dentro hay un paciente al que están reconociendo, tendrá que esperar a que el médico termine y entonces veremos si se trata de su familia.

—¡No me jodas, blanquito! ¡Quiero ver a mi familia! —Y como si la cosa no estuviese ya de por sí complicada, la enfermera apareció por el otro lado, seguida de otra mujer aún más menuda y más mayor. Genial, la cosa se complicaba.

—¡A la mierda! Voy a llevarme a mi familia de aquí.

—Señor, espere a...

El tipo no esperó. Sacó un cuchillo de no sé dónde y apuntó con él, primero a mí y luego a la enfermera.

—¡Quiero a mi familia, ya!

Vi cómo la enfermerita de pelo castaño tragó nerviosa, pero sus hombros no cedieron, y sus pies la llevaron hasta la puerta. Iba a entrar allí, pero no iba a darle a aquel tipo lo que quería. Y él también pudo adivinarlo, porque se abalanzó sobre ella para alcanzarla antes de que atravesara la puerta. Y como debía hacer, me interpose entre el tipo y la enfermera de culo bonito y ojos vivaces. El spray pimienta voló hacia algún lugar, no me preocupé cuál. Estaba más centrado en la enorme hoja afilada delante de mí. Pasó tantas veces delante de mi cuerpo y tan cerca que sentí rasgar la tela de mi uniforme un par de veces. Pero yo soy rápido y lanzando puñetazos aquel tipo no iba a poder conmigo. Conseguí descargarle un par de rechazos en la cara. Después le di una patada en el brazo del arma y el cuchillo salió volando a algún sitio lejos. Le tenía medio noqueado, cuando llegó Patrick y entre los dos conseguimos reducirle y esposarle. Mientras lo hacíamos, el cabrón me golpeó con su cabeza, lo que me hizo probar el sabor de mi sangre en la boca.

—¿Estás bien?

—Sí, solo es un poco de sangre.

—¿Estás seguro? Yo veo un montón manchando tu camisa.

Seguí su mirada y maldije en silencio. Aquel cabrón me había alcanzado. Puse mi mano allí y noté la sangre salir entre mis dedos.

Capítulo 63

Mo

—¿Te quieres estar quieto?

Sí, eso era más fácil decirlo que hacerlo. Allí estaba yo, recostado en una camilla, desnudo de cintura para arriba y con el brazo derecho por encima de mi cabeza. No, no era la primera vez que me daban puntos. De niño me caí de la bicicleta y aterricé con la cara. Resultado: dos puntos en una ceja. Pero ahora era totalmente distinto, porque tenía encima de mi piel los dedos de una enfermera que me trataba como un crío de 10 años. ¡Y joder, no lo era! Y sí, los pinchazos de la anestesia dolieron como si me mordiera una cobra. Cada vez que esa estirada enfermerita metía la aguja en mi carne sentía como si me rasgaran de nuevo. La anestesia no había actuado todavía, pero ella no me hizo cuando se lo dije. No, ella solo me dedicó un fruncimiento de boca, juntó sus cejas y me soltó: “Eres un quejica”. ¿Quejica yo, que he recibido golpes en mi cuerpo que podrían tumbarla de dolor? Así que apreté los dientes y soporté cada puntada que me daba aquella bruja. La doctora Lettuce se preocupó por mí mucho más que aquella pequeña bruja. Me examinó y, cuando estaba dispuesta a coserme, tuvo que aparecer aquella enfermerita de ojos profundos y asesinos y decir que ella se encargaría. Envió a la doctora a hablar con aquellos tipos de la asistencia social y se puso a remendarme como si fuese un calcetín.

—¡Auch, me vas a arrancar la piel!

—He cosido a niños con cortes más grandes y no se han quejado tanto.

—Eso será porque con ellos tendrías más cuidado.

—¿Crees que no estoy teniendo cuidado contigo?

—Digo que parece que me odias.

—¿Por ponerte delante de un tipo con un cuchillo? ¿Cómo podría odiarte?

—¿Te estás riendo de mi trabajo?

—No entiendo a los tipos como tú. Os parece divertido que os rebanen la piel con un cuchillo.

—Yo no he dicho que sea divertido, lo hago porque es mi trabajo.

—¿Así que tu trabajo es dejar que te maten?

—Mi trabajo es evitar que os hagan daño a los demás. —Sentí otra puntada en mi costado y apreté de nuevo los dientes. Parecía que aquella vez había dolido menos. ¿Habría empezado a funcionar la anestesia? La enfermerita se tomó su tiempo para unir los dos extremos de mi piel y anudó con eficacia el hilo.

—Gracias.

—¿Eh?

—Por evitar que ese tipo nos hiciera daño a mí y a la doctora.

—Es mi trabajo.

—Y el mío es coserte, así que no te quejes más. —Me mordí la lengua. ¿Cómo podía darle la vuelta a una conversación? Al rato me estaba dando las gracias, y al siguiente me daba una reprimenda. No la entendía.

—¿Ya está? ¿Terminaste?

—¿Quién está dando los puntos, tú o yo?

—La doctora dijo un par de puntos.

—Esa es una forma de hablar, como cuando dices un par de días. Siempre son más de dos.

—Pues tú ya has dado tres puntos ahí.

—¿Quieres callarte de una vez?

—Es mi piel la que estás cosiendo.

—Tu piel, tu piel. ¡Como si no pudieses aguantar un dolorcito de nada!

—Ya te querría ver yo aquí. Eso, ¿por qué no me prestas tu piel? Yo te hago una pasadita con la aguja y tú me dices si no duele tanto.

—¿Quieres que te preste mi piel? —Sentí otra puntada en mi carne, sus ojos clavados allí donde me torturaba, pero aun así ella seguía metida en mi cabeza, podía sentir su animosidad sobre mí. Terminó su trabajo con más calma

esta vez, e incluso se quedó mirando su trabajo como con deleite. ¡Será sádica!

—Bueno, ya puedes presumir con tus amigos, tienes cuatro puntos preciosos.

—Pues gracias. Seguro que notó la acidez de mis palabras, porque cogió sus cosas con mala leche y se alejó para colocar el material en su lugar. Empecé a levantarme, pero ella me detuvo con la mirada.

—¿Dónde crees que vas?

—A vestirme, me estoy quedando helado.

—Todavía tengo que cubrirlo con un apósito.

—Vale. —Un par de golpes en la puerta dieron paso a un agente de policía.

—Siento interrumpir, pero venía a recoger su declaración. ¿Va a poner denuncia?

—¡Pues claro que va a denunciar a ese energúmeno!

—¿Eso no tendría que decidirlo yo?

—Con una denuncia por agresión habrá un ladrillo más en la balanza en contra de ese tipo, ¿verdad, agente?

—Sí, será bueno para agilizar los trámites para alejarlo de su familia.

—Entonces estaré en la comisaría en cuanto salga del trabajo.

—Y llevará el informe médico de urgencias.

—Le esperaremos entonces.

—¿Van a llevárselo detenido ahora?

—Mi compañero lo tiene esposado y esperando en la patrulla.

No me di cuenta cuando el agente salió por la puerta, seguro que le dije adiós. Estaba demasiado ocupado mirando los dedos de mi enfermera cómo ajustaba el apósito sobre mi herida. Sus dedos ya no estaban fríos, y así sentado su pelo estaba tan cerca de mi nariz que podía olerlo: vainilla y caramelo.

—Listo.

—¿Ya puedo vestirme?

—Sí, por favor, aparta esa tentación de mí. —Tuve que sonreír. Estaba bromeando conmigo, ¿verdad?

—Puedes tocar todo lo que quieras, solo tienes que pedírmelo.

—Me refería a seguir remendando.

—¡Eh, que no tengo nada colgando! Toca, toca, es todo piel tersa sobre duro músculo.

—Será mejor que te vistas y vayas a cambiarte. Tienes el uniforme hecho una porquería.

Miré mi camisa rasgada y manchada de sangre. Sí, estaba irrecuperable. Los pantalones tenían algunas gotas de sangre, pero si los limpiaba rápido quizás saldrían las manchas. Agua oxigenada, necesitaba agua oxigenada y rápido. ¡Eh, soy luchador! O lo fui. Limpiar manchas de sangre era algo habitual, y con poco dinero a la vista para comprar ropa nueva, uno tenía que apañarse con lo que tenía, así que aprendí a quitarlas.

Levanté la vista justo a tiempo para ver aquel pecaminoso trasero desapareciendo tras la puerta. Cada vez estaba más convencido de que aquella era una bruja, cuerpo para pecar y veneno en la boca, una combinación que no tenía ganas de probar.

Capítulo 64

Álex

Cuando vi a Mo aparecer en su moto no me lo podía creer.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Me dijiste que hoy empezabas con el circuito eléctrico. He venido a tirar de cables contigo.

—Tú estás loco. ¿Acaban de cortarte como un salchichón y vienes a trabajar?

—No es para tanto. —Palmeé con cuidado su costado, y él hizo una mueca de dolor.

—¿Lo ves? No estás en condiciones.

—Tenía que intentarlo. —¿Tan necesitado estaba de dinero y comida? No lo había pensado hasta aquel momento. ¡Qué mal debían irle las cosas!

—Mira, podemos ir adelantando otro tipo de trabajo. Tengo una lista que hacer, varios planos que estudiar y algunos permisos que tramitar. Tú me ayudas con ese trabajo y yo te invito comer algo. ¿Qué dices?

—Sabes que soy tu hombre.

—Vale, sostén esto. Estiré el plano de nuevo sobre la mesa y vi cómo Mo lo estudiaba como si realmente entendiera de ello.

—¿Qué me dices?

—Que tendrías que revisar el terreno para ver si con esos anclajes de cemento sería suficiente. Y si vas a hacerlo, mejor ahora, que el terreno está blando por las lluvias, así cuesta menos excavar.

—¿Dónde dijiste que trabajaste antes?

—Con mi padre en una empresa de construcción.

—Yo también lo hice, para sacarme un dinero y pagar los estudios... Pero tú pareces conocer mejor que yo estas cosas.

—Estudié Ingeniería Civil, pero no la terminé.

—Ah, eso dice mucho. ¿Y tienes pensado terminarla algún día, o cambiaste de idea?

—Puede que algún día, no lo sé. Perdí la motivación.

—Ok. Y según tú, ¿qué tengo que hacer ahora?

—¿Te fías de mí?

—Lo mío es el campo eléctrico y algo de clavar clavos. El decidir dónde van los postes..., eso se lo dejo a los que saben.

—Ok. Entonces vamos a construir tu nueva... ¡Joder! ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—Sí, lo estamos.

—¿Angie y tú?

—De momento, la abuela Lupe y yo. Angie se enterará un poco más tarde.

—Ah, eso es bueno saberlo. Pues entonces, yo empezaría por los permisos, prepararía un plan de trabajo, haría los pedidos de material...

—Vale, frena, frena. Vamos a ir anotando todo eso.

—OK.

La tarde fue productiva. Adelantamos mucho trabajo y, aunque le debió doler como el demonio, Mo se metió a inspeccionar los cimientos de la casa conmigo. Pese a tener muchos años, estaban tan bien como el primer día. Estaban hechos para soportar tanta carga como en un principio se había proyectado. Era bueno que las cosas nos fueran bien, porque aquella casa... tenía malas pulgas también.

—¿Se puede saber de dónde habéis salido? —Nos miró a Mo y a mí. Sí, estábamos hechos una mierda. ¡Pero qué le vamos a hacer! Los inconvenientes de reptar bajo una casa.

—Estuvimos revisando los cimientos de la casa.

—¿Y para qué os metisteis allí abajo?

—Porque hay que hacer un inventario de todo lo que está mal.

—Ah, no sé para qué pregunto. Yo de estas cosas no entiendo nada.

—Tú déjanos a nosotros, estás en buenas manos. —Angie se acercó a mí, me regaló un beso fugaz y se dedicó a torturarme con la mirada. ¿Podía deshacerme de Mo por media horita? Angie devolvió su atención a Mo y a su camiseta.

—Te has ensuciado entero, seguro que tienes manchada la protección de la herida. —Se puso en modo enfermera mi novia.

—La revisaré cuando llegue a casa —se defendió Mo.

—De eso nada. Vamos a cambiarla. Álex, ¿tienes una camiseta que prestarle? —cuando ella se ponía mandona...

—Seguro. Salí de allí con el ceño fruncido, y es que ver a mi chica desnudando a otro hombre, pues... como que no me gustaba nada. Volví casi en un suspiro y los encontré a ella limpiando la herida con una gasa empapada en antiséptico, y a él ruborizado y mirando hacia otro lado, totalmente incómodo. Bien, porque no pensaba dejarle que lo estuviera. Me posicioné bien cerca y me paré con los brazos cruzados frente a Mo.

—Es un buen trabajo —señaló Angie.

—Sí, el tipo tenía ganas de cortar —dijo Mo.

—No, me refiero a los puntos. Están muy juntitos y hechos con mucho mimo. Estoy segura de que casi no se notará la cicatriz. Vi a Mo juntar las cejas, como si sopesara aquella información y no le cuadrara. Así que vaya, quien le

había cosido, lo había tratado con “mimo”. Ahí había algo que merecía la pena descubrir. Angie lo cubrió con un apósito limpio, se puso mi camiseta y enseguida buscó una excusa para irse, sí, bien, porque tenía algunos planes que no le incluían.

—Entonces nos vemos mañana para empezar con todo esto —adelantó Mo.

—Claro. Te espero —me despedí.

Desapareció haciendo rugir su preciosa moto y yo no perdí el tiempo en atrapar a Angie entre mis brazos.

—Eres mía.

—Eso ya lo sabes.

—Más vale que te prepares, porque voy a desgastarte.

—No podemos, la abuela...

Pensé unos segundos y enseguida encontré un lugar donde podría dar rienda suelta a mis necesidades de Angie y evitar las interrupciones. Aunque Lupe era muy discreta, no querría incomodar a Angie. Todavía no podía hacerme a la idea de lo tímida y retraída que era en aquel aspecto. Sí, el sexo era algo nuevo para ella, pero ya me estaba encargando de ponerla al día.

La arrastré hasta la cabaña del abuelo y posé mi vista sobre la mesa de trabajo. Oh, sí, aquel era un buen momento para otra fantasía. Aparté una maceta y la tomé por su succulento trasero para acomodarla sobre la superficie, como yo quería.

—¿Y esta planta?

—Ah, es una pequeña vid.

—¿Una vid?

—Sí, la encontré mientras limpiaba el terreno de al lado. Debió caer alguna uva, o la arrastraría algún pájaro, no sé. El caso es que brotó.

—Y tú la encontraste.

—Sí, bueno, me llamó la atención. Ya sabes, las hojas son distintas.

Angie acarició la pequeña planta y se quedó quieta mirándola. No tenía ni idea de lo que estaba pensando, pero era algo que no me interesaba descubrir en aquel momento. Metí la nariz en su cuello y empecé a depositar suaves besos,

como a ella le gustaban. Conseguí que volviera su atención a mí, envolvió los brazos en mi cuello y me sonrió.

—Eres un hombre con una misión, ¿eh?

—Ahora mismo sí.

—Entonces veamos cómo puedo ayudarte.

Deslizó sus piernas sobre mi cuerpo y me atrapó por debajo del trasero. Sí, aquello se acercaba mucho a mi idea. La recosté sobre la mesa mientras asaltaba su boca. Deslicé mis dedos bajo su blusa y viajé sobre su cuerpo hasta llegar a mi destino. Cuando llegué, jugué hasta conseguir hacerla gemir. Sus piernas me aferraron con fuerza, alzadas sobre mis caderas, y supe que ya era toda mía.

Capítulo 65

Mo

¿Que me había tratado con mimo? Ni de coña, aquella bruja contestona no había tenido ningún cuidado conmigo, solo hizo su trabajo. Seguro que como está acostumbrada a trabajar con niños, lo hizo de forma mecánica. ¿Mimo? ¡Ja! Pero... y sí... sacudí mi cabeza con fuerza. No, no podía dejar que ideas estúpidas entraran allí. La enfermerita de urgencias era una bruja de lengua envenenada y yo no iba a caer en su juego.

Álex

Genial, sábado de chicos. No sé cómo lo hace mi hermana, pero eso de organizar equipos de trabajo es lo suyo. Solo mencioné que aprovecharía el buen tiempo del fin de semana y que Angie tenía turno de 12 horas en el hospital, por lo que me pondría a hacer bastante del trabajo que tenía por delante. Y allí estaba yo, con un grupo de hombres dispuestos a trabajar, cada uno por una razón distinta, pero todos con una segunda intención en mente: llenar sus estómagos de buena comida y ocuparse en algo mientras sus chicas estaban ocupadas. Somos patéticos, lo sé, pero qué le vamos a hacer. Cuando una mujer se mete bajo la piel de un hombre no queda más que sucumbir, lo sé por propia experiencia.

Tenía delante de mí una buena cuadrilla: los gemelos, Mo y Tomás —

porque ya no era Tom—. La abuela le llamaba Tomás y él sonreía como un niño. ¿Que por qué estábamos todos libres, sin chicas? Pues sencillo: cambio de luna. ¿Que qué tiene que ver el cambio de luna con nuestras chicas? Obvio: ¿qué ocurre con las embarazadas y el cambio de luna? Pues que si están a punto de dar a luz todas se ponen de acuerdo y sueltan sus regalos el mismo día. Y eso, traducido en cifras de un hospital de niños, significa trabajo, mucho trabajo. Así que María, Susan y Angie tenían turno intensivo de 12 horas. Tres chicas fuera. Mo tenía el día libre —gracias a cierta lesión, aunque no quisieran reconocerlo—. Tomás... Bueno, creo que estaba esperando la oportunidad de estar un ratito con Carmen. ¿Que cómo sé eso? Porque Angie no paraba de decir que casi no veía a su madre por culpa de su nuevo... chico. Así que, como la abuela iba a estar sola con tanto hombre, Carmen decidió pasar la tarde con su madre, dejando El Rancho Rodante en manos de mi prima Ingrid. También dijo que el día iba a estar algo flojo, no sé qué de fin de mes, y que Ingrid se las apañaría bien sola.

En fin, que allí estábamos cinco tipos grandes, fuertes y sudados, preparando las bases para la prolongación de la casa. Cuando llegó la tarde, ya teníamos todo listo. Era como ver el esqueleto de una persona. Y sonreí satisfecho. Sí, ver cómo las cosas avanzan infla el corazón de uno. Cubrimos con plástico la estructura, sobre todo para prevenir que se mojara, y después nos fuimos a tomar una merecida cerveza. Estaba ansioso por ver a Angie y su reacción. Ahora sería imposible ocultarle lo que estábamos haciendo.

—¿Qué demonios?! Sí, justo ahí estaba la voz de Angie. Miré hacia atrás y la vi fruncir el ceño hacia nosotros. María me sonreía como si supiera algo, y Susan... Bueno, Susan parecía estar analizándolo todo.

—Todavía está sin terminar.

—¿Y se puede saber que va a ser esto?

—¿Un cuarto nuevo para la lavadora? —Sí, me encantaba cuando se ponía con las manos en las caderas y fruncía sus cejas, entrecerrando sus ojos.

—Ven, te lo mostraré. Me levanté de un salto y le atrapé de la mano para llevarla dentro. Entramos en la casa y vio horrorizada cómo la antigua habitación de su madre había perdido sus paredes.

—Pero... pero ¿qué has hecho con la habitación de la abuela?

—No te preocupes, ella...

—Yo dormiré en tu cuarto.

—¡Pero abuela!

—¿Qué? Tú no lo estás usando. —Lupe se retiró con un encogimiento de hombros y Angie se puso colorada como una cereza.

—Te dije que tu abuela es muy lista.

—Pero yo...

—Ella se ha dado cuenta antes que nosotros de a dónde iba todo esto.

—¿Y dónde cree que va?

—Tu chico está construyendo una gran casa, la casa que tu abuelo imaginó para nuestra familia. Y en esa casa hay sitio para una gran familia, hay sitio para una abuela, para una nueva pareja y para todos los bisnietos que queráis darme.

—¡A... abuela!

—¿Qué? No tengo mucho tiempo que perder. Si no te has dado cuenta, me hago vieja. Y quiero ver correr niños por esta casa antes de que ya no pueda disfrutarlos.

—Estás... estás...

—¿Diciendo que quiero que viváis juntos en esta casa? Sí. ¿Que os deis prisa en darme niños que malcriar? También. Así que ¡venga!, al lío, que luego es tarde. Estrujé a Angie contra mi cuerpo y deslicé mis labios tan cerca de su oreja que casi no tuve que susurrar para que me oyera.

—Ya has oído a tu abuela.

—Eres... eres...

—Dime que no quieres y te dejaré en paz, dime que no entro en tus planes y me iré de tu vida. Pero, por favor, antes de eso danos una oportunidad. —Sentí sus brazos envolviéndome el cuello, su sonrisa casi rozando mi boca.

—Ahora que te tengo, ¿qué te hace pensar que te voy a dejar marchar?

—Bien. Voy a echar a toda esa gente de casa, y luego voy a hacerte el amor hasta que no puedas moverte.

—¡Hey, compórtate! Tienes que aprender a ser un buen anfitrión. Primero les daremos de comer y haremos su estancia agradable. Quiero que vuelvan a terminar el trabajo.

—Vale, les daremos de comer y todo eso. Después les mandaré a sus puñeteras casas y haré el amor a mi mujer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Le di un beso rápido y la llevé de nuevo afuera. Sí, sería un buen anfitrión, porque me gustaba su compañía, y porque, como Angie decía, teníamos un trabajo que terminar. Y cuanto antes terminara con nuestra nueva casa, antes tendríamos lista nuestra nueva habitación. Entonces, pondría un anillo en ese dedo que diría: “Eh, está pillada”, y sería un hombre feliz, en su casa, con su mujer y, como decía la abuela, con niños correteando por aquí. Sí, tenía un plan, y yo soy de los que no descansa hasta cumplir con su objetivo.

Epílogo

Susan

—Estás muy callada.

—¿Eh? Sí. Es que estoy pensando.

—¿En qué?

¿Cómo decirle a Marco que algo extraño había despertado dentro de mí? Ver a Tobías, sentir su vulnerabilidad, la necesidad de protegerlo, el instinto de tener algo que me necesite... Estaba segura de que todo aquello quería decirme algo, y era lo bastante inteligente para saber de qué se trataba. Había llegado el momento y no iba a negarlo, así que me giré hacia el hombre que podía darme lo que necesitaba, el que estaba segura de que me lo daría, pero que dudaba si aquel era el momento adecuado. Pero no podía negarme a mí misma. Para mí el momento era aquel.

—Quiero un hijo.

—Si es contigo, tendremos todos los que quieras.

—No, Marco, es que lo quiero ahora.

—¿Ahora?

—Sí. —Él miró un momento hacia el suelo, como buscando una respuesta que darme. Entonces tuve miedo, miedo de que él no quisiera hacerlo en aquel momento, en el momento que yo lo necesitaba. De pronto sus brazos me envolvieron con delicadeza y con seguridad.

—Si lo quieres ahora, lo tendrás ahora.

—¿No te parece demasiado pronto? No estamos casados y no quiero esperar a...

—La boda es lo de menos, Susan. Si quieres tener un hijo antes que casarte, por mí no hay problema. Ya sabes que lo nuestro nunca se ha regido por los parámetros convencionales.

—¿No te parece una idea descabellada?

—¿Descabellada? ¡Diablos, no! Tener hijos contigo era algo que tenía en mi mente hacía tiempo, si no, no te habría pedido matrimonio. Quiero tener una familia contigo. La manera de hacerlo me es indiferente, siempre y cuando sea contigo.

—Entonces, la boda...

—La aplazamos, la suspendemos, nos fugamos a Las Vegas, lo que tu decidas me viene bien.

—Ummm, fugarnos a Las Vegas...

—Si lo quieres, lo tienes. Mi padre me matará, pero... ¡eh!, ya han tenido su gran boda con la de mi hermano.

—Quizás me gustaría algo pequeño, como lo que hicieron tu hermano y María, pero sin tanta gente. Algo pequeñito.

—Lo que quieras.

—Pero quiero mi hijo antes.

—Entonces será mejor que nos pongamos a ello.

Tonny

Salí del baño y miré a mi mujer, ya dormida en nuestra cama. Desde que descubrimos su embarazo, cada vez la costaba más aguantar despierta. Me deslicé suavemente junto a ella y nos cubrí con la sábana. Coloqué mi brazo sobre ella y acaricié con mis dedos el lugar donde crecía mi bebé, nuestro bebé. Padre, voy a ser padre. ¿Asustado? Como la mierda, pero soy bombero de rescates, podré con ello. Cuando me vea superado, sé que ella estará allí, porque

otra cosa no, pero de ella estoy totalmente segura. Ella es mi roca, mi faro, mi fuerza, mi ancla, es mi mujer maravilla, y de aquí a no mucho tiempo será mi supermamá. Y el miedo desaparece, porque la felicidad es mayor, y el premio estoy seguro que superará con creces a las decepciones. Habrá momentos buenos, momentos malos, momentos felices, momentos duros, momentos delicados, momentos fáciles, pero siempre, siempre, estaremos juntos, y juntos pasaremos por todos ellos. Besé su sien con suavidad y aspiré su aroma una vez más, dejando que me llevara al sueño. Saber que ella estaría allí cuando despertara era todo lo que necesitaba para dormir con una sonrisa en mi cara.

Álex

Esa vieja tunanta lo sabía, sabía desde un principio que este era mi camino, por eso me lo puso tan fácil. Lupe tiene dentro de ella tanta sabiduría que hace imposible no escucharla cuando habla. Voy a ser feliz en esa casa con ellas, con mis dos chicas. La que me vuelve loco con su presencia, y con la que no quiero soltar cuando está en mis brazos. Y con esa otra, que hará mis días mucho más interesantes, y de la que aprovecharé todo el tiempo que pueda darnos.

Danny

Lo odio, odio a todos los tipos como él: arrogantes, guapos y con esa actitud de ligón para intentar seducir. No eran más que copias de lo mismo: un tipo que solo piensa en sí mismo, que consigue meterse dentro de tus bragas, y después pasa a la siguiente conquista. Sí, podrían estar bien para pasar un buen rato, pero yo no soy de esas. Puedo parecer prepotente, autosuficiente y fingir que no me gustan los hombres, pero es mentira. Soy mujer, soy latina y mi sangre se calienta cuando hay un buen mozo delante de mí. Pero solo miro, porque sé que, si me atrevo a tocar, puedo quemarme, y aún no me he recuperado de la última quemadura.

Angie

Es difícil adivinar qué nos deparará el futuro a cada uno de nosotros; pero sí tengo clara una cosa, que no voy a estar sola, porque Álex se va a quedar a mi lado, pase lo que pase. Porque no puedo permitir que se vaya, no cuando se ha convertido en mi todo, lo necesito demasiado como para poder vivir sin él. ¿Le pasará lo mismo?

Adelanto

Préstame tu piel

—No tendríamos que estar haciendo esto.

—Lo sé. —Tomé su boca con hambre, porque necesitaba hacerlo, porque mi mente estaba perdiendo la batalla contra mi cuerpo.

—Sigo pensando que no deberíamos estar haciendo esto.

—No, tienes razón. —Y esta vez fue ella la que asaltó mi boca y me robó el aire que necesitaba para respirar, pero que no me importó perder. Tomé su cabeza en mi mano y la apreté más fuerte, intentando evitar que se arrepintiera, porque ahora ya no había marcha atrás para ninguno de los dos.

Lo que estábamos haciendo no estaba bien por muchas razones, pero en aquel momento no me importaba ninguna de ellas.

Préstame tu piel

Disponibile febrero 2019 en Amazon, gratis con Kindle
Unlimited